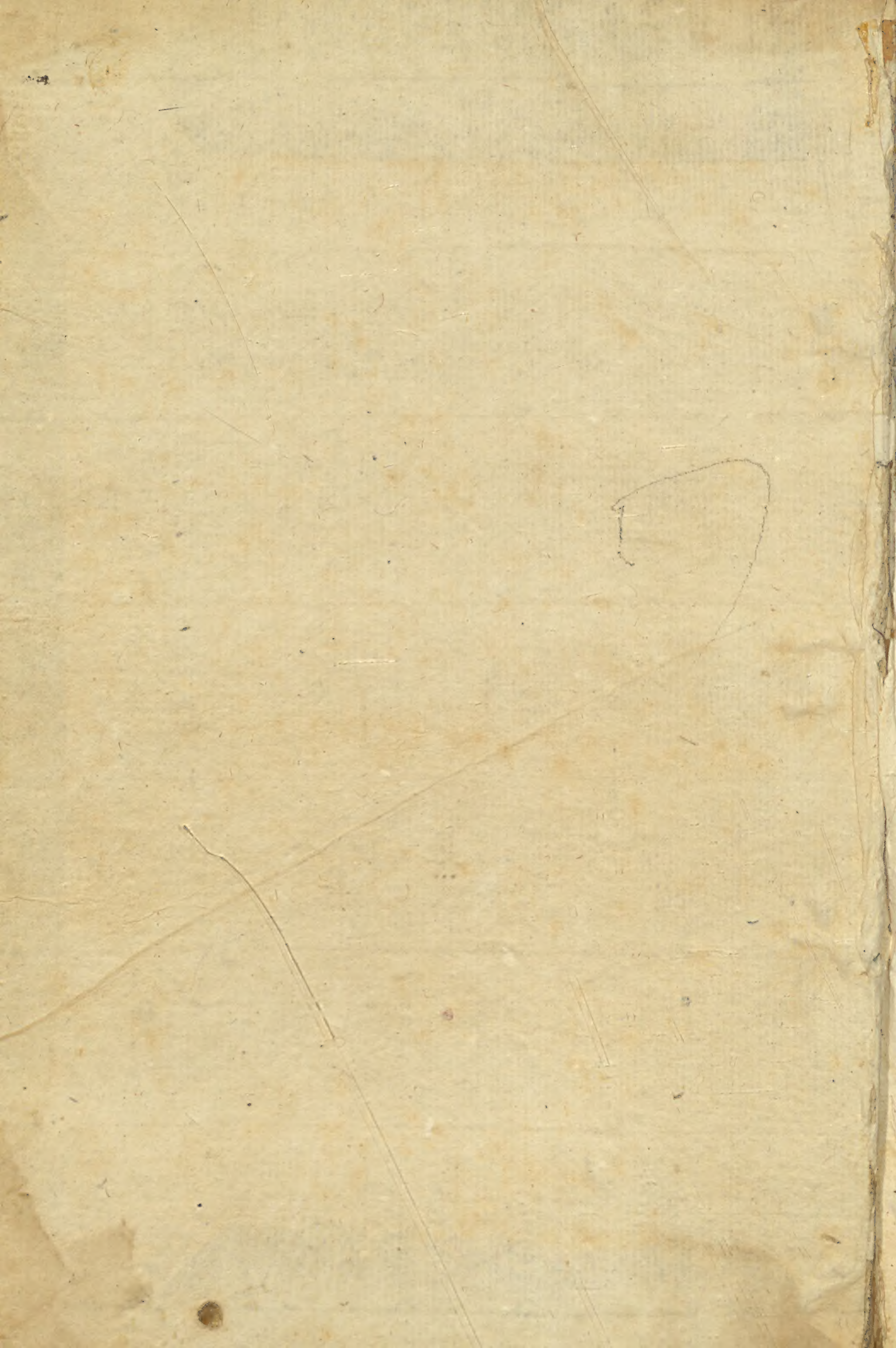
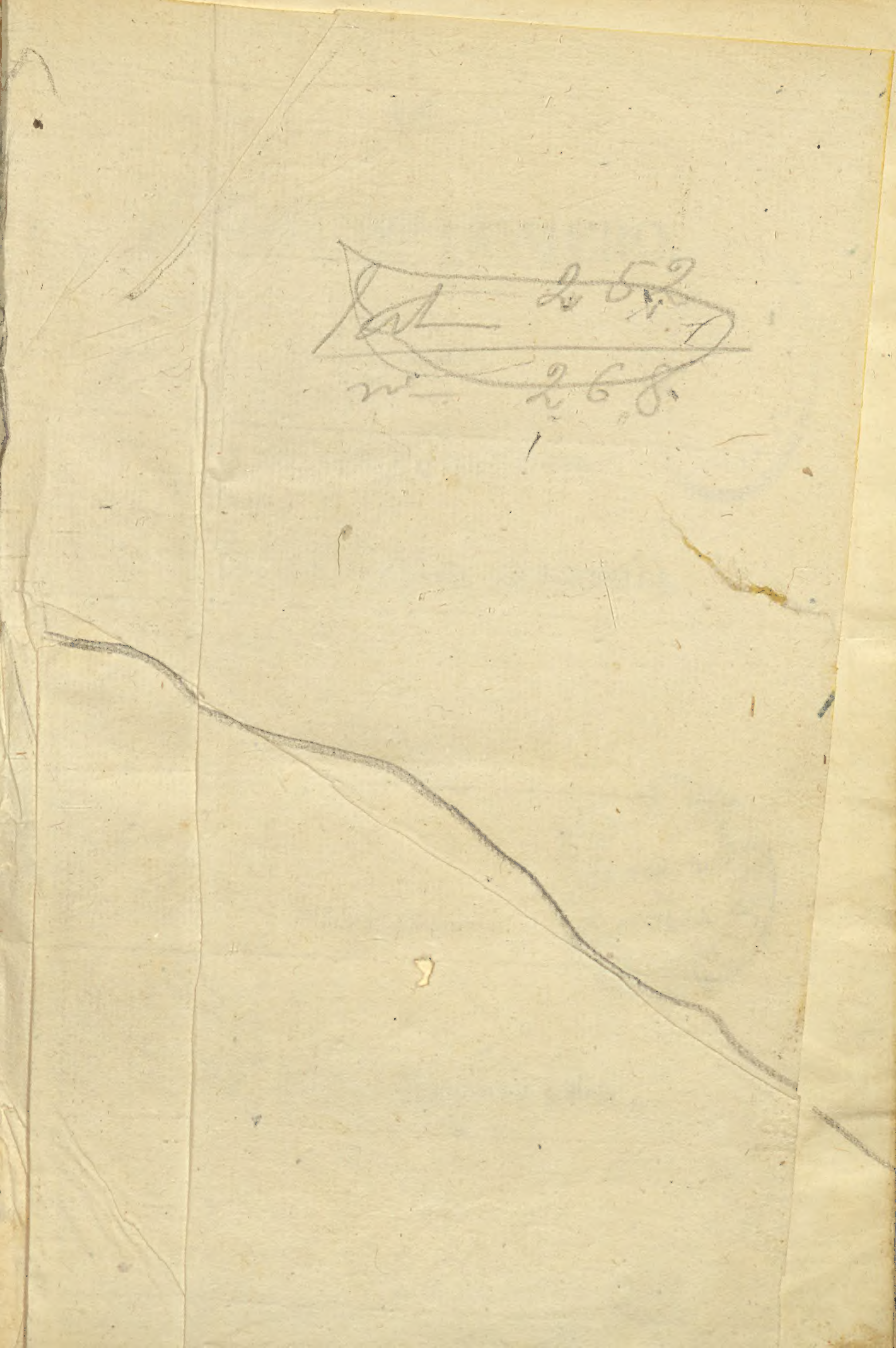





Cat 262
No 268

LA

ILÍADA DE HOMERO,

TRADUCIDA

DEL GRIEGO AL CASTELLANO

POR DON JOSÉ GOMEZ HERMOSILLA.

TOMO I.



MADRID EN LA IMPRENTA REAL
AÑO DE 1831.

DISCURSO PRELIMINAR.

Hace ya bastantes años que para mi uso particular, y sin ánimo de imprimirla, emprendí esta traduccion de la Ilíada; mas apenas habia escrito el borrador del primer libro, me obligaron á suspenderla forzosas ocupaciones de muy distinta naturaleza, y aun llegué á perder la esperanza de continuarla algun dia. Sin embargo, variada mi situacion, he logrado concluirla; y la publico para que, mientras no se dé á luz otra mejor, puedan nuestros jóvenes estudiar en ella tan admirable poema con menos disgusto que en la de García Malo, la sola que teniamos hasta ahora.[1] Y no será inútil que ántes de empezar su lectura pasen la vista por las siguientes observaciones, relativas á la persona y las poesías de Homero, al punto de vista en que deben colocarse para juzgarlas, al sentido en que se ha de entender la parte mitológica, y á la traduccion que les ofrezco.

DE HOMERO Y SUS POESIAS.

Si yo me empeñara en dar aquí una idea, por sucinta que fuese, de todo lo que se ha es-

1 La de Cristóbal de Mesa, si en realidad ha existido, ni llegó á imprimirse, ni se conserva manuscrita; á lo ménos, yo lo ignoro.

crito y disputado sobre la persona de Homero, y sobre sus dos poemas; tendria que componer, en lugar de prólogo, una obra voluminosa. Así, me limitaré á indicar sumariamente lo poco que hay de cierto en cuanto al autor de la Ilíada, y lo mas necesario de saberse acerca de sus poesías en general.

Es un hecho indudable que á mediados del siglo 10.° ántes de la era vulgar existian en Grecia, se cantaban públicamente, y se oian con admiracion, dos poemas épicos; uno sobre la guerra de Troya, con el título de Ilíada; y otro con el de Odisea[1], sobre la vuelta de Ulíses á su patria; y que estas dos obras eran generalmente atribuidas á un poeta llamado Homero. Se duda, sin embargo, si este era su nombre propio, ó un apodo alusivo á su ceguera; se ignora quienes fueron sus padres; y ni aun se sabe siquiera la ciudad en que nació, disputándose hasta siete el honor de haberle producido.

Debe tenerse por averiguado que estos dos poemas fueron escritos desde su orígen, ó por mano del autor, ó dictándolos él á otro si por la falta de la vista no pudo hacerlo ya por sí mismo cuando los compuso. Porque es imposible que siendo tan largos se transmitiesen íntegros por simple tradicion oral hasta Licurgo, en cuyo tiempo consta que ya existian algunas copias.

1 Los griegos llamaban *Odisseus* al héroe del poema; nosotros seguimos la ortografia latina.

Es constante que el autor de estas poesías, aunque ya adulto quedase ciego, como se supone y él mismo lo indica en la Odisea, no lo fue de nacimiento. Porque es fisicamente imposible que siéndolo hubiese tenido ideas tan claras de los objetos visibles, y los hubiese pintado con tan vivos y verdaderos colores.

Es necesario que un hombre tan sabio, tan fino, y tan culto, como él se muestra; un hombre tan versado en las cortes de los Reyes, y tan instruido en las historias y genealogías de las familias ilustres, hubiese nacido él mismo de padres nó vulgares, recibido una educacion esmerada, tratado con los primeros personages de su edad, y gozado por algun tiempo de considerables bienes de fortuna. Y de consiguiente puede tenerse por cierto que no fué desde su niñez, como quieren algunos, un mendigo que ganaba la vida cantando coplas de ciego. Pudo acaso quedar pobre en la vejez, ó por la sola pérdida de la vista, ó por otras desgracias que le sucediesen; pero es imposible que un pordiosero hubiese adquirido tanta ciencia, ni hecho los muchos, largos y costosos viages que indudablemente hizo. Porque sin haberlos hecho es imposible tambien que hubiese hablado con tanta exactitud geográfica de las provincias y los pueblos de la Grecia continental, de las islas del Archipiélago, de los reinos del Asia menor, y hasta de la Tracia y el Egipto.

Es literariamente demostrable que ambos poe-

mas fueron compuestos por un mismo autor, y no son obra de muchas manos. Es necesario ser ciegos en materia de estilos para no ver, desde el primer verso de la Ilíada hasta el último de la Odisea, un mismo lenguage, un mismo estilo, un mismo colorido, un mismo tono general, un mismo corte de verso, un mismo giro de frases, y un mismo carácter de magestuosa inimitable sencillez; salvas en todos estos puntos las particulares modificaciones que exigen las diversas materias de que trata, y la naturaleza de los pensamientos que emplea.

Es igualmente demostrable que cada uno de los dos poemas es una sola composicion, un todo completo; y no una arbitraria reunion de retazos sueltos, hecha por algun compilador. Es necesario tambien no entender nada en materia de composiciones literarias, para no conocer que si en alguna se halla observada rigorosamente la unidad de accion, ó de argumento, es precisamente en la Ilíada y la Odisea. En ambas anuncia el autor desde el primer verso la accion y el héroe que se propone cantar, y en los cuatro siguientes compendia la série de sucesos que ha de referir; y los refiere en efecto con tanta puntualidad, que el historiador mas exacto no pudiera hacerlo tan ordenada y circunstanciadamente. Dígase ahora si reuniendo trozos sueltos de diferentes autores, y aun varias composiciones de un mismo autor, pueden resultar dos poemas tan unos, tan ordenados,

tan coherentes y tan homogéneos. Lo que ha podido dar lugar á tan absurda suposicion, es precisamente lo que demuestra su falsedad. Es cierto que ambos se hicieron tan célebres desde su primera publicacion, que hasta las gentes del pueblo aprendian de memoria trozos enteros bastante largos; lo es tambien que ciertas compañías de músicos, corriendo por las ciudades y los pueblos en que se hablaba la lengua griega, cantaban el pasage que les señalaba el auditorio; y lo es finalmente que por esta razon se les dió el título de *Rapsodes*, como si dijeramos, *cantores de trozos*, y se llamaron *Rapsodias* (*trozos cantados*) los pasages que se oian. Pero inferir de aquí que el autor no compuso dos obras completas, sino ciertos retazos sueltos de los cuales, zurcidos luego por los gramáticos, han resultado dos poemas tan eminentemente unos, es insultar á la razon de los lectores. Hoy mismo en Italia las criadas fregando en la cocina, los pastores guardando el ganado, y los marineros remando en los barquichuelos de los rios, cantan pasages sueltos del Taso ¿Y se dirá por eso que la Jerusalen no es un poema uno y completo desde su orígen, sino una série de octavas arbitrariamente reunidas por los impresores, de las cuales sin embargo ha resultado un todo tan uniforme? Esto seria delirar. Pues tal es el caso de Homero.

Está demostrado finalmente que la Ilíada y la Odisea se han conservado hasta nuestros dias

tales en lo sustancial como las escribió ó dictó su inmortal autor, salvas las variantes que necesariamente debieron introducirse en las innumerables copias que se hicieron hasta el descubrimiento de la Imprenta. En efecto, desde el quinto siglo antes del nacimiento de Jesucristo hasta el quinto de la era vulgar, encontramos citados sucesivamente por Heródoto, Tucídides, Jenofonte, Platon, Aristóteles, Demetrio Falereo, Dionisio de Halicarnaso, S. Clemente Alejandrino, Luciano, Longino, Hermógenes, Ateneo, Estrabon, Pausanias, Dion Crisóstomo, y otros escritores griegos, innumerables pasages de Homero, tales como ahora se hallan en los manuscritos que se guardan en las bibliotecas y por los cuales se han hecho las impresiones. Y pues tantas, tan multiplicadas y tan diferentes citas se hallan conformes con los códices que han llegado á nuestras manos; es preciso confesar que en lo sustancial tenemos hoy el mismo Homero que en su tiempo leyeron Heródoto, Tucídides, y los demas auto es que sucesivamente le citaron por espacio de diez siglos. Suponer que ántes de las primeras citas que podemos comprobar estaba alterado el texto, es suponer lo que se disputa, lo que se niega, lo que no se puede probar, y lo que se convence de falso por este argumento sin réplica. Si ántes de Heródoto (ó en cualquier tiempo) hubieran sido remendadas las poesías de Homero, se conocerian las zurciduras, y los retales añadidos no serian del mismo color que lo restan-

te de la tela; siendo imposible que el remendon, ó los remendones, escribieran como el autor original. Y no hay vista tan perspicaz, que pueda descubrir la menor diferencia de estilo y de manera en los treinta mil y mas versos de que constan.

De todo lo dicho resulta que en el siglo 10º ántes de la era cristiana floreció en Grecia un poeta conocido con el nombre de Homero; que este no fué ciego de nacimiento, pero perdió la vista en edad bastante adelantada: que tampoco fué un miserable mendigo, sino un sugeto distinguido y acomodado: que entre las varias obras que probablemente compondria tan feliz ingenio, solo se han conservado la Ilíada y la Odisea[1]: que ambos poemas se hicieron tan célebres apénas salieron á luz, que se formaron compañías de músicos para cantarlos en todos los paises en que se hablaba la lengua griega: que supuestas las variantes inevitables mientras corrieron manuscritos, han llegado á nuestras manos íntegros y genuinos: y que de todos modos, y sea lo que fuere de la persona del autor, estos poemas son dos composiciones unas, completas, homogéneas, originales, y hechas por una sola mano; y no retazos de diversos autores, ó varias composiciones sueltas de un mismo autor.

1 La Batracomiomaquia seguramente no es suya, y tampoco lo son en mi sentir los himnos que se le atribuyen.

DEL PUNTO DE VISTA EN QUE DEBEN COLOCARSE LOS LECTORES PARA JUZGAR LAS POESÍAS DE HOMERO.

Ante todas cosas deben tener presente que van á leer unas obras que cuentan 2800 años de antigüedad; y de consiguiente, que han de hallar en ellas usos, costumbres, caractéres, lenguage, pasiones y vicios que no son los del dia, y modales groseros hasta cierto punto. Deben recordarse frecuentemente que Homero no es un poeta nacido á orillas del Sena en el siglo 19.° sino un filósofo antiguo, casi contemporáneo de los patriarcas; y que vivió en una edad, culta ya, pero cercana todavía al primer período de la civilizacion de la Grecia. Deben tener entendido de antemano que su principal mérito no consiste en lo ingenioso, fino y delicado de las ideas, y en lo pulido y estudiado de las frases; sino en la verdad, solidez y naturalidad de los pensamientos; en la sencillez, claridad y energía de las expresiones; en la fácil coordinacion de las cláusulas, en la puntualidad con que refiere los hechos y describe los objetos; en la novedad, exactitud y belleza de los símiles; en la fiel expresion de los afectos, en la singular maestría con que estan inventados, dibujados y sostenidos los caractéres individuales de todos los actores, punto en que hasta ahora nadie le ha igualado; y sobre todo,

en la sólida y varonil elocuencia con que están escritas las arengas que pone en boca de sus personages, las cuales forman las tres cuartas partes de sus poemas. Con este conocimiento anticipado, no le despreciarán porque lean en la Odisea que las hijas de los Reyes van á lavar la ropa en los arroyos; ni porque en la Ilíada vean que los héroes preparan ellos mismos su comida, se dicen atroces injurias, insultan á los vencidos, y maltratan sus cadáveres. Estos eran los usos de aquel tiempo. Tampoco atribuirán á esterilidad de ingenio que repita literalmente frases, versos, y aun pasages enteros, ni que presente un mismo pensamiento bajo dos distintas formas, diciendo p. ej. que la vida de Aquíles debia ser *corta, y no larga*. Las repeticiones de frases y versos eran como de fórmula en su tiempo; la de una misma idea bajo diferentes formas era del gusto oriental; y como ya se ha observado por algunos, estas maneras de hablar se hallan igualmente en la Sagrada Escritura, y no nos chocan ni deben chocarnos. Digo mas: estos pleonasmos dan á veces notable energía á las expresiones, y contribuyen á que la idea se grave con mas fuerza en nuestra imaginacion. Y aunque por punto general no deben imitarse, no culparia yo al poeta que alguna rara vez los introdujese con cierta oportunidad. Sin embargo, debo advertir que en las poesías de Homero, ademas de las repeticiones que son conocidamente del poeta, hay otras introducidas

por los Rapsodes, que de estos pasaron á las copias manuscritas, y que por respeto á los códices se han conservado en los ejemplares impresos. De esta clase hay unos cuantos pasages en la Ilíada. En las notas advertiré cuales sean, y daré las razones que tengo para no creerlos del autor.

En segundo lugar, al emprender la lectura de Homero debemos tener entendido que supuestas las inocentadas, por decirlo así, propias de su siglo, y lo chocante para nosotros de ciertos usos y modales propios de los heróicos á que se refieren sus dos poemas, estos son en lo demas composiciones literarias hechas con todo cuidado, esmero, y conocimiento del arte; con la conveniente preparacion, y con todo el caudal de doctrina que exigia la árdua empresa de escribir nada ménos que dos poemas épicos; último esfuerzo que hasta ahora ha podido hacer en poesía el entendimiento humano. No se figure, pues, el que los lea que su autor fué, como algunos suponen, un ingenio felicísimo, pero sin cultura; un semi-salvage que sin estudios, sin plan, y sin sujecion á regla ninguna, se puso á cantar la guerra de Troya y las aventuras de Ulíses, y por mero instinto acertó á formar los dos poemas épicos mas ordenados, regulares y perfectos que se conocen: en suma, que sin saber por qué ni cómo hacia lo que hizo, aplicó la boca á la caña, y sonó la flauta por casualidad. Esto es imposible. Tengo probado en mi *Arte de hablar* que la poesía habia sido cultivada

y llegada á cierto grado de perfeccion ántes que naciese Homero, y que este no inventó el modo de componer las epopeyas; sino que, habiendo estudiado muy detenidamente las reglas del arte tales como las tiene hoy sancionadas la mas profunda filosofía, y aprovechándose de otros muchos poemas épicos que ya existian, escribió dos mas acabados y perfectos, los cuales por esta razon hicieron olvidar los de sus antecesores. Mas, prescindiendo de los hechos alli citados, y de las innegables consecuencias que de ellos se deducen; se lee en la vida de Homero, malamente atribuida á Heródoto pero escrita en siglo no muy distante del suyo, que el autor de la Ilíada tuvo por maestro á un célebre literato y poeta llamado Femio, cuyo nombre inmortalizó en efecto en la Odisea el agradecido discípulo; que aquel era catedrático ó director de una ya antigua y célebre escuela ó academia de literatura en Esmirna, y que á su muerte le sucedió en la cátedra el mismo Homero. Y este solo hecho no contradicho, ántes confirmado por otros testimonios, prueba que ya habia en aquellos tiempos escuelas públicas de literatura, que Homero las frecuentó, y que si llegó á ser el mejor de los poetas y el mas correcto de los escritores, lo debió, no al ciego instinto, á la pura casualidad, y á una especie de imposible inspiracion, sino al estudio, al trabajo, y á la observancia de las reglas, supuesto el felicísimo ingenio con que le dotó natura-

leza. Pero si todavía se quisiese negar una verdad tan evidente, ahí están la Ilíada y la Odisea para demostrarla. Recórranse los dos poemas, y diga todo hombre de buena fe si es humanamente posible que los compusiese un ignorante. Al contrario, no podrá ménos de confesar que el autor de ellos poseia la enciclopedia de su siglo, y era un sábio de primer órden, un filósofo consumado. En efecto, sus mismas obras prueban que sabia cuanto en su tiempo podia saberse de historia natural, física, astronomía, náutica, y hasta de medicina; que habia estudiado la historia de los pueblos de que trata, y aun las genealogías de innumerables familias; que conocia perfectamente la geografía de los paises que menciona; que hablando de tantos objetos diversos, música, arquitectura, arte militar, agricultura, oficios mecánicos, usos, costumbres, ritos &c., siempre habla con propiedad é inteligencia; y finalmente que en todos los hechos y dichos que atribuye á sus personages, manifiesta el mas profundo conocimiento del corazon humano y la mas sublime filosofía. Asi lo reconoció Horacio, cuyo voto no es recusable en la materia, cuando habiendo vuelto á leer ¿quién sabe si por la milésima vez? los dos poemas de Homero, dice á Lolio (epístola 2.ª del lib. 1.º) que el cantor de la guerra de Troya

Quid sit pulchrum, quid turpe; quid utile, quid non;
Planius, ac melius, Crysippo, et Crantore dicit.

Léase toda la epístola, y se verá demostrado que Homero fué, no solo poeta, sino filósofo; y filósofo tal, que pocos pueden serle comparados.

En tercer lugar, respecto de la Ilíada deben saber los lectores que Homero se propuso en ella, no precisamente cantar la venganza de Aquíles, aunque para dar unidad al poema escogió este incidente de la guerra de Troya; sino celebrar aquella memorable expedicion, é inmortalizar la fama de los héroes que tuvieron parte en ella. En el exámen que haré de todo el poema despues de presentar su traduccion, se verá el gran conocimiento del arte con que está trazado el plan; pero desde ahora convenia hacer esta advertencia para que el lector, sabiendo cual es la intencion del poeta, observe la destreza con que este, sin decir cual era, consiguió el fin que se proponia, y note la habilidad con que en medio de las derrotas salva el honor de los griegos.

DEL SENTIDO EN QUE DEBE ENTENDERSE LA PARTE MITOLÓGICA DE LAS POESÍAS DE HOMERO.

Para leer con gusto la Ilíada y la Odisea (y lo mismo debe decirse de la Enéida de Virgilio, y otros poemas épicos griegos y latinos) para hallar algun sentido en la parte mitológica, y para que sean verdaderas epopeyas; es necesario no acordarse siquiera del absurdo sistema de las alegorías, entender las palabras en sentido literal, y

considerar como hechos históricos las ficciones que contienen, por mas imposibles que sean y por mas ridículas que á nosotros nos parezcan. Voy á probarlo; pero veamos ántes qué idea se formaban los griegos de las deidades machos y hembras que adoraban en su ciega credulidad.

Para el vulgo estos Dioses y estas Diosas eran hombres y mugeres, de carne y hueso como nosotros; pero su sangre era mas pura que la nuestra, y su cuerpo incorruptible: porque, como dice el mismo Homero, no se alimentaban con pan, ni bebian del licor que dan las uvas. Su comida era una sustancia deliciosa que los hacia inmortales, y no solo á ellos sino tambien á sus caballos; y por eso la llamaban *ambrosía*, como si dijéramos, comida *inmortalizante*. Su bebida era tambien un licor suavísimo llamado *néctar*, palabra sobre cuya etimología *»Grammatici certant, et adhuc sub judice lis est."* Sin embargo, la opinion de Cour de Gebelin, segun la cual significa tambien cosa que *libra de la muerte*, me parece bastante fundada. Estas Deidades habian nacido, y se sabia cuales eran sus padres y abuelos; pero no debian morir. No obstante podian ser heridas, derramar cuando lo fuesen una especie de sangre blanquecina llamada *icor*, y sufrir agudísimos dolores. Sentian tambien las mismas pasiones que los hombres, dormian como ellos en blandos y mullidos lechos, se casaban entre sí, y ademas se enamoraban, los Dioses de las mugeres mortales, y las

Diosas de los hombres; y de estos matrimonios clandestinos resultaban los llamados Semidioses, ó héroes, los cuales, aunque tenian algo de sobrenatural y divino, estaban sujetos á la muerte, y de ella no podian librarlos sus mismos padres con toda la omnipotencia que se les suponia. Los Dioses eran mucho mas altos, gallardos y fornidos que los hombres terrenales, y las Diosas mas apuestas tambien y mas hermosas que nuestras mugeres. Las divinidades superiores hacian vida comun, por decirlo así, en un alcázar situado sobre las elevadas cumbres del Olimpo; y aunque esta es una montaña de Tesalia, como generalmente está cubierta de nieve y rodeada de nubes, la confundian con el cielo. Sin embargo, tenian ademas sus palacios particulares: y tanto en estos, como en el grande alcázar del Olimpo, todo era de oro; techo, paredes, pavimento, sillas y utensilios. Las Diosas del mar, los Dioses de los rios, y las Ninfas de las fuentes y lagunas, vivian en cristalinas trasparentes grutas situadas en el fondo del mar, rio, manantial ó lago á que presidian. El mayor y mas poderoso de los Dioses era Júpiter; pero aun así estaba sujeto á las disposiciones del *hado* ó *destino*; y aunque podia suspender ó retardar su ejecucion, no le era dado derogarlas ni contravenir á ellas. Las divinidades olímpicas tenian brillantes carrozas tiradas de hermosos caballos, en las cuales bajaban en un instante desde el Olimpo á la tierra, y de esta subian á las mansiones celes-

tes. Neptuno, Dios de las aguas, tenia tambien un carro tirado por caballos marinos, en el cual corria sin hundirse por la superficie del mar; y él y todos los demas podian sin carro subir al Olimpo y bajar desde alli á la tierra en una especie de vuelo, atravesar instantáneamente inmensas distancias, penetrar en los parages cerrados, transformarse en personas y aun en animales, y hacerse invisibles á los espectadores.

Todo esto, aun prescindiendo de la verdad revelada, es en sí mismo falso, absurdo, ridículo é imposible; pero así lo creian, y lo entendian literalmente, los pueblos para cuyo entretenimiento escribió Homero sus poesías; y asi es preciso que lo entiendan hoy, y se lo figuren hipotéticamente, los que lean aquellas antiquísimas obras. De otro modo, y si se empeñan en interpretar en sentido alegórico la parte mitológica, no hay poemas, ni es posible dar sentido racional á muchísimos pasages. Es evidente. Pero como el sistema de los alegoristas, fundado por Heráclides Póntico, ha prevalecido tanto entre los comentadores, que hasta Clarke y Bitanbé, que en lo sustancial le combaten, recurren sin embargo á las alegorías para explicar ciertos lugares, es preciso demostrar que nunca son admisibles.

Sin recorrer aquí todos los pasages de la Ilíada en que hay algo de mitología, porque ademas de fastidioso seria intempestivo; limitémonos á las primeras páginas del poema. Dándose en él por

supuesto que los griegos en el saqueo de Teba habian cautivado una hija de Críses, sacerdote de Apolo; empieza Homero su narracion diciendo que el padre vino á proponer su rescate, que el Rey Agamenon no quiso entregarla y aun trató con dureza al anciano, que este pidió á su Dios que le vengase, que irritado Apolo bajó desde el Olimpo á la tierra armado con un arco de plata y trayendo su aljaba provista de enherboladas flechas; y que habiendo disparado algunas hácia el campo de los griegos, excitó en su ejército una terrible peste. Todo esto, supuesta la errada creencia de aquel siglo, se entiende perfectamente, y es claro y sencillo tomado en sentido literal; pero se convierte en inexplicable algarabía, si consultamos á los alegoristas y adoptamos su interpretacion. Segun ellos, el poeta quiso decir con esto que estando acampados los griegos á la orilla del mar y en parages pantanosos, la humedad de los pantanos, desecada por los ardientes rayos del sol, se convirtió en vapores malsanos que produjeron en los hombres y animales calenturas pútridas, malignas, contagiosas, las cuales quitaron á muchos la vida. Yo creo, en efecto, que si hubo peste en el ejército sitiador seria producida por una causa natural; pero si se pretende que Homero presentó la accion de los miasmas pútridos levantados de la tierra por el sol, bajo la alegoría de Apolo que baja airado del Olimpo y dispara saetas á los griegos y con ellas los mata, se acabó el

poema. Todo él está fundado en la ficcion poética de que, no el sol material, sino el Dios llamado Apolo, y tal como los griegos le suponian, es decir, un rubio mancebo gran tirador de flechas, los mataba con ellas porque no habian respetado la persona de su sacerdote Críses. De consiguiente, si esto no es asi, si no se entiende literalmente, si la peste no es efecto de la cólera de Apolo, y si en ella no hay nada de sobrenatural, el poema queda concluido en los treinta primeros versos.

En efecto, si no es el fabuloso Apolo, sino el sol verdadero, el que envia la peste á los Aquivos, no hay motivo racional para que se pregunte al adivino Cálcas cual es la causa que la produce: esto debió preguntarse á los dos médicos del ejército, Macaon y Podalirio. Y aun suponiendo que se hubiese preguntado á Cálcas, este no pudo decir con verdad mitológica que Apolo castigaba á los griegos con aquella plaga porque no se habia admitido el rescate de Criseida ofrecido por su padre. No, ciertamente: el sol, en la estacion calurosa, siempre hubiera levantado de los pantanos vapores maléficos, aunque los griegos hubieran restituido á sus respectivos padres todas las esclavas que tenian en su campo. Y si no hubo motivo para consultar á Cálcas, ni él pudo decir con verdad que Apolo era el que enviaba la peste, y que esta no cesaria hasta que Agamenon diese libertad á la cautiva y se hubiese ofrecido, no al sol, sino al Dios Apolo, una

hecatombe; tampoco pudo Aquíles proponer que asi se hiciera, ni Agamenon enfadarse con él y quitarle su esclava favorita &c. &c. Ademas, si en el incidente de la peste Apolo no es el Dios que adoraban los Aquivos y tal como ellos se le figuraban, sino el globo de luz que nos alumbra ¿qué quiere decir, qué puede significar, aquello de que el sol, al oir la plegaria de Críses, baja colérico desde el Olimpo á la tierra, se encamina á las naves de los griegos, descuelga de los hombros el arco de plata, saca del flechero una y otra saeta, y las dispara sucesivamente á los mulos, á los perros, y á los hombres? ¿Cómo el sol material ha de bajar desde el Olimpo á la tierra? Ni ¿cómo se ha de enojar porque á un hombre llamado Críses no le restituyan la hija que le hicieron prisionera? Ni ¿cómo ha de llevar pendiente de los hombros arco y cerrada aljaba, y las saetas han de resonar sobre su espalda? Y cuando á fuerza de sutilezas pudiera darse algun sentido á la supuesta alegoría ¿cómo se podrá explicar despues la cesacion repentina de la peste? Dice Homero que apénas recibió en sus brazos el sacerdote á Criseida, rogó á Apolo que alejase la peste de los Dánaos, y que en efecto asi sucedió al instante. Y bien: si la peste era un efecto físico y necesario de los miasmas pútridos que los rayos del sol levantaban de los terrenos pantanosos ¿cómo los rayos solares han de suspender repentinamente su accion, y no han de sacar ya vapores

malsanos, porque una muchacha que estaba cautiva ha quedado en libertad, y porque en las aras de una divinidad fabulosa se han degollado unos cuantos inocentes bueyes? Para que este pasage fuese tambien alegórico, es necesario suponer que Criseida, Ulíses, la nave, los remeros, los bueyes, y la plegaria de Críses, significan los remedios que los médicos emplearon para curar los enfermos. No hay arbitrio: si en la intencion del poeta la peste fué natural, los medios que la terminaron fueron tambien naturales; y no hay otros que los medicamentos oportunamente empleados.

Lo mismo puede observarse en el resto del poema. En él, supuesta la absurda teología de los griegos, toda la parte maravillosa es clara si las palabras y frases se entienden en sentido literal. Pero, si suponemos que son expresiones alegóricas, con las cuales el poeta quiso explicar fenómenos naturales; el poema entero se convierte en un oscurísimo cáhos en que no hay sino tinieblas, un laberinto en que á cada paso nos perdemos, y una especie de fantasmagoría en que todo es ilusion. Daré otra prueba. En el mismo libro 1.° se dice que cuando Aquíles desenvainaba la espada para matar al hijo de Atreo, bajó Minerva del Olimpo, le habló, templó su enojo, é impidió que cometiese aquel atentado; y los alegoristas dicen aquí muy ufanos, y como seguros del triunfo, que todo esto no significa otra cosa sino que Aquíles volvió en sí, conoció el desacierto que iba á co-

meter, y se contuvo; y que así, la Minerva que baja del cielo es la *prudencia* del mismo Aquíles, que en secreto le advierte las fatales consecuencias de lo que intentaba hacer. Muy bien. Pero, si la Minerva que baja es la *prudencia* ¿quién será la Juno que la envia? Juno en el sistema de los alegoristas es la tierra: y en este supuesto ¿qué puede significar en sentido literal la expresion de que Juno, la tierra, envia á Minerva, la prudencia, á que temple la cólera de Aquíles? ¿Cómo la tierra ha de enviar la prudencia á parte ninguna? Ademas, si la Minerva que habla con Aquíles en el libro 1.° es la virtud de la prudencia que le dá sanos consejos ¿quién será la Minerva que en el libro 4.° habla con Pándaro, y le incita á que dispare una flecha á Meneláo, es decir, á que viole la tregua, se haga reo de perjurio, y ejecute la accion mas *imprudente*, criminal y funesta que podia ejecutar en aquellas circunstancias? Aquí enmudecen los alegoristas. Quede pues establecido que si queremos hallar sentido racional en las poesías de Homero, sacar fruto de su lectura, y recrearnos con ellas; debemos entender literalmente lo que nos cuenta de las divinidades fabulosas de los gentiles, trasladarnos al siglo á que se refieren los dos poemas, hacernos hipotéticamente uno de los ignorantes, crédulos, y supersticiosos lectores para los cuales fueron escritos, y por entónces tragarnos como verdades las absurdas ficciones que contienen. Lo demas es cerrar los ojos

á la luz, y devanarse los sesos con ininteligibles sutilezas mas oscuras todavía que las mismas ficciones mitológicas que se trata de explicar.

DE MI TRADUCCION.

No repetiré aquí lo que otros muchos han alegado en defensa de las suyas: esto es, que el hacer una buena traduccion es mas difícil de lo que ordinariamente se cree; que esta dificultad es tanto mayor, cuanto mas bien escrita esté la obra que se traduce; que se aumenta sobre manera cuando la traduccion se hace del griego, ó del latin, á alguna de las lenguas vulgares; y que llega á lo sumo cuando el autor que se quiere traducir es un poeta, y se le traduce en verso. Todo esto es muy cierto; pero si la traduccion es mala, no disculpa el traductor. Porque ántes de acometer la empresa, debe ya conocer todas las dificultades que ofrece; y si no se siente con fuerzas para vencerlas, hasta cierto punto á lo ménos, debe renunciar á ella. Ademas, publicar una traduccion es someterla al juicio de los inteligentes; y si estos la condenan, no hay apelacion de su fallo. Es, pues, inútil anticipar su apología. Si es buena, no necesita de prólogo galeato: si es mala, cuanto se diga en su elogio servirá para hacer ridículo al traductor. Así, respecto de la mia, solo haré á los jueces algunas advertencias para que puedan fallar con conocimiento de causa.

PRIMERA.

Está en verso: porque los poetas no deben traducirse en prosa cuando se traducen para que se conozcan é imiten los primores de su estilo. Las traducciones en prosa solo pueden servir para facilitar la inteligencia del texto á los que aprenden la lengua en que fué escrito, ó á lo mas para dar idea del contenido de la obra á los que solo han de leerla en aquella traduccion. En ella verán, sí, lo que en sustancia dijo el autor, los hechos y el fondo de los pensamientos; pero no verán la manera con que deberia decir aquello mismo un poeta que escribiese en la lengua del traductor. Y esto es cabalmente lo mas útil, y lo que debe enseñarse en las traducciones.

Y si aun traduciendo en verso los poetas, y aun suponiendo que la traduccion salga buena, todavía ha de quedar la copia muy inferior al original, porque igualarle, si fuere griego ó latino, es humanamente imposible ¿qué será traduciéndolos en prosa, aunque sea de la que llaman poética; expresion por otra parte que bien analizada presenta un sentido absurdo, ó como dicen los escolásticos, implica contradiccion? En efecto, si como todos saben, en el lenguage poético pueden emplearse con cierta parsimonia palabras, frases, construcciones, perífrasis, licencias é inversiones no usadas ni permitidas en prosa; es evidente que esta

nunca puede ser poética, porque nunca puede admitir una multitud de cosas que admite y aun exige el lenguage de las musas. Y esto es tan cierto, que si alguno escribiese en prosa verdaderamente poética seria el peor de todos los escritores. Porque escribiendo en prosa emplearia palabras, frases, construcciones, licencias, perífrasis é inversiones solo autorizadas en los versos. Y este fué precisamente, entre otros, uno de los errores de nuestros prosistas culteranos del siglo 17.º Por ejemplo, limitándonos á las inversiones y perífrasis ¿qué diríamos del escritor de prosa que hablando del combate de Trafalgar, y aunque fuese en una oracion fúnebre del tono mas elevado ó en una novela heróica, designase aquel promontorio con esta perífrasis é inversion de Moratin en la sombra de Nelson, *la yerta cumbre, del opulento Gerion sepulcro*, llámase al puerto de Sta. María *puerto de Mnesteo*, y al peñon de Gibraltar *peñasco enorme, gloria de Alcides*; é indicase los departamentos de marina establecidos en la isla de Leon, Cartagena y Ferrol, por medio de estas perífrasis, *Cadiz Eritrea, Espartario golfo, fragosa cumbre que cierra el seno Brigantino*? ¿Cuánto nos reiriamos de él si al describir el aspecto que terminado el combate presentaba la playa nos dijera: „ las „ crespas olas sacan á la desierta orilla *los* que el „ furor de sus monstruos voraces no deformó *cadá-* „ *veres desnudos*; *las* que no oculta su seno profun- „ do, *naves soberbias*?" Pues estos modos de hablar,

que en la prosa mas elegante serian ridículos é intolerables, son bellísimos, son necesarios en verso. Ademas, en este deben omitirse adverbios, frases adverbiales, conjunciones y fórmulas de transicion que la prosa admite, por elevado que sea el tono de la obra. Reconózcase, pues, que no hay ni puede haber prosa rigorosamente poética, y que esta expresion, si ha de ofrecer un sentido racional, no puede significar mas que »prosa tan elegan»te, como pueda serlo sin dejar de ser prosa." Por consiguiente al traducir los poetas no puede suplir por los versos, los cuales, ademas de la medida, tienen ciertos privilegios de que ella no puede usar: y por esta razon la han llamado algunos *villana* ó *plebeya*.

SEGUNDA.

Está en endecasílabos libres: *endecasílabos*, porque los versos castellanos de ménos sílabas no se usan ni deben usarse en los poemas épicos; y *libres*, por las siguientes razones.

1.ª Solo este metro es el que hasta cierto grado puede tener toda la flexibilidad de los exámetros griegos y latinos, y el único que permite dar á los versos de la traduccion el corte de los originales cuando asi lo pida la intencion manifiesta del autor.

2.ª En versos consonantes, de cualquier modo que se combinen, es imposible traducir fielmen-

te el original. Haga la prueba el que guste, y verá que empleando el consonante, ya en versos pareados (insufrible martilleo) ya en tercetos (buenos para imitar los dísticos griegos y latinos, pero malísimos para traducir los exámetros puros) ya en cuartetos, ó llámense redondillas de arte mayor (poco usados, y que ademas tienen uno de los dos inconvenientes del romance endecasílabo de que luego hablaré) ya en sextetos como los italianos (que seria menos malo) ya finalmente en octavas (que seria lo mejor) tiene que parafrasear el original á cada paso. Yo creo que la division constante y uniforme en porciones simétricas es contraria á la naturaleza del poema épico, y priva á los modernos compuestos en esta forma de la encantadora variedad de los antiguos: pienso que naturalmente agradan mas las flores sembradas con cierta desigualdad en una verde pradera, que las mismas distribuidas simétricamente y por hileras en los cuadros iguales de un jardin; y en consecuencia me parece que todo repartimiento de una larga composicion en estrofas de tres, cuatro, seis ú ocho versos (y aunque fuesen de diez, quince ó veinte) la hacen al cabo monótona, y la dan cierto aire de tablero de damas en que se descubre demasiado el artificio. Sin embargo, como el ejemplo del Taso, Camoens, Ercilla y otros, prueba que en octavas pueden escribirse epopeyas que se lean con placer; no negaré que salvo este defectillo de la constante distribucion

de la obra en porciones simétricas, y de la uniformidad que de ella resulta en el mecanismo de la versificacion, en lo demas puede cualquiera adoptar la octava, y acaso otra combinacion de versos consonantes, si escribe un poema épico original. Porque, dueño entónces de la materia, puede elegir ó desechar los pensamientos principales, segun que le parezcan mas ó menos á propósito para producir el efecto que desea; modificar á su gusto los ya elegidos añadiendo ó quitando ideas secundarias, segun que se presten ó no á la expresion poética; y de consiguiente, suprimir en las frases las palabras que no convienen al verso. Pero por lo mismo es evidente que el fiel traductor nada de esto puede hacer. Los pensamientos en general, las ideas particulares modificadas segun quiso el autor, el órden en que aquellos deben sucederse, las formas oratorias, las expresiones de la lengua original, y hasta la distribucion de la obra en párrafos y cláusulas; todo le está dado, y nada puede alterar sustancialmente. Al elegir las frases que en su lengua corresponden á las del texto, y al colocar las voces para que resulte el verso, tiene alguna libertad; pero al fin sus expresiones deben decir ni mas ni ménos que las del original, ó su traduccion será como *las bellas infieles* de Ablancour. Véase, pues, si con esta sujecion podrá nadie componer octavas como las del Taso, sin hacer unas veces que su autor diga lo que no pensó en decir, y sin omitir otras lo que expresamente dijo.

3.ª Aunque en el romance endecasílabo se pueden conciliar hasta cierto punto la fidelidad y la buena versificacion; siempre quedan dos defectos inevitables: la constante y uniforme division de toda la obra en estrofas simétricas demasiado cortas, y la monotonía de una misma asonancia en cada libro.

4.ª Emplear la silva, como han hecho los dos traductores de Milton: traducir en versos libres la parte narrativa y en octavas las arengas, como hizo Hernandez de Velasco: terminar cada párrafo en dos versos pareados, como imaginó García Malo: ó alternar el romance endecasílabo con octavas, reduciendo en estas á riguroso consonante el mismo asonante del romance, como propuso, y ejecutó con el primer libro de los Mártires, un anónimo en 1816: es siempre poner al poeta que se traduce casaca de dos colores, ó vestirle de arlequin. El poema épico sério exige un solo metro desde el principio hasta el fin, y una manera constante de combinar los consonantes si los tuviere. Asi, tampoco pueden emplearse los endecasílabos arbitrariamente aconsonantados, respecto de los cuales hay otra razon muy poderosa; y es que los consonantes, si no se corresponden entre sí á cierto período fijo mas ó menos largo, es decir, si no estan combinados con sujecion á una ley determinada y constante, hacen mal efecto; son como los bajos en la música, si se reparten sin órden. No queda, pues, para traducir las epopeyas griegas y latinas otro género de metro que los

endecasílabos sueltos, y en él está traducida la Odisea por Gonzalo Perez.

Y no se crea que por carecer de consonantes y asonantes es muy fácil hacerlos buenos: cualquiera que se haya ejercitado en ello habrá visto que muchas veces cuesta mas trabajo evitar la asonancia ó consonancia, que encontrarla. Ademas, darles la soltura de la prosa, y evitar que sean prosáicos; cortarlos de modo que imiten cuanto es posible el ritmo de los exámetros, sin que monten muy á menudo uno sobre otro; no admitir dentro de un mismo verso palabras consonantes á no ser las finales agudas de los verbos, porque estas son inevitables; y no poner muy inmediatas ni aun las asonantes, particularmente en los emistiquios y finales: todo esto junto ofrece dificultades que solo puede apreciar el que se ha visto en la necesidad de superarlas. Y yo creo que si el verso libre ha sido mirado hasta ahora con desprecio, es porque los de nuestros antiguos traductores son generalmente desaliñados. Pero háganse como los de Jovellanos, Melendez y Moratin en sus composiciones originales; sea cada uno de por sí tan lleno y sonoro como si hubiera de emplearse en un soneto ó en una octava; estén escritos en lenguage y estilo tan poéticos como permita el pasage traducido, porque en los mismos originales no siempre llega á lo sumo, ni debe llegar, la grandilocuencia épica; y no dudo que agradarán al oido mas delicado y descontentadizo.

Todavía hay otra dificultad al traducir en verso libre un poema épico; y es la de hacer que los versos, ademas de ser armoniosos, sean *heróicos*. Esto necesita de explicacion. El endecasílabo suelto puede emplearse en las sátiras, en las epístolas, en los poemas didascálicos, en los descriptivos, en las églogas, y en las tragedias; pero en cada una de estas composiciones debe tener un giro, un corte, un ritmo, un carácter particular, y en ninguna de ellas es heróico. Lo mismo sucede en griego y en latin con los exámetros puros. En esta clase de verso estan escritas, por ej. las sátiras y epístolas de Horacio, las églogas y geórgicas de Virgilio, y su inmortal Enéida: en todas estas obras son respectivamente buenos, y están hechos como debieron hacerse segun el género á que cada una pertenece; pero solo en la Enéida son heróicos. En las otras tienen la melodía y rotundidad que conviene á la especie y al tono de la composicion; pero en ninguna se percibe constantemente al recitarlos aquel eco varonil, aquel ruido militar, aquel sonido lleno de la trompeta, que en cierto modo se oye al leer en alta voz los de la Enéida. En las poesías bucólicas domina el tono humilde y jovial del caramillo, y en las didácticas el grave y serio del órgano; pero en las épicas se oye casi siempre el estruendoso ruido de las armas, y la voz penetrante de las trompas y clarines. Esto parecerá tal vez sutileza ó suposicion arbitraria; mas para los oidos delicados es una ver-

dad de sensacion; y no hay hombre medianamente ejercitado en la lectura de los exámetros, que á la simple armonía no distinga el

Qui fit, Mæcenas....
Troyani belli scriptorem &c.

de Horacio, el

Tityre, tu patulæ....
Quid faciat lætas segetes &c.

de Virgilio en las églogas y geórgicas, y el

Ut belli signum Laurenti Turnus ab arce...
Panditur interea domus omnipotentis Olympi.

de su Enéida. Y si esta diferencia es perceptible en la sola parte musical ¿cuánto mas debe serlo en el tono y estilo de la obra? En los endecasílabos heróicos, sóbre todo si son libres, se verifica al pie de la letra lo de » *neque enim concludere versum dixeris esse satis*," y es donde mas se necesita el » *os magna sonaturum.*" En las églogas, composiciones didácticas, poesías descriptivas y tragedias, el estilo en muchos pasages puede no pasar de florido, el tono puede no levantarse demasiado, y la armonía puede no ser muy sensible; pero en la epopeya, estilo, tono, y sonido material de los versos, todo ha de ser noble, magestuoso y fuerte.

Resumiendo ya lo dicho en esta parte, resulta que en todos los endecasílabos sueltos es preciso evitar cuanto se pueda la proximidad de palabras consonantes y aun asonantes, conciliar la soltura de la prosa con el paso medido y caden-

cioso del verso, y acomodar el corte y las pausas á la mayor ó menor conexion de las ideas que se van sucediendo; y que en los heróicos es necesario ademas sostener siempre el tono, el estilo, y hasta el sonido material, á cierto grado de elevacion Y si á esto se añade que al mismo tiempo se deben variar corte, pausas, tono, estilo y harmonía, segun que el pasage que se compone ó traduce es una simple narracion, un símil, una descripcion, ó una arenga, y que en estas ha de hablar el personage de aquella manera particular que corresponde á su carácter, clase, edad y situacion ¿se despreciará el verso libre cuando reuna todas estas dificiles cualidades? Yo no me lisonjeo de que los mios lleguen á semejante grado de perfeccion; pero creo que en general pueden leerse, si no con admiracion, á lo menos sin fastidio.

TERCERA.

Estando destinadas las notas que se encontrarán al fin del tomo último á justificar la traduccion en aquellos pasages en que pudiera ser censurada; bastará decir ahora que está hecha con la mas escrupulosa fidelidad, sin haberme tomado otra licencia que la de suprimir los epítetos de pura fórmula ó notoriamente ociosos, y añadir algunos que me han parecido necesarios. En lo demas, no he omitido un solo pensamiento del autor ni le he prestado ninguno mio, y he dejado

los suyos en el mismo órden en que se hallan colocados: he conservado igual número de cláusulas cuando alguna de ellas no resultaba demasiado larga; no he variado las formas oratorias, sino tres ó cuatro veces en que la interrogacion ó exclamacion era mas enérgica que la simple afirmacion; y hasta en la construccion gramatical de las frases he seguido la sintáxis griega, siempre que lo ha permitido el genio de la lengua castellana. Y que asi sea, lo reconocerá el que se tome la molestia de comparar mi traduccion con el texto, ó con la version interlinear latina, la cual sin embargo en muchos pasages pudiera ser mas exacta. Sobre todo, he procurado dar á la traduccion el carácter de sencillez y naturalidad que distingue á Homero de los demas escritores profanos, antiguos y modernos. Esta sencillez y naturalidad llegan á tal punto, que á los lectores poco instruidos parecerá á veces descuidado y pobre lo mas digno de admiracion; porque al leer ciertos trozos se les figurará que ellos facilmente dirian aquello mismo, y aun lo dirian mejor. Pero se engañan mucho. Homero es entre todos los clásicos griegos y latinos el que mas se acercó á aquella rara perfeccion de estilo que Horacio recomienda cuando dice: » *ut sibi quivis speret idem; sudet multum, frustraque laboret, ausus.* Escójase cualquier pasage, simple narracion, símil, descripcion, ó arenga; sustitúyanse otros pensamientos, quítese ó añádase alguno, y désele al buen Homero lo que los franceses lla-

man *esprit*, es decir, conceptos demasiado ingeniosos, epigramáticos, antitéticos, y expresiones muy estudiadas; y se verá que el trozo que resulta, aunque tenga cierto brillo, no es en realidad tan bueno como el original. Advierto finalmente que no he traducido los epígrafes, ó argumentos, que suelen ponerse en las ediciones del texto para indicar sumariamente el contenido de cada libro; porque semejantes extractos, ademas de ser obra de los gramáticos y no del poeta, disminuyen la curiosidad, la sorpresa, y de consiguiente el placer de los lectores, anticipándoles la noticia de lo que va á suceder. Lo mismo han hecho Bitaubé, Dugas y algunos otros.

LIBRO PRIMERO.

De Aquíles de Peleo canta, Diosa,
la venganza fatal que á los Aquivos
orígen fué de numerosos duelos,
y á la oscura region las fuertes almas
lanzó de muchos héroes, y la presa
sus cadáveres hizo de los perros
y de todas las aves de rapiña,
y se cumplió la voluntad de Jove;
desde que, habiendo en voces iracundas
altercado los dos, se desunieron
el Atrida, adalid de las escuadras
todas de Grecia, y el valiente Aquíles.
¿Cuál de los Dioses, dime, á la discordia
sus almas entregó para que airados
injuriosas palabras se dijesen?
De Latona y de Júpiter el hijo;
que ofendido del Rey, á los Aqueos
enviara la peste asoladora,
y á su estrago la gente perecia,
por no haber el Atrida respetado
al sacerdote Críses que venido
habia de los Griegos á las naves
una hija suya á redimir. De mucho
valor era el rescate que traia:
y el áureo cetro en la siniestra mano
y en la derecha la ínfula de Apolo,
así á todos los Dánaos suplicaba;
y señaladamente á los Atridas,
caudillos ambos de la hueste aquea.
"Atridas, y demas esclarecidos

»campeones de Grecia! Las Deidades 31
»que en las moradas del Olimpo habitan
»á vosotros de Príamo concedan
»la ciudad destruir, y á vuestros lares
»felizmente llegar. De una hija mia
»que me otorgueis la libertad os ruego,
»y el rescate admitid, reverenciando
»de Jove al hijo, el Flechador Apolo."
Al escucharle los demas Aquivos,
en fausta aclamacion todos dijeron
que al sacrificador se respetara
y el precioso rescate se admitiese;
pero al Atrida Agamenon el voto
general no agradó, y al sacerdote
con imperiosa voz y adusto ceño
mandó que de las naos se alejase,
y al precepto añadió las amenazas.
"Viejo! (le dijo) Nunca en este campo,
»ahora si retardas la salida,
»ó en adelante si á venir te atreves,
»á verte vuelva yo: pues de mi saña
»no serán á librarte poderosos,
»ni la ínfula del Dios, ni el regio cetro.
»Yo la esclava no doy: ántes en Árgos,
»léjos de su pais, dentro mi alcázar,
»la rugosa vejez tejiendo telas
»la encontrará, y mi lecho aderezando.
»Vete ya; no mi cólera provoques,
»si volver salvo á tu ciudad deseas."
Dijo: temió el anciano, y obediente
á su voz, se volvió sin replicarle
del estruendoso mar por la ribera;
pero alejado ya de los Aqueos,

64 mientras andaba, en doloridas voces
pidió venganza al hijo de Latona.
"Escúchame (decia) pues armado
»con el arco de plata ha defendido
»siempre tu brazo á la region de Crísa
»y á la ciudad de Cila populosa,
»y de Ténedos númen poderoso
»eres, ó Esmintio! Si en mejores dias
»erigí á tu deidad hermoso templo,
»si alguna vez de cabras y de toros
»quemé sabrosas piernas en tus aras,
»otórgame este don: *paguen los Dánaos*
»*mis lágrimas, heridos por tus flechas.*"
Asi el anciano en su plegaria dijo.
Oyóle Febo; y de las altas cumbres
del Olímpo bajó, inflamado en ira
el corazon. Pendian de sus hombros
arco y cerrada aljaba; y al moverse,
en hórrido ruido retemblando
sobre la espalda del airado númen,
resonaban las flechas; pero él iba
semejante á la noche. Cuando estaba
cerca ya de las naves, se detuvo,
lanzó una flecha, y en chasquido horrendo
crugió el arco de plata. El primer dia
con sus mortales tiros á los mulos
persiguió, y á los perros del ganado;
pero despues, enherbolada flecha
disparando á la hueste, á los Aquivos
hirió, y de muertos numerosas piras
ardiendo siempre en la llanura estaban.
Nueve fueron los dias que las flechas
del Dios por el ejército volaron,

mas Aquíles, al décimo, las tropas
á junta convocó: la Diosa Juno,
que mucho de los griegos se dolia
viéndolos perecer, este consejo
le inspiró. Cuando todos los Aquivos,
al pregon acudiendo, se juntaron;
de la alta silla el valeroso Aquíles
alzóse, y dijo al adalid supremo.
"Atrida! juzgo que de nuevo errantes
»por ese mar, en vergonzosa fuga
»á Grecia volverémos si la muerte
»evitar nos es dado; pues unidas
»guerra y peste el ejército destruyen.
»Mas algun adivino consultemos,
»ó sacrificador, ó acreditado
»intérprete de sueños; porque envia
»tambien los sueños el Saturnio Jove.
»Él nos dirá por qué tan altamente
»Febo está de nosotros ofendido:
»y sabrémos en fin si nos acusa,
»ó de que no cumplimos algun voto,
»ó de que en sus altares olvidamos
»ofrecer hecatombe numerosa;
»y si querrá librarnos de la peste,
»luego que de las cabras escogidas
»y los corderos el olor y el humo
»hayan subido á la region del éter."
Asi habló Aquíles, y volvió á sentarse.
Se alzó luego el mejor de los augures,
Cálcas, hijo de Téstor, que sabia
lo pasado y presente, y lo futuro,
y con esta pericia en los agüeros,
que Febo le otorgara, por los mares

á Troya los navíos de la Grecia
guiado habia. Y cual varon prudente,
así habló con el hijo de Peleo.
"A Jove caro, valeroso Aquíles!
»pues mandas que yo diga por qué ahora
»destruye con la peste á los Aquivos
»el soberano Flechador Apolo;
»yo lo revelaré, si me prometes
»antes, y me lo juras, que resuelto
»con la voz y la diestra poderosa
»tú me defenderás. Porque conozco
»que contra mí se irritará un guerrero
»que sobre todos los Argivos tiene
»grande poder, y su persona mucho
»acatan los Aqueos. Y enemigo
»poderoso es un Rey, cuando se enoja
»con algun inferior; pues si aquel dia
»la cólera devora, guarda siempre
»en su pecho el rencor hasta que encuentra
»ocasion de vengarse. Tú medita
»si me podrás salvar:" Respondió Aquíles.
"Depon ese temor, y nos anuncia
»la voz divina que escuchado hubieres:
»yo juro por Apolo, á Jove caro,
»y á quien tú, ó Cálcas, invocando pio,
»lo futuro descubres á los Griegos,
»que en tanto que yo viva y la luz vea
»del refulgente sol, en tí ninguno
»de todos los Aquivos será osado
»las manos á poner; aunque nombraras
»al mismo Agamenon, que se gloría
»de ser en el ejército el primero."
Depuesto ya el temor, en tono grave

dijo el célebre augur. "No nos acusa 163
»Apolo de que habemos olvidado,
»ó cumplir algun voto, ó en sus aras
»víctimas ofrecer: está ofendido
»de que á su sacerdote con desprecio
»Agamenon trató; que ni á la esclava
»dió libertad, ni recibió el rescate.
»Por eso el Flechador en los Aquivos
»estragos hizo, y aun hará, terribles:
»ni de la peste su pesada mano
»alzará la deidad, hasta que al padre,
»ni rescatada, ni vendida, envíe
»el Rey la jóven, y se lleve á Crísa
»la hecatombe sagrada. Acaso entónces,
»su cólera aplacando, nuestros votos
»conseguirémos que benigno escuche."
Asi dijo el augur: alzóse el fuerte
y poderoso Agamenon de Atréo,
el ánimo turbado y encendido
en ira el corazon; porque al oirle
ennegrecido en derredor su pecho,
llenárase de cólera, y sus ojos
fuego centelleante parecian.
Y con ceñuda faz mirando á Cálcas,
en voz terrible é iracunda dijo.
"Adivino de males! A mí nunca
»darme has querido favorable nueva:
»siempre te es grato presagiar desdichas;
»y jamas todavía una palabra
»has dicho, ni una accion ejecutado,
»que en mi daño no fuese. Y aun ahora
»afirmaste á la faz de los Aquivos,
»oráculos mintiendo, que si Apolo

196 »con peste los aflige asoladora,
»es porque de Criséida yo no quise
»admitir el rescate. Deseara
»en mi casa tenerla y á mi lado,
»y mucho yo á la misma Clitemnestra,
»mi legítima esposa, la prefiero;
»porque ni en la hermosura, ni en la gracia,
»ni en el talento, ni en labor de manos,
»á aquella es inferior. Mas no rehuso
»entregarla á su padre, si parece
»esto mas útil; porque yo antepongo
»la salud del ejército á su ruina.
»Pero otra jóven se me dé graciosa,
»para que entre los Príncipes no sea
»el solo que no tenga alguna esclava
»premio de su valor. Mengua seria:
»y todos ya lo veis, la que por voto
»general me ofrecieron los Aquivos
»vuelve al paterno hogar:" Respondió Aquíles.
"Glorioso Atrida! cuando asi te sea
»mas que á todos los hombres doloroso
»perder lo que una vez llamáste tuyo
»¿cómo ya generosos los Aquivos
»te darán otra esclava? No sabemos
»que en parte alguna comunal riqueza
»esté depositada. Los despojos
»en batallas ganados y en saqueos
»repartidos están, y no seria
»decoroso obligar á los soldados
»á que en comun de nuevo los reunan.
»Asi, tu esclava al Flechador le cede;
»que despues triplicado los Aquivos,
»ó cuadrúplo, su precio te darémos,

»si la fuerte ciudad de los Troyanos 229
»un dia saquear nos diere Jove."
Y Agamenon le dijo. "No presumas,
»ó Aquíles á los Dioses parecido,
»con estudiadas voces engañarme,
»por mas sábio que seas; pues con dolo
»no me seducirás, ni con razones
»me podrás persuadir. ¿Acaso quieres
»que mientras tú conservas la troyana
»premio de tu valor, sin recompensa
»yo á la mia renuncie? ¿No propones
»que la dé libertad? Otra cautiva
»dénme, pues, los Aquivos tan hermosa,
»y que grata me sea. Y si rehusan
»dármela; yo, como adalid supremo,
»la escogeré: y la tuya, ó la de Aiante,
»ó la de Ulíses, llevaré á mi tienda
»á pesar de su dueño; y enojado
»este mucho será. No mas ahora
»de esto se trate; llegará su dia.
»Hoy lancemos del mar á la llanura
»embreado navío, en él se junten
»escogidos remeros, la hecatombe
»se acomode, embarquemos á la hermosa
»hija de Críses, y el caudillo sea
»alguno de los Príncipes que tienen
»en los consejos voto; Idomeneo,
»Ayax de Telamon, el sabio Ulíses,
»ó tú mismo, pues eres entre todos
»el héroe mas temido. Ve, y ofrece
»el sacrificio al Flechador, y alcanza
»que ya propicia su deidad nos sea."
Con torva faz habiéndole mirado,

262 furioso Aquíles respondió al Atrida.
"Hombre tú sin pudor! alma dolosa!
»¿cómo pronto estará ningun Aquivo,
»obediente á tu voz, ni de las marchas
»la fatiga á sufrir, ni con los hombres
»á lidiar animoso en la pelea?
»No fueron, no, la causa los Troyanos
»de que yo desde Grecia aqui viniese
»á guerrear, ni agravio ellos me hicieron;
»porque jamas los bueyes me robaron,
»ó los bridones; ni en la fértil Phtía,
»en guerreros fecunda, las cosechas
»destruyeron jamas: hay de por medio
»muchos fragosos montes y sombríos,
»y el resonante mar. Los Griegos todos,
»porque tú puedas ufanarte un dia,
»á tí, impudente, á tí, seguido habemos
»de los Troyanos á tomar venganza
»por Menelao..... por tí, que el beneficio
»así ingrato olvidaste y desconoces;
»y á decirme te atreves que abusando
»de tu poder me quitarás la esclava
»que cautivé yo mismo, y entre todas
»para mí separaron los Aqueos.
»Yo premio al tuyo igual nunca recibo
»cuando por el ejército es tomada
»populosa ciudad de los Troyanos;
»pero mi brazo en las sangrientas lides
»es el que mas trabaja. Y cuando llega
»luego la particion de los despojos,
»es tu parte mayor; y yo á las naves,
»ya fatigado de lidiar, me vuelvo
»con la escasa porcion que me ha tocado.

»Pero hoy á Phtía tornaré.... Mas vale
»atravesar el Ponto, y con mis tropas
»á Tesália volver; que ya no quiero,
»pues me desprecias, en provecho tuyo
»ganar aquí riquezas y tesoros."

"Huye en buen hora (respondió el Atrida)
»huye, no te detengas, si impaciente
»estás ya por huir; yo no te ruego
»que por vengar mi ofensa un solo dia
»tardes en alejarte de esta playa.
»Tengo yo otros valientes campeones
»que mi honor desagravien, y el excelso
»próvido Jove me protege.... Odioso
»me eres tú, cual ninguno de los Reyes
»que á Troya me han seguido; porque gustas
»de riñas siempre, y guerras y combates.
»Si valiente naciste, beneficio
»es de alguna deidad. Asi, á Tesália
»con tus soldados vuelve y con tus naves,
»y sobre los Mirmídones impera.
»Yo de tí no me curo, ni me importa
»que estés airado: la amenaza escucha
»que hacerte quiero. Pues el mismo Apolo
»de la gentil Criséida me despoja,
»con gente mia volverá á su patria
»y en una de mis naves; pero luego
»á la hermosa Criséida, tu cautiva,
»he de traerme yo: é iré á buscarla
»á tu tienda en persona, porque veas
»cuanto yo te aventajo en poderío;
»y tambien porque tiemble cualquier otro
»de igualarse conmigo, y no se atreva
»á comparar con mi poder el suyo."

328 Taciturno dolor al escucharle
se apoderó de Aquíles, é indeciso
su corazon en el velludo pecho
entre dos pensamientos fluctuaba:
si ya, el agudo estoque desnudando
que llevaba pendiente, se abriria
paso por entre todos y de Atreo
traspasaria al hijo; ó si el enojo
calmando, sus coléricos furores
reprimiria. En tanto que en su mente
y en su ánimo estas dudas agitaba,
y que ya el ancho formidable estoque
iba sacando; desde el alto Olímpo
en raudo vuelo descendió Minerva,
porque próvida Juno la enviaba:
Juno que á los dos héroes protegia,
y los amaba con igual cariño.
Y á la espalda poniéndose de Aquiles
asióle por la rubia cabellera,
solo visible al héroe; que ninguno
de los otros la vió. Turbóse Aquíles
volvió la cara, y conoció á la Diosa
al resplandor de sus terribles ojos;
y así la dijo en rápidas palabras.
"Hija de Jove! ¿A qué del alto cielo
»bajáste ahora? ¿á presenciar acaso
»cómo me insulta y amenaza altivo
»Agamenon de Atreo? Pues te anuncio,
»y ya viéndolo estoy.... por su arrogancia
»la dulce vida perderá, y en breve."
Minerva respondió. "Yo del Olímpo
»tu cólera á calmar aquí he bajado,
»si dócil te mostrares; y me envia

»próvida Juno; que á los dos protege,
»y á los dos ama con igual cariño.
»Suspende ese furor, y no desnude
»la cuchilla tu mano; de palabra
»oféndele en buen hora. Yo te anuncio....
»y á su tiempo verás que mi promesa
»se cumple. Vendrá dia en que ofrecidos
»brillantes dones te serán y muchos,
»para desagraviarte de esa injuria.
»Así, tu ardor reprime, y de nosotras
»cumple la voluntad." Respondió Aquíles.
»Diosa! pues ambas lo quereis, forzoso
»obedecer será por mas airado
»que esté mi corazon. Así conviene;
»porque los justos Dioses las plegarias
»oyen benignos del varon piadoso
»que sus mandatos obedece y cumple."
Dijo, y la fuerte diestra sobre el puño
detuvo argénteo, y la tajante espada
á su sitio volvió; ni á los mandatos
fué indócil de Minerva, que al Olímpo
volviera en tanto á la mansion de Jove
enmedio de los otros inmortales.
Pero despues el héroe, arrebatado
del furor que su espíritu agitaba,
dijo al Atrida en iracundas voces.
"Impudente! beodo! que de ciervo
»tienes el corazon! Nunca tuviste
»valor para salir con tus soldados
»á batalla campal, ni á las celadas
»ir con los campeones de la Grecia:
»tal es el miedo que á la muerte tienes.
»Mucho mas fácil es, y mas glorioso,

394 »de los Aqueos por el ancho campo
»su esclava ir á robar al que en las juntas
»ose contradecirte. Rey impio,
»que tu pueblo devoras porque mandas
»á gente sin valor! esta seria
»la vez postrera que injuriado hubieses,
»ó hijo de Atreo..... Pero yo te anuncio,
»y con el juramento mas solemne
»voy á jurarlo. Sí: por este cetro
»que jamas echará ni hoja ni ramas,
»ni reverdecerá, desde que el tronco
»abandonó una vez allá en el monte;
»porque de la corteza y de las hojas
»en derredor le despojó el acero,
»y los Príncipes ya de los Aquivos
»que justicia administran, y por Jove
»custódios son de las antiguas leyes,
»en la mano le llevan, yo le juro,
»y terrible será mi juramento.
»Llegará dia en que los hijos todos
»de los Aqueos en dolientes voces
»por Aquíles suspiren, sin que pueda
»ya tu espada salvarlos aunque mucho
»su triste suerte llores, cuando muertos
»á manos de Héctor homicida caigan
»uno en pos de otro. Pesaroso entónces
»tú de no haber honrado al mas valiente
»de los Aquivos todos, en el pecho
»el alma sentirás despedazarse."

Así habló Aquíles y arrojó por tierra
el régio cetro, que de clavos de oro
estaba guarnecido, y el escaño
volvió á ocupar. Agamenon el suyo

dejaba ya para tomar venganza 427
del hijo de Peleo; pero alzóse
el suavilócuo Néstor, de los Pilios
elocuente orador, de cuyos labios
las palabras corrian muy mas dulces
que la miel. Este anciano, que en su tiempo
viera morir en la opulenta Pílos
las dos generaciones de los hombres
de articulada voz que de su infancia
fueran y juventud los compañeros,
y su cetro regia la tercera,
asi les dijo cual varon prudente.
"Este dia ¡oh dolor! dia de llanto
»deberá ser para la Grecia toda.
»Y mucho ahora Príamo, y los hijos
»de Príamo tambien se alegrarian,
»y los demas Troyanos en su pecho
»grande placer sintieran; si entendiesen
»que enemistados por querellas vanas
»os injuriais así, cuando vosotros
»los primeros de todos los Aquivos
»en el consejo sois y en la pelea.
»Pero escuchad mi voz, ya que sois ambos
»mas jóvenes que yo; pues otro tiempo
»con héroes traté ya mas esforzados
»que vosotros, y no me despreciaban.
»No: jamas yo hombres viera, ni he de verlos,
»como Pirotoó, Driante, Exadio,
»Ceneo y Polifemo, comparable
»á un Dios; ó cual Teseo, hijo de Egeo,
»el que á los inmortales semejaba.
»Estos fueron los hombres mas valientes
»que la tierra hasta ahora ha producido;

»pero si muy valientes ellos eran,
»pelearon con otros muy valientes,
»los Centáuros del monte habitadores,
»y horrible estrago en su escuadron hicieron.
»Yo, que de Pílos, tan lejana tierra,
»vine llamado por aquellos héroes,
»á su lado asistí, y en la batalla
»hice tambien de mi valor alarde;
»y con aquellos monstruos, á fe mia,
»ningun mortal, de los que ahora viven
»sobre la haz de la tierra, peleara:
»y los héroes consejo me pedian,
»y atentos escuchaban mi dictámen.
»Seguídle, pues, vosotros; porque siempre
»tomar el buen consejo es acertado.
»Ni tú, ó Agamenon, quites la esclava
»á Aquíles, aunque seas poderoso;
»deja que la conserve, pues en justo
»premio de su valor se la otorgaron
»los hijos de los Griegos: ni tú, Aquíles,
»rivalizar con el Atrida quieras;
»que honor al suyo igual ningun Monarca
»logró jamas de cuantos llevan cetro,
»y á quien Jove ensalzar haya querido.
»Si tú eres mas valiente, y una Diosa
»tienes por madre; el Rey mas poderoso
»es, porque impera sobre mas guerreros.
»Atrida, ahora tu furor reprime;
»y en adelante ya no mas airado
»con Aquíles estés; yo te lo ruego:
»que contra los estragos de la guerra
»es el antemural de los Aquivos.»
El Rey Agamenon respondió á Néstor.

»Anciano! hablaste cual varon prudente; 493
»pero Aquíles intenta sobre todos
»los otros ser, á todos dominarlos,
»sobre todos mandar, y en las batallas
»ser de todos caudillo; y á ninguno
»obedecer querrá. Mas, si los Dioses
»eternales le hicieron tan valiente
»¿le permiten acaso que injuriosas
»razones diga?" Interrumpiendo Aquíles
el discurso del Rey, así le dijo.

"Vil y cobarde con razon seria
»llamado yo, si á los caprichos tuyos
»cediera siempre. Sumision tan baja
»de otros exige, sobre mí no quieras
»como gefe mandar; que desde ahora
»dejo de estar á tu obediencia y mando.
»Y nunca olvide la memoria tuya
»lo que voy á decir. Por la cautiva
»no esgrimiré la espada, ni contigo,
»ni con otro ninguno de los Griegos;
»pues vosotros, habiéndomela dado,
»hoy ya me la quitais. Mas de las otras
»riquezas que se guardan en mis naves,
»con todo ese poder de que te jactas,
»nada tú llevarás malgrado mio.
»Haz la prueba si quieres, y los Griegos
»reconozcan tambien...... pronto corriera
»tu roja sangre de mi lanza en torno."

Despues de haber los dos asi altercado
en iracundas injuriosas voces;
alzáronse y la junta disolvieron,
y á sus tiendas y naves con Patroclo
y sus escuadras retiróse Aquíles.

526 El Atrida, mandando que sacasen
al mar la mas velera de sus naos,
veinte remeros escogió, y en ella
la hecatombe que al Dios se destinaba
mandó poner, y á la cautiva hermosa
condujo por su mano hasta el navío:
y el Príncipe á llevarla destinado
Ulíses fué, que se embarcó el postrero.

Apénas estos las rizadas olas
á surcar empezaban, el Atrida
mandó por bando á los Aquivos todos
en santa lustracion purificarse.
Así lo hicieron: y á la mar echando
las impurezas, al airado Apolo
ofrecieron solemnes hecatombes
de cabras y de toros en la orilla
del indomable mar; y de las reses
el olor, en oscuros remolinos
envuelto de humo, penetró hasta el cielo.

Mientras en esto el campo se ocupaba,
Agamenon, ejecutar ansiando
la fatal amenaza que en la junta
ántes hiciera al valeroso Aquíles,
en imperiosa voz así á Taltibio
y Euríbates habló, que sus heraldos
y sus ministros diligentes eran.

"A la tienda de Aquíles de Peleo
»id, y traedme por la mano asida
»á la hermosa Criséida. Si de grado
»entregarla no quiere, yo á buscarla
»con gente mucha iré, y este partido
»mas duro le ha de ser." Estas razones
dichas, los despidió; pero al mandato

añadiendo terribles amenazas. 559

Ellos, malgrado suyo, por la orilla
del mar se encaminaron: y venidos
adonde los Mirmídones tenian
sus tiendas y bajeles, asentado
junto á su pabellon y su navío
encontraron á Aquíles, que á su vista
no recibió placer. Turbados ellos,
y del Rey la persona respetando,
inmóviles estaban: y ni hablarle
osaban, ni decirle á qué venian;
pero él lo conoció, y asi les dijo.

"El cielo guarde vuestra vida, heraldos,
»mensageros de Jove y de los hombres!
»Acercáos; que yo ni de vosotros
»quejarme debo, ni teneis la culpa:
»la tiene Agamenon, que por la jóven
»Criséida os envió. Caro Patroclo!
»saca del pabellon á la cautiva,
»y á los dos mensageros se la entrega
»para que la conduzcan: y ellos mismos,
»ante los bienhadados inmortales,
»ante los hombres á morir sujetos,
»y ante ese Rey cruel, sean testigos
»si algun dia yo fuere necesario
»para librar á los demas Aqueos
»de su ruina total. Porque á dañosos
»consejos él, cual si demente fuera,
»abandonarse suele; y lo pasado
»tener no sabe en cuenta y lo futuro,
»para que los Aquivos en las naves
»sin peligro combatan con los Teucros."

Asi dijo: y Patroclo, al caro amigo

592 obedeciendo, la cautiva hermosa
de la tienda sacó, y á los heraldos
se la entregó. A las naves del Atrida
ellos se encaminaron, y la jóven
los siguió á su pesar. Despues Aquíles,
solo y amargas lágrimas vertiendo,
se asentó, de sus tropas apartado,
del espumoso mar en la ribera:
y con dolientes voces á su madre,
fija la vista en el oscuro ponto
y extendidas las manos, invocaba.
"Madre! (decia) pues el ser me diste;
»ya que mi vida larga ser no pueda,
»honra al ménos debia concederme
»el Olímpico Júpiter tonante:
»y ves cuan poco de mi honor se cura.
»El orgulloso Agamenon de Atreo
»acaba de insultarme; y la cautiva
»que en premio del valor me fué otorgada
»quitándome á la fuerza y de su propia
»autoridad, en su poder la tiene."
La augusta madre, que en el hondo seno
del mar estaba de su anciano padre
sentada al lado, percibió sus voces;
y en raudo vuelo de la mar undosa
salió á la orilla, como niebla leve.
Y acercándose al hijo, con la mano
le acarició y le dijo enternecida
estas palabras. "Hijo! ¿por qué lloras?
»¿qué cuita siente el angustiado pecho?
»Habla; nada me ocultes, hijo mio!
»y sepa yo de tu dolor la causa."
Un profundo suspiro despidiendo,

Aquíles respondió. "Bien lo conoces.
»¿A qué fin, si de todo sabidora
»eres, lo he de contar?—Fuimos á Teba,
»rica ciudad en que Etion reinaba;
»la saqueamos, el botin se trajo,
»en justa division le repartieron
»de los Aqueos entre sí los hijos,
»y la hermosa Criséida separaron
»para el de Atreo. Á rescatar la jóven
»luego su anciano padre, que de Apolo
»es sacerdote, á nuestro campo vino,
»y espléndido rescate nos traia.
»Y el áureo cetro en la siniestra mano
»y en la derecha la ínfula de Apolo,
»á todos los Aquivos suplicaba;
»y señaladamente á los Atridas,
»caudillos ambos de la hueste griega.
»Al escucharle los demas Aquivos,
»en fausta aclamacion dijeron todos
»que al sacrificador se respetara,
»y el brillante rescate se admitiese;
»pero al Atrida Agamenon el voto
»general no agradó, y al sacerdote
»con imperiosa voz y adusto ceño
»mandó que de las naos se alejase,
»y al precepto añadió las amenazas.
»Retiróse el anciano muy sentido,
»pidió venganza al Dios, le escuchó Apolo
»porque le era muy caro, y á los Griegos
»mortal lanzó saeta. Los soldados
»en muy crecido número morian
»uno en pos de otro, y por do quier volaban
»las saetas del Dios en el tendido

658 »campo de los Aqueos. A nosotros
»cual el motivo del enojo fuese
»del Flechador, el adivino Cálcas
»nos reveló: propuse yo el primero
»la deidad aplacar, é ira terrible
»se apoderó de Agamenon. Alzóse;
»y en su furor me amenazó, y cumplida
»ha sido su amenaza. Los Aquivos
»á Crisa llevan en velera nao
»la gallarda cautiva, y para Febo
»numerosa hecatombe; y á mi tienda
»dos heraldos vinieron del Atrida
»y la hermosa Griséida me quitaron,
»esclava que me dieran los Aquivos.
»Ahora tú, si como Diosa puedes,
»del hijo amado las injurias venga.
»Sube al Olimpo, y del potente Jove
»la proteccion implora; si algun dia,
»ó con palabras, ó tambien con hechos,
»favoreciste al soberano Jove.
»Yo te oí muchas veces de mi padre
»en los palacios gloriarte ufana,
»de que tú sola entre los Dioses todos
»al hijo de Saturno libertaste
»de gran calamidad cuando querian
»los otros Dioses, y su misma esposa,
»y Pálas, Neptuno, con cadenas
»atarle fuertes. Pero tú subiste
»al cielo, Diosa: y á piedad movida,
»de que le aprisionaran le libraste
»llamado habiendo al anchuroso Olimpo
»al terrible gigante de cien manos,
»á quien los Dioses llaman *Brïareo*

»y Egeon todos los hombres. A su padre 691
»en fuerzas excedia; y orgulloso
»con aquel grande honor á la derecha
»de Jove se asentó, y las bienhadadas
»deidades le temieron y no osaron
»aprisionar al Dios. Tú le recuerda
»ahora aquel favor y le suplica,
»á su lado asentada y con la mano
»asiendo sus rodillas, que á los Teucros
»quiera favorecer y entre las naves
»y el piélago encerrar á los Aquivos
»en pavorosa fuga porque todos
»del Rey la culpa expíen, y conozca
»el yerro Agamenon que cometia
»cuando insultaba en orgullosas voces
»al mas fuerte de todos los Aqueos."
Tétis le respondió, bañada en lloro.
"Hijo mio! ay de mí! ¿por qué, si en hora
»menguada te dí el ser, criarte luego?
»Si al ménos yo te viera en estas naves
»sin lágrimas ni duelos, ya que el hado
»breve plazo de vida y no muy larga
»duracion te otorgó!.... Pero naciste
»para vivir en existencia breve,
»y el mas infeliz ser de los humanos.
»Ah! con hado funesto yo la vida
»te dí en mi alcázar! Al nevado Olimpo
»iré despues á suplicar á Jove,
»el Dios que el rayo formidable lanza,
»y veré si me otorga lo que pides:
»ahora retirado á tus bajeles
»cesa de comba ir, y de los Griegos
»así te venga. Ayer al oceano,

724 »allá entre los Etíopes famosos,
»á un festin marchó Jove, y le siguieron
»los Dioses todos: volverá al Olimpo
»al duodécimo dia, yo al celeste
»alcázar subiré fundado en bronce,
»y al hijo de Saturno las rodillas
»abrazaré; y espero que benigno
»oiga mis ruegos." Retiróse Tétis;
y al héroe dejó allí, que todavía
respiraba furor al acordarse
de la hermosa cautiva que á la fuerza,
y muy á pesar suyo, le robaron:
y ya entónces la nave que llevaba
la sagrada hecatombe llegó á Crísa.

Así que entraron en el hondo puerto
recogieron las velas: y en la nao
á un lado puestas y bajando el mástil
con los cables de proa, en la crugia
le acomodaron. Y despues á remo
á la vecina costa encaminada
la nave, echaron anclas y á la orilla
la amarraron; y alegres los Aquivos
desembarcaron en la corva playa,
y la ofrenda sacaron para Febo.
Salió tambien de la velera nave
Criséida, y hasta el ara la condujo
Ulíses; y al ponerla entre las manos
del caro padre, reverente dijo.

"Críses! el adalid de las escuadras
»griegas, Agamenon, aquí me envia
»la jóven á traer, y de la hueste
»en nombre á Febo la hecatombe sacra
»ofrecer y rogarle que benigna

»se muestre su deidad; que á los Aqueos 757
»ha enviado la peste asoladora."
Esto dicho, en las manos se la puso,
y él en sus brazos la estrechó gozoso:
y despues los Aquivos colocaron
en larga fila los hermosos bueyes
en torno al ara, que con arte mucho
labrada fuera. La ablucion hicieron:
y la harina con sal teniendo pronta,
Críses en alta voz, y al ancho Olimpo
levantadas las manos, suplicaba.
"Escúchame (decia) pues armado
»con el arco de plata, ha defendido
»siempre tu brazo á la region de Crisa
»y á la ciudad de Cila populosa,
»y de Ténedos númen poderoso
»eres! Ya que mis votos escuchaste,
»y estrago mucho por vengar mi ofensa
»hicíste en los Aqueos; este dia
»otórgame tambien lo que te pido.
»*De los Dánaos aleja ya la peste.*"
Así en humilde acento suplicaba,
y Febo le otorgó lo que pedia.
Los Aqueos tambien ardientes votos
dirigieron al Dios; y rociadas
con la sal y la harina las cabezas
de los robustos bueyes, sus cervices
hácia atrás inclinaron y el agudo
hierro las dividió. La piel quitada,
y cortadas las piernas; con la pella,
puestas una sobre otra, las cubrieron;
y crudos trozos de las otras partes
esparcidos en ellas, el anciano

las quemó sobre rajas, dulce vino
encima derramando. Unos mancebos
que en torno le cercaban, y tenian
luengos de cinco puntas asadores,
en ellos las entrañas de las reses
enclavaron y al fuego las pusieron.
Cuando la voraz llama consumidó
hubo las piernas y gustado habian
ya las entrañas, en menudos trozos
dividieron el resto: y en punzantes
hierros clavados, con destreza suma
los asaron, y luego de la lumbre
lo retiraron todo. La faena
acabada, y dispuesto ya el banquete,
las sillas ocuparon; y servido
el sabroso manjar, en alegría
todos comieron de él. Y satisfecha
el hambre ya y la sed, las grandes urnas
del vino los mancebos coronaron:
y la libacion hecha, en hondas tazas
á todos le servian. Fenecido
el alegre convite, los Àqueos
al irritado Dios todo aquel dia
con religiosos himnos aplacaron:
y el hermoso Pean cantando ledos,
del Flechador las glorias celebraban;
y holgóse el Dios al escuchar sus voces.
Luego que, oculto el sol, cubrió la tierra
la oscuridad, al sueño se entregaron
cerca de las amarras de la nave:
y cuando ya la aurora matutina
sembró de rosas la region etérea,
hácia el campo otra vez de los Aquivos

á bogar los remeros empezaron. 823
Y enviándoles viento favorable
despues Apolo, diligentes ellos
levantaron el mástil, y la blanca
vela tendieron que con blando soplo
henchía el viento, y las oscuras ondas
en torno resonaban de la quilla
al paso de la nave que por medio
de las olas corria presurosa.
Así que al campo ya de los Aquivos
venido hubieron, de la mar sacaron
el bajel á la orilla; y en la arena
sobre largos espeques sostenido
habiéndole dejado, los remeros
se entraron por las tiendas y las naves.
Desde entónces el hijo valeroso
de Peleo, á las suyas retirado,
comenzó su venganza: y ni á las juntas
do adquieren claro nombre los guerreros
asistia jamas, ni á los combates;
pero de estar ocioso consumia
su corazon el tedio, y se acordaba
del bélico clamor y la pelea.
Cuando ya de la aurora fué venida
la duodécima luz; los inmortales
volvieron del Olímpo á las moradas
unidos todos, y á su frente Jove.
Tétis, que no olvidaba los pesares
del hijo amado, al clarear el dia
salió del hondo mar. Y al ancho cielo
y al Olimpo llegada, encontró á Jove,
la deidad poderosa cuya vista
al último confin del orbe alcanza,

léjos sentado de los otros Dioses
en la mas alta cumbre de la sierra
que forman del Olimpo los collados.
Acercóse la Diosa: y asentada
al lado del Saturnio, y sus rodillas
asiendo humilde con la izquierda mano
y elevada hácia el rostro la derecha;
al padre de los hombres y los Dioses
así en doliente acento suplicaba.
"Oh padre Jove! si en aciago dia
»te libró mi valor, ó mi consejo,
»de que te aprisionaran las deidades;
»otórgame este don: *del hijo mio,*
»*que morir debe en juveniles años,*
»*vuelve por el honor.* De hacerle acaba
»el poderoso Agamenon de Atreo
»pública ofensa, y la gallarda jóven
»que le dieran los Griegos le ha quitado
»de propia autoridad. Mas tú le venga,
»próvido Jove, del Olimpo dueño;
»y vencedores haz á los Troyanos,
»hasta que al hijo mio desagravien
»los Griegos todos y de honor le colmen."
Así dijo la Diosa; y el Saturnio,
á cuya voz potente se amontonan
ó disipan las nubes, pensativo
nada la respondia. Al verlo Tétis,
sin retirar la mano con que asiera
la rodilla del Dios, á suplicarle
volvió otra vez y dijo. "O me concede
»lo que humilde te ruego, ó me lo niega,
»pues temor no hay en tí; para que un dia
»llegue yo á conocer cuan despreciada

»soy entre las deidades." Y afligido 889
Jove la respondió. "Pesares hondos
»me prepara este dia; pues con Juno
»harás que yo me irrite, si orgullosa
»en ásperas razones me zahiere:
»que á la faz de los Dioses inmortales
»siempre querellas me suscita, y dice
»que parcial favorezco á los Troyanos
»en las batallas. Te retira pronto,
»para que hablar conmigo no te vea:
»concedido te es ya lo que me pides.
»Y para que no dudes, la temida
»señal de aprobacion con la cabeza
»haré tambien; porque la mas segura
»prenda es que doy á los eternos Dioses:
»y lo que yo con mi cabeza otorgo,
»no es revocable, ni falaz, ni falta."
Dijo, y las cejas inclinó cerúleas,
el hijo de Saturno, y los cabellos
divinos del Excelso se herizaron
en la inmortal cabeza, y el Olimpo
inmenso estremeció. Ya consolada
Tétis, desde el Olimpo luminoso
al mar saltó profundo; á su palacio
Jove se encaminó. Cuando los Dioses
vieron que se acercaba, de las sillas
se levantaron todos y á su padre
salieron al camino; que ninguno
osó esperar á que llegado hubiese,
y unidos todos á encontrarle fueron.
Él ocupó su trono; pero Juno,
que no ignoraba, por haberla visto,
que con él en secreto departiera

922 la de argentados pies, Tétis, nacida
del anciano del mar, á zaherirle
así empezó con injuriosas voces.
"¿Cuál de los inmortales, ó doloso,
»habló contigo ahora? Grato siempre
»te fué léjos de mí y en clandestinas
»juntas deliberar, y cariñoso
»nunca me dices lo que hacer deseas."
El padre de los hombres y los Dioses
la respondió enojado. "No tú esperes
»saber cuanto yo trato; muy difícil,
»aunque seas mi esposa, te sería.
»Lo que tú debas entender ninguno,
»ó sea Dios, ó de muger nacido,
»primero lo sabrá: lo que yo quiera
»tratar sin la asistencia de los Dioses,
»nunca tú lo preguntes ni averigües."
La augusta Reina del Olimpo, Juno,
á Jove replicó: "¿qué pronunciaste,
»hijo terrible de Saturno? Pocas
»preguntas hasta ahora yo te hiciera,
»y poco tus designios he indagado;
»que nadie te importuna, cuando á solas
»agitas en tu mente silencioso
»lo que piensas hacer. Mas este dia
»temo en el corazon que acaso Tétis
»seducido te habrá; porque á tu lado
»asentarse la ví muy de mañana
»y abrazar tus rodillas, y recelo
»que con firme señal la has prometido
»que por vengar á Aquíles muchos Dánaos
»has de hacer que perezcan en las naves."
Júpiter respondió. "Maligna Diosa!

»de todo tú sospechas, y yo nunca
»de tí ocultarme puedo. Con tu enojo
»nada conseguirás, sino alejarte
»mas de mi corazon. Si es como dices,
»señal es que me place. Así, en silencio
»permanece, y mis órdenes respeta.
»Guarte no sea que los Dioses todos,
»cuantos son del Olimpo habitadores,
»defenderte no puedan de mis iras;
»si yo á tí me acercare, y las terribles
»invictas manos sobre tí pusiere."
Así dijo: temió la hermosa Juno;
y volviendo á ocupar el áureo trono
quedó en silencio, su altivez domando.
Los Dioses celestiales se afligieron
de Jove en el alcázar: y el ilustre
artífice Vulcano, que á su madre
queria consolar, así el primero
entre ellos arengó: "Muy poco gratas
»las eternas mansiones é insufribles
»á ser vendrán, si así de los mortales
»por causa ambos reñis y entre los Dioses
»tumultos excitais; ni en el sabroso
»convite habrá placer, si la discordia
»en el Olimpo reina. Yo á mi madre,
»aunque no de consejos necesita,
»ahora rogaré que con palabras
»dulces y cariñosas el enojo
»calmar procure del Saturnio Jove;
»para que mas á contender no vuelva,
»ni del festin la paz turbe enojado.
»Si el dueño del Olimpo, el que despide
»el relámpago ardiente, de estas sillas

988 »arrojarnos quisiera.... En poderío
»á todos nos excede. Sí: con blandas
»amorosas razones de tu esposo
»inclina el corazon; que ya benigno
»se nos mostrará Jove." Estas palabras
dichas, dejó el asiento: y á su madre
la copa de oro presentó, y la dijo.

"Por mas triste que estés, ó madre mia,
»devora tu dolor, y maltratada
»no te vean mis ojos; pues entónces,
»aunque me eres tan cara y mucha pena
»tendré yo, libertarte no podria:
»que es peligroso resistir á Jove.
»Ya otra vez que yo quise defenderte,
»de los umbrales me arrojó divinos
»asiéndome del pie; y un dia entero
»llevado por los aires, en la costa
»caí de Lemnos cuando el sol bajaba
»ya al oceano en su veloz carrera
»y un instante de vida yo tenia;
»pero los Síntios, que caer me vieron,
»de la tierra me alzaron presurosos."

Sonriyóse la bella Diosa Juno,
y sonriyendo recibió en su mano
la copa que Vulcano la ofrecia;
y él alegre, sacando de las urnas
el dulce néctar, á los Dioses todos
le presentó empezando por la diestra;
é interminable risa entre los Dioses
bienhadados se alzó, luego que vieron
cómo Vulcano en el celeste alcázar
diligente servia y afanoso.

De este modo los Dioses aquel dia,

hasta que ya la noche se acercaba,
el festin delicioso prolongaron:
y servidos al fin en abundancia
los sabrosos manjares, satisfecho
su corazon quedó. Ni de la hermosa
cítara carecieron, que tañía
Apolo; ni del canto que entonaban
con dulce voz las musas, alternando.

Y cuando ya del sol la luz fulgente
se ocultó, á sus alcázares los Dioses
fueron á descansar, donde Vulcano
silenciosas estancias les hiciera
con primor estremado. El padre Jove
pasó tambien al tálamo oloroso
y blando lecho en que yacer solia
cuando del dulce sueño poseido
entregarse al descanso deseaba,
y en él se reclinó. La hermosa Juno,
dejando el áureo trono la postrera,
subió tambien al lado del esposo.

LIBRO SEGUNDO.

La noche toda las demas deidades,
y los guerreros de la hueste aquea,
descansaron en plácido reposo;
solo Jove del sueño la dulzura
á gustar no llegó. Porque agitado
en su mente solícito pensaba
cómo vengar á Aquíles, y en las naves
á muchos destruir de los Aquivos;
y el que le pareció mejor consejo,
fué enviar al mayor de los Atridas
un Sueño engañador. A su presencia
le mandó, pues, venir, y así le dijo.
"Ve, Sueño engañador, á los bajeles
»de los Aquivos: y en la tienda entrando
»del Rey Agamenon, fiel mensagero
»en clara voz mi voluntad le anuncia.
»*Dile que saque ya de los Aquivos*
»*toda la hueste á general batalla*,
»*pues acaso pudiera en este dia*
»*tomar la gran ciudad de los Troyanos*.
»*Ya no están en dos bandos divididos*
»*los inmortales que el Olimpo habitan*;
»*porque Juno de todos con sus ruegos*
»*inclinó el corazon, y á los Troyanos*
»*muchas calamidades amenazan*."
Así dijo: y el Sueño, apénas hubo
la voz oido, en vuelo vagaroso
á las tiendas bajó de los Aqueos:
y entrando en la del Rey, le halló dormido;
que dulce sueño le cercaba en torno.

Y acercándose al héroe, la figura 31
tomó y el aire del prudente Néstor,
por ser el capitan á quien honraba
mas el Atrida que á los otros Reyes;
y así le dijo en cariñosas voces.

"O hijo de Atreo, el campeon temido
»y de caballos domador famoso!
»¿Así duermes ahora? No le es dado
»al prudente caudillo á quien la hueste
»ha sido confiada, y á quien cercan
»tantos cuidados, en profundo sueño
»pasar la noche entera. Atento escucha
»mi voz ahora; que del alto Jove
»un mensagero soy: y aunque alejado
»de esta region en el Olimpo mora,
»cuida de tí y se duele de tus males.
»*El te manda sacar de los Aquivos*
»*toda la hueste á general batalla,*
»*pues acaso pudieras este dia*
»*tomar la gran ciudad de los Troyanos.*
»*Ya no están en dos bandos divididos*
»*los inmortales que el Olimpo habitan;*
»*porque Juno de todos con sus ruegos*
»*inclinó el corazon, y á los Troyanos*
»*con grandes infortunios amenaza*
»*el padre Jove.* Lo que yo te digo
»quede grabado en la memoria tuya,
»y no lo olvides cuando ya tus ojos
»el dulce sueño abandonado hubiere."

Dijo y despareció: mas el Atrida
pensativo quedó, proyectos vanos
agitando en su mente que cumplidos
nunca debian ser; y ya esperaba

64 de Príamo tomar en aquel dia
la ciudad. ¡Insensato! Los futuros
sucesos no sabia que el gran Jove
entonces preparaba, y que á los Griegos
y á los Troyanos dolorosas cuitas
y profundos gemidos reservaba
todavía en la guerra asoladora.

Sacudió al fin el sueño perezoso
cuando aun resonaba en sus oidos
la voz divina, y se asentó en el lecho;
y delicada túnica se puso
fina y nueva, y encima el ancho manto.
Y ajustando á los pies ricas sandalias,
de los hombros colgó la cortadora
espada cuyo puño enriquecian
clavos de plata. Y empuñando el cetro
de duracion eterna, que heredara
de sus mayores, á las otras naves
con él se encaminó de los Aqueos.

La divinal aurora al vasto Olimpo
subia ya para anunciar á Jove
el dia y á los otros inmortales,
cuando dijo el Atrida á los heraldos
que en resonante voz á los valientes
guerreros de la Acaya convocasen
á junta. Ellos el bando pregonaron,
y todos acudieron presurosos;
y en tanto que venian las escuadras,
en la nave de Néstor el Consejo
Agamenon juntó de los caudillos
y en secreta consulta les decia.

"Cáros amigos! escuchad ahora
»la vision celestial que en el silencio

»de la noche entre sueños he tenido. 97
»Venerable varon, que en estatura,
»augusta faz, y continente grave,
»al sábio Néstor semejaba mucho,
»al lecho se acercó, y asi decia.
»*O hijo de Atreo, el campeon temido*
»*y de caballos domador famoso!*
»*¿así duermes ahora? No le es dado*
»*al prudente caudillo á quien la hueste*
»*ha sido confiada, y á quien cercan*
»*tantos cuidados, en profundo sueño*
»*pasar la noche entera. Atento escucha*
»*mi voz ahora; que del alto Jove*
»*un mensagero soy: y aunque alejado*
»*de esta region en el Olimpo mora,*
»*cuida de tí y se duele de tus males.*
»*El te manda sacar de los Aquivos*
»*toda la hueste á general batalla,*
»*pues acaso pudiéras este dia*
»*tomar la gran ciudad de los Troyanos.*
»*Ya no están en dos bandos divididos*
»*los inmortales que el Olímpo habitan;*
»*porque Juno de todos con sus ruegos*
»*inclinó el corazon, y á los Troyanos*
»*con grandes infortunios amenaza*
»*el padre Jove. Lo que yo te digo*
»*quede gravado en la memoria tuya.*"
"Asi la sombra dijo y de la tienda
»volando se alejó, y el dulce sueño
»me abandonó tambien. Así, veamos
»cómo sacar los hijos de la Grecia
»á general batalla. Yo primero
»con inocente ardid sus corazones

»sondearé, mandando que en las naves
»huyan de esta region; pero vosotros,
»unos por una parte otros por otra,
»habladles y decid que se detengan."

Habiendo Agamenon así arengado,
volvió á sentarse; mas alzóse luego
Néstor, el Rey de la arenosa Pílos,
y así les dijo cual varon prudente.

"Adalides y Príncipes de Acaya!
»amigos! Si algun otro de los Griegos
»la vision nos contase, que fingia
»dijéramos y horror nos inspirara;
»mas la vió el héroe que la gloria tiene
»de ser en el ejército el primero.
»Veamos, pues, á general batalla
»como sacar los hijos de la Grecia."

Así dijo el anciano, y de la nave
el primero salió. Los otros Reyes,
su prudente dictámen aprobando,
alzáronse tambien y le siguieron
cuando ya los aquivos escuadrones
al lugar de la junta concurrian.
Como de la hendidura de un peñasco
sale de abejas numeroso enjambre,
y otro, y otro, le sigue, y luego todas
bajan arracimadas á las flores
nacidas en la hermosa primavera,
y unas vuelan aquí y otras mas léjos;
así nuevos y nuevos combatientes
salian de las tiendas y las naves,
y por hileras á la vasta orilla
del mar se encaminaron; y la Fama,
de Jove mensagera, á que marchasen

los aguijaba ardiente. Ellos al eco 163
de su voz acudian y en la junta
el tumulto reinaba, y por debajo
la ancha tierra gemía al gran ruïdo
que las tropas hicieron al sentarse.
Todo era confusion; mas nueve heraldos
en alta voz digeron que callasen,
porque cesara al fin la gritería
y atentos escuchasen á los Reyes:
y obedeciendo los Aquivos todos,
cuando ya los escaños ocuparan
cesaron de gritar. Alzóse entónces
el poderoso Agamenon, y el cetro
en la diestra empuñaba que Vulcano
labrado habia para el padre Jove,
y Jove del Olimpo al mensagero
en don se le otorgó cuando la vida
á Argos quitara. Se le dió Mercurio
luego al valiente Pélope, y Atreo
le recibió de Pélope, y Tiéstes
de Atreo le heredó; pero vencido
por los Atridas, que cederle tuvo
á Agamenon porque con él rigiera
sus muchas islas y el argivo imperio.
En él, pues, apoyado; estas palabras,
que rápidas volaron, les decia.

"Ministros de Mavorte, heróicos Griegos!
»caros amigos! El Saturnio Jove
»de gran calamidad me ha rodeado.
»Cruel! un tiempo, con señal segura,
»me prometiera que hasta haber rendido
»la fuerza de Ilion no tornaria;
»y hoy, doloso y falaz, al pátrio suelo

196 »manda que vuelva sin honor ni gloria
»cuando ya tanta gente ha perecido.
»Así lo quiere el iracundo númen
»que de muchas ciudades las murallas
»por tierra ha derribado, y todavía
»otras quizá derribará su diestra;
»que es grande su poder. Mas ¿qué deshonra
»será la nuestra en los futuros siglos,
»cuando se oiga decir que de los Griegos
»un ejército tal, tan numeroso,
»está aquí inútilmente guerreando
»con otro muy menor, sin que hasta ahora
»despues de muchos años de combates,
»quien ha de ser el vencedor se vea?
»Pues, si jurada con solemne rito
»la paz, quisiesen Griegos y Troyanos
»público alarde hacer de sus legiones;
»y en decurias los Griegos repartidos,
»para cada decuria se escogiera
»un Troyano que el vino delicioso
»en las copas sirviese á los Aqueos;
»á muchas el copero faltaria.
»Tanto en número exceden, lo aseguro,
»los guerreros de Acaya á los Troyanos
»que dentro el muro de Ilion habitan;
»pero los auxiliares que de tantas
»ciudades tienen, y blandir briosos
»saben la pica, de la guerra mucho
»el fin retardan, y asolar me impiden
»el fuerte muro de la antigua Troya.
»Nueve años del gran Jove son pasados,
»están ya carcomidas las maderas
»y deshechas las jarcias de las naves,

»y en tanto en nuestras casas las esposas 229
»y los tiernos hijuelos nos esperan
»en triste agitacion; pero nosotros,
»por dar cima á la empresa á que vinimos,
»en inútil porfía trabajamos.
»Obedecedme, pues, seguid mi ejemplo,
»y á nuestra patria huyamos en las naves:
»ya no podemos conquistar á Troya."

Así dijo, y el ánimo en el pecho
á todos conmovió cuantos no fueran
del oculto proyecto sabedores.
Y el campo se agitó como las vastas
olas del mar Icario cuando el Euro
y el Noto las levantan, resonantes
bajando de las nubes que amontona
la voz del padre Jove: ó en estío
como la espesa mies violento agita
de impetuoso zéfiro el embate,
las débiles espigas inclinando.
Así movidas las falanges griegas,
con militar estruendo presurosas
á las tiendas volvian; y de polvo
densa nube en el aire levantando,
unos á otros á voces se animaban
á aparejar solícitos las naves
para lanzarlas á la mar inmensa.

Ya limpiaban los fosos y hasta el cielo
llegaba la algazara estrepitosa
de los que á su pais volver ansiaban,
y las vigas enormes que las naves
en alto sostenian afanosos
quitaban. Y ya entónces los Aqueos
para volver á Grecia se embarcaran

mucho ántes de los tiempos que el destino
prefijados tenia, si á Minerva
no hubiera hablado así la Diosa Juno.
"Hija fuerte de Jove! ¿Y á su patria
»así en cobarde fuga los Aquivos
»retornarán surcando la espaciosa
»llanura de la mar, y por trofeo
»á Príamo dejando y á los suyos
»la argiva Elena por la cual en Troya,
»léjos de su pais, tantos Aquivos
»la muerte hallaron ya? Baja, Minerva,
»al anchuroso campo de los Griegos:
»y hablando á todos con palabras dulces,
»procura detenerlos; ni permitas
»que á la mar saquen sus veleras naos."
Obedeció Minerva: y de las cumbres
del Olimpo bajando presurosa,
á las naves llegó; y encontró á Ulíses,
á Jove en la prudencia comparable,
parado y sin tocar á sus bajeles
porque oprimido el corazon tenia
de tristeza y dolor; y así le dijo.
"O prole de Laértes, sabio Ulíses!
»¿Y así, en las hondas naves embarcados,
»fugitivos ireis á vuestra patria
»y á vuestra casa todos, por trofeo
»á Príamo dejando y á los suyos
»la argiva Elena por la cual en Troya,
»léjos de su pais, tantos Aquivos
»la muerte hallaron ya? No te detengas;
»recorre el vasto campo de los Griegos,
»y con tus blandas elocuentes voces
»detenerlos procura; ni permitas

»que á la mar saquen sus veleras naos."
Así dijo: y Ulíses, de la Diosa
conociendo la voz, el ancho manto
en el suelo arrojó que el itacense
Euríbates, heraldo que seguía
sus pasos, levantó; y hácia la playa
se encaminó veloz. Y habiendo hallado
al Rey Agamenon; su regio cetro
este le dió, y con él de los Aquivos
las tiendas y las naves recorría.
Y si algun Rey, ó capitan ilustre,
encontraba; parándose á su lado,
en cariñosas voces le decia.
"A tí no es dado, capitan valiente,
»cual cobarde temer. Tú no te embarques,
»y haz que sigan tu ejemplo las escuadras
»sumisas á tu voz; pues con certeza
»no conoces aun cual es la mente
»del Rey Agamenon. Acaso ahora
»solo quiere explorar las intenciones
»de los Aquivos, y despues su enojo
»él sentir les hará: que en el Consejo
»no oímos todos bien lo que decia.
»Guarte no sea que despues, airado,
»haga en las tropas ejemplar castigo;
»porque del Rey la cólera es terrible.
»Su gloria y su poder vienen de Jove,
»y Jove mucho le protege y ama."
Si plebeyo varon hallaba acaso
que en descompuesta voz alborotase;
con el cetro á marchar hácia su tienda
le aguijaba, y así le reprendía.
"Infeliz! no te muevas, y en silencio

328 »la voz escucha de otros mas valientes
»que tú; pues ni guerrero, ni facundo,
»por nada eres contado en la pelea
»ni en las juntas: que todos los Aquivos
»aquí no habemos de mandar. No es bueno
»el gobierno de muchos: uno solo
»el caudillo supremo y soberano
»de todos sea; aquel á quien el hijo
»del anciano Saturno ha dado cetro
»y regia autoridad para que mande."
De esta manera Ulíses, cual si fuese
el supremo adalid de los Aquivos,
el anchuroso campo recorria.
Y otra vez de las tiendas y las naves
á la junta vinieron las escuadras
con inmenso clamor; como las olas
del estruendoso mar, al estrellarse
contra las rocas de la vasta orilla,
braman furiosas y resuena el ponto.
Ya los demas estaban en silencio
y ocupaban sus sillas, y ostinado
gritaba aun el lenguaraz Tersítes;
que gran caudal tenia de injuriosas
y groseras palabras con que necio
insultar á los Reyes insolente
por solo hacer reir á los Aquivos:
y era el hombre mas feo y mas deforme
de cuantos Griegos á Ilion vinieran.
Vizco, y cojo de un pie; corvados lomos
tenia y hácia el pecho recogidos,
en punta la cabeza, y como vello
por la desnuda frente mal sembrada
escasa cabellera. Odiado mucho

era del fuerte Aquiles y de Ulíses, 361
porque siempre á los dos palabras duras
en las juntas decia; pero ahora
á Agamenon, en infamantes voces,
con agudos chillidos insultaba.
Y aunque su avilantez los Griegos todos
en secreto culpaban indignados,
al poderoso Rey así decia.

"O hijo de Atreo! dí ¿por qué te quejas?
» ¿de qué careces? De precioso bronce
» llenas están tus naves, y pobladas
» tus tiendas de mugeres escogidas
» que á tí el primero damos los Aquivos
» cuando alguna ciudad hemos tomado.
» ¿O ya el oro codicias que te traiga
» un opulento habitador de Troya
» en rescate del hijo á quien yo acaso,
» ú otro de los Aquivos, prisionero
» hiciera en la batalla? ¿O una jóven
» con quien unirte en amoroso lazo
» contra su voluntad? Intolerable
» es, Atrida, que tú, siendo su gefe,
» hayas precipitado á los Aquivos
» en tales desventuras. Y vosotros!
» cobardes, sin honor, que apellidaros
» Aqueas y no Aqueos deberiais......!
» Volvamos en las naves á la patria;
» y quede solo, aquí, bajo los muros
» de Troya Agamenon. Aquí devore
» sus rapiñas, y vea si nosotros
» útiles auxiliares hemos sido:
» ya que ahora aun á Aquíles, un guerrero
» muy mas valiente que él, así ha ultrajado

394 »quitándole á la fuerza su cautiva.
»Mas Aquíles ni cólera en el pecho
»tiene, ni cuida de tomar venganza
»del agravio. Si no, la vez postrera
»esta seria que insultado hubieses,
»ó hijo de Atreo!" Con injurias tales
á Agamenon, caudillo de las tropas,
zaheria Tersítes; pero pronto
airado Ulíses se acercó: y ceñudo
mirándole, con ásperas razones
así le reprendió su demasía.

"Tersítes, importuno vocinglero!
»por mas que seas orador facundo,
»sella el labio; y no quieras con los Reyes
»tú solo contender, siendo de todos
»cuantos mortales á Ilion vinimos
»con los hijos de Atreo el mas cobarde.
»No vuelvas nunca á pronunciar osado
»el nombre de los Reyes, ni baldones
»les digas, ni hables mas de retirada;
»pues aun no conocemos claramente
»cómo las cosas dispondrán los hados,
»ni si los fuertes hijos de la Grecia
»en triunfo volverán á sus hogares
»ó en vergonzosa fuga. Sí, maligno:
»esta penosa incertidumbre es causa
»de que al Atrida Agamenon te atrevas,
»siendo de todos adalid supremo,
»á echar en cara que riqueza mucha
»le han dado generosos los Aquivos,
»miéntras que tú con injuriosas voces
»en públicas arengas le zahieres.
»Pero te anuncio, y lo verás cumplido,

» que si otra vez te encuentro como ahora 427
» á tan loca osadía abandonado,
» ni su cabeza mas sobre los hombros
» conserve Ulíses, ni llamado sea
» de Telémaco padre; si la fuerte
» diestra no pongo en tí, y de los vestidos
» no te despojo todos y á las naves
» no te obligo á volver triste llorando,
» despues de haberte en afrentosos golpes
» ennegrecido el cuerpo." Así le dijo:
y el poderoso cetro levantando,
en la gibosa espalda y en los hombros
hirióle. El se encogió, y por sus mejillas
muchas y amargas lágrimas corrieron;
y lívidas señales, que los golpes
le hicieran, sus espaldas afearon.
Pero al fin se sentó, sobrecogido
de temor; y con rostro macilento
mirando á todos, enjugó su llanto.
Los demas Griegos, aunque muy sentidos,
no pudieron tener la dulce risa;
y hubo alguno que dijo al mas cercano.
"Eternos Dioses! Infinitos bienes
» al ejército Ulíses hecho habia,
» ya dándonos consejos saludables,
» ya ordenando las haces con destreza;
» pero el mayor de todos hizo ahora
» con imponer silencio al insolente
» y gárrulo Tersítes. Este necio
» ya no se atreverá, descomedido,
» á injuriar con denuestos á los Reyes."
Así en la multitud se discurria.
Alzóse en tanto el valeroso Ulíses

con el cetro en la diestra; y á su lado,
á un heraldo en el rostro asemejada,
se colocó Minerva; y á las tropas
mandó callar para que oyesen todos,
del último al primero, sus palabras,
y comprender pudieran sus razones:
y él así dijo, cual varon prudente.
"Excelso Agamenon! Este es el dia
» en que á la faz de los mortales todos
» con eterno baldon amancillarte
» quieren los Griegos, y cumplir rehusan
» la solemne promesa que te hacian
» cuando desde las fértiles comarcas
» de Argos aqui vinieron. Animosos
» te juraban entónces que á la Grecia
» no volverías, hasta haber rendido
» la fuerza de Ilion; y como flacos
» tiernos infantes, ó dolientes viudas,
» ya en tímido lamento se querellan
» unos con otros, y á su patria vuelven
» todos la vista. Doloroso es mucho
» que triste el corazon á nuestros lares
» hayamos de tornar; pero si vemos
» que el navegante, si alejado vive
» un solo mes de la consorte amada,
» en su nave se aburre y se impacienta
» porque los huracanes del invierno
» y el mar alborotado le detienen;
» no debemos culpar á los Aquivos,
» si ya cansados de tan larga ausencia
» por la vuelta suspiran; pues con este
» nueve los años son desde que á Troya
» el ejército vino. Y vergonzoso

» es tambien que despues de tantos años 493
» sin tomar la ciudad nos retiremos.
» Tolerad, pues, amigos, y mas dias
» permaneced aquí; porque veamos
» si son ciertas, ó no, las predicciones
» del adivino Cálcas. En memoria
» aun tenemos (y todos sois testigos,
» sino los que la Parca se ha llevado)
» que un dia cuando en Aúlide las naves
» se reunian de la Grecia toda
» para traer á Priamo y los suyos
» muerte y asolacion; y de una fuente
» cerca nosotros, en diversas aras,
» humildes á los Dioses inmortales
» solemnes hecatombes ofrecimos
» bajo un hermoso plátano que el agua
» regaba de la fuente cristalina:
» sabeis, digo, que allí raro portento
» se ofreció á nuestra vista. Un espantoso
» dragon, cuyas espaldas matizaban
» hórridas manchas de color de sangre,
» lanzado fué á la luz por el Saturnio:
» y por bajo de una ara impetuoso
» salido habiendo, por el tronco arriba
» del plátano trepó. Y en lo mas alto
» hallando de una rama, entre las hojas
» ocultos y temblando, con la madre
» ocho recien nacidos pajarillos;
» allí mismo el dragon desapiadado
» los ocho devoró. Chillaban ellos:
» y la doliente madre los plañía,
» en torno revolando; mas la sierpe
» la cogió entre sus roscas por el ala,

526 » y en medio sus quejidos lastimeros
» la devoró tambien. Y apénas hubo
» devorado los hijos y la madre,
» el mismo Dios que aparecer le hiciera
» mostró en él un prodigio; pues en dura
» piedra le transformó el Saturnio Jove.
» Inmobles admirábamos nosotros
» caso tan peregrino; pero Cálcas,
» viendo de qué manera prodigiosa
» interrumpidas por el monstruo horrible
» fueran las hecatombes de los Dioses,
» reveló del destino los arcanos.
» *¿Por qué* (decia) *enmudeceis, ó Griegos?*
» *Este prodigio del potente Jove*
» *la voluntad nos muestra, que cumplida,*
» *aunque tarde, será; pero la fama*
» *del triunfo que los hados nos reservan*
» *no acabará jamas. Como la sierpe*
» *se ha tragado los ocho pajarillos,*
» *y la madre tambien; así nosotros*
» *nueve cumplidos años á la vista*
» *de Troya pasarémos peleando,*
» *y al décimo por fin la tomarémos.*
» Así Cálcas hablaba, y ya se acerca
» el tiempo de cumplirse el vaticinio.
» Esperad pues aquí, Griegos valientes,
» hasta que llegue el dia en que tomemos
» la capital de Príamo espaciosa."
Así dijo: y los Griegos, alabando
del elocuente Ulíses el discurso,
levantaron inmensa gritería;
y las cóncavas naves los clamores
de los Aquivos en terribles ecos

en torno repetian; pero el sabio 559
Néstor alzóse pronto y la ruidosa
aclamacion interrumpió, y les dijo.

"Vosotros, o dolor! cual rapazuelos
» que de lides y guerras no se curan,
» aquí estais arengando. ¿A do son idos
» los tratados y fieles juramentos?
» ¿Habrán desparecido, con el humo
» del fuego que abrasó las hecatombes,
» las frecuentes consultas, los afanes
» de los guerreros, y la fe jurada
» con puras libaciones en que todos
» vivimos confiados? ¿Y así necios
» en ociosas contiendas altercamos?
» Y habiendo tantas horas consumido
» en prólijas arengas, ¿un consejo
» no se hallará acertado que termine
» la division fatal de pareceres?
» Hijo de Atreo! tú, como hasta ahora,
» en adelante á los Argivos guia
» con firme imperio á las sangrientas lides.
» Y deja que de envidia se consuman
» uno ó dos, y del resto separados
» de los demas Aquivos deliberen
» (y ni aun así conseguirán su intento)
» sobre tornar á Acaya ántes que vean
» si la palabra del excelso Jove
» fué, ó no, engañosa. Porque yo no dudo
» que de Saturno el hijo omnipotente
» nos otorgó propicio la victoria,
» el dia que los hijos de los Griegos
» en las veleras naves se embarcaron
» para traer asolacion y muerte

592 »á los Troyanos todos: que á la diestra
»hizo arder el relámpago brillante,
»en él mostrando favorable auspicio.
»Nadie, pues, á su patria se apresure
»á volver hasta que haya de un Troyano
»folgado con la esposa, y que de Elena
»el robo haya vengado y los gemidos.
»Y si hay alguno que á los patrios lares
»ya volver quiera en fuga vergonzosa,
»atrévase tocar á sus bajeles;
»y el primero será que en prematura
»muerte descienda á la region sombría.
»Y tú, adalid supremo, por tí mismo
»prudente nos gobierna, y de los otros
»los consejos escucha. Así este dia
»no será inútil lo que yo dijere.
»El numeroso ejército divide
»en varias tribus, y reparte luego
»cada tribu en centurias; de manera
»que una centuria á la cercana apoye,
»y una tribu á otra tribu. Si lo hicieres,
»y tu voz obedecen los Aquivos;
»estando divididas las escuadras,
»claro entónces verás cual de los gefes,
»y cual de los soldados, animoso,
»ó cobarde, se muestra en la batalla;
»y si es la voluntad de las deidades
»la que te impide conquistar á Troya,
»ó bien la cobardía del soldado
»y su impericia en la marcial pelea."
Al sabio Néstor respondió el Atrida:
"Anciano! mucho en elocuencia á todos
»los hijos de los Griegos aventajas.

» Y ojalá, padre Jove! Pálas! Febo!
» que entre todos los Príncipes de Grecia
» otros diez consejeros yo tuviese
» tan sabios como tú! No tardaria
» la ciudad del Rey Príamo sus muros
» en humillar al suelo, conquistada
» y destruida por el fuerte brazo
» de los Aquivos. Pero amargas penas
» me envió airado Jove, y me suscita
» inútiles querellas y disputas.
» Así Aquíles y yo por una esclava
» habemos iracundos altercado
» con injuriosas voces, y el primero
» yo le insulté. Pero si ya, olvidada
» la contienda fatal, nos reunimos;
» ni un solo instante la final ruïna
» dilatada será de los Troyanos.
» Id, pues, ahora á reparar las fuerzas
» con sabrosos manjares y con vino,
» para que la batalla comencemos.
» Uno afile su lanza, otro aderece
» el escudo, otro dé pasto abundante
» al ligero bridon, requiera el otro
» entorno el carro, y á la lid sangrienta
» apercíbanse todos; que este dia
» del triste Marte el combatir insano
» ha de durar sin el menor reposo,
» hasta que la tiniebla de la noche
» separe los briosos combatientes.
» Y mucho entorno al pecho las correas
» de los broqueles en sudor teñidas
» serán, mucho la mano fatigada
» al peso de la pica, y los caballos

658 » hoy mucho sudarán cuando anhelosos
» los grandes carros rápidos arrastren.
» Si yo viere que alguno en los navíos
» léjos de la batalla se ha quedado
» por cobardía, le será difícil
» evitar que los perros su cadáver
» devoren y las aves de rapiña."

Así habló: y los Aquivos espantoso
clamor alzaron, como en alto risco
que prominente en elevada costa
se adelanta hácia el mar, y á quien las aguas
combaten siempre en derredor bramando
al soplo de los vientos, gran ruïdo
hacen las olas cuando airado el Noto
las impele y las rompe entre sus puntas.
Y luego á sus bajeles y sus tiendas
se encaminaron, y encendieron lumbre:
y en ranchos divididos, con sabrosos
alimentos las fuerzas repararon.
Y unos á esta deidad y otros á aquella
sacrificaban, suplicando humildes
que del estrago de la guerra insana
los libertasen y la negra muerte.

Agamenon al poderoso Jove
un corpulento buey de cinco abriles
por víctima ofreció; y al sacrificio
convidó á los primeros capitanes
de todas las escuadras de la Grecia;
á Néstor, al cretense Idomeneo;
á los Ayaces, de Tideo al hijo,
y con ellos á Ulíses. Menelao
vino tambien sin que llamado fuese,
porque bien conoció que un sacrificio

su hermano ofreceria. Colocados 691
en torno de la víctima los Reyes
y la harina con sal teniendo pronta,
así el potente Agamenon rogaba.
"Glorioso Jove Máximo que el éter
» habitas, y las nubes al sonido
» de tu voz ó disipas ó amontonas!
» Otórgame piadoso que primero
» que el sol se oculte y la tiniebla oscura
» sobrevenga, á ceniza reducido
» de Príamo el alcázar caiga al suelo,
» y el fuego abrasador rompa su puerta;
» y haz que mi pica la coraza fuerte
» de Héctor sobre su pecho despedace,
» y que á su lado los guerreros todos
» de sus escuadras, en el polvo hundidos,
» muerdan la tierra." El poderoso Atrida
asi rogó, pero el Saturnio Jove
no escuchaba sus votos: y aunque grata
la víctima le fuera, duradero
afan le reservaba y doloroso.
Hecha ya la ablucion, y con la harina
y la sal rociada la cabeza
del buey hermoso; su robusto cuello
hácia atras inclinaron, y el agudo
hierro le dividió. La piel quitada
y cortadas las piernas, con la pella,
puestas una sobre otra, las cubrieron:
y crudos trozos de las otras partes
en ellas esparcidos y extendidas
sobre ramas sin hojas, las quemaron:
y en luengos asadores enclavadas
las entrañas, al fuego las pusieron.

724 Cuando la voraz llama consumido
hubo las piernas, y gustado habian
ya las entrañas; en menudos trozos
el resto dividido y en punzantes
hierros clavados, con destreza suma
los asaron, y luego de la lumbre
lo retiraron todo. La faena
acabada y dispuesto ya el convite,
las sillas ocuparon; y servidos
los sabrosos manjares á los Reyes,
gratos fueron á todos. Satisfechas
el hambre ya y la sed, así el anciano
prudente Néstor el primero dijo.
"Glorioso Atrida, soberano gefe
» de los Aquivos! Un instante solo
» no demos ya al descanso, ni mas tiempo
» dilatemos el triunfo que este dia
» Jove nos quiere dar. Dí que las naves
» recorran los heraldos, y en sonora
» voz congreguen las haces; y nosotros
» vamos unidos por el ancho campo,
» y el combate empecemos sin tardanza."
Asi habló: y el Atrida su dictámen
dócil oyendo, á los heraldos dijo
que en resonante voz los escuadrones
todos de los Aqueos convocasen
á general batalla. Pregonado
el bando, los Aquivos acudieron;
y el Atrida y los Reyes que asistian
á su lado las huestes ordenaban.
Entretanto Minerva, impetuosa
embrazando el escudo relumbrante
de la égida inmortal que no envejece

ni tiene precio, y de la cual pendian 757
cien hermosos borlones de oro puro
cada uno de los cuales igualaba
el valor de cien bueyes; á los Griegos
solícita aguijaba á que marchasen.
Y á todos en el pecho heróico brio
infundia, y valor, y ardiente anhelo
de continuos combates y batallas;
y á todos ya la guerra muy mas dulce
les parecia que al hogar paterno
volver entónces en las hondas naves.

Como el fuego voraz rápido corre
por dilatada selva en las alturas
del monte, y á lo léjos se divisa
inmenso resplandor; no de otro modo,
al marchar las falanges de la Grecia,
del luciente metal el claro brillo
llegaba al cielo atravesando el éter.
Y cual en raudo vuelo las bandadas
de chilladoras aves, como grullas,
gansos, ó cisnes de alongado cuello,
en la verde pradera que á la orilla
se extiende del Caistro por el aire
discurren bulliciosas, y las alas
tienden alegres, y con gran ruïdo
al fin se posan y retumba el prado:
así desde las tiendas y las naves
las diversas escuadras de los Griegos
se derramaban por la gran llanura
que riega el Escamandro. Y en terrible
estruendo resonaba la ancha tierra
bajo sus pies, y por el casco herida
de tantos alazanes. Y venidos

á la florida vega que la márgen
de la corriente ciñe hicieron alto,
tan numerosos como son las hojas
y las flores que nacen cuando vuelve
la templada estacion de primavera.
  Cuantos son los enjambres voladores
de moscas que en espeso remolino
las mañanas de Abril vagan errantes
por las majadas, cuando ya la leche
los hondos tarros abundosa riega;
tantos y tantos eran los Aqueos
que contra los Troyanos caminaban,
y entónces en el llano detenidos
la señal impacientes atendian
para romper sus densos escuadrones.
  Y así como en los hatos numerosos
de cabras los pastores diligentes
las suyas reconocen, aunque errantes
por el prado tal vez mientras pacian
ya mezcladas estén unas con otras:
así los gefes de la hueste aquea
entónces sus guerreros separaban,
y en diversas escuadras repartian,
para que á la pelea caminasen.
Era el primero Agamenon potente,
que en la cabeza y faz magestuosa
á Júpiter tonante semejaba,
en los fornidos hombros á Neptuno,
y á Marte en el valor. Cual entre todas
las reses sobresale en la vacada
el toro corpulento, que descuella
por encima las vacas y novillos;
tal entre muchos héroes aquel dia

el Rey Agamenon brillaba airoso, 823
porque Jove la gloria y el respeto
en torno de él habia derramado.
    Decidme ahora, Musas que el Olimpo
habitáis (pues sois diosas y presentes
por do quier os hallais, y sabidoras
sois de todo, y nosotros por acaso
la fama oimos sin haberlo visto)
quienes los conductores y adalides
de los Aquivos eran; pues el vulgo
de los soldados yo no contaria,
ni llamarlos podria por sus nombres,
si diez lenguas tuviese con diez bocas,
infatigable voz, de bronce el pecho;
y aunque vosotras, que del alto Jove
sois hijas, me nombráseis uno á uno
cuantos Aquivos á Ilion vinieron.
Así, solo diré los capitanes
y el número de naos que trajeran.
    Los Beocios guiaba Peneleo,
con Leito, Protenor, Arcesilao,
y Clonio; y componian sus legiones
los que habitaban las ciudades de Híria,
Aúlide pedregosa, Esqueno, Escolo,
montuosa Etion, Téspias y Grea;
y Micaleso de espacioso campo:
los habitantes de Harmo, Ilesio, Erítras;
los de Eleone, Hílas, Peteona,
Ocálea, Medeone, hermoso pueblo,
Cópas, Entrésis, Tisbe la abundante
en preciadas palomas, Coronea,
Aliarto, por sus pastos afamada,
y Platea, y Glisanta, é Hipotébas,

856 graciosa poblacion, antigua Onquesto,
célebre por el templo de Neptuno
y los bosques umbríos que le cercan,
Arna, famosa por sus ricas uvas,
Midea, hermosa Nise, y Antedone,
de toda la provincia la postrera.
Estos vinieron en cincuenta naos,
cada una de las cuales contenia
ciento veinte robustos campeones.
De Aspledonia y Orcómeno Mineo
la numerosa escuadra era regida
por Ascálafo y Yálmeno, dos hijos
de Mavorte y Astioque la bella;
que del Dios en secreto festejada,
el fruto de su amor en el palacio
de Actor, el poderoso hijo de Azeo,
diera á luz. Sus navíos eran treinta.
A su lado marchaban los Focenses
por Esquedio y Expístrofo mandados,
hijos ambos de Ifito el animoso
y nietos de Naubólis. Sus escuadras
formado habian los siguientes pueblos:
Cipariso, Piton, fragosa tierra,
Crisa la bella, Daúlis, y Panope;
todos los comarcanos de Anemoria
y la ciudad de Yámpolis, y cuantos
á la márgen yacian del Cefiso
cerca de Lilayea, situada
del rio al nacimiento. Sus bajeles
al número llegaban de cuarenta;
y en la lid sus cohortes se formaban
de los Beocios al siniestro lado.
Ayax de Oileo de los Locros era

el caudillo, y menor en estatura 889
que Ayax de Telamon, ni tan valiente
como este; pero armado á la ligera
con peto y espaldar de simple lino,
en el manejo de la pica á todos
los Helenos y Aquivos excedia,
y entónces sus guerreros ordenaba;
brillante juventud de Cino, Opunte,
Cálaro, Besa, Escarfa, Tronio, Tarfe,
y Aúgias la deliciosa; pueblos todos
que yacen del Boagrio á las orillas
frente á la Isla de Eubea, y son llamados
Locros de Opunte; y en cuarenta naves
seguido habian á su ilustre gefe.

Los Abantes, que fuego respiraban
y en la Eubea tenian las ciudades
de Cálcis, Eritrea, y la abundosa
en uvas Histiea, con Cerinto,
fundada junto al mar, la fortaleza
de Dio, sobre un monte situada,
el pueblo de Caristo, y el de Estira,
mandaba Elefenor, de Calcodonte
nacido y muy valiente, y soberano
de los Abantes: belicosos pueblos,
que los rubios cabellos á la espalda
dejando libres, con sus largas picas
romper ansiaban las dobladas cueras
de los Troyanos y pasar sus pechos:
y eran tambien cuarenta sus bajeles.

Los que la hermosa Aténas habitaban
(la ciudad de Erecteo el valeroso,
hijo de la alma tierra, que educado
fué por Minerva y sacerdote suyo

922 en el antiguo templo donde ahora
los Atenienses en solemne rito
á la deidad ofrecen numerosas
hecatombes de toros y corderos)
à la voz de su Príncipe marchaban,
el hijo valeroso de Petao,
el fuerte y aguerrido Menesteo,
que igual no conocia en todo el mundo
en saber ordenar los escuadrones
de gente armada y los marciales carros;
y con él solo Néstor competia,
porque era mas anciano. Sus bajeles
eran cincuenta en todos, muy veleros.

Ayax de Telamon doce navíos
de Salamina trujo: y cuando al Asia
llegado hubieron, acampó sus tropas
junto con las falanges Atenienses.

Los moradores de Árgos y Tirinto,
amurallado pueblo, de Hermïone
y Asine, sobre el golfo situadas,
de Trecena, de Eyon, de la abundante
en viñas Epidauro, de Masete,
y de Egina, tenian por caudillos
á Dioméles, en armas poderoso;
á Esténelo, del fuerte Capaneo
nacido; y por tercero al semejante
á los Dioses Euríalo, hijo fuerte
del bravo Mecisteo, esclarecida
prole de Talayon; pero de todos
capitan era y adalid supremo
el valiente Dioméles, y á su mando
venido habian en ochenta naves.

Los del hermoso pueblo de Micénas

y opulenta Corinto, de Cleone,
Ornea, Aretirea deliciosa,
y Sicion, do reinó primero Adrasto;
los hijos de Hiperesie, y Gonoesa,
fundada sobre un monte, y de Pelene
y Egio, y de toda la vecina playa
y Hélice populosa, en cien navíos
vinieran: y de todos era gefe
el poderoso Agamenon de Atreo,
y sus tropas á todas excedian
en número y valor. Él, revestido
de luciente armadura, las formaba
ufano al ver que entre los héroes todos
sobresalía, así por su ardimiento
como porque su voz en los combates
gobernaba escuadron mas numeroso.
Los hijos de la gran Lacedemonia,
que por amenos valles se dilata,
Fáres, Esparta, Mese, la abundante
en palomas, y Brísias, y la bella
Aúgias, Amíclas, y Élos, á la orilla
del mar fundada, Láas, y otros pueblos
de Étilo no distantes: conducidos
eran por el valiente Menelao,
hijo tambien de Atreo, y en sesenta
naos venido habian; pero siempre
en escuadron distinto se formaban.
Y sus largas hileras recorria
el valiente adalid y á la pelea
los animaba entónces, aguijado
de su propio dolor; porque su pecho
inquieto estaba por vengar de Elena
el robo y los suspiros dolorosos.

988 Trajera Néstor en noventa naves,
y en las lides mandaba, los guerreros
de Pílos y de Arene deliciosa,
de Trio, do el Alfeo es vadeable,
Epi, de hermosas casas, Ciparisa,
Anfigenia, Pteleo, Hélos y Dorio,
lugar donde las musas la victoria
á Támiris de Tracia disputaron;
cuando este, que venia desde Ecalia
de ver al Rey Eurito el Ecaleo,
sostuvo jactancioso que en el canto
á todos venceria aunque las musas,
hijas de Jove, á competir vinieran
con él. O necio! que ellas irritadas,
habiéndole vencido, le privaron
de la vista y del cántico divino,
y extremada pericia que le dieran
en el tañer la lira sonorosa.

Los que en los valles del enhiesto monte
de Cilene habitaban en la Arcadia,
patria de belicosos campeones,
no léjos del antiguo monumento
do el Rey Epito sepultado yace,
los de Fineo, Orcómeno, famosa
por sus ovejas, Ripe, Estratia, Enispe,
expuesta de los vientos al embate,
Tegea, Mantinea deliciosa,
Estínfalo y Parrasia, eran guiados
por el potente Agapenor de Anqueo.
Sesenta eran sus naves, tripuladas
por numerosa juventud guerrera,
y Agamenon las dió; porque no siendo
marítima region, nunca la Arcadia

ni marineros ni bajeles tuvo. 1021
Las tropas de Buprasio y demas pueblos
de Élide la espaciosa, comprendidos
entre Irmine y Mirsino por un lado
y por el otro entre la piedra Olena
y la ciudad de Alesio, cuatro gefes
tenian valerosos, y mandaba
cada cual diez navíos tripulados
por una grande multitud de Epeos.
El primer escuadron era regido
por Anfímaco, prole de Cteato;
y el segundo por Talpio, el hijo ilustre
de Eurito de Actorion; por su caudillo
el tercero tenia al gran Dïores,
nacido del famoso Amarinceo;
y el cuarto á Polixeno, parecido
en la hermosura á un Dios; prole dichosa
de Agástenes el Rey, y nieto de Aúgias.
Las tropas de Duliquio y de las islas
Equinas tan famosas, situadas
frente á las costas de Élide, tenian
por capitan á Méges, comparable
á Marte en el valor.—Era nacido
del ginete Fileo á Jove caro;
pero él, enemistado con su padre,
huyó del patrio suelo, y á Dulíquio
se retiró.—Cuarenta eran sus naos.
El magnánimo Ulíses gobernaba
las aguerridas tropas cefalenias,
las de Ítaca y Nerito, de frondosos
árboles llena que los vientos mecen,
las de Crocílea, Egílipe, fundada
en pedregoso desigual terreno,

1054 Zazinto, Samo, y costas fronterizas.
De todas era capitan Ulíses,
á Jove en la prudencia comparable;
y eran doce sus naos, cuyas proas
hermoso bermellon enrojecia.
El hijo claro de Andremon, Toante,
regia los Etolos, que habitaban
en las ciudades de Pleuron, Pilene,
Óleno, Cálcis, á la mar vecina,
y pedregosa Calidon. Los hijos
del valeroso Eneo ya murieran,
y él tambien con el rubio Meleagro;
y el supremo poder la nacion toda
al heróico Toante confiara,
para que fuese Rey de los Etolos.
Sus bajeles llegaban á cuarenta.
El famoso lancero Idomeneo
mandaba los cretenses escuadrones
de Gnoso y de Gortina, amurallada,
Licto, Mileto, cándida Licasto,
Festo y Ritio, lugares populosos,
y de los otros pueblos de la Creta
donde á ciento llegaban las ciudades.
De todas era Rey Idomeneo,
y el mando de las tropas dividia
con su fiel escudero Meriónes
al homicida Marte parecido,
y ochenta grandes naos le siguieran.
Tlepólemo el valiente, alto de talla,
de Hércules hijo, en nueve grandes naos
traido á Troya habia los valientes
Rodios, que divididos en tres pueblos,
cuyas ciudades opulentas eran

Lindo, Yaliso, y cándida Camiro, 1087
la isla entera ocupaban, y tenian
al heróico Tlepólemo por gefe,
de Hércules y Astioquía el hijo ilustre;
de Astioquía á quien Hércules esclava
hizo en Efira, pueblo situado
del claro Seleente en la ribera,
cuando asoló su diestra poderosa
muchas fuertes ciudades defendidas
por jóvenes valientes y aguerridos.
Mas así que Tlepólemo llegado
fué á la edad juvenil, quitó la vida
al ya anciano Licinno el valeroso,
tio materno de Hércules su padre.
Y temiendo las iras y amenazas
de los otros Heráclidas, navíos
aprestó y allegó no poca gente:
y errante por el mar, y largo tiempo
de la adversa fortuna perseguido,
llegó á Ródas; y en ella por naciones
sus tropas divididas, tres ciudades
separadas fundaron populosas.
Y sus afortunados habitantes
amados fueron del Saturnio Jove,
el Rey de las deidades poderoso
y de los hombres, que con larga mano
sobre ellos derramó felicidades.

La juventud de Sima en tres bajeles
vino tambien al mando de Nireo;
Nireo, hijo de Cáropo y Aglaya;
Nireo, el mas hermoso de los Dánaos
que vinieron á Troya, excepto Aquíles;
pero no era varon de heróico brio,

ni escuadra le seguia numerosa.
Los de Nisiro, Crápatos y Caso,
y Cos, puebla de Eurípilo, y las islas
Calidnas, como gefes á Fidipo
y Ántifo obedecian, hijos ambos
del Rey Tésalo de Hércules; y treinta
navíos les siguieron muy capaces.
Los que en Argos Pelásgico habitaban,
Álope y Alos, en Traquinia y Phtia,
y en Hélade, el pais de las hermosas,
(Mirmídones y Aqueos se llamaban,
y Helenos) conducidos por Aquíles,
venido habian en cincuenta naves.
Y á su pesar estaban olvidados
entónces de la guerra clamorosa,
por falta de adalid que á los combates
los guiara; que el hijo de Peleo,
en sus naves ocioso é irritado
por la hermosa Criséida, se negaba
á ayudar en la lid á los Aquivos.
Habíale tocado esta cautiva
entre las de Lirneso cuyos muros,
y los de Teba, por su fuerte brazo
rendidos fueron cuando dió la muerte
á Epístrofo y á Mínes, belicosos
hijos del Rey Eveno de Selepio.
Y por su esclava entónces indignado,
al ocio se entregaba; pero pronto
volver debia á las sangrientas lides.
La numerosa juventud valiente
de Fílace y de Píraso florida,
á Ceres consagrada, la de Itona,
en preciadas ovejas abundante,

la marítima Autron, Ptelio, afamada 1153
por las sabrosas yerbas de sus prados,
Protesilao rigió, de Marte alumno,
mientras vivió. Mas ya de la alma tierra
en el seno yacia: que saltado
habiendo de las naves el primero
de todos los Aquivos, le matara
un Troyano; y en Fílace á su esposa
dejó bañada en llanto doloroso,
y á medio concluir el nuevo alcázar
que edificaba cuando vino á Troya.
No por eso sus tropas sin caudillo
quedaron; pero mucho se acordaban
de su antiguo adalid aunque regidas
eran en las batallas por Podárces,
hijo animoso del valiente Ificlo,
y de Fílaces nieto el que rebaños
de ovejas numerosos poseyera.
Protesilao y Podárces de la misma
madre habian nacido, y el segundo
menor era en edad; pero valiente
era mas el primero. Así las tropas
suspiraban por él, aunque tenian
quien las mandase. Sus bajeles todos
al número llegaban de cuarenta.
Los de Féres (fundada junto al lago
Bébis) y Beba, y Gláfira, y Yaolco,
de hermosos edificios, por Eumelo
eran guiados, prole esclarecida
de Admeto y la sin par divina Alcéstis,
de las hijas de Pélias la mas bella:
y á Troya habian venido en once naves.
De Metone, Taumaquia, Melibea,

1186 y fragosa Olizon los escuadrones,
que en siete chicas naves aportaran
á Troya, por su gefe ántes tuvieron
á Filoctétes en lanzar saetas
el mas aventajado. Cada nave
solo cincuenta jóvenes tenia
que el remo con destreza manejaban;
pero tambien el arco en la pelea
sabian disparar. Su heróico gefe
no los acaudillaba; pues en Lennos
cercado de agudísimos dolores
los ingratos Aqueos le dejaran
por la herida cruel atormentado
que un reptil le causara ponzoñoso.
Pero si en triste soledad ahora
él estaba olvidado, no era léjos
el dia que los Griegos en sus naves
del famoso caudillo Filoctétes
debian acordarse. Sus soldados
no por eso de gefe carecian,
aunque por Filoctétes suspiraban;
pues en la lid el ínclito Medonte
era su capitan, hijo bastardo
que Oileo, el destructor de las ciudades,
tenido habia en su cautiva Rene.

Los de Trica é Itoma situada
sobre un monte escarpado, y los de Ecalia
fundada por Eurito el Ecaleo,
á los célebres hijos de Esculapio
Macaon y Podalirio, que ambos eran
médicos estremados, por sus gefes
tenian; y eran treinta sus navios.

Los de Ormenio y la fuente de Hiperea,

los de Asterio y Titános, afamada 1219
por las blancas almenas de sus muros,
á Eurípilo tenian por su gefe,
de Evemon hijo claro, y en cuarenta
embreados navíos le siguieron.
  Los de Girton, Argisa, Orta y Elone,
y la blanca Oloson, eran mandados
por el alto y forzudo Polipétes,
que al gran Pirotoó, prole de Jove,
el ser debia y á Hipodamia bella,
que le dió á luz en el glorioso dia
en que su heróico esposo derrotaba
á los fieros centauros, y del monte
Pelio los arrojaba á los confines
de los pueblos Etiquios. Polipétes
no era solo en el mando; que tenia
por segundo al valiente Leonteo,
el rayo de la guerra, que engendrara
Corono de Ceneo: y sus bajeles
al número llegaban de cuarenta.
  Condujera Guneo desde Cifo
en veinte y dos navíos los robustos
Enienes, y Perrebos animosos;
así los que habitaban de Dodona,
áspero clima, los umbrosos bosques,
como los que los campos cultivaban
que riega el puro y limpio Titaresio,
el cual vierte sus aguas cristalinas
en el hondo Peneo y no se mezclan
con sus precipitados y espumosos
remolinos, y nadan por encima
como ligero aceite; que el Peneo
del agua de la Estigia es un arroyo;

1252 la Estigia, cuyo nombre las deidades
invocan en sus firmes juramentos.
Protoó, de Tentredon el hijo claro,
mandaba los Magnetes, los que habitan
á orillas del Peneo, y á la falda
del Pelio en cuyas selvas de contino
el soplo de los vientos bramadores
las hojas de los árboles agita:
y á Troya vino con cuarenta naves.
Estos los conductores y adalides
eran de los Aquivos que vinieran
con los hijos de Atreo; mas tú, ó musa,
dime cual de ellos era el mas valiente,
y cuales los caballos mas veloces.
A todos los caballos excedian
ahora las dos yeguas que á su carro
uncía Eumelo, y de su padre fueran
el magnánimo Admeto; porque siendo
ligeras en correr como las aves,
de una edad y una altura, y apeladas;
cuidadas fueron por el mismo Apolo
de la Pieria en los amenos prados,
y el terror por do quier en los combates
llevaban. Entre todos los guerreros
Ayax de Telamon era el mas fuerte
mientras duró de Aquíles la venganza:
que con este en valor y fortaleza
ninguno competia, y los caballos
que llevaban al hijo de Peleo
eran tambien de todos los mejores.
Mas entónces Aquíles en las naos
retirado vivia por vengarse
de Agamenon, caudillo de las tropas;

y en la orilla del mar toda su hueste,
ó ya arrojando el disco, ó ya corriendo
lanzas, ó al blanco disparando flechas,
el ocio entretenia. Los bridones,
cada cual junto al carro de su dueño,
del muy sabroso loto, ó fresca alfalfa,
el abundante pasto consumian,
y los brillantes carros de los gefes
inútiles yacian en las tiendas:
y ellos, que muy penados suspiraban
porque su gran caudillo á los combates
tornara, discurrian por el campo;
mas no tomaban parte en la pelea.

Luego que ya formados los Aquivos
se pusieron en marcha, parecia
que la anchurosa faz del orbe todo
en fuego se abrasaba: tal el brillo
era que despedian los arneses.
Como indignado el poderoso Jove
de Árimos estremece la alta sierra,
donde dicen que yace Tifoeo;
así bajo los pies de los Aquivos
la tierra retemblando recrugia,
y pronto recorrieron la llanura.

Íris en tanto, cuyos pies veloces
al raudo viento en el correr igualan,
por mandado del hijo de Saturno
iba á dar á los Teucros el aviso;
que en arengas el tiempo consumian
de Príamo en el pórtico espacioso,
do se juntaran jóvenes y ancianos.

Y del potente Rey asemejada
al uno de los hijos, á Polítes

1318 (el cual fiado en su correr ligero
era de los Troyanos centinela,
y en la cima del túmulo asentado
del antiguo Esiétes observaba
cuando desde sus naves los Aquivos
á presentar batalla se movian)
imitando su voz, así le dijo.
"Anciano! Siempre el escuchar te agrada
» inútiles discursos, como en tiempo
» de paz; mas hoy inevitable guerra
» nos amenaza. A las sangrientas lides
» ya muchas veces asistí, aunque jóven;
» pero jamas ejército tan grande,
» ni tal, vieron mis ojos. Los Aquivos,
» en escuadrones ya tan numerosos
» como son de los árboles las hojas,
» ó del mar las arenas, por el valle
» marchando vienen y de Troya en torno
» á dar hoy la batalla se aperciben.—
» Héctor! al ordenar nuestras legiones,
» no el consejo desprecies de un hermano.
» Pues tantos auxiliares las murallas
» contienen de Ilion, y todos ellos,
» como nacidos en diversos climas,
» hablan distinta lengua; cada gefe
» aquellos rija que su voz conocen:
» y formada la hueste de los suyos,
» él la acaudille en la comun pelea."
Así dijo: mas Héctor, de la Diosa
conociendo la voz, pronto la junta
disolvió, y á las armas presurosos
todos corrian, y las puertas todas
fueron abiertas, y en tropel confuso

el ejército entero á la batalla 1351
desalado salia, asi peones
como ginetes, con inmenso ruido.
Hay frente á la ciudad en la llanura
una excelsa colina, separada
de los otros collados y accesible
por todas partes, que llamar solia
el comun de los hombres *Batiea*
y los Dioses la tumba de Mirine;
y alli fué donde entónces se formaron,
por gentes y naciones divididos,
los guerreros Troyanos y auxiliares.
Héctor, alto de talla, valeroso
campeon, y de Príamo nacido,
los Troyanos mandaba; y las falanges
que impacientes sus lanzas ya blandian
y á su voz se formaban, superiores
en número y valor à todas eran.
Los Dardanios mandaba el animoso
Enéas, hijo del anciano Anquíses
y de la hermosa Vénus, que en el bosque
del Ida le dió á luz; pues aunque Diosa,
se enamoró de un hombre. No era solo;
que tambien esta gente acaudillaban
de Antenor los dos hijos, Acamante
y Arquíloco, aguerridos campeones
en toda clase de armas y de lides.
Los ricos moradores de Zelea
en un valle del Ida situada,
que se dicen Troyanos y que beben
el agua cenagosa del Esepo,
Pándaro conducia, el hijo ilustre
de Licaon á quien el mismo Apolo

1384 el arco dió y las flechas voladoras.

Los que habitaban la ciudad de Apeso
y las dos de Adrastea y de Pitía,
y de Terea el encumbrado monte,
eran mandados por Adrasto y Anfio
armado á la ligera, los dos hijos
de Mérope, el Percosio. Este sabia
de adivinar el arte cual ninguno,
y á sus valientes hijos no dejaba
que á la guerra viniesen destructora;
pero ellos sus avisos despreciaron,
porque al imperio de la negra muerte
los arrastraba el hado inevitable.

Los de Percote, Practio y sus contornos,
Sesto, Abido, y Arisbe la opulenta,
Asio mandaba, el adalid valiente
hijo de Hirtacio; y desde Arisbe vino
en un brillante carro que tiraban
tostados corpulentos alazanes,
criados en la vega deliciosa
del caudaloso y claro Seleente.

Hipotoó trajera los Pelasgos,
de la fértil Larisa moradores
y diestros mucho en manejar la pica;
y él los acaudillaba con Pileo,
ramo de Marte; y ambos eran hijos
del Pelásgico Leto de Teutamo.

El héroe Piroó con Acamante
los Tracios gobernaba, cuantos ciñe
en su rápido curso el Helesponto.

Eufemo, el hijo claro de Treceno
y nieto del gran Céas, conducia
los Cícones, soldados aguerridos.

Pirécmes tambien trajo los Peoníos, 1417
en disparar el arco ejercitados,
de Amidon la remota, situada
á la márgen del Axio caudaloso;
del Axio, cuyas aguas cristalinas
se dilatan por vegas espaciosas.
Los Paflagones, que venidos fueran
del pais de los Enetos do nacen
buenos mulos cerriles, y habitaban
en las ricas ciudades de Citoro
y Sésamo á la orilla del Partenio,
y en Crona, Egialo y Eritinos montes,
el ardido Pilémenes regia.
Epístrofo y Hodío gobernaban
las tropas de los fuertes Alizones,
desde Álibe traidas la remota
donde minas de plata hay abundantes.
Caudillos de los Misios eran Crómis
y Ennomo el adivino, que no pudo
con toda su pericia en los agüeros
de la pálida muerte libertarse;
y murió á manos del valiente Aquiles,
cuando est edentro el rio los troyanos
escuadrones deshizó y auxiliares.
Fórcis y Ascanio, de agraciado rostro,
los Frigios conducian que de Ascania
la remota vinieron, é impacientes
estaban por entrar en la pelea.
Regian la legion de los Meonios
Ántifo y Mésles, y nacidos ambos
de Telémenes eran y la Ninfa
que dió su nombre al lago de Gigea,
y á Troya habian traido los guerreros

que en los valles del Tmolo se criaran.
Nástes trajo tambien los fuertes Carios
de bárbaro lenguage, que vivian
en Mileto y el monte de los Phtiros
de espesísima selva coronado,
y del limpio Meandro en la ribera,
y en las cumbres de Mícale elevadas.
A estos Nástes y Anfímaco regian,
hijos de Nomion. De oro brillante
cubierto entraba Anfímaco en las lides,
cual suele ataviarse una doncella
para nupcial festin. Necio! que el oro
de él no pudo alejar la triste muerte;
pues á manos del hijo de Peleo
murió en medio del Janto, y su armadura
la presa fué del belicoso Aquíles.
El fuerte Glauco y Sarpedon guiaban
los hijos valerosos de la Licia,
apartada region en la ribera
situada del Janto caudaloso.

LIBRO TERCERO.

Apénas á la voz de sus caudillos
ordenadas las haces estuvieron;
marcharon los Troyanos con ruidosa
algazara y confusa vocería,
cual chilladoras aves. Tal resuena
en la bóveda cóncava del cielo
el clamor de las grullas que del frio
huyen y de las lluvias invernales,
volando por encima las corrientes
del oceano con inmenso ruido,
y llevan á los débiles Pigmeos
muerte y asolacion, y desde el aire
les mueven cruda guerra. Los Aquivos,
que valor respiraban, en silencio
iban; pero resueltos á ayudarse
el uno al otro en la comun pelea.
Como en las cumbres de la sierra el Noto
la niebla esparce, del pastor odiada
y cómoda al ladron mas que la noche;
y en la dudosa claridad no puede
extenderse la vista á mas distancia
que una piedra lanzada con la mano:
así bajo los pies de los guerreros
que marchaban oscuro torbellino
se levantó de polvo, y prontamente
la espaciosa llanura atravesaron.
Cuando Teucros y Aquivos en su marcha
llegaron á encontrarse, y la pelea
iban á comenzar; de los primeros
Páris estaba al frente, en la hermosura

31 semejante á los Dioses. Las espaldas
ancha piel de leopardo le cubria,
y la espada y el arco retorcido
pendian de los hombros. Y blandiendo
dos astiles que en puntas remataban
de agudos hierros, á los mas valientes
de todos los Aquivos campeones
á que con él á pelear salieran
desafiaba en singular combate.
Así que el belicoso Menelao
vió que Páris delante de las tropas
en cadenciosos y arrogantes pasos
venia, se alegró. Como el hambriento
leon se alegra si en los montes halla
corpulento animal, ó ya venado
de altísima enramada cornamenta,
ó ya cabra montés; y se detiene
á devorar la presa, aunque le sigan
ligeros canes y robustos mozos:
así al ver el valiente Menelao
al lindo Páris se alegró, creyendo
tomar venganza del raptor injusto.
Y sin quitarse las brillantes armas,
desde el carro saltó sobre la arena.
Cuando vió Páris que animoso el Griego
de la primer escuadra ya salia,
sintió agitado el corazon latirle,
y se ocultó en las filas de los suyos
para evitar la muerte. A la manera
que al ver un caminante en la espesura
del bospue umbrío verdinegra sierpe,
atras salta medroso, se retira,
tiemblan todos sus miembros, tuerce el paso,

y de mortal amarillez se cubren 64
sus mejillas; así el hermoso Páris,
al Atrida temiendo, por la escuadra
se entró de los Troyanos valerosos.
Y Héctor, al verlo, en injuriosas voces
así al cobarde hermano reprendia.

"Funesto Páris, por la gran belleza
» célebre solo y á mugeres dado!
» Pérfido! Seductor! Pluguiera á Jove
» que no hubieses nacido, ó al averno
» ántes bajaras de tener esposa!
» Mucho yo lo quisiera, y mas valdria
» que ser la mofa de los hombres todos.
» Mira ya cual se rien los Aquivos
» de tí, cuando hasta ahora te creian
» impávido adalid viendo que tienes
» tan gallarda persona. Pero fuerza
» no hay en tí, ni valor. Si tan cobarde
» naciste ¿á qué los mares has corrido
» en ligeros bajeles; y juntando
» gente digna de tí por las naciones
» viajaste extrangeras, y trajiste,
» siendo esposa y cuñada de dos Reyes
» tan poderosos, de lejana tierra
» linda muger para que á tu buen padre,
» á tu propia ciudad, y á todo el pueblo
» tales daños causara; y algun dia
» cuando los Griegos la hayan recobrado
» á ellos alegre, y de ignominia eterna
» á tí deje cubierto? ¿Por qué ahora
» no esperaste al valiente Menelao?
» Cuan fuerte es el guerrero conocieras
» á quien robaste la consorte amada.

97 »No te hubieran valido, moribundo
»al rodar en el polvo, ni la lira,
»ni los dones de Vénus, ni el cabello,
»ni la mucha belleza. Los Troyanos
»harto cobardes son; pues en castigo
»de tu crímen, á todos tan funesto,
»ya no te cubre túnica de piedra."
Asi habló el héroe; respondióle Páris.
"Ya yo esperaba de tu parte, hermano,
»tan dura reprension; porque inflexible
»tu corazon es siempre. Como el hacha
»que puesta en manos de robusto jóven
»el duro leño hiende, y el empuje
»aumenta del obrero que afanoso
»árboles corta para hacer navíos,
»tan firme es de tu pecho la entereza;
»mas no me eches en cara los amables
»dones de Vénus. Renunciar no puede
»el hombre á las ventajas que benignas
»concederle quisieron las deidades,
»ni el hacer la eleccion está en su mano.
»Pero si ya deseas que animoso
»haga en la lid de mi valor alarde;
»haz detener á los demas Troyanos
»y á todos los Aquivos, y en el medio
»del uno y otro ejército al valiente
»Menelao y á mí dejad que solos
»en singular combate decidamos
»quien de Elena y de todas sus alhajas
»dueño ha de ser feliz. El que con vida
»quedare y vencedor la muger tome
»y todas sus riquezas, y á su casa
»las lleve; y los demas en fiel tratado

» perpetua paz os prometed. Vosotros
» habitando quedad la fértil Troya,
» y ellos á Árgos se vuelvan y á la Acaya."
Así Páris habló: y Héctor, gozoso
al escucharle, entre las dos escuadras
se interpuso: y el hasta por el medio
empuñando, de Troya las falanges
contuvo. Al verle, los Aquivos todos
la punta de las flechas dirigian
á su pecho, y vibraban ya los dardos
y las picas, y piedras le tiraban:
mas el primer caudillo de las tropas,
Agamenon, les dijo en altas voces.
"Deteneos, Argivos! y los arcos
» no dispareis, Aqueos! El ardido
» Héctor parece que decir desea
» útil palabra." Obedecieron todos,
dejaron de tirarle, y en profundo
silencio quedó el campo; y Héctor dijo.
"Oid, Troyanos y valientes Griegos,
» lo que me dice Páris, que la causa
» ha sido de la guerra. Él os propone
» que todos los Aquivos y Troyanos
» dejen las armas sobre la alma tierra,
» y que en medio del campo que divide
» los ejércitos él y Menelao,
» en muy reñida singular batalla,
» decidan quien de Elena y sus tesoros
» dueño ha de ser al fin; y el que con vida
» quedare y vencedor la muger tome
» y todas sus riquezas y á su casa
» las lleve, y los demas en fiel tratado
» paz y amistad se juren." Así dijo,

163 y todos á su voz enmudecieron,
y ni osaban hablar. Adelantóse
á todos el valiente Menelao,
y alegre dijo en resonantes voces.
"Escuchadme tambien. Despedazaba
» grave dolor mi corazon; mas creo
» que Griegos y Troyanos este dia
» amigos quedarán, despues que tantos
» males habeis sufrido en esta guerra
» que mi justa venganza y la perfidia
» de Páris encendieron. De nosotros
» aquel á quien la Parca ha destinado
» á morir, muera; los que vivos queden
» hagan luego la paz. Traed, ó Teucros,
» un cándido cordero y una parda
» cordera que ofrecer en sacrificio
» á la Tierra y al Sol, y otro cordero
» traerémos nosotros para Jove.
» De Príamo tambien la respetable
» persona venga, y el tratado jure:
» él mismo, porque infieles y perjuros
» son sus hijos. Así, ninguno osado
» será á violar la fe del juramento
» que á Júpiter hagamos. Inconstante
» siempre fué de los jóvenes el alma;
» pero si en los tratados interviene
» algun anciano, en cuenta lo futuro
» y lo pasado tiene al mismo tiempo
» para que ventajosos igualmente
» á los dos pueblos sean." Así dijo;
y los Teucros y Aquéos se alegraban,
esperando que en breve acabaria
la guerra asoladora. Y presurosos

en fila los bridones colocaron: 196
y saltando en la arena, y no distantes
uno estando del otro, y la armadura
quitándose, á su lado la pusieron;
y corto era el espacio que mediaba
entre los dos ejércitos. A Troya
Héctor sus dos heraldos diligente
envió á que las víctimas trajeran,
y á Príamo llamasen. A Taltibio
el Rey Agamenon mandó que fuese
á las naves aquivas y un cordero
tomara de los suyos, y el heraldo
se encaminó á las naves presuroso.

Íris luego en figura de Laodice
del poderoso Helicaon esposa,
un hijo de Antenor, y la mas bella
de las hijas de Príamo, el aviso
á dar á Elena fué: y en su palacio
tejiendo la encontró cándida tela,
doble y ancha, en la cual entretejía
muchos de los combates que los Teucros
y Aquivos por su causa sostuvieran
en la guerra cruel. Y colocada
á su lado la diosa, así la dijo.

"Ven, esposa de Páris, porque veas
» inesperados admirables hechos
» de los héroes aquivos y troyanos.
» Los que, no ha mucho, sanguinosa guerra
» se hacian en el llano, y deseaban
» en hórridos combates destruirse,
» hicieron alto de repente ahora
» y la sangrienta lid han suspendido:
» y clavadas las picas en el suelo,

229 »están á los broqueles arrimados.
»Pero bien pronto en singular pelea
»por tí combatirán con luengas lanzas
»Páris y el belicoso Menelao,
»y la esposa serás del que venciere."
Así hablando la diosa, la infundia
dentro del corazon dulce deseo
de su primer esposo y de su patria,
y de ver á sus padres: y al oirla
Elena, con un velo transparente
cubierto el rostro, de su régio alcázar
salió con pasos presurosos tiernas
lágrimas derramando. No iba sola;
que la siguieron dos de sus esclavas,
Etra, hija de Piteo, y la de hermosos
ojos Climene. Y á la puerta Escea
prontamente llegadas, reunidos
á Príamo y Timétes encontraron,
con Lampo, y Clitio, y Pantoó, y el fuerte
Hicetaon, á cuyo lado estaban
los sabios Antenor y Ucalegonte.
Estos claros varones, que del pueblo
eran los mas ancianos, en la puerta
entónces se juntaran, y á las lides
por su edad no asistian; pero buenos
arengadores eran, parecidos
á las cigarras que en la selva umbría,
posadas en los árboles, esparcen
la penetrante voz. Tales de Troya
los Próceres estaban en la torre:
y así que vieron acercarse á Elena,
en voz baja uno al otro se decian.
"No llevemos á mal que los Troyanos

»y los Aqueos por muger tan bella, 262
»hace diez años, los terribles males
»hayan sufrido de la guerra. Mucho
»en beldad á las diosas se parece.
»Mas por linda que sea con los Griegos
»vuelva ya á su pais, y para ruina
»de nosotros no quede y nuestros hijos."
Miéntras ellos hablaban en secreto;
llamó Príamo á Elena por su nombre,
y así la dijo en paternal ternura.
"Acércate, hija mia, y á mi lado
»te asienta porque veas á tu esposo,
»y á tus deudos y amigos. Tú la culpa
»no tienes de mis males; son los Dioses
»los que á Ilion trajeron de los Danaos
»la guerra lamentable. Mas ahora
»¿cómo se llama, díme, aquel guerrero?
»¿Quién es aquel Aquivo, alto de talla
»y tan hermoso? En estatura algunos
»no poco le aventajan; pero nunca
»tan apuesto varon mis ojos vieran,
»ni de fàz tan augusta. En su talante
»parece ser un Rey." La mas hermosa
de las mugeres dijo. "Tu presencia
»veneracion me infunde, ó padre mio,
»y temor. Ojalá que yo la muerte
»mas dolorosa preferido hubiera
»á mi loca pasion cuando en la nave
»con Páris vine á Troya, abandonando
»el tálamo nupcial, y mi familia,
»y mi niña de pecho, y numerosas
»dulces amigas de mi edad primera.
»Pero no de esta suerte las deidades

» lo dispusieron, y por eso triste
» llorando me consumo.—A tu pregunta
» satisfaré gustosa. Ese caudillo
» es el hijo de Atreo, el poderoso
» Agamenon, buen Rey, guerrero fuerte....
» y tambien mi cuñado, si este dia
» á muger tan liviana es permitido
» recordar que lo fué." Calló la hermosa:
y envidiando del Griego la ventura,
el anciano exclamó. "Feliz Atrida!
» en buen hora nacido! afortunado!
» Grande es la multitud de los Aqueos
» que á tu imperio obedecen. Cuando jóven
» estuve yo en la Frigia, y numerosas
» escuadras ví de Frigios que mandados
» por Otreo y Migdon á las orillas
» del Sangario acampaban; y con ellos
» al combate asistí como aliado,
» cuando las amazonas varoniles
» el pais invadieron; pero entónces
» no eran tantos los Frigios, como ahora
» los valientes Aqueos. El anciano
» á Ulíses vió despues, y dijo á Elena.
» ¿Y quién es, hija mia, aquel guerrero,
» mucho mas bajo al parecer que el hijo
» de Atreo Agamenon, pero de espalda
» mas anchurosa? Sobre la alma tierra
» yacen sus armas, y las filas todas
» recorre de los suyos como suele
» en rebaño de cándidas ovejas
» el carnero correr: por eso ahora
» al lanudo carnero le comparo."
La hija de Jove respondió. "Es Ulíses,

» el hijo valeroso de Laértes, 328
» y criado en las ásperas montañas
» de Ítaca ha sido; y los ardides todos
» sagaz conoce, y cual varon prudente
» sabe tambien aconsejar." El sabio
Antenor añadió. "Verdad es mucha
» lo que dices, Elena; que otro tiempo,
» por causa tuya, embajador Ulíses
» vino con el valiente Menelao,
» y yo los hospedé y en mi morada
» procuré agasajarlos, y el talento
» conocí de los dos y su carácter.—
» El dia que admitidos en la junta
» de los Troyanos fueron, cuando estaban
» en pie, sobresalia Menelao
» por su estatura; que del hombro arriba
» mas alto era que Ulíses. Mas apénas
» los dos héroes sus sillas ocuparon,
» varon mas venerable parecia
» Ulíses. Cuando luego sus discursos
» á tejer empezaron, y prudentes
» á explicarnos á todos el motivo
» de su venida; Menelao hablaba
» con rapidez, y poco, y oportuno,
» y sin errar en nada, aunque mas jóven
» era que Ulíses. Cuando ya el Atrida
» acabó de arengar, alzóse grave
» el hijo de Laértes: y los ojos
» fijos en tierra sin alzar la vista,
» parado estaba y sin hablar, y el cetro
» ni adelante ni atras movió; que inmoble
» le tuvo cual si fuese un ignorante;
» y cualquiera diria que el enojo

361 » la razon le turbaba. Mas apénas
» en voz sonora del facundo pecho
» salieron sus palabras, semejantes
» en la abundancia á los espesos copos
» de la nieve invernal; hombre ninguno
» con él hubiera contendido. Entónces
» ya no tanto admirábamos de Ulíses
» la venerable faz." Viendo el anciano
á Ayax, á Elena preguntó de nuevo.
"Y quién es aquel héroe, alto de talla
» y de miembros fornido, que entre todos
» los Griegos sobresale, y el mas alto
» al hombro no le llega?" De la vista
' ..ermosa Elena el anchuroso velo
apartando, le dijo. "Aquel es Ayax;
» gigante en la estatura, y de la Grecia
» antemural. Y allí entre los Cretenses,
» en belleza á los Dioses parecido,
» el Rey Idomeneo está parado,
» y en derredor los cabos de su hueste
» reunidos le cercan. En su alcázar
» le hospedó muchas veces Menelao,
» cuando á Esparta venia desde Creta.
» Veo tambien á los demas caudillos
» de las escuadras griegas, y podria
» desde aqui conocerlos y decirte
» su nombre, y solo descubrir no puedo
» á dos muy valerosos capitanes;
» á Cástor, el mejor de los ginetes,
» y á Pólux, poderoso en la pelea
» del pugilato: y una madre misma
» nos dió el ser á los tres. Ay infelice!
» ¿Será que en los bajeles no vinieron

»aquí desde la gran Lacedemonia; 394
»ó que habiendo venido, ya rehusan
»hallarse en las batallas porque temen
»que de mí mucho deshonor les quepa
»á ellos alguna parte?" Asi decia:
mas á aquellos dos heroes ya la tierra
ocultaba en su seno; que en su patria
murieran, en la gran Lacedemonia.

Entónces la ciudad los dos heraldos
atravesaban ya con los corderos
que ofrecerse debian á los Dioses,
y en un odre de cabra el dulce vino,
gozo del corazon y de la tierra
don precioso, llevaban; y el heraldo
Ideo urna brillante y copas de oro
para hacer las sagradas libaciones.
Y llegado del Rey á la presencia,
á que al campo bajase le animaba.

"Hijo de Laomedonte (le decia)
»los Próceres aquivos y troyanos
»que al campo bajes por mi voz te piden,
»para que allí se jure, degolladas
»estas víctimas ántes, una tregua.
»Páris y Menelao por la esposa
»solos combatirán con largas picas,
»seguirá la muger con sus alhajas
»al que venciere; y los demas segura
»paz y amistad jurándose, nosotros
»habitarémos en la fértil Troya,
»y los Aquivos á Árgos y á la Acaya
»retornarán en sus veleras naves."

Al escuchar sus voces el anciano
se estremeció, y á sus donceles dijo

427 que pusieran al carro los bridones.
Obedecieron: ocupó la silla
de la carroza el Rey, tomó en la diestra
y tiró atras las bridas, y á su lado
subió luego Antenor. Y á la llanura
los dos, saliendo por la puerta Escea,
los veloces caballos dirigian.

Y cuando ya vinieran al parage
en que estaban los Griegos y Troyanos;
á tierra desde el carro descendieron,
y con paso tardío á la pradera
que entre los dos ejércitos mediaba
se encaminaron. Levantóse al verlos
Agamenon, caudillo de las tropas:
se alzó Ulíses tambien; y los heraldos,
las víctimas uniendo y en las urnas
el vino derramando, á los caudillos
la ablucion ofrecieron. El Atrida,
la daga desnudando que pendiente
llevaba al lado del agudo estoque,
breve mechon de lana á los corderos
cortó de la cabeza, y los heraldos
toda la repartieron á los Gefes
teucros y aquivos. Y el Atrida luego,
alzadas las dos manos, á los Dioses
dirigió en alta voz esta plegaria.

"Máximo padre Jove! Augusto númen
» que desde el Ida á la region de Troya
» presides y proteges! Sol, que todo
» lo ves y escuchas! Tierra! Rios! Dioses
» que en la oscura region á los mortales,
» que perjuros han sido, con severa
» justicia castigais cuando fallecen!

» testigos sed ahora y vengadores
» del juramento. Si la vida Páris
» quitare á Menelao, el dueño sea
» de Elena y sus alhajas, y nosotros
» á la Grecia volvamos en las naves.
» Mas si á Páris el rubio Menelao
» la muerte diere, los Troyanos luego
» nos entreguen á Elena y sus tesoros
» y paguen á los Griegos un tributo
» que la ofensa repare, y continúen
» pagándole tambien los venideros.
» Y si el tributo Priámo y los hijos
» de Príamo pagarme no quisieren
» despues de muerto Páris; combatiendo
» yo seguiré por el tributo solo,
» sin levantar el cerco hasta que logre
» ver acabada tan prolija guerra."

Dijo, y cortó á las víctimas el cuello
con el hierro cruel; y palpitantes
sobre la tierra las soltó, privadas
del aliento vital. Y los caudillos
aqueos y troyanos, de las urnas
sacando el vino con las áureas copas,
la libacion hicieron, y á los Dioses
inmortales sus votos dirigian.
Y así tambien alguno de los Griegos
y los Troyanos en secreto dijo.

"Máximo Jove, tú que rodeado
» estás de eterna gloria! Dioses todos!
» hoy escuchad mi voz. *Del que primero,*
» *la fe violando, la batalla empiece,*
» *los sesos, y tambien los de sus hijos,*
» *sean sobre la tierra derramados*

493 *»como ahora este vino, y en agenos*
»brazos se vean sus esposas caras.»
Tal su plegaria fué; mas todavía
no era llegado el tiempo en que sus votos
oidos fuesen del Saturnio Jove.
Y el Rey Príamo dijo á las escuadras.
"Oid, Troyanos, y valientes Griegos!
»Yo vuelvo á la ciudad; porque mis ojos
»ver no podrian peleando á un hijo
»con tan fuerte adalid: el alto Jove,
»es quien sabe, y los otros inmortales,
»cual de los dos la Parca ha destinado
»á morir." El anciano, apénas hubo
estas palabras dicho, los corderos
puso en el carro, y él montó y las riendas
tiró atras. Antenor subió á su lado,
y de Troya siguieron el camino.
Héctor y Ulíses á los dos rivales
midieron luego el campo de batalla;
y en un casco de bronce las dos suertes
echado habiendo, con ligera mano
las agitaban para ver la pica
quien de ellos el primero á su enemigo
arrojaria. En tanto las dos haces,
ambas manos al cielo levantadas,
sus votos á los Dioses dirigian:
y algunos de los Griegos y Troyanos
esta súplica hicieron. "Padre Jove,
»Máximo, Gloríoso, que á esta tierra
»desde el Ida presides y defiendes!
»Danos que muerto á la region oscura
»aquel baje este dia que de tantos
»males la causa ha sido, y que á nosotros

"la jurada amistad firme nos sea." 326

Miéntras esto decian, en el casco
las tristes suertes Héctor agitaba
apartando la vista; pero pronto
la de Páris saltó. Teucros y Aquivos
por hileras sus puestos ocuparon
donde tenian las brillantes armas,
el carro y los caballos corredores;
y Páris fué á vestirse la armadura.

Puso primero las bruñidas grevas
de las piernas en torno, y al tobillo
las ajustó con argentados broches.
Luego con la coraza de su hermano
Licaon, á su talle acomodada,
el pecho se ciñó; colgó del hombro
tajante espada de afilado bronce
y con clavos de plata enriquecida,
y una anchurosa y sólida rodela
al cuello suspendió. Despues se puso
luciente yelmo en la cabeza hermosa;
y el gran penacho que de negras crines
de caballo el artífice formara,
en la cimera trémulo ondeando,
inspiraba terror. Robusta pica
empuñó en fin que manejar pudiese,
y al mismo tiempo el rubio Menelao
volvió á tomar sus refulgentes armas.

Luego que del ejército apartados
los dos con la armadura se cubrieron;
por la verde pradera que mediaba
entre Teucros y Aquivos caminaron
para empezar la lid, y desde léjos
ya con torvo mirar se amenazaban;

559 y en temerosa expectacion quedaron,
puesta en ambos la vista, las falanges
aquivas y troyanas. Cuando á tiro
de lanza estaban ya, se detuvieron
en la mitad del circo: y las agudas
picas blandiendo, respiraban ambos
vengativo rencor. Tiró su lanza
Alejandro el primero, y del Aquivo
acertó á dar en el escudo plano;
pero romper no pudo el fino bronce
y se torció la punta, rechazada
por el duro broquel: y Menelao
vibró entónces la suya, dirigiendo
ántes al padre Jove esta plegaria.
"Da, Júpiter excelso, que sangrienta
»venganza tome del injusto Páris,
»pérfido huésped que mi dulce esposa
»me robó y mis tesoros, sin que hubiese
»recibido de mí ningun agravio.
»Y haz que á mis manos muera en este dia;
»para que tiemble, hasta en la edad futura,
»cualquiera de ofender al que en su casa
»amistad y hospedage le ofreciere."
Dijo: y blandiendo la robusta pica,
la arrojó, y en el centro del escudo
de Páris logró dar. La firme punta
pasó por la rodela relumbrante:
y atravesando la coraza, enfrente
se clavó junto al bazo y por el medio
la túnica rompió; mas ladeóse
Páris, y así evitó la negra muerte.
Entónces el Atrida, desnudando
la espada, alzóla y furibundo golpe

sobre la alta cimera del almete 592
descargó del Troyano; pero rota
en tres ó cuatro trozos la cuchilla
en el sólido yelmo, de la mano
se le cayó: y el héroe enfurecido
bramó de enojo, y en el ancho cielo
clavó la vista y dijo: "Padre Jove!
»no hay entre todas las deidades una
»que tan dañosa á los humanos sea
»como tú. Yo esperaba en este dia
»la perfidia de Páris castigada
»dejar; pero el estoque se me ha roto
»en la mano, y la pica por mi diestra
»en vano fue lanzada sin herirle."

Y arrojándose fiero al enemigo,
le asió del morrion: y hácia los suyos
volviendo el rostro, á las aquivas naves
le llevaba arrastrando; y la correa
de pespuntes ornada, que el almete
por bajo de la barba sostenia,
de tal manera el delicado cuello
estrechaba de Páris, que anhelante
respirar no podia. Y Menelao
arrastrádole hubiera, y glorïoso
triunfo alcanzara; si la tierna Vénus
tan pronto no lo viera, y del Olímpo
á la tierra bajando presurosa
no le hubiese cortado la correa,
que de piel de novillo vigoroso
fuera labrada. En la robusta mano
quedando, pues, el morrion vacío;
el héroe, por encima su cabeza
en el aire agitándole, á la escuadra

le arrojó de los Dánaos, y del suelo
le alzaron sus donceles. El Atrida
segunda vez acometió furioso
á Páris, esperando con su lanza
matarle; pero Vénus fácilmente,
tanto puede una Diosa! por los aires
le arrebató: y cercándole de mucha
oscura niebla, al tálamo oloroso
donde gratos aromas humeaban
le llevó. Y asentado sobre el lecho
dejándole, con pasos presurosos
salió en busca de Elena, y en la torre
la encontró de matronas rodeada.
Llegó la Diosa, semejante en todo
á una vieja y antigua cardadora
de lana que otro tiempo cuando Elena
la gran Lacedemonia aun no dejara
en cardar finas lanas entendia,
y en mucho la preciaba su señora.
Y acercándose á Elena, y de su manto
que suave olor de néctar exhalaba
tirando blandamente; á que volviera
el rostro la obligó, y asi decia.

"Ven, Elena, conmigo: Páris quiere
»que vuelvas á tu alcázar. Dentro ahora
»le dejo de su cámara y sentado
»sobre el ebúrneo torneado lecho,
»mas hermoso que nunca y de vestidos
»adornado brillantes. No dirias,
»al verle, que ha venido fatigado
»de combatir: á comenzar el baile
»dirás que se dispone, ó que descansa
»despues de haber danzado." Así decia

Vénus, y Elena cólera terrible 658
sintió en el alma al escuchar sus voces.
Mas cuando de la Diosa el sonrosado
hermoso cuello conoció, y los dulces
cándidos pechos y brillantes ojos;
se consternó, y la dijo estas palabras.
"Cruel divinidad! ¿Es que deseas
»seducirme otra vez? ¿Acaso quieres
»de la Frigia llevarme, ó la Meonia,
»á alguna gran ciudad si en ella habita
»otro mortal de tí favorecido?
»¿O tal vez, porque ahora Menelao
»á Páris ha vencido y á su casa
»á esta odiosa muger llevarse quiere,
»cuidosa tú viniste, nuevos dolos
»maquinando, á impedir que yo le siga?
»Si Páris te es tan caro; en su morada
»permanece, abandona los caminos
»de las deidades, y á pisar no vuelvan
»tus plantas el Olimpo. Siempre en torno
»asiste del amado, gime, llora,
»y en prolongada agitacion la vista
»no apartes de él hasta que hacerte quiera,
»ó su esposa, ó su esclava. A mí no es dado
»(reprensible seria) de su lecho
»participar; que las Troyanas todas
»mi liviandad culparan, y hartas penas
»siente mi corazon." La hermosa Vénus
la respondió colérica. "Infelice!
»no así tú quieras irritarme: teme
»que airada te abandone; y ofendida,
»tanto como te amé ya te aborrezca.
»Yo sabria entre Griegos y Troyanos

691 »sembrar funestos odios, y la triste
»víctima tú de su furor serias."
Dijo; y Elena, aunque del alto Jove
hija, temió su cólera: y cubierta
con el cándido velo transparente,
en silencio salió sin que ninguna
de las Teucras la viese; y de la Diosa
en pos marchaba. Cuando ya vinieran
de Páris al palacio suntuoso:
las dos esclavas á entender volvieron
en sus labores, y la hermosa Elena
al magnífico tálamo sus pasos
encaminó: y la Diosa, sonriyendo
y tomando una silla, se la puso
enfrente de Alejandro. Allí sentada
Elena, y apartando de él la vista,
en iracundas voces del esposo
la cobardía castigó, diciendo:
"Vienes de pelear....! Hiciera Jove
»que allí muerto quedaras, por la diestra
»del esforzado capitan vencido
»que ántes era mi esposo! Pues que necio
»un dia te jactabas de que mucho
»en fuerzas, en valor, y hasta en el arte
»de manejar la pica, le aventajas;
»vuelve de nuevo en arrogantes voces
»á provocar al fuerte Menelao
»á que contigo en singular combate
»salga á lidiar.... Mas, no: yo te aconsejo
»que á las lides renuncies y no quieras
»ya cuerpo á cuerpo, en temerario arrojo,
»pelear con el rubio Menelao;
»no sea que al instante de su lanza

»mueras al filo." Respondióla Páris.
"No así, muger, con injuriosas voces
»me insultes; que si ahora Menelao
»venció con el auxilio de Minerva,
»acaso yo le venceré otro dia:
»tambien tenemos Dioses favorables.
»Pero hagamos la paz, y cariñosos
»solo pensemos en placeres. Nunca
»tanto de amor el poderoso imperio
»sintió mi corazon, ni aun aquel dia
»en que robada te embarqué en la nave
»y las costas dejamos de la fértil
»Lacedemonia, y venturoso dueño
»me hiciste de tu amor y tu belleza
»en la Isla de Cranae, como ahora;
»que de tí, cual un dia, enamorado,
»arde mi pecho en amorosa llama."
Así habló Páris, y ocupó el primero
el tálamo nupcial: siguió la esposa,
y los dos sus querellas olvidaron.
Entre tanto el Atrida, semejante
á enfurecida fiera, por la hueste
corria de los Teucros por si hallaba
á Paris escondido entre las filas;
pero ninguno de los Teucros pudo,
ni de los auxiliares numerosos,
decir á Menelao donde Páris
entónces se ocultaba. Y á saberlo,
nadie por amistad callado hubiera;
porque de todos era aborrecido
como la negra muerte. El poderoso
Agamenon, caudillo de los Griegos,
puesto despues entre las dos escuadras,

dijo: "Escuchadme, Teucros y Dardanios
»y demas auxiliares! La victoria
»quedó, como lo veis, por Menelao.
»Volvednos, pües, á Elena y sus tesoros,
»y un tributo pagad que justo sea
»y continúe hasta en la edad futura."
Así dijo el Atrida: y los Aqueos,
en fausta aclamacion, de su caudillo
el discurso aprobaban y aplaudian.

LIBRO CUARTO.

Los Dioses, en el áureo pavimento
del palacio de Jove reunidos
y ocupando las sillas eternales,
en pláticas sabrosas alternaban
mirando á la ciudad de los Troyanos,
miéntras Hebe oficiosa les servia
el dulce néctar en las copas de oro
con que alegres brindaban; pero Jove
en palabras mordaces, deseando
á Juno zaherir, así decia
hablando con los otros inmortales.
"Dos Diosas del Olímpo favorecen
»á Menelao: Juno, venerada
»en Árgos; y Minerva, protectora
»de Alalcomene: y complacidas solo
»en verle pelear, y de la tierra
»alejadas, el cielo no abandonan.
»Y en tanto Vénus amorosa á Páris
»asiste siempre, y de la negra Parca
»le defiende su mano, y este dia
»acaba de salvarle cuando él mismo
»no esperaba vivir; mas la victoria
»quedó por el valiente Menelao.
»Deliberemos, pues, entre nosotros
»si renovar la sanguinosa guerra
»y los tristes combates deberémos,
»ó en duradera paz ambas naciones
»y en amistad unir. Si mi dictámen
»es por todos los Dioses aprobado,
»y á todos place; quedará habitada

31 »la ciudad del Rey Príamo, y Elena
»al poder volverá de Menelao."
Así Júpiter dijo: y al oirle
Minerva y Juno, que los áureos tronos
inmediatos tenian y de Troya
entre sí la ruïna concertaban,
de cólera los labios se mordieron.
Minerva, aunque irritada con su padre
y de altísimo enojo poseida,
no siendo osada á replicar á Jove,
permaneció en silencio; pero Juno
ya contener la cólera en el pecho
no pudo, y exclamó. "¿Qué pronunciaste,
»hijo terrible de Saturno? ¿Quieres
»hacer ahora inútil mi trabajo,
»y que el fruto no vea del copioso
»sudor que derramé cuando juntaba
»ejércitos que á Príamo y sus hijos
»asolacion trajesen? Mis bridones
»se cansaron tambien. Haz lo que dices;
»mas tu resolucion jamas esperes
»que las otras deidades aprobemos."
Altamente indignado el padre Jove,
á Juno respondió. "Cruel! ¿Qué ofensa
»recibiste de Príamo y los hijos
»de Príamo, que siempre la ruïna
»pidiendo estás de la soberbia Troya?
»Si dentro de las puertas y los muros
»penetraras, y vivos devorases
»á Príamo y de Príamo á los hijos,
»y á los demas Troyanos; solo entónces
»el odio que les tienes saciarias.
»Tu voluntad se cumpla: ya no quiero

»que esta disputa en adelante sea 64
»ocasion de rencilla entre nosotros.
»Pero tambien te digo, y en el alma
»grabado lo conserva, que si un dia
»otra ciudad airado deseare
»yo destruir donde nacido hubieren
»hombres que tú defiendas, mi venganza
»no retarde tu ruego. Su ruïna
»deja que yo consume; como ahora,
»á tu clamor cediendo, á pesar mio
»la ciudad que mas amo te abandono.
»Sí: bajo el sol y el estrellado cielo
»no hay entre todas las demas ciudades
»que los hombres habitan una sola
»que me haya sido al corazon tan grata
»como el sacro Ilion, y todo el pueblo
»del magnánimo Príamo, y el mismo
»piadoso Rey; que allí sobre mis aras
»escogidos manjares numerosos
»jamas faltaron, ni el olor y el humo
»de las reses, ni puras libaciones:
»y este es el homenage que á nosotros
»deben los hombres." Iracunda Juno
replicó todavía. "Tres ciudades
»son las que yo protejo, Árgos, Esparta,
»y la grande Micénas. Si te fueren
»al corazon odiosas, al instante
»las destruye; que yo, ni las defiendo,
»ni á tu deseo me opondré. ¿Qué hiciera
»con oponerme yo y en su ruïna
»no consentir de grado, si mas fuerte
»eres y poderoso? Mas es justo
»que inútil mi trabajo no haya sido.

97 „Yo soy Diosa tambien, y mi linage
„es el mismo que el tuyo pues soy hija
„del anciano Saturno; y respetada
„debo ser por mi alcurnia, y porque el nombre
„llevo de esposa tuya y soberano
„eres tú de los Dioses. En contiendas
„cual la presente que cedamos justo
„es uno de los dos: porque si hoy cede
„al mio tu deseo, acaso un dia
„habré yo de ceder; y así en el cielo
„no reinará la division. Ahora
„di á Minerva que baje á las escuadras
„de los Teucros y Aquivos, y procure
„que sean los Troyanos los primeros
„que violando la fé de los tratados
„ofendan á los Griegos, que orgullosos
„con la victoria están." Asi decia
Juno: y cediendo de su cara esposa
al deseo, y la cólera olvidando,
el padre de los hombres y los Dioses
dijo á Minerva en rápidas palabras.
"Baja al instante al anchuroso campo
„de los Teucros y Aquivos, y procura
„que sean los Troyanos los primeros
„que violando la fe de los tratados
„ofendan á los Griegos, que orgullosos
„con la victoria están." Así decia
Júpiter á Minerva, que impaciente
el mandato esperaba y al oirle
bajó desde las cumbres del Olímpo
en raudo vuelo. Cual luciente estrella
que de Saturno el hijo poderoso
un presagio fatal de lo futuro

envía desde el cielo al navegante,
ó al vasto campamento de las tropas,
y que en muchas centellas se divide;
tal entónces bajó desde el Olímpo
Minerva, y por los densos escuadrones
rápida penetró. Todos al verla,
Aquivos y Troyanos, en profunda
admiracion cayeron, y hubo alguno
que de este modo al compañero dijo.
"Ya no dudemos que la cruda guerra
»de nuevo y los combates sanguinosos
»empezarán; ó el soberano Jove,
»que la guerra y la paz á los mortales
»distribuye á su arbitrio, en duradera
»amistad unirá las dos naciones."
Asi hablaban Aquivos y Troyanos:
y entre tanto Minerva, asemejada
á Laódoco, guerrero valeroso
y de Antenor nacido, por la turba
penetró de los Teucros y cuidosa
á Pándaro buscaba, que á los Dioses
igualaba en valor. Y habiendo hallado
de Licaon al hijo belicoso,
célebre flechador, entre las filas
de las valientes tropas que cubiertas
de pesados broqueles, hasta Troya
desde la márgen del oscuro Esepo,
le siguieran; poniéndose á su lado,
así le dijo en halagüeñas voces.
»Querrás oir mi voz, ó valeroso
»hijo de Licaon? Si te atrevieras
»una flecha á lanzar á Menelao;
»honra mucha entre todos ganarías,

163 »y te lo agradecieran los Troyanos,
»y el Príncipe Alejandro mas que todos.
»Y te daría numerosos dones;
»si, herido por tu flecha Menelao,
»en la fúnebre hoguera su cadáver
»viera luego poner. Lanza atrevido
»tu flecha al orgulloso hijo de Atreo,
»y ofrece al padre de la luz Apolo
»que si con vida á los paternos lares
»te concede volver, una hecatombe
»le sacrificarás de los primeros
»corderillos que crien tus ovejas."
Así Pálas hablaba, é imprudente
Pándaro la creyó; y el arco hermoso
de la caja sacó que fabricado
fuera con las dos astas de una cabra
corpulenta y cerril. En otro tiempo,
habiéndose ocultado en la espesura
del monte, la matara con su flecha
al bajar de un peñasco; que en el pecho
logrando herirla, sobre la alta roca
tendida y muerta la dejó. Las astas,
cada una de las cuales ocho palmos
era de larga, artífice famoso
unió despues: y habiéndolas pulido,
anillos de oro donde atar el nervio
á la punta añadió. Pándaro entónces,
tendido el arco, le inclinó á la tierra;
y cual hábil archero le dispuso
para tirar la flecha: y sus amigos,
rodeándole todos, le cubrian
con sus altos escudos; no vinieran
los Aquivos sobre él, y le matasen,

ántes que fuese herido Menelao. 196
Quitando luego del carcax la tapa,
una flecha escogió que todavía
disparada no fuera, voladora,
y orígen de agudísimos dolores.
Y al poner en el nervio la saeta,
ofreció al padre de la luz Apolo
que si volver le daba de su imperio
á la gran capital; en sacrificio
le ofreceria los corderos todos
que primero criasen las ovejas.
Y metiendo en el nervio la hendidura
de la saeta; su acerada punta
con la siniestra mano sobre el arco
ajustó, y hácia el pecho con la diestra
trajo el torcido nervio. Y cuando tuvo
el arco poderoso bien tirante,
la flecha disparó; y en sordo ruido
el arco rechinó, crugió la cuerda,
saltó la flecha aguda, y por el aire
ansiosa de clavarse caminaba.

Ni de tí, ó Menelao, se olvidaron
los Dioses inmortales, y de todos
Minerva la primera; que delante
poniéndose de tí, la flecha amarga
alejó de tu pecho cuanto suele
tierna madre alejar alguna mosca
del hijo amado que sumido yace
en dulce sueño; y dirigió la punta
al parage en que el cinto sujetaban
los dorados anillos, y era doble
la coraza. Rompió la flecha aguda
el cinto; y por la cuera atravesando,

229 se clavó: y aun la chapa que tenia
para defensa de su cuerpo el héroe,
y era contra los dardos fuerte muro
y de morir le libertó, la punta
cortó tambien, y el sonrosado cútis
rasguñó levemente, y roja sangre
de la herida corrió. Cual las mugeres
de Caria ó de Meonia en rubicunda
púrpura tiñen el marfil, y labran
vistosas carrilleras que los frenos
ornen de los caballos: y aunque muchos
ginetes las codicien, en su casa
las tienen sin vender para que sean
alhaja de algun Príncipe, y un dia
sirvan de ornato al alazan brioso
y muestren de su dueño la riqueza;
tal en purpúrea sangre, ó Menelao,
teñidos fueron tus fornidos muslos
y tus piernas entónces, y abundosa
llegó la sangre al cándido tobillo.

Estremecióse Agamenon el rojo
humor viendo correr en abundancia,
y aun el mismo valiente Menelao
se estremeció tambien. Mas cuando fuera
vió del cútis el nervio que ajustaba
al hastil la saeta, y que las puntas
laterales del bronce penetrado
no habian en la carne, dentro el pecho
ánimo recobró. Pero afligido
Agamenon, asióle de la mano:
y exhalando suspiros dolorosos,
y gimiendo tambien los capitanes
que en torno los cercaban, le decia.

"Caro á mi corazon! Cuando convine 262
» en que con los Troyanos por los Griegos
» tú solo peleases y el tratado
» juré, tu muerte sin querer juraba;
» pues la pública fe violando impíos,
» te hirieron los Troyanos. Pero vana
» la sangre no será de los corderos,
» ni las puras y santas libaciones,
» ni la jurada fe, ni las promesas
» en que debimos confiar. Si ahora
» el dueño del Olimpo su perjurio
» no castiga severo; ya mas tarde
» en grave pena expiarán su crímen
» con sus cabezas, y las de sus hijos
» y sus esposas. Sí: lo sé, y el alma
» y el corazon lo anuncian; vendrá dia
» en que, asolada la soberbia Troya,
» perezca su Rey Príamo, y el pueblo
» belicoso de Príamo. El Saturnio
» Jove, que habita el éter y en las nubes
» tiene su trono, contra tal perfidia
» airado, sobre todos los perjuros
» su égida él mismo agitará espantosa,
» y falso no será mi vaticinio.
» Mas será grande mi dolor si mueres,
» Menelao, y al término llegaste
» ya de tu vida. De ignominia lleno
» á Árgos volveré yo la deseada;
» porque los Dánaos del pais nativo
» pronto se acordarán, y por trofeo
» dejarémos á Príamo y los suyos
» la argiva Elena; y sepultado en tierra
» de Troya tu cadáver, este campo

» tus huesos pudrirá sin que hayas visto
» la ruina de Ilion. Y de este modo,
» insultando á la tumba del valiente
» Menelao, dirán envanecidos
» los Teucros. *Ojalá que así de todos*
» *Agamenon se vengue, como ahora;*
» *que en vano trajo aquí tan formidable*
» *hueste de Aquivos, y á su patrio suelo*
» *y su casa volvió con los bajeles*
» *vacíos, y del fuerte Menelao*
» *aquí dejó el cadáver!* Algun dia
» así dirán los Teucros; pero entónces
» se hunda la tierra, y me sepulte vivo."
Animándole el rubio Menelao;
"ten buen ánimo, dijo, y no consternes
» á las tropas aquivas. La saeta
» en parage mortal no se ha clavado;
» que el bien tejido ceñidor primero
» me defendió, y debajo la coraza
» y la chapa de bronce." Enternecido
respondió Agamenon. "O Menelao!
» haga el cielo benigno que asi sea;
» y el médico la herida dolorosa
» pronto te curará, medicamentos
» empleando suaves que mitiguen
» los acerbos dolores." Y á Taltibio,
su heraldo, dijo en agitadas voces.
"Marcha, Taltibio, y diligente busca
» al sabio Macaon, el hijo ilustre
» del célebre Esculapio: di que venga
» á Menelao á ver, á quién ha herido
» con aguda saeta algun troyano,
» ó licio, flechador. Suya la gloria,

»y nuestro es el dolor." Así á Taltibio 328
Agamenon decia: y á sus voces
obediente el heraldo, sin tardanza
recorrió las escuadras de los Griegos.
Y buscando entre todos con la vista
al héroe Macaon, le vió parado
enmedio las escuadras de aguerridos
combatientes que á Troya le siguieran
de Trica abandonando las llanuras.
Y acercándose á él, estas palabras
rápidas dijo en doloroso acento.
"Ven, hijo de Esculapio; que el potente
» Agamenon te llama porque veas
» á Menelao, á quien hirió perjuro
» con aguda saeta algun troyano,
» ó licio, flechador. Suya la gloria,
» y nuestro es el dolor." Así decia
sollozando Taltibio: y al oirle
de Macaon en lo interior del pecho
el alma se afligió, y ambos unidos
por medio de la gente atravesaban
el anchuroso campo de los Griegos.
Cuando venido hubieron al parage
do herido fuera el rubio Menelao,
y en torno de él estaban reunidos
los primeros caudillos de su escuadra,
y él, semejante á un Dios, en medio de ellos;
el diestro Macaon tiró del palo
de la flecha que fuera se veía
del ceñidor labrado, y al sacarle
sus puntas laterales se torcieron.
Desató, pues, el ceñidor, la cuera,
y la chapa de bronce: y cuando visto

361 hubo la herida que el agudo bronce
en el cútis hiciera; con sus labios
chupó la roja sangre, y á la herida
medicamentos aplicó suaves
cuya virtud Quiron, por ser su amigo,
á Esculapio enseñara. Miéntras ellos
en derredor estaban del Atrida,
atentos á curarle; las cohortes
de los Troyanos, el arnes vestido,
se pusieron en marcha, y los Aqueos
diligentes se armaron, y al combate
se preparaban todos. No verias
al Rey Agamenon, ni perezoso,
ni tímido y la guerra no queriendo,
sino marchando en rápida carrera
á la lid en que gloria los valientes
adquieren inmortal. Dejó su carro
(que en variadas labores guarnecian
chapas de metal fino) y los bridones:
y Eurimedonte, el escudero suyo
nacido del famoso Ptolomeo,
los sacó de la fila y de las riendas
los tenia, y fogosos anhelaban.
Y mandando que prontos los tuviese
cuando él volviera de correr cansado
por entre las escuadras numerosas,
recorrió á pie la dilatada hueste
de los Dánaos. Y á aquellos que veia
prepararse al combate, con sus voces
nuevo ardor inspiraba: y cariñoso,
acercándose á ellos, les decia.

"Aquivos! No desmaye el esforzado
» ánimo que mostráis. El padre Jove

» no será el auxiliar de los perjuros: 394
» ántes hará que los voraces buitres
» se sacien de la carne delicada
» de los hombres sin fe que los primeros,
» la santidad violando de la tregua,
» nos acometen. Sus esposas caras
» y sus tiernos hijuelos en las naves
» llevarémos nosotros, cuando á Troya
» hayamos destruido." A los que via
tímidos rehusar la triste guerra,
así, ceñudo, en iracundas voces
avergonzaba. "Inútiles archeros!
» cobardes! sin honor! ¿No os dá vergüenza?
» ¿Por qué de vil temor sobrecogidos,
» parados así estais? Como los ciervos,
» si en rápida carrera atravesaron
» dilatada llanura, se detienen
» al cansancio rendidos, y en el pecho
» no les queda vigor; así vosotros,
» aquí parados, rehusais ahora
» marchar á la pelea. ¿Por ventura
» esperais á que lleguen los Troyanos
» del espumoso mar á la ribera
» y empiecen á quemar nuestros bajeles,
» para ver si del hijo de Saturno
» os defiende la mano poderosa?"

Cual supremo adalid, así las filas
recorrió Agamenon de los Aqueos:
y atravesando las escuadras, vino
adonde los cretenses campeones
á la voz del ardído Idomeneo
se formaban. El Rey, que semejante
era en valor al jabalí cerdoso,

427 regía los primeros combatientes;
y en tanto Meriónes las falanges
últimas animaba á la pelea.
Gozóse mucho Agamenon al verlos,
y en cariñosas voces al Cretense
dijo. "O Idomeneo! Sobre todos
» los ilustres caudillos de la Acaya
» honrarte suelo yo tanto en la guerra
» como en tiempo de paz y en el convite,
» cuando las urnas de oloroso vino
» se llenan en honor de los primeros
» capitanes de Grecia: que los otros
» beben una porcion determinada;
» pero tu vaso, como el mio, lleno
» está siempre á tu lado porque puedas
» beber cuando quisieres. Valeroso
» marcha, pues, y el denuedo en la batalla
» muestra de que otro tiempo hacer alarde
» solias." Respondiόle Idomeneo.
"Atrida! Siempre compañero tuyo,
» como ya lo ofrecí con juramento,
» yo seré fiel. A los demas Aquivos
» tus palabras animen, y el combate
» sin tardanza se empiece. Los Troyanos
» el tratado rompieron, pero pronta
» y dolorosa muerte les aguarda:
» pues, violando la tregua, los primeros
» han sido que la lid han comenzado."
Dijo, y Agamenon pasó adelante
gozoso el corazon. Y recorridas
otras muchas legiones donde estaban
los Ayaces llegó, que diligentes
tomaban la armadura; y numerosa

escuadra de guerreros les seguia,
peones todos. Cual oscura nube
que del zéfiro al soplo caminando
por encima del mar viene cargada
de mucha tempestad, y desde el monte
la divisa el cabrero, y le parece
negra como la pez, y se horroriza
al verla; y el ganado antecogiendo,
á una cueva le guia: tal entónces,
de los Ayaces á la voz, marchaba
al enemigo la falange espesa
de sus guerreros, jóvenes briosos,
de relucientes picas herizada,
y de fuertes escudos defendida.
El poderoso Agamenon, al verlos
alegre, dijo en halagüeñas voces.
"Ayaces, adalides esforzados
» de los valientes Griegos! A vosotros
» yo no os encargo (injuria se os haria)
» que al combate animeis á las escuadras:
» ya vuestra voz las llama á la pelea.
» Y ojalá padre Jove! Pálas! Febo!
» que todos en el pecho tales brios
» tuviesen y valor! No tardaria
» la ciudad del Rey Príamo sus muros
» en humillar al suelo, conquistada
» por nuestro fuerte brazo y destruida."
Dijo: y allí dejando á los Ayaces
adelánte pasó y encontró á Néstor,
que ordenando sus tropas al combate
las animaba en elocuentes voces:
y á su lado asistian los primeros
caudillos de la hueste numerosa,

493 el alto Pelagonte, Alástor, Cromio,
el poderoso Hemon, y el aguerrido
claro adalid Biante. Los caballos
con los carros y ardidos conductores
puso en primera fila; á retaguardia
colocó numerosa infantería
de escogidos guerreros, porque fuesen
impenetrable muro en la pelea;
y en el medio encerró los mas cobardes,
para que mal su grado todos ellos
pelearan por fuerza. Dirigia
entónces el anciano sus consejos
á los fuertes caudillos que en los carros
debian combatir, y les mandaba
que firmes los caballos sujetasen
y en desórden la escuadra no pusieran.
"Nadie (decia) en su valor fiado,
» y en su pericia en manejar bridones,
» fuera salga de filas deseoso
» de combatir él solo con los Teucros,
» ni retroceda: si la union os falta,
» ménos fuertes seréis. El que perdido
» su carro hubiere, y al ageno venga,
» á pie combata con la pica en mano;
» que con esta prudencia los antiguos
» ciudades y murallas destruyeron."
Así el anciano, que aprendido habia
desde muy jóven de la guerra el arte,
animaba á los suyos; y el potente
Agamenon, al verle complacido,
así dijo en palabras voladoras.
"Ojalá, anciano, que mover pudieras
» tan ágil las rodillas y tuvieses

» tan entero el vigor, como en el pecho 526
» firme conservas el valor antiguo;
» pero ya la vejez, que no perdona
» á ninguno, tus fuerzas debilita.
» Ah! Si hacerse pudiera que algun otro
» cargase con tus años, y tú fueses
» contado entre los jóvenes robustos......"
Respondió Néstor: "Glorïoso Atrida!
» mucho tambien yo mismo deseara
» la pujanza tener que en otro tiempo,
» cuando con esta mano al valeroso
» Ereütalïon quité la vida;
» pero nunca á los hombres las deidades
» todos los bienes juntos concedieron.
» Si entónces yo era mozo, la rugosa
» vejez me oprime ya. Mas no cobarde
» evitaré la lid; que entre los carros
» el mio se hallará, y en la pelea
» animaré con voces y consejos
» á los jóvenes: único servicio
» que prestar pueden los que son ancianos.
» Los de ménos edad, ya que nacieron
» despues que yo y se precian de valientes,
» tiñan en sangre las agudas lanzas."
Así Néstor habló; pero el Atrida,
alegre el corazon, pasó adelante.
Y al hijo de Petao, al valeroso
ginete Menesteo, halló parado,
y en torno de él estaban reunidos
los Atenienses: y el sagaz Ulíses
cerca de allí y ociosas las escuadras
tenia de los fuertes Cefalenios.
La voz de, *al arma*, *al arma*, en este lado

559 no resonara aun; que las falanges
de Aquivos y Troyanos empezaban
entónces á moverse: y detenidos
Menesteo y Ulíses con sus tropas,
esperaban á ver si otra columna
de los Griegos en marcha se ponia,
y el combate empezaba al enemigo
acometiendo. Cuando allí parados
Agamenon los vió, culpó ceñudo
su tardanza en marchar á la pelea.
"O tú, hijo de Petao (les decia)
» el Rey amado del Saturnio Jove!
» y tú el fecundo en ruines artificios,
» de corazon faláz! ¿así medrosos
» evitais el combate, y esperando
» estais á que los otros escuadrones
» acometan? Vosotros deberíais
» en la primer escuadra presentaros,
» y en ardiente pelea al enemigo
» embestir animosos. Los primeros
» por mí sois á la mesa convidados,
» cuando á los Gefes de la hueste griega
» espléndido convite los Aqueos
» dan en mi tienda: y delicioso entónces
» es regalarse con la carne asada,
» y las copas beber de dulce vino
» sin número ni tasa. Así este dia
» grato os fuera tambien estar mirando
» cómo, aunque fuesen diez, otras columnas
» de los Aquivos con el duro hierro,
» mucho ántes que vosotros, al combate
» principio daban." El sagaz Ulíses,
con torva faz á Agamenon mirando,

le respondió iracundo: "Hijo de Atreo! 592
» ¿qué palabra tu lengua ha proferido?
» ¿cómo á decir te atreves que en la guerra
» nos mostramos cobardes? Cuando ahora
» la terrible batalla comencemos
» Teucros y Aquivos ya; verás, si quieres
» y tímido no evitas la pelea,
» de Telémaco al padre combatiendo
» con los mas valerosos campeones
» de los Troyanos, y que en vano ahora
» agraviar su valor tu voz procura."

Cuando vió Agamenon que el fuerte Ulíses
se mostraba enojado, sonriyóse;
y en cariñosa voz así le dijo.

"Noble hijo de Laertes, sabio Ulíses!
» Ni reprenderte ni animarte ahora
» con mi voz he querido. Bien conozco
» que dentro el corazon tú los consejos
» mas útiles preparas, y deseas
» lo que yo. Marcha, pues; que ya otro dia
» te desagraviaré, si por desgracia
» duras fueron mis voces. Las deidades
» hagan que el viento mis palabras lleve."

Así dijo: y dejando á Menesteo
allí y á Ulíses, caminó adelante
á recorrer los otros escuadrones.
Y encontró al animoso Dïomédes,
el hijo de Tideo, que subido
en su luciente carro y los fogosos
bridones deteniendo con las riendas,
no formaba sus tropas: y á su lado
á Esténelo tenia, el atrevido
hijo de Capaneo. El poderoso

Agamenon, al verle, su tardanza
así culpó con ásperas razones.
"¡Y este es el hijo del ginete ilustre,
» y belicoso campeon, Tideo!
» ¿Cómo así, tan cobarde? ¿Por qué ocioso
» estás mirando desfilar las tropas?
» No solia Tideo en los combates
» mostrar ese temor: siempre el primero,
» y mucho de su gente adelantado,
» cargaba al enemigo. Así lo cuentan
» los que le vieron pelear: yo nunca
» con él en las batallas me he encontrado,
» ni sus hazañas ví; pero su aliento
» es fama que al de todos excedia.
» Vino, sí, con el claro Polinice
» á Micénas un tiempo y á mi casa;
» no la guerra á intimar, sino á pedirnos
» tropas con que sitiar los fuertes muros
» de Tébas á la cual la guerra entónces
» llevaban. Admitidos á la junta,
» suplicaron al pueblo de Micénas
» que les diese escogidos auxiliares:
» y dárselos queria, y aceptaba
» la propuesta que hicieron; pero Jove
» con infaustas señales de cumplirlo
» nos apartó. Salieron: y llegados
» despues de luengas marchas á la márgen
» del Asopo, de yerbas alfombrada
» y de espesos juncales guarnecida,
» enviaron los Gefes á Tideo
» de embajador á Tébas. Marchó el héroe,
» llegó, y en el palacio del famoso
» Eteocles, en convite reunidos,

» á muchos encontró de los Cadmeos. 658
» Y aunque extrangero, y solo, y rodeado
» de tantos campeones, cobardía
» Tideo no mostró; que valeroso
» á singular certámen los retaba.
» Y vencedor en las diversas lides
» fácilmente salió, porque Minerva
» á su lado asistia: y los Cadmeos,
» altamente irritados, en celada
» poderoso escuadron cuando volvia
» de jóvenes cincuenta colocaron.
» Dos eran los caudillos: el valiente
» Mayon, hijo de Hemon, y el belicoso
» Licofóntes, de Autófono nacido;
» pero Tideo, á los demas la vida
» quitando y á Mayon porque los Dioses
» se lo mandaran perdonando solo,
» á Tébas permitió que se volviese.
» Tal fué Tideo; pero tuvo un hijo
» que si mucho en facundia le aventaja,
» tambien le es inferior en la pelea."
Así habló: y el valiente Dïomédes,
respetando del Rey el justo enojo,
nada le replicó. Mas el osado
hijo del orgulloso Capaneo
airado respondió. "No ya tú niegues,
» ó hijo de Atreo, la verdad ahora.
» Nosotros con razon nos gloriamos
» de exceder en valor á nuestros padres;
» pues conquistamos la ciudad de Tébas,
» sitiado habiendo su anchuroso muro
» de siete puertas en feliz auspicio
» y en el favor de Jove confiados,

691 »con escuadron menor que el que llevaran
»los siete gefes que en igual empresa
»por su imprudente arrojo perecieron.
»Así, jamas nuestro valor y el suyo
»en precio igual estimes." Y Diomédes,
con torva faz á Esténelo mirando,
iracundo le dijo. "Calla, jóven,
»y obedece á mi voz. Yo no me ofendo
»de que así Agamenon á las escuadras
»anime á pelear. Suya la gloria
»será, si los Aquivos campeones
»vencen á los Troyanos y conquistan
»la fuerza de Ilion; mas si vencidos
»los Griegos fueren, la deshonra suya
»habrá de ser tambien. Así, nosotros
»solo en mostrar nuestro valor pensemos."
Esto dijo: y cubierto con sus armas,
desde el carro saltó sobre la arena:
y al dar el salto, el sonoroso bronce
con espantable ruido sobre el pecho
del Príncipe crugió, y el mas valiente
temblado habria si el estruendo oyera.
Como del mar en resonante playa
las olas se suceden y amontonan,
por el soplo del céfiro impelidas;
y lentamente en alto se levantan
hasta que rotas en las altas peñas
enfurecidas braman, y en hinchado
remolino á las puntas se subliman
y de cándida espuma las coronan:
lo mismo entónces las falanges griegas,
una en pos de otra, sin cesar marchaban
al combate. Regía cada gefe

su propia escuadra: y los demas guerreros, 724
en su mudo silencio demostrando
reverencia y temor á los caudillos,
sin hablar les seguian; ni dijeras
que de los numerosos combatientes
que en pos de ellos marchaban uno solo
la voz humana articular sabía.
Y en torno de ellos el arnes bruñido,
de que todos cubiertos caminaban,
resplandecia en hórridos fulgores.

Marchaban los Troyanos, semejantes
de ovejas al rebaño numeroso
que en establo de rico ganadero,
miéntras la blanca leche las ordeñan,
balan y balan sin cesar si escuchan
la voz de sus corderos. Tal se alzaba
clamorosa confusa vocería
en el campo anchuroso de los Teucros;
porque siendo compuestas las escuadras
de diversas naciones, ni uniforme
era el sonido, ni la misma lengua
hablaban todos, y en ingrato ruido
sus variados dialectos se mezclaban.

A los Troyanos el furioso Marte
animaba á la lid; á los Aquivos
la fuerte Diosa de brillantes ojos,
Minerva. Y ambos campos recorrian
el Terror y la Fuga, y la Discordia,
del homicida Marte compañera
y hermana: la Discordia, que al principio
es de corta estatura pero luego,
creciendo lentamente, su cabeza
en los cielos afirma, y con su planta

757 huella la tierra, y en furor insano
nunca se sacia de dañar. Y entónces
atravesando las espesas filas,
en medio de ellas la ostinada lucha
arrojó para todos luctuosa,
y el afan aumentó de los guerrerros.

Cuando ya las escuadras á encontrarse
en su marcha vinieron; los escudos
se entrechocaron, y en el aire alzadas
se cruzaron las picas, y el aliento
se mezclaba tambien de los armados.
Y al oponer los cóncavos broqueles
el uno al otro, inmensa vocería
se alzó en el campo; y juntos resonaban
del matador el insolente grito
y el triste lamentar del moribundo,
y de sangre la tierra fué inundada.
Y como en el invierno dos torrentes,
saliendo de abundosos manantiales
y de altísima sierra derrumbados,
sus espumosas resonantes aguas
juntan del valle en el profundo seno,
y á lo léjos el ruido estrepitoso
oye el pastor desde las altas cumbres
de los montes vecinos; tal se oia
espantoso clamor en la llanura,
cuando el choque empezó de las escuadras.

Fué Antíloco el primero que animoso
á Equepolo mató, de los Troyanos
valiente campeon y de Talisio
esclarecida prole. Combatía
este adalid en la primer escuadra:
y adelantando Antíloco á la suya,

la pica le tiró y en la cimera
le hirió del morrion que sombreaba
gracioso airon de crínes de caballo,
y le partió la frente. La afilada
punta del bronce penetró en el hueso;
y la tiniebla oscureció los ojos
del infeliz Troyano, que en la arena
en medio de los otros campeones
cayó cual suele torreon soberbio.
No bien cayó por tierra cuando el hijo
de Calcodonte, Elefenor, el gefe
y Rey de los magnánimos Abantes,
asióle por los pies y le arrastraba
léjos de la pelea, codicioso
de quitarle sus armas; pero breve
é inútil fué su arrojo. Porque viendo
el valiente Agenor como arrastraba
el sangriento cadáver; el costado
que al inclinarse al suelo descubria
desnudo del broquel le hirió de cerca
con un herrado hastil, y de la vida
le despojó. En el polvo derribado
el Rey Elefenor, luego terrible
combate se trabó por su cadáver
entre Aquivos y Teucros; que furiosos
cual lobos se embistieron, y mataban
en ambos escuadrones lòs caudillos
al guerrero que en suerte les cabia.
Entónces fué cuando mató el valiente
Ayax de Telamon á Simoïsio,
hijo de Antemion, gallardo jóven
á quien su madre en la frondosa orilla
del Simois diera á luz cuando bajaba

823 del Ida adonde fuera con sus padres
las ovejas á ver, y le llamaron
por esto Simoïsio. El infelice
no llegó á edad en que pagar pudiera
el amor á sus padres con que tiernos
de su infancia cuidaron, y muy breve
fué su vivir; que por la fuerte lanza
de Ayax de Telamon fué derribado.
Cuando Ayax vió que el animoso jóven
contra él marchaba le arrojó su pica,
y en el pecho le hirió cerca del brazo
derecho; y por el hombro la acerada
punta pasando, y en la sangre tinta
por la espalda saliendo, moribundo
cayó en la arena el campeon Troyano.
Como el álamo terso que nacido
de un lago caudaloso en la ribera
crece, y de espesa rama se corona
su altiva frente, y llega el carretero
y le corta con hierro fulminante,
y de todas sus ramas le despoja
para hacer de ellas las volubles pinas
sobre que rueda el reluciente carro,
y queda el tronco abandonado y seco
del lago en la ribera: tal entónces
Simoïsio cayó, y el valeroso
Ayax le despojó de su armadura.
    Mas Ántifo lo vió, fuerte guerrero
y del anciano Príamo nacido;
y por encima de la hueste toda
á Ayax tirando la acerada pica,
errado fué su golpe; mas á Leuco
(que era amigo de Ulíses, y valiente,

y el cadáver á un lado retiraba) 856
el cuerpo atravesó. De Simoïsio
al lado cayó Leuco, y el cadáver
de la mano soltó. Pero en el alma
Ulíses irritado por su muerte,
atravesando las primeras filas
de fulgente armadura revestido,
marchó hácia el matador. Y cuando estuvo
cerca ya, se paró; y á todas partes
mirando entorno, su luciente lanza
tiró. Retrocedieron los Troyanos
cuando le vieron arrojar la pica,
pero no en vano la arrojó. Viniera
poco ántes desde Abido, donde estaban
las corredoras yeguas, Democonte,
hijo tambien del Rey pero bastardo;
y este fué á quien Ulíses, del amigo
por la muerte irritado, con su lanza
hirió en la sien, y hasta la sien opuesta
la punta penetró, y ambos sus ojos
cubrió por siempre la tiniebla fria.
Cayó; y al golpe retembló la tierra
en derredor, y temeroso ruido
sobre él hicieron al caer las armas:
y cobardes huyeron los mas fuertes
adalides de Troya, y el famoso
Héctor tambien retrocedió. Los Griegos
grande alzaron clamor, y á sus escuadras
retiraron los muertos, y ganando
iban terreno; mas airado Apolo,
desde Pérgamo viéndolos, en altas
voces así decia á los Troyanos.

"Teucros valientes! embestid; no ahora

889 »cedais en la batalla á los Aquivos.
»No es de piedra su cuerpo ni de bronce,
»ni invulnerable á las cortantes armas;
»ni hoy Aquíles pelea, el valeroso
»hijo de Tétis: roedor agravio
»devora, retirado á sus bajeles."
Así el terrible Dios desde el alcázar
gritaba de Ilion; pero á los Griegos
aguijaba Minerva, por las filas
corriendo adonde via que aflojaban.
Entónces fué cuando la negra muerte
dentro su red aprisionó á Dïóres,
hijo de Amarinceo; que alcanzado
de la pierna derecha en el tobillo
con una grande piedra puntiaguda
que le tiró el caudillo de los Tracios
Piroó, hijo de Imbrasio, ambos tendones
y hasta los huesos la insolente piedra
le hizo pedazos. En la arena el triste
caido, á sus valientes compañeros
ambas manos tendia desmayado;
pero el mismo adalid que con la piedra
le hiriera corrió á él, y con la pica
le abrió por medio el vientre y las entrañas
todas en tierra derramadas fueron,
y eterna sombra oscureció sus ojos.
Mas cuando alegre el matador volvia
á sus legiones le alcanzó Toante,
gefe de los Etolos, con su lanza;
y atravesando el pecho, en los pulmones
el hierro se clavó. Corrió el Etolo
hácia el herido, y la robusta pica
arrancó de su pecho: y desnudando

la cortadora espada y por el medio 922
abriéndole del vientre, de la vida
le despojó. De las brillantes armas
despojarle no pudo; que á su lado
estaban sus valientes compañeros
los Tracios, que la rubia cabellera
solo dejan crecer en la mas alta
parte de la cabeza y largas picas
usan en las batallas. Y á Toante,
por mas que fuera corpulento, y fuerte,
y valeroso, de su escuadra mucho
alejaron; y el héroe hácia la suya,
á la fuerza cediendo mal su grado,
se retiró cejando lentamente.
Así tendidos en el polvo, cerca
uno de otro, quedaron los caudillos
de los fuertes Epeos y los Tracios,
y á su lado otros muchos combatientes
tambien murieron de las dos escuadras.

Y el campeon que sin estar herido
por pica ó por espada recorriese
las filas, conducido por la mano
de Pálas que las flechas alejara,
cobardes no diria á los guerreros:
porque de los Aquivos y Troyanos
muchos en este choque sobre el césped,
cerca uno de otro, derribados fueron. 948

LIBRO QUINTO.

Y entónces fué cuando infundió Minerva
á Diomédes, el hijo de Tideo,
osadía y valor porque brillara
entre los Griegos todos y este dia
gloria mucha alcanzase; y de su yelmo
hizo y escudo que luciente llama
saliera sin cesar. Como de otoño
el astro centellea radiante,
despues que se ha bañado en las corrientes
del oceano; tal de su cabeza
y sus hombros el héroe despedia
inmenso resplandor, cuando la Diosa
le inspiró que valiente penetrase
por lo mas recio de la gran batalla.
Hubo en Troya un varon esclarecido
Dáres llamado, rico, y sacerdote
de Vulcano; y por hijos á Fegeo
y á Ideo tuvo, diestros campeones
en toda suerte de armas y peleas:
y entónces de su escuadra adelantados
y en un carro subidos, á Diomédes
salieron á encontrar y él desde tierra
á pie los esperó. Cuando estuvieron
cerca del héroe la robusta lanza
Fegeo le tiró, que por encima
del hombro izquierdo sin haberle herido
rápida se alejó. Lanzó la suya
el hijo de Tideo, y por su diestra
no fue en vano arrojada; que en el pecho
hirió al valiente jóven, y del carro

le derribó. Despavorido Ideo
saltó en la arena, abandonó el hermoso
carro y huyó veloz, ni osó el cadáver
defender del hermano: y si esperara,
él muriera tambien. Pero Vulcano,
de niebla oscura habiéndole cubierto,
le sacó de la lid y compasivo
la vida le salvó porque no fuese
la pena del anciano tan amarga.
Cogió entónces del freno los bridones
regocijado el hijo de Tideo
y los dió á sus donceles, y á las naves
mandó que los llevaran. Los Troyanos,
cuando vieron que así de los dos hijos
de Dáres uno huía y otro muerto
quedaba entre los carros, en tristeza
cayeron y temor: y luego Pálas
al furibundo Marte de la mano
asió, y le dijo en voces halagüeñas.
"Marte, Marte, enemigo de los hombres,
» teñido en sangre, arruinador de muros!
» ¿No será, di, mejor que á los Aquivos
» y Troyanos dejemos, y que solos
» combatan entre sí, porque se vea
» á quién el padre Jove la victoria
» concede; y que nosotros, del combate
» retirados ahora, del Saturnio
» la vengativa cólera evitemos?"
Dijo la Diosa, y al terrible Marte
de la liza sacó; y á la ribera
del Escamandro sobre verde césped
le llevó á reposar. Así los Griegos
en desórden y fuga al enemigo

64 pusieron, y cada uno de los gefes
á un campeon mató de los Troyanos.
El Rey Agamenon mató el primero
á Hodío, alto de talla y valeroso
adalid de los fuertes Alizones.
Mientras Hodío para huir la espalda
volvia acobardado, entre los hombros
la aguda lanza le escondió el Atrida
hasta que al otro lado por el pecho
salió la punta. Moribundo el héroe
desde la silla del brillante carro
cayó en el polvo, retembló la tierra
en derredor, y temeroso ruido
sobre él hicieron al caer las armas.
Quitó despues la vida Idomeneo
á Festo, hijo de Boro, que de Tarne,
opulenta ciudad de la Meonia,
fuera venido, y presuroso al carro
subia entónces ya; pero en el hombro
derecho le clavó su larga pica
el ínclito lancero Idomeneo.
Cayó del carro y la funesta sombra
le cercó de la muerte, y la armadura
le quitaron del Rey los escuderos.
Al diestro en cacerías Escamandrio,
hijo de Estrófio, con aguda lanza
dió la muerte el Atrida Menelao.
Era el Troyano cazador famoso,
y la misma Dïana le enseñara
á herir certero cuantas fieras cria
de los bosques umbríos la espesura;
pero entónces inútiles le fueran
la deidad en saetas poderosa

y la pericia en arrojar de léjos
las flechas, en que á todos excedia.
Porque el fuerte adalid de los Aquivos,
de quien él iba huyendo, entre los hombros
le atravesó la espalda con la pica,
y por el pecho le salió la punta.
Cayó en la arena, y temeroso ruido
sobre él hicieron al caer las armas.

Merïónes tambien mató á Fereclo,
nacido de un artífice famoso
Harmónides llamado. Aprendió el hijo
el arte de su padre y fabricaba,
él por su mano, con destreza suma
cuantas el arte máquinas admira,
porque fué de Minerva muy amado.
Y él fuera el que de Páris los bajeles
construyó que la causa lastimosa
y orígen fueron de los males todos
que mas tarde sufrieron los Troyanos,
y él mismo; porque entónces no sabia
la suerte que los Dioses reservaban
á su mísera patria. A este Troyano
Meriónes en la fuga perseguia:
y habiéndole alcanzado, con su lanza
le atravesó por el hijar derecho:
y cayendo en la arena de rodillas
triste se lamentaba, y con su manto
en torno le cubrió la negra muerte.

Quitó la vida Méges á Pedeo,
un hijo de Antenor. Era bastardo,
y con igual cariño que á los suyos
oficiosa Teano le criara
por amor á su esposo; pero entónces

el esforzado Méges de Fileo,
acercándose á él, la aguda pica
le metió por la nuca: y la cabeza
atravesando, por la misma boca
salió y la lengua le cortó el acero
cerca de la raiz. Cayó en el polvo
el campeon Troyano, y con los dientes
mordia en su dolor el hierro frio.

Eurípilo tambien quitó la vida
al valiente Ipsenor, el hijo claro
de Dolopion antiguo sacerdote
de la deidad del Simois y acatado
al igual de los Dioses por el pueblo.
Iba huyendo Ipsenor, y le seguia
el valeroso Eurípilo á carrera;
y habiéndole alcanzado, sobre el hombro
le dió tan recio golpe con su espada
que cortado á cercen cayó en la arena
teñido en sangre el poderoso brazo,
y pronto la tiniebla de la muerte
al infeliz oscureció los ojos;
que así lo quiso inexorable el hado.

Tan valientes los Griegos combatian;
pero entre todos de Tideo el hijo
discernir no pudieras si al troyano
escuadron defendia, ó al aqueo.
Con tal ardor el campo de batalla
furioso recorria, semejante
al hinchado torrente impetuoso
que los puentes derriba sin que puedan
los diques detenerle y valladares;
cuando acrecido por celeste lluvia
anega de repente las campiñas,

arrastra undoso las doradas mieses,
y de los labradores el trabajo
en un punto deshace. Tal ahora
el hijo de Tideo derribaba
escuadrones enteros de Troyanos,
y esperarle no osaban aunque fuesen
muchos contra uno solo reunidos.
 De Licaon el hijo valeroso
vió que Diomédes por la gran llanura
corría furibundo, y las falanges
troyanas de él huían pavorosas:
y el retorcido balleston armando,
le disparó una flecha y logró herirle
cuando mas animoso combatia.
Junto al hombro derecho entró la punta
por el hueco que hacia la coraza
y enfrente se clavó, y enrojecido
el arnes fué por la purpúrea sangre
que salió de la herida. Y el valiente
Pándaro á los Troyanos campeones
alegre dijo, cuando vió del Griego
en sangre tintas las brillantes armas.
 "Acometed, Troyanos valerosos!
» volved ya los bridones; que está herido
» el mas fuerte de todos los Aqueos,
» ni largo tiempo ya de la saeta
» resistirá al poder. Sí, yo lo digo;
» y creerme podeis, si es que de Apolo
» seguí la inspiracion cuando de Licia
» salí para esta guerra." Así, engañado,
Pándaro les decia; que la flecha
del aliento vital no despojara
al hijo belicoso de Tideo.

196 Pero viéndose herido, del combate
se retiró: y llegado donde estaban
su carro y sus bridones, se detuvo
y á Esténelo decia. "Baja presto
» del carro, amigo, y la aguzada flecha
» saca del hombro en que clavada viene."
Así dijo, y Esténelo del carro
saltó veloz: y la acerada punta,
que muy dentro del hombro penetrara,
le sacó; y de la herida en larga vena
corrió la sangre y el arnés lucido
inundó todo. Al verla Dïomédes,
esta plegaria dirigió á Minerva.
"Hija fuerte de Jove! oye mi ruego.
» Si á mi padre y á mi nos amparaste
» alguna vez en las sangrientas lides,
» mírame cariñosa en este dia.
» Dame que en la batalla ese troyano
» que en arrojo feliz asi me ha herido,
» y jactancioso se gloría y dice
» que ya no veré mas la luz hermosa
» del sol, se acerque donde yo le alcance
» con la pica y le mate por mi mano."
Oyó Minerva sus dolientes voces:
y á sus manos, y pies, y cuerpo todo
restituyó la agilidad primera:
y acercándose á el, así le dijo.
"Combate sin temor á los Troyanos;
» que yo infundo en tu pecho la pujanza
» y el valor que tenia en la pelea
» Tideo, el animoso y aguerrido
» adalid; y separo de tus ojos
» la niebla que hasta ahora los cubria,

»y distinguir podrás en la batalla 229
»hombres y Dioses. Si probar quisiere
»algun Dios tu valor, no temerario
»combatas con los otros inmortales;
»pero si Vénus á la lid viniese,
»no herirla temas con agudo hierro."
Dijo la Diosa, y se alejó del campo.

Marchó otra vez el hijo de Tideo,
y entre los mas famosos adalides
de los Troyanos penetró valiente:
y si ántes con ardor acometia,
tres veces mas brioso entraba ahora
en la terrible lid. Como, si hiere
levemente al leon y no le mata
el pastor al entrar en el establo
de lanudas ovejas, irritarle
consigue solamente: y no pudiendo
lanzarle del redil, acobardado
en la choza se oculta, y las ovejas
despavoridas huyen y hacinadas
unas sobre otras moribundas caen,
y ya cansada de matar la fiera
el establo abandona: así Diomédes
acometió furioso á los Troyanos.

A Astinoó é Ipenor, alto caudillo
de numerosa escuadra, los primeros
quitó la vida enfurecido el héroe
hiriendo al uno con herrada pica
del pecho en lo mas alto y al segundo
cerca del hombro con el grande estoque,
y del cuello y la espalda separado
el hombro fué. Dejólos en el polvo
sin despojarlos, y despues á Abante

262 mató y á Poliido, que ambos eran
hijos de Euridamante el venerado
intérprete de sueños. No acertara
cuando á la lid salian el anciano
á explicarles los sueños, y vencidos
ambos por el valiente Dïomédes
fueron y de sus armas despojados.
A Janto y á Toon alcanzó luego,
de Fénope nacidos que en su triste
huérfana senectud ya no tenia
mas hijos que sus bienes heredasen.
Y les quitó la vida, y al anciano
llanto quedó y dolor; pues de la guerra
el consuelo no tuvo de que vivos
á sus brazos tornaran, y los bienes
los deudos mas cercanos se partieron.
Marchó despues contra Equemon y Cromio,
hijos ambos de Príamo, que un mismo
carro entónces regian. Como suele
el hambriento leon á la vacada
acometer furioso, y la ternera
ó la vaca matar que mal seguras
paciendo estaban en el verde soto;
así furioso el hijo de Tidèo
á ambos guerreros desde el alto carro
precipitó cadáveres y pronto
las armas les quitó, y á sus donceles
dió el carro y los bridones y á las naves
mandó que por trofeo le llevaran.
Enéas advirtió que Dïomédes
los escuadrones teucros destruia;
y por entre las armas y el estruendo
de las picas buscaba al valeroso

hijo de Licaon, el afamado
y corpulento Pándaro: y al verle
se paró junto á él, y así le dijo.
"Dónde el arco y las flechas voladoras,
» Pándaro, tienes hoy? ¿Qué es de la fama
» de tirador certero en que ninguno
» contigo puede competir en Troya,
» y en Lícia nadie gloriarse ufano
» de que á tí se aventaja? Una saeta
» lanza, implorando del potente Jove
» el favor ántes, contra aquel guerrero
» (no le distingo bien) que tal estrago
» hace este dia en la troyana hueste,
» y á muchos y valientes campeones
» ya por su mano derribó en la arena.
» Si ya no es algun Dios que con los Teucros
» airado, los persigue porque olvidan
» víctimas ofrecerle numerosas;
» que de un Dios es terrible la venganza."
Pándaro respondió. "Prudente Enéas,
» de los Troyanos Príncipe y caudillo!
» ese adalid en todo se parece
» al hijo belicoso de Tideo.
» Yo le conozco bien por el escudo
» y por la alta cimera del almete,
» y su carro es aquel; pero decirte
» no sabré si es un Dios. Si no me engaño
» y es el hijo valiente de Tideo,
» no hace tales destrozos sin auxilio
» de una deidad. Es fuerza que á su lado
» alguno asista de los altos Dioses
» dentro de oscura nube; y que la flecha
» que yo le disparé de él alejando,

328 »hácia otra parte la haya dirigido.
»En el hombro derecho la saeta
»se clavó, de la cota penetrando
»por la abertura; y cuando yo esperaba
»precipitarle á la region sombría,
»matarle no logré. Sin duda airado
»un Dios está conmigo. Aquí no tengo
»el carro y los bridones. Si estuvieran,
»en ellos subiria; pero yacen
»de Licaon en el soberbio alcázar
»mis once hermosos y brillantes carros,
»nuevos sin estrenar; y bien cubiertos
»en torno están de lona, y no distantes
»comen blanca cebada y verde avena
»otras tantas parejas de caballos.
»Y á mí el prudente Licaon, cual padre,
»me aconsejaba cuando á Troya vine
»que mi carro trajera y mis bridones
»y que en ellos subido las escuadras
»en las lides rigiera sanguinosas.
»Pero yo por amor á los caballos,
»mucho temiendo que en ciudad sitiada
»de pasto carecieran cuando siempre
»de alimento á saciarse acostumbraron,
»no le quise creer. Y mejor fuera;
»que allí dejé mi carro y mis trotones
»y cual simple peon á Troya vine
»en el arco fiado, que hasta ahora
»harto inútil me ha sido. Ya dos flechas
»he lanzado á dos fuertes capitanes,
»el Atrida y el hijo de Tideo,
»y en ambos tiros la acerada punta
»sacó la roja verdadera sangre;

» pero solo alcancé que nuevos brios
» cobrasen con la herida. En ominoso
» fatal instante descolgué del muro
» el arco y el flechero, en aquel dia
» en que al frente me puse de mis Teucros
» para venir á Troya conducido
» de Héctor por la amistad. Y si á Zeléa
» volver lograre un dia y con mis ojos
» los altos muros de mi patria veo,
» mi dulce esposa, y mi elevado alcázar;
» quiero que un enemigo en los combates
» la cabeza del cuello me divida,
» si con mis propias manos yo no hiciere
» mil pedazos el arco y no le echare
» en fuego abrasador pues tan inútil
» compañero me ha sido." A estas razones
replicó grave el adalid Troyano.

"No del arco te quejes: considera
» que de nuestras legiones el destrozo
» no cesará sangriento, hasta que juntos
» los dos contra el Aquivo no marchemos
» con armas y subidos en un carro,
» y la suerte probemos. Sube ahora,
» Pándaro, en este mio porque veas
» cuáles son los caballos que nacieron
» de los que tuvo Tros, y como saben
» acosar y seguir por la llanura
» al enemigo en rápida carrera
» y ligeros huir. Así, confia
» en que si Jove al hijo de Tideo
» concede todavía la victoria,
» ellos nos llevarán sin daño alguno
» á Ilion. Sube ya, toma las riendas

394 »y el azote sonoro y tú los guia;
»que yo de pie, dejándote el asiento,
»lidiaré con el bravo Dïomédes:
»ó tú con él combate, y de las riendas
»cuidado yo tendré." Pándaro dijo.
"Enéas! ten las bridas, y dirige
»tus bridones: mejor, la voz oyendo
»del auriga á que estan acostumbrados,
»el carro llevarán si las espaldas
»volver nos hace de Tideo el hijo.
»No sea que la voz desconociendo
»del que los rige desbocados corran
»y no quieran sacarnos de la liza,
»y á nosotros el hijo de Tideo
»nos acometa entónces y nos mate
»y lleve por trofeo los caballos.
»Así, guíalos tú: yo con tu lanza
»la acometida esperaré del griego."
Así los dos hablaban: y subidos
en el brillante carro, los veloces
caballos contra el hijo de Tideo,
ganosos de matarle, encaminaron.
Viólos venir Esténelo, y al héroe
así dijo en palabras voladoras.
"Caro á mi corazon! allí descubro
»dos valientes guerreros que contigo
»medir sus armas animosos quieren,
»y grande fuerza alcanzan. Es el uno
»certero flechador, Pándaro, el hijo
»de Licaon; y el otro, que es Enéas,
»de haber nacido ufano se gloría
»del magnánimo Anquíses y de Vénus.
»Retrocedamos, pues, sube en el carro

»y no quieras furioso por la hueste 427
»enemiga correr, no acaso ahora
»pierdas la dulce vida." El valeroso
Dïomédes, mirándole ceñudo,
así le respondió. "No me aconsejes
»que la espalda les vuelva, porque vanos
»tus consejos serán. En las batallas
»á un hombre como yo no es permitido
»huyendo combatir, y cual cobarde
»temblar. Intacto mi vigor conservo,
»y ni subir al carro necesito.
»A pie voy á encontrarlos, porque Pálas
»no permite este dia que yo tema.
»A los dos sus caballos corredores
»no llevarán á Troya, si es que el uno
»huir consigue; pero fiel observa
»lo que voy á decirte. Si este dia
»Minerva el alto honor me concediere
»de matar á los dos; estos bridones
»aquí deja sujetos, amarradas
»las bridas á la armella. Los caballos
»de Enéas toma luego, presuroso
»de la hueste enemiga los aleja,
»y á las naves los guia de los Griegos.
»Porque son de la raza generosa
»de los que diera á Tros el padre Jove
»en pago del hermoso Ganimédes,
»y mejores caballos no se hallaran
»en cuanto alumbra el sol y ve la aurora.
»Logró Anquíses tener otros caballos
»de la casta divina, con sus yeguas
»ayuntando en secreto los de Jove
»y sin que Laomedonte lo entendiese:

»y de los seis caballos que engendraron
»á cuatro en sus pesebres alimenta,
»y á Enéas dió estos dos muy corredores
»ya se siga el alcance al enemigo
»ya de él se quiera huir. Si los tomamos,
»alta gloria este dia alcanzarémos."

Los dos asi decian; pero pronto
cerca llegaron Pándaro y Enéas,
porque mucho corrian sus trotones:
y así, el primero, el hijo valeroso
de Licaon á Dïoméd̈es dijo.

"Firme batallador, guerrero fuerte,
»hijo del gran Tideo! ya que al golpe
»no has muerto de la flecha voladora,
»aquí veré si con mi larga pica
»atravesarte logro." Así le dijo
fiero: y vibrando la robusta lanza,
la disparó, y del hijo de Tideo
acertó á dar en el escudo plano;
y la acerada punta, presurosa
por él pasando, en medio la loriga
quedó clavada. Al verlo, en altas voces
gritó gozoso Pándaro. "Dioméd̈es!
»herido estás, y el cuerpo atravesado
»tienes de parte á parte; ni es posible
»que largo tiempo á la mortal herida
»tu puedas resistir, y mucha gloria
»me darás con tu muerte." El animoso
Dioméd̈es respondió con faz serena.

"Erraste el golpe, ni lograste herirme;
»y pronto espero la arrogante audacia
»castigar de los dos: ó que á lo ménos
»postrado el uno, del furioso Marte

»sacie la sed de sangre con la suya.» 493
Dijo, y tiró su lanza: y por Minerva
fué dirigida al lagrimal del ojo,
y dentro la nariz hasta la boca
penetró. Y por la blanca dentadura
pasando le cortó junto á los labios
la lengua, y por debajo de la barba
vino á salir el indomable hierro.
Cayó del carro y retembló la tierra
en derredor, y temeroso ruido
sobre él hicieron las brillantes armas
de variado color: y los ligeros
bridones se espantaron, y la vida
allí perdió de Licaon el hijo.
Saltó del carro Enéas: y temiendo
que el cadáver de Pándaro arrastraran
los Aqueos, tomó su larga pica
y su rodela; y cual leon furioso,
le defendia en su valor fiado.
Y alta la pica y con el ancho escudo
cubriéndole, feroz amenazaba
matar al que primero se acercase;
y daba horribles voces. Mas el hijo
de Tideo, tomando una gran piedra
que llevar no podrian ni dos hombres
de los que ahora viven y él ligero
y fácil manejaba, hácia el Troyano
la arrojó. Y acertándole en la parte
en que se unen el muslo y la cadera;
con el peñasco le rasgo la cútis,
y el hueso le rompió y ambos tendones.
Cayó el heroe en el suelo de rodillas,
y se apoyó con la robusta mano

526 sobre la tierra; pero parda nube
cubrió de oscuridad ambos sus ojos.
Y allí muriera el adalid Troyano
si su riesgo no hubiese conocido
tan pronto Vénus, su amorosa madre.
Pero bajó del cielo; y cuidadosa
tomando al hijo en los ebúrneos brazos,
con un doblez del manto refulgente
le cubrió que de escudo le sirviera
contra los tiros; porque algun Aqueo,
en el pecho clavándole su lanza,
no le matase. En tanto que afligida
á su Enéas sacaba del combate
la Diosa, de Diomédes el mandato
Esténelo, su amigo, no olvidaba;
y amarrando las bridas á la armella,
allí dejó parados sus bridones
fuera de la batalla. Y por el freno
sujetando de Enéas los hermosos
y ligeros caballos, de las filas
los sacó de los Teucros: y á la escuadra
guiándolos él mismo de los suyos
á Deipilo los dió, su compañero,
á quien él entre todos distinguia
los de su edad porque en prudencia mucho
sobresalía, y le mandó que pronto
á las naves aqueas los llevara.
Subió luego en su carro: y de las riendas
asiendo, con el látigo sonoro
aguijó los caballos corredores,
y á juntarse marchó con Dïomédes.

Este entretanto con el hierro á Vénus
ostinado seguia, conociendo

que no es Diosa valiente, ni de aquellas 559
que presiden del hombre á las batallas
cual Pálas ó Belona, la que á polvo
las murallas reduce y las ciudades.

Cuando ya la alcanzó despues que mucho
en su alcance corriera por lás filas,
acometiendo con el duro hierro
la hirió en la palma de la tierna mano:
y el cútis desgarró la aguda pica,
tambien rompiendo el manto refulgente
que las Gracias labraran. Y hasta el suelo
corrió la sangre blanquecina y pura
icor llamada; que los altos Dioses,
como ni en sus comidas se alimentan
de pan ni beben el purpúreo vino,
roja sangre no tienen ni á la muerte
están sujetos. Exhaló la Diosa
doloroso gemido, y de los brazos
dejó caer á Enéas; mas Apolo
le recibió en los suyos, y cubierto
de oscura niebla le alejó del campo
porque no le matasen los Aquivos.

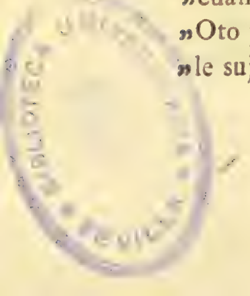
Al ver Diomédes á la Diosa herida,
la dijo en altas orgullosas voces.

"Abandona la guerra y los combates,
» hija de Jove! ¿Acaso no te basta
» seducir á las débiles mugeres?
» Si á las guerras asistes, vendrá dia
» en que azorada tiembles y te ocultes
» al oir solo de la guerra el nombre
» aunque léjos estés de la batalla."

Así habló Diomédes; y la Diosa,
desfallecida ya porque en la mano

559 mucho dolor sentia, sin hablarle
la espalda le volvió; pero acudiendo
Íris cuidosa, de la mano asida
la sacó del lugar de la pelea,
por la herida cruel atormentada
y con lívida mancha ennegrecido
el sonrosado cútis. Halló Vénus
á pocos pasos al furioso Marte,
que á la izquierda del campo sobre el césped
sentado estaba y junto á sí tenia
su lanza, y sus trotones y su carro,
entre nubes ocultos. Y en la arena
de rodillas cayendo fatigada,
le pidió que la diera sus caballos.
"Sácame (le decia) del combate,
» hermano mio, y dame los bridones,
» porque pueda en tu carro yo al Olímpo
» pronto llegar; que me atormenta mucho
» la herida que un mortal de hacerme acaba;
» el hijo de Tideo, que atrevido
» combatiria con el padre Jove."
Así dijo la Diosa: y á su hermana
Marte dió los caballos, cuyas crines
trenzara él mismo en oro refulgente;
y triste el corazon, subió en el carro
la hermosa Vénus. Ocupó su diestra
Íris tambien: y las ebúrneas bridas
cogiendo con la mano y el sonante
látigo sacudiendo, á los bridones
aguijaba á marchar; y ellos gozosos
por el aire volaban, y al Olímpo,
morada de los Dioses eternales,
pronto subieron. Cuando ya al celeste

umbral llegado habian; la ligera 592
Íris, que al viento en el correr iguala,
los detuvo; y del carro desuncidos,
les echó el alimento delicioso
que comen los caballos inmortales.
Vénus en el regazo de Dïone
su madre se arrojó, que cariñosa
la recibió en sus brazos y la dijo.
"¿Cuál de los inmortales, hija mia,
» así te ha herido en temerario arrojo,
» como si tú en presencia de los Dioses
» horrendo crímen cometido hubieses?"
La tierna Vénus respondió á su madre.
"El hijo de Tideo, el orgulloso
» Dïomédes me hirió porque yo quise
» del combate sacar á un hijo mio,
» á Enéas, el mortal que me es tan caro;
» que no son los Aquivos y los Teucros
» los que combaten entre sí: á los Dioses
» se atreven ya insolentes los Aquivos."
Y así Dïone, la prudente Diosa,
á Vénus consoló. "Sufre, hija mia,
» resignada el dolor aunque afligido
» tu corazon esté. Los inmortales
» que el Olímpo habitamos numerosas
» graves ofensas recibido habemos
» ya de los hombres; que nosotros mismos,
» unos con otros en eterna lucha,
» los animamos á que así nos hieran.
» Sufrió Marte agudísimos dolores
» cuando los hijos fuertes de Aloeo,
» Oto y Efiáltes, con cadena dura
» le sujetaron, y en oscura cárcel



»de bronce fabricada trece meses
»aprisionado estuvo. Y pereciera
»allí, ignorado, de la guerra el Númen;
»si de los dos gigantes la madrastra,
»la gentil Eribea, su peligro
»no dijera á Mercurio, que mañoso
»sacó de la prision sin que lo viesen
»al afligido Marte cuya fuerza
»la cadena pesada enflaquecia.
»Juno afligida fué cuando el tenido
»por hijo de Anfitrion con la saeta
»de tres agudas puntas en un pecho
»la hirió, y al golpe recibió la Diosa
»insufrible dolor. El espantable
»Pluton sufrió tambien amarga cuita
»cuando aquel Semidios, hijo de Jove,
»otra saeta habiéndole tirado,
»le hirió á la entrada del averno oscuro
»y le dejó entregado á los dolores.
»Subió Pluton al anchuroso cielo
»á la mansion de Jove, de tristeza
»opreso el corazon y atormentado
»por acerbos dolores, y clavada
»en el hombro la flecha; pero pronto,
»suaves medicinas aplicando,
»Peon curó su herída; que él naciera
»para nunca morir. Tal la osadía
»de Hércules fué. Atrevido! Temerario!
»que en impío furor no recelaba
»sus flechas disparar contra los Dioses
»que habitan el Olímpo! Así Minerva
»contra tí ha suscitado rencorosa
»este dia al valiente Dïomédes.

»Necio! no sabe que de larga vida 658
»no será aquel mortal que peleare
»con los eternos Dioses; ni sus hijos,
»cercando sus rodillas cuando vuelva
»de pelear cansado en las batallas,
»el dulce nombre le darán de padre.
»Que tiemble, pues, el hijo de Tideo,
»por ardido que sea, que algun otro
»mas guerrero que tú con él combata;
»y que la hija de Adrasto, la orgullosa
»Egialea, que ahora se gloría
»de tener por esposo al mas valiente
»de los Aquivos, del dorado lecho
»salte agitada y en dolientes voces
»despierte á sus doncellas, y afligida
»la muerte llore del esposo amado."
Así dijo Dïone y con sus dedos
enjugó el icor que en raudal copioso
vertia de su mano Citerea,
y se cerró la herida, y los acerbos
dolores de la Diosa se aplacaron.
Mirando Juno y Pálas á Ciprina
y con amargas voces al Saturnio
Jove queriendo zaherir, fue Pálas
la que primero maliciosa dijo.
"¿Te ofenderás acaso, ó padre Jove,
»de lo que yo dijere? Deseando
»á una matrona griega, no hace mucho,
»Ciprina persuadir á que su casa
»abandonase por algun Troyano,
»nacion que tanto favorece ahora;
»en medio los halagos, con la punta
»del broche con que el manto rozagante

691 »suelen llevar prendido las aquivas
»se rasguñó la mano delicada."
Dijo Minerva, y sonriyóse Jove:
y á la madre de amor á sí llamando,
en paternal ternura la decia:
"No á tí fué dado en las sangrientas lides
»presidir, hija mia! Entiende solo
»en los dulces cuidados de himeneo,
»y deja los combates y batallas
»al furibundo Marte y á Minerva."
Así hablaban los Dioses: y entretanto
á Enéas con su lanza Dïomédes
acometió furioso, aunque veia
que el mismo Febo su potente diestra
extendia sobre él; que envanecido
á tan alta deidad no respetaba,
ni otra gloria mayor apetecia
que matar al Troyano y despojarle
de su rica armadura. Hasta tres veces
arremetió animoso; y otras tantas,
el égida agitando relumbrante,
Apolo le contuvo. Pero al verle
por cuarta vez acometer osado,
cual si un Dios fuera; en iracundas voces
así le reprendió su demasía.
"No á tanto aspires, hijo de Tideo!
»Retírate, y no quieras con los Dioses
»igualarte; que en nada parecidos
»á la raza inmortal de las deidades
»son los humanos que la tierra pisan."
Así habló la deidad; y Dïomédes
poco retrocedió con lento paso,
la vengativa cólera temiendo

del Flechador Apolo. Y del tumulto 724
á Enéas sacó el Dios, y á la alta cerca
del templo le llevó que los Troyanos
á su deidad edificado habian
en la enhiesta colina donde estaban
de Pérgamo la torre y ciudadela.
Y en la vasta mansion á sus ministros
reservada dejándole; Latona
y Diana le curaron las heridas,
y el antiguo vigor restituyeron.

Formó despues Apolo un simulacro,
á Enéas en la altura parecido
y en las armas; y en torno de la niebla
los Troyanos y Aquivos peleando,
en los fuertes escudos circulares
y ligeros broqueles rudos golpes
mútuamente se daban, mientras Febo
así decia al furibundo Marte.

"Marte, Marte, enemigo de los hombres,
»teñido en sangre, arruinador de muros!
»Si quisieras, entrando en la batalla,
»del combate alejar á ese guerrero;
»á Dïomédes, que orgulloso ahora
»se atreveria con el padre Jove
»á combatir...... A Vénus la primera
»hirió en la mano, y arrogante luego
»arremetió conmigo cual si fuese
»él un Dios." Así dijo, y asentóse
en la torre de Pérgamo elevada.
Y el homícida Marte, recorriendo
de Troya las legiones, al combate
las animaba él mismo: y la figura
tomando de Acamante, de los Tracios

757 poderoso adalid, así á los hijos
de Príamo aguijaba á la pelea.
"¿Hasta cuándo vosotros, que engendrados
»por Príamo habeis sido, á los Aqueos
»dejaréis que destruyan las escuadras?
»¿Acaso hasta que lleguen peleando
»á las herradas puertas y los muros?
»Yace en tierra un caudillo á quien nosotros
»honrábamos á par del formidable
»Héctor; Enéas, hijo esclarecido
»del magnánimo Anquíses. Acudamos,
»y á nuestro valeroso compañero
»saquemos de entre el ruido de las armas."
Así decia, y de los Teucros todos
mucho aumentó el valor: y al mismo tiempo
de Héctor, con estas ásperas razones,
la cobardía Sarpedon culpaba.
"¿Qué es, Héctor, del valor que ántes tuviste?
»Otro tiempo decias que tú solo
»junto con tus hermanos y tus deudos,
»sin las huestes troyanas y auxiliares,
»defenderias la ciudad; y ahora
»ninguno de ellos en la lid se muestra
»y animoso combate. Acobardados
»están, como los perros ladradores
»en torno del leon; miéntras nosotros,
»siendo solo auxiliares, combatimos.
»Cuando yo, que por ser vuestro aliado
»de tierras he venido tan remotas
»como son las llanuras de la Licia
»sobre el rápido Janto situadas,
»mi esposa abandonando y tierno infante
»y mis muchas riquezas que cualquiera

»que de ellas careciese envidiaria,
»animo á mis soldados y estoy pronto
»á combatir con el mejor guerrero
»no teniendo aquí en Troya posesiones
»que el duro hierro tale ni familia
»que se lleven esclava los Aquivos
»¿estás tú tan ocioso, y ni siquiera
»á los otros animas á que firmes
»sus esposas defiendan y sus lares?
»Guarte no sea que en la red cogidos
»como el incauto pez seais despojo
»del enemigo y presa, y que los Griegos
»vuestra ciudad arruinen populosa.
»Héctor! ahora meditar tú debes
»noche y dia el peligro que os rodea,
»suplicar á los gefes de las tropas
»auxiliares que todos animosos
»resistan sin cesar al enemigo,
»y evitar que os motejen de cobardes."
Así Sarpedon dijo, y sus palabras
de Héctor el corazon entristecieron:
y veloz, sin quitarse la armadura,
desde el carro saltó sobre la arena.
Y blandiendo la pica, sus legiones
recorrió á que valientes pelearan
animando á las tropas; y el combate
con mas ardor se comenzó de nuevo.
Volvieron los Troyanos de la fuga,
é hicieron todos frente al enemigo;
y apiñados los Griegos sostenian
el rudo choque, sin volver la espalda.
Como lleva consigo el raudo viento
de leve tamo polvorosa nube,

823 cuando limpian las parvas anchurosas
los labradores, y la rubia Céres
separa de los céfiros al soplo
el grano de la paja, y blanquecinos
se tornan por encima los montones
de la paja que en tierra va cayendo:
así de los Aquivos los brillantes
almetes con el polvo blanqueaban
que entre sus filas hasta el alto cielo
los pies de los bridones levantaron
cuando hácia la pelea los aurigas
los carros dirigieron. Animosas
á la liza marcharon las escuadras;
y de niebla oscurísima cubria
el campo Marte socorrer queriendo
á los Troyanos, y sus filas todas
recorria furioso; ni olvidaba
lo que le dijo el Flechador Apolo,
cuando vió que salia del combate
Minerva, protectora de los Griegos.
Y el Flechador, al adalid Enéas
sacando de su templo suntuoso,
le envió á pelear, y con sus voces
ánimo le infundió dentro del pecho.
Presentóse en la lid; y se alegraron
sus compañeros todos cuando vivo
venir le vieron sin lesion alguna,
y con todas sus fuerzas. No le hacian
preguntas, ni el combate les dejaba
que alli encendieran el archero Apolo,
y el homicida Marte, y la Discordia
siempre agitada de furor insano.
De su lado tambien los dos Ayaces,

y Ulíses, y Dïomédes aguijaban 856
con su voz á los Griegos, que valientes
ni las fuerzas temian ni el inmenso
gritar de los Troyanos y briosos
los esperaban. Cual inmobles quedan
las nubes que en las cimas de los montes
Jove reune, en los serenos dias
en que duermen el Boreas iracundo
y demas huracanes bramadores
que las oscuras nubes, cuando soplan,
disipan con su aliento sonoroso;
así los Griegos firmes esperaban
á los Troyanos, sin huir cobardes;
y el Atrida, la hueste recorriendo,
así los animaba á la pelea.

"Mostrad aquí vuestro valor, amigos!
» y el desprecio temed con que el valiente,
» cuando ya se ha trabado la batalla,
» á los cobardes mira. En las legiones
» en que los unos el desprecio temen
» de los otros, son mas los que se salvan
» que los que mueren. Si cobardes huyen,
» ni gloria alcanzan, ni ayudarse pueden
» los unos á los otros." Así dijo:
y la pica arrojando impetuoso,
á uno de los primeros adalides
del magnánimo Enéas compañero,
á Deiconte, de Pérgaso nacido,
quitó la vida. Honraban los Troyanos
á este guerrero cual si prole fuera
de Príamo, porque él en las batallas
era el primero á pelear valiente
con los mas aguerridos campeones;

889 mas este dia Agamenon de Atreo
con su lanza le hirió, y el fuerte escudo
no bastó á detenerla, y la ancha punta
le atravesó. Y el cinturon pasando
y la coraza, en lo interior del vientre
penetró del Troyano, que en el polvo
cayó y al golpe retembló la tierra
en derredor, y temeroso ruido
sobre él hicieron al caer las armas.
Mató Enéas despues á dos Aqueos,
Orsíloco y Creton, ambos nacidos
de Dïócles que en Féres habitaba,
populosa ciudad, y poderoso
era en riquezas y en linage claro:
pues la sacra Deidad del rio Alfeo,
el que de Pílos anchuroso riega
las campiñas, á Orsíloco por hijo
tuvo, adalid de escuadra numerosa
y padre del magnánimo Dïócles;
y á este de un mismo parto le nacieran
Orsíloco y Creton, y con el tiempo
á ser llegaron diestros campeones
en toda clase de armas y peleas.
Y ya mancebos en las hondas naves
vinieran á Ilion con los Aquivos
á vengar el honor de los Atridas,
y en derredor la inexorable muerte
los cubrió ahora con su negro manto.
Como dos leoncillos que á los pechos
de su madre en las cumbres se criaron
de un monte, entre escondidos matorrales
de opaca selva; y cuando ya crecieron,
matan los bueyes, las ovejas roban,

y despueblan las rústicas majadas, 922
hasta que heridos caen por el hierro
de los pastores: tales, por la mano
Orsíloco y Creton del fuerte Enéas
derribados, cayeron en el polvo,
á altísimos abetos semejantes.
Los vió caer en tierra Menelao:
y condolido de su triste suerte,
atravesó por la primer escuadra
de luciente armadura revestido
y su lanza blandiendo; porque Marte
le infundia valor, y deseaba
que por su mano le matase Enéas.
Cuando Antíloco vió que Menelao
se arrojaba á la lid impetuoso,
la hueste atravesó; porque temia
que tan alto caudillo pereciese,
é inútiles quedaran los trabajos
que por vengarle tolerado habian:
y mientras el Troyano y el Aquivo
lanza en mano marchaban á encontrarse
de combatir ganosos, del Atrida
se puso al lado. Viéndolos Enéas,
por mas que fuese intrépido y valiente,
no osó esperarlos: y ellos á su escuadra
los sangrientos cadáveres pudieron
retirar. Y en las manos de los suyos
dejándolos volvieron al combate
y al frente de su gente peleaban;
y uno quitó á Pilémenes la vida,
caudillo de los fuertes Paflagones
en el valor á Marte parecido,
y el otro á su escudero. Menelao

al valiente Pilémenes, que estaba
de pie en el carro, con el hasta aguda
hirió el cuello: y Antíloco al auriga,
Midon llamado é hijo valeroso
de Atimnio, cuando estaba los bridones
volviendo para huir, con un peñasco
hirió enmedio del codo, y las ebúrneas
bridas desde la mano sobre el polvo
se le cayeron; y en veloz corrida
Antíloco fué á él, y por las sienes
la espada le pasó. Cayó del carro
de cabeza Midon y largo tiempo,
en el hondo arenal en que cayera
la cabeza metida hasta los hombros,
colgado estuvo hasta que en fin al suelo
los caballos con botes y pisadas
le derribaron y quedó tendido
en la arena. Y Antíloco, tomando
el látigo, con él hácia la escuadra
de los Aqueos caminar los hizo.

Cuando Héctor vió en el polvo derribados
á los dos campeones, animoso
arremetió gritando, y las mas fuertes
escuadras de Troyanos le siguieron
por el sangriento Marte conducidas
y la feroz Belona. Esta el horrible
grito llevaba de la guerra: y Marte,
en la diestra blandiendo enorme pica,
en pos de Héctor á veces caminaba,
y otras le precedia. Estremecióse
al verle el valeroso Dïomédes:
y cual viagero que la vez primera,
despues de atravesar vastas regiones,

se encuentra con un rio caudaloso 988
que se lanza en la mar: y el ronco ruido
oyendo de las aguas espumosas,
se para y retrocede acobardado;
así entónces el hijo de Tideo
retrocedió, gritando á sus falanges.

"No sin razon, amigos, al terrible
»Héctor por esforzado combatiente
»é impávido adalid hemos tenido;
»que siempre alguno asiste de los Dioses
»á su lado, y le libra de la muerte:
»y este dia ya veis cual le acompaña,
»á un guerrero mortal asemejado,
»el Dios Marte. Ceded, pero volviendo
»el rostro siempre al escuadron de Troya;
»y no querais en desigual batalla
»pelear con los Dioses." Así dijo,
cuando ya se acercaban los Troyanos.

Héctor quitó la vida á dos guerreros
en armas poderosos que en brillante
carro subidos hácia él venian,
y Anquíalo y Menéstes se llamaban.
Se entristeció, cuando los vió caidos,
Ayax de Telamon: y acometiendo
por aquel lado, la fulgente lanza
tiró y con ella al hijo de Selago,
Anfio, mató. Vivia este caudillo
en Peso, y en riquezas abundaba
y grandes posesiones; pero el hado
por auxiliar de Príamo y sus hijos
á Troya le trajera, y este dia
Ayax de Telamon por medio el vientre,
el grueso cinturon atravesando,

1021 le pasó con su lanza, y en el polvo
cayó el Troyano y retembló la tierra.
Acudió el Griego en rápida corrida
á quitarle las armas, sin que fuese
bastante á detenerle la copiosa
lluvia de agudas relucientes lanzas
que los Teucros al verle derramaron,
y muchas recibió su fuerte escudo.
Llegó; y fijando la robusta planta
sobre el cadáver, la acerada pica
logró sacar; pero arrancar no pudo
la brillante armadura de sus hombros:
tan acosado estaba de los tiros.
Y temiendo que en torno le cercasen
los Troyanos, que muchos y valientes
sobre él cargaban con sus luengas picas
y tenaces al fin, por mas que fuese
él tan alto, y forzudo, y valeroso,
á dejar el cadáver le obligaron;
á la fuerza cedió, y á pesar suyo
se retiró á su escuadra lentamente.
Así Teucros y Aquivos peleaban:
y entretanto á Tlepólemo, nacido
de Hércules, y valiente y corpulento,
aconsejaba el hado inevitable
que al fuerte Sarpedon acometiera.
Marchó, pues, á buscarle, y se encontraron
los dos caudillos que del alto Jove
descendian; que el uno era su nieto,
y el otro de él naciera. Y orgulloso
á Sarpedon Tlepólemo decia.
"Príncipe de los Licios soberano,
»Sarpedon! Si en batallas no aguerrido

»estás ¿por qué á temblar aquí viniste? 1054
»Mienten los que dijeron que de Jove
»eres nacido, si el valor no tienes
»que tuvieron los héroes que engendrados
»por Jove fueran en la edad pasada,
»como dicen le tuvo el animoso
»Hércules fuerte, de quien yo soy hijo;
»que un leon en la guerra semejaba.
»Vino Alcídes á Frigia los caballos
»á pedir que por paga le ofreciera
»Laömedonte y solos seis navíos
»trajo y pocos guerreros, y de Troya
»saqueó la ciudad y despobladas
»dejó sus calles; pero tú no tienes
»ánimo ni valor, y tus legiones
»perecen. Y defensa á los Troyanos,
»á quien de Licia á socorrer viniste,
»ya no será tu brazo aunque valiente
»fueras batallador; porque á mis manos
»muerto serás, y del oscuro averno
»entrarás por la puerta aborrecida."

Y Sarpedon, mirándole ceñudo,
le respondió. "Tlepólemo! Si á Troya
»Hércules saqueó, fué porque el cielo
»castigar así quiso la perfidia
»del necio y orgulloso Laomedonte:
»ingrato Rey, que de pudor desnudo
»al que con beneficios le obligara
»insultó con palabras injuriosas;
»ni le dió los caballos que otro tiempo
»le prometiera, y á pedir venia
»de regiones el héroe tan lejanas.
»Pero á tí yo te anuncio que la negra

1087 »muerte y hora fatal en este suelo
»encontrarás ahora, atravesado
»por esta pica; y me darás la gloria
»del vencimiento, y á Pluton el alma."
Así habló Sarpedon, mientras la pica
Tlepólemo ya alzaba. Al mismo tiempo
los dos sus luengas hastas arrojaron,
y la de Sarpedon cerca del hombro
se clavó de Tlepólemo, y la punta
dolorosa salió del otro lado,
y tenebrosa noche del Aquivo
oscureció los ojos. Con la suya
Tlepólemo tambien el muslo izquierdo
hirió de Sarpedon: y la acerada
punta hasta el hueso penetró, impaciente
por quitarle la vida; pero Jove
su padre le salvó. Los valerosos
campeones que fieles asistian
de Sarpedon en torno le sacaron
del combate, vivísimos dolores
en la herida sintiendo y la pesada
lanza arrastrando. Y á ningun amigo
ocurrió el pensamiento de sacarle
de la herida el hastil porque pudiese
en su carro subir: tan azorados
todos ellos estaban, y tal era
el riesgo en que se vian. Los Aqueos,
afligidos tambien, de la batalla
sacaron de Tlepólemo el cadáver.
Al verle muerto condolido Ulíses,
sintió latir el corazon valiente
dentro del pecho, y en contrarias dudas
el ánimo prudente vacilaba:

si seguiria del tonante Jove
al hijo mas, ó á muchos capitanes
de los Licios la vida quitaria.
Y no estando dispuesto por el hado
que el magnánimo Ulíses con su lanza
diera la muerte al hijo valeroso
de Júpiter, Minerva á la falange
le inspiró que marchara de los Licios:
y allí mató á Ceranio, Alástor, Crómio,
Prítanis, Noemon, Alcandro y Halio.
Y aun estrago mayor hiciera Ulíses
en los Licios si al ver aquel destrozo
Héctor á defenderlos no acudiera,
por entre los primeros campeones
veloz corriendo de lucientes armas
bien defendido y el terror llevando
á los Aqueos. Alegróse al verle
Sarpedon, y en acento doloroso
así le suplicaba. "No permitas
»que yo quede en poder de los Aquivos:
»defiéndame tu brazo, y mas que luego
»allá en vuestra ciudad pierda la vida;
»pues el hado no quiere que á mi patria
»y á mi palacio vuelva, y victorioso
»de la guerra tornando regocije
»al hijo y á la esposa." Así decia
Sarpedon miéntras Héctor sin hablarle
pasó de largo, deseando pronto
alejar á los Griegos y la vida
quitar á muchos héroes. Entretanto
cuidadosos tambien los escuderos
de Sarpedon al pie de una frondosa
encina al padre Jove consagrada

1153 le reclinaron, y del muslo afuera
la pica, cuyo hastil era de fresno,
Pelagon le sacó, su fiel amigo;
pero al rasgarse la profunda herida
se desmayó el guerrero; y derramada
oscura niebla fué sobre sus ojos.
Volvió despues en sí y el aura fresca
del Bóreas, que soplaba mansamente,
sus fuerzas restauró cuando ya apénas
vital aliento respirar podia.

Y viéndose acosados los Aquivos
por Héctor y Mavorte; ni á las naves
en pavorosa fuga se volvian,
ni adelante marchaban; pero siempre
iban retrocediendo, así que vieran
que Marte entre los Teucros peleaba.

¿Y á quién entonces Héctor el primero
y el último mató, favorecido
de Mavorte? El primero fué Teutrante
que en valor con los Dioses competia,
y Oréstes el segundo, el afamado
cabalgador. Tuvieron igual suerte
Treco el etolo, y Enomao, y el hijo,
de Énope, Heleno. El último fué Oresbio,
que en Hílas habitaba y poderoso
era en riquezas que preciaba mucho,
y del lago Cefísis á la márgen
posesiones tenía, y á su lado
otros muchos Beocios ocupaban
opulenta ciudad. Airada Juno
al ver que las escuadras de los Griegos
así Héctor y Mavorte destruian,
dijo á Minerva en rápidas palabras.

"Hija de Jove! poderosa virgen! 1186
» Si así dejamos al furioso Marte
» destrozar los aquivos escuadrones,
» no podremos cumplir á Menelao
» la solemne promesa que le hicimos
» de que arruinado de Ilion el muro
» á Grecia volveria. A socorrerle
» marchemos, pues, y en la sangrienta liza
» mostremos el poder de nuestro brazo."
Dijo, y gozosa obedeció Minerva.
Y miéntras por su mano los bridones
con el dorado arnés enjaezaba
la augusta Juno; las volubles ruedas,
que ocho rayos tenian y de bronce
fueran labradas, diligente puso
Hebe en el carro. De oro rutilante
de eterna duracion las pinas eran
en que entraban los rayos, y de bronce
las llantas que por fuera las cubrian
bien ajustadas, y á la vista hermosas.
Era el eje de hierro fabricado,
y á sus extremidades asomaban
de plata fina torneados cubos.
Al elevado asiento, sostenido
por fuertes correones tachonados
de plata y oro, en torno defendian
dos grandes semicírculos de bronce;
y de plata maciza gruesa lanza
del anterior salia á cuya punta
Hebe el yugo ajustó, y á sus extremos
ató las áureas bridas. Cuando todo
estuvo acomodado sus veloces
caballos unció Juno, deseosa

1219 del bélico clamor y la pelea.
Entró Minerva en el celeste alcázar
de Jove, y sobre el áureo pavimento
dejó caer el manto rozagante
de variado color que con sus manos
ella misma labrara: y la loriga
de Júpiter habiéndose ceñido,
con su propia armadura refulgente
se armó para la guerra luctuosa.
Suspendió de su cuello la terrible
égida, de brillantes rapacejos
de oro por todas partes guarnecida
y del terror en torno coronada,
en la cual la discordia, y el combate,
y el alcance en la fuga, y la derrota
entallados estaban, y tenia
la cabeza horrorosa y espantable
de la Gorgona, aborrecido monstruo
que en su cólera Júpiter criara.
Púsose luego la celada de oro
de agudos clavos guarnecida toda,
y de cuatro penachos adornada;
y tan firme, que sola bastaria
á resistir el redoblado golpe
de los peones que venir pudiesen
de cien vastas ciudades á la guerra.
Subió por fin en el brillante carro
con pie ligero, y empuñó la pica,
pesada, y grande, y poderosa, y fuerte,
con que destrozar suele las hileras
de los guerreros, si inflamada en ira
con ellos cierra en desigual batalla
la hija temible del Saturnio Jove.

Con el látigo Juno á los caballos 1252
aguijó diligente, y por sí mismas
se abrieron, rechinando sonorosas,
las puertas celestiales donde asisten
las Estaciones; pues del ancho cielo
y del Olimpo franquear la entrada
tienen á su cuidado, ó prohibirla:
y ya separan las espesas nubes
que ocultan de los Dioses el alcázar,
ya con ellas le cubren. A la puerta
dirigieron las Diosas los caballos,
que dóciles al látigo volaban,
y cerca hallaron al Saturnio Jove;
que de los otros Dioses apartado,
en la mas alta cumbre del Olimpo
sentado estaba. Los bridones Juno
detuvo al verle, y con airado rostro
así al Supremo Júpiter decia.

"¿Y no te indignarás, ó padre Jove,
» al ver de Marte los atroces hechos,
» y que tantos y tales adalides
» haya de los Aquivos derribado
» por tierra, sin razon, y cuando ménos
» merecido lo habian? Pesadumbre
» tengo yo, pero Vénus Citerea
» y el Flechador Apolo complacidos
» gozan de su venganza: que ellos fueron
» los que á Marte aguijaron, que furioso
» las leyes no respeta. Padre Jove!
» ¿te enojarás conmigo si lograre,
» herido gravemente, de la liza
» sacar á Marte?" El soberano Jove
á Juno respondió. "Yo te permito

» que contra Marte aguijes á Minerva,
» fuerte batalladora que en las lides
» hacerle sabe dolorosa herida.''
Dijo: y alegre Juno, su deseo
viendo cumplido, con el duro azote
aguijó sus caballos poderosos,
y dóciles volaban por el aire
que separa del orbe de la tierra
el estrellado cielo. Cuanto puede
en el espacio descubrir la vista
del que sentado en elevada cumbre
fija sus ojos en el mar oscuro;
otro tanto de un brinco los caballos
saltan de las Deidades. Cuando á Troya
llegaron, y al lugar en que se juntan
del Símois y Escamandro las corrientes;
allí detuvo Juno los bridones,
y con su ebúrnea delicada mano
los desató del yugo, y niebla oscura
en torno de ellos derramó; y el Símois
hizo nacer la deliciosa yerba
que comen los caballos inmortales
para que la paciesen los de Juno.
Y á pie las dos, y sin hacer ruïdo,
por la verde pradera caminaron
cual tímidas palomas, é impacientes
por socorrer á la falange griega.
Y cuando ya llegaron donde estaban
los principales cabos de la hueste
en torno de Dioméles reunidos,
cual voraces leones ó animosos
y fieros jabalíes; la primera,
Juno detuvo el paso. Y la figura

tomando de Estentor, el cual tenia 1318
pecho como de bronce y voz de hierro,
y alcanzaba su grito resonante
tanto como el estruendo clamoroso
de cincuenta guerreros, en terrible
voz gritaba la Diosa á los Aquivos.
"O gente sin honor, solo admirable
» por la beldad! Argivos! ¡Qué vergüenza!
» Miéntras el fuerte Aquíles asistia
» á las batallas, los Troyanos nunca
» osaban alejarse de las puertas
» porque temian su terrible lanza;
» y ya este dia á combatir se atreven
» léjos de su ciudad, junto á las naves."
Con estas voces inflamaba Juno
el ánimo y valor de los Aqueos,
y entre tanto Minerva á Dïomédes
buscaba. Le encontró junto á su carro,
refrescando la herida dolorosa
que Pándaro le hiciera; porque mucho
sus fuerzas el sudor debilitaba
que del enorme escudo, bajo el ancho
tahalí, le corria por el pecho,
y del dolor el brazo enflaquecido
tenia. La correa levantando,
limpiaba el héroe la purpúrea sangre
cuando puesta la mano sobre el yugo
de los caballos la Deidad le dijo.
"Bien poco el hombre que engendró Tideo
» se parece á su padre. En estatura
» pequeño era Tideo, pero fuerte
» y belicoso. Cuando vino á Tébas
» de embajador; y solo, y separado

1351 »de los otros Aquivos, entre muchos
»Tebanos se encontró; no le dejaba
»yo pelear ni acometer valiente,
»y le mandé que ocioso en el convite
»estuviera. Mas él, no ya olvidado
»del ánimo y valor que siempre tuvo,
»á los valientes hijos provocaba
»de los Cadmeos y en las lides todas
»triunfaba facilmente; que asistia
»siempre á su lado yo. Tambien al tuyo
»asisto ahora, y te defiendo y guardo,
»y te animo á que quieras valeroso
»con los Teucros lidiar; mas este dia,
»ó la mucha fatiga del combate
»tus fuerzas enflaquece, ó te acobarda
»el temor que á los hombres desanima......
»No digas ya que te engendró Tideo."
Y así Diomédes respondió á Minerva.
»Bien te conozco, Diosa, hija de Jove.
»La verdad te diré, sin ocultarte
»nada. Ni miedo me detiene ahora,
»ni la marcial fatiga me enflaquece;
»pero tengo en memoria los mandatos
»que antes me diste cuando tú decias
»que no quisiera con los otros Dioses
»eternos pelear; mas que si Vénus
»á la liza bajaba, no dudase
»osado herirla con agudo hierro.
»Yo ahora me retiro, y á los Danaos
»aqui he mandado que se junten todos:
»porque conozco á Marte, que de Troya
»rige y capitanéa las escuadras."
Respondió Pálas de Tideo al hijo.

"Caro á mi corazon, ó Dïomédes! 1384
» tú á Mavorte no temas, ni á ninguna
» de las otras deidades; que á tu lado
» por auxiliar me tienes. Tus bridones
» contra Marte dirige, y el primero
» hiérele con tu lanza, y no respetes
» á ese Dios furibundo y dementado,
» para dañar nacido, veleidoso.
» Pérfido! á mí y á Juno en algun dia
» nos dijo, y prometió, que de los Griegos
» seria el defensor y á los Troyanos
» haria cruda guerra: y está ahora
» entre ellos, y ha olvidado su palabra."
Así dijo, y á Esténelo del carro
hizo bajar asiéndole ella misma
de la mano; y en tierra prontamente
él se arrojó. De cólera inflamada
subió la Diosa, y ocupó la silla
de Diomédes al lado. Sintió el eje,
aunque de haya durísima labrado,
el peso y recrugió, porque llevaba
una Diosa terrible y un robusto
corpulento adalid. Cogió Minerva
el azote y las riendas en su mano,
y hácia Marte el primero los fogosos
caballos dirigió, cuando acababa
él de quitar la vida á Perifante
(de agigantada altura, y el mas fuerte
de los Etolos) que del claro Oquesio
fuera nacido. El sanguinario Marte
á este adalid mató; pero Minerva,
porque el Dios de la guerra no la viese,
se cubrió de Pluton con la celada.

1417 Cuando el Dios enemigo de los hombres
vió venir hácia él á Dïomédes,
de Perifante abandonó el cadáver
en el mismo lugar en que la vida
le quitára, y al hijo de Tideo
fué derecho á buscar. Cuando ya cerca
uno de otro llegaron en su marcha,
Marte el primero su lanzon enorme
dirigió por encima la cabeza
de los bridones, deseando mucho
al Aquivo matar: mas con su mano
cuidosa Pálas del hastil asiendo,
del carro le alejó para que inútil
el golpe fuera de la pica. El bravo
Diomédes el segundo con la suya
al Dios acometió; pero Minerva,
el hastil empuñando poderoso;
y al hijar dirigiéndole hácia donde
con ancho correon ceñido estaba
el fiero Marte, y empujando firme,
le clavó allí la pica, y el hermoso
cútis le desgarró. Sacó la Diosa
el hasta de la herida; y furibundo
Marte bramó, cual si clamor alzasen
horrísono á la vez nueve mil hombres
ó diez mil, que empezaran la pelea,
y atónitos Aqueos y Troyanos
cayeron en temor: tanto bramaba,
viéndose herido, de la guerra el Númen.

Cual la nube aparece tenebrosa
que en la ardiente canícula levanta
el viento abrasador impetuoso;
tal parecia de Tideo al hijo

el férreo Marte, que de niebla oscura
iba cercado al anchuroso cielo.
Llegó pronto á las cumbres del Olimpo,
á la eterna mansion de las Deidades:
y la sangre inmortal que de la herida
derramaba mostrando al padre Jove
y á su lado sentándose afligido,
así decia en doloroso acento.
«¿Y no te indignarás, ó padre Jove,
» viendo tan horrorosos atentados?
» Siempre los Dioses tolerado habemos
» atroces males que en discordia eterna
» unos con otros nos hacemos duros,
» solo por agradar á los mortales;
» pero tú eres la causa de esta lucha
» por haber engendrado una furiosa
» y petulante jóven, ocupada
» siempre en hacer abominables hechos.
» Los otros Dioses que el Olimpo habitan
» dóciles á tu voz todos se rinden,
» y estan sujetos á tu mando todos;
» solo á Minerva ni tu voz contiene
» ni tu poder; y porque padre fuiste
» y madre de esa furia al mismo tiempo,
» sueltas la rienda á su furor insano.
» Y ella fué la que ahora al orgulloso
» Diomédes animó, para que ardido
» lidiara con los Dioses inmortales.
» A Vénus la primera hirió en la mano;
» y á mí despues, como si Dios él fuese,
» acometió furioso, y mis ligeros
» pies me salvaron; que sufrido hubiera
» largo tiempo agudísimos dolores,

1483 »y en medio de montones sepultado
»yaciera de cadáveres: ó vivo
»si quedaba tal vez, del duro hierro
»á los golpes la fuerza perderia."
Con torva faz mirándole, el Saturnio
Júpiter respondió. "No asi, asentado
»cerca de mí, con lastimeras voces
»tu desgracia lamentes. Inconstante!
»Odioso me eres tú mas que ninguna
»de las Deidades que el Olimpo habitan;
»porque solo te gozas en las guerras,
»y lides, y rencillas. De tu madre
»Juno la altivez tienes; que insufrible
»ella es y pertinaz, y apenas puedo
»con mi voz sujetarla. Ella ha mandado
»á Pálas y Diomédes que te hieran.
»Mas pues de mí naciste y eres fruto
»del amor conyugal, no por mas tiempo
»permitiré que dolorosa herida
»sufriendo estés. Si tú nacido hubieses
»de cualquier otro Dios, y tan malvado
»fueras; hace ya tiempo que estarias
»en caverna mas honda que los hijos
»de Urano." Así decia el padre Jove:
y llamando á Peon, que le curase
mandó. Peon en la profunda herida
bálsamos derramó que los dolores
mitigaran, y Marte fué curado;
que á morir no nació. Como á la blanca
y ántes líquida leche amargo jugo
prontamente coagula, si agitado
sin cesar fuere; con igual presteza
la herida se cerró, y la hermosa cútis

Hebe lavó. Tomó su vestidura
brillante el Dios, y se asentó glorioso
cerca del padre Jove; y al palacio
volvieron eternal Pálas y Juno,
luego que Márte en el estrago horrible
hicieron que cesara de los hombres.

LIBRO SEXTO.

Solos quedando ya Teucros y Aquivos;
por una y otra parte en la llanura
que entre el Símois y el Janto se dilata
el combate seguia, y los guerreros
con poderoso brazo el uno al otro
los herrados hastiles se arrojaban.
Ayax de Telamon, de los Aquivos
antemural, rompió de los Troyanos
la falange el primero, y á los suyos
hizo que amaneciese la esperanza
á un adalid matando que de todos
los Tracios era el campeon mas fuerte;
Acamante de Eusoro, alto de talla
y sin igual valiente. En la cimera
que de crin de caballo guarnecia
alto penacho, con aguda lanza
le hirió: y la frente la acerada punta
atravesando, por el duro hueso
penetró en lo interior de la cabeza,
y oscura sombra le cubrió los ojos.
Y despues el valiente Dïomédes
mató tambien á Axilo de Teutrano,
que en Arisbe vivia la opulenta
y en ricas posesiones abundaba;
de todos bien querido, porque á todos
benéfico hospedaba en el palacio
que á la orilla tenia del camino.
Pero ninguno de los muchos héroes
que él hospedara de la triste muerte
entonces le libró, ni á su defensa

acudió generoso; y Dïomédes 31
le privó de la vida. Al escudero
que el carro y los caballos dirigia
mató tambien (Calesio era su nombre)
y á la oscura region los dos bajaron.
Despojó de la vida y de las armas
Eurialo á dos fuertes campeones,
Dreso y Ofeltio; y en veloz carrera
en busca fué de Esepo y de Pedaso,
de la Náyade hermosa Abarbarea
y de Bucolïon ambos nacidos.
Bucolïon del claro Laomedonte
era el hijo mayor, pero bastardo:
y mientras el ganado apacentaba
se enamoró de la gallarda ninfa
y dos gemelos de su amor el fruto
fueran, y entónces vida y armadura
el hijo les quitó de Mecisteo.
El alto y corpulento Polipétes
á Astíalo mató: el sagaz Ulíses
á Pidítes Percosio con su lanza
quitó la vida. Aretaon á manos
de Teucro pereció, y el valeroso
Ablero á las de Antíloco. El Atrida
Agamenon, caudillo de las tropas,
hirió tambien á Elato, que habitaba
en Pédaso fundada en una altura
á la orilla del Sátniois caudaloso.
A Fílaco en la fuga el héroe Leito
mató, á Melantio vida y armadura
Eurípilo quitó, y Adrasto vivo
cayó en poder del fuerte Menelao.
Desbocados del teucro los bridones,

64 por el llano corrian: y en las ramas
de un tamariz habiéndose enredado
los tirantes, el carro por la punta
rompieron del timon: y desuncidos,
á la ciudad marcharon con los otros
que en pavorosa fuga se volvian.
Volcóse el carro, y desde el alto asiento
cayó Adrasto de cara sobre el polvo
junto á la rueda, y con su larga pica
se acercó Menelao; pero al verle
el Teucro, sus rodillas abrazando,
así en doliente voz le suplicaba.
"Otórgame la vida, hijo de Atreo,
» y tu cautivo sea; y un rescate
» digno recibirás. Alhajas muchas
» se guardan todavía en el tesoro
» de mi opulento padre, mucho bronce,
» y oro tambien, y refulgente hierro
» labrado con primor: y te daria
» de estas riquezas él lo que pidieses
» por mi rescate, si á saber llegara
» que vivo estoy en las aquivas naos."
Así el Teucro rogaba: y el Atrida,
á compasion el corazon movido,
á ponerle iba ya de su escudero
en manos y á mandar que por esclavo
á las naves aqueas le llevara;
pero en su busca Agamenon corriendo,
llegó y le dijo en iracundas voces.
"O, bueno en demasía, Menelao!
» ¿por qué así perdonar á los perjuros?
» ¿Olvidáste el agravio que á tu casa
» hicieron y á tu honor? Ninguno de ellos,

» si en nuestras manos á caer llegare,
» la muerte á que los hados le destinan
» evite, y hasta el niño que en el vientre
» lleva la madre ni aun allí se libre.
» Cuantos encierra de Ilion el muro
» todos acaben: ni llorados sean,
» ni la memoria de su nombre quede."

Así habló Agamenon; y de su hermano
torció la voluntad, la antigua ofensa
recordando á su enojo. Al infelice
cautivo con su diestra Menelao
de sí alejó, y Agamenon el pecho
le pasó con su lanza. Cayó en tierra
de espaldas el troyano; y el Atrida,
fijando en el cadáver la robusta
planta, sacó la pica. Al mismo tiempo
Néstor á los aquivos escuadrones,
levantando la voz, así animaba.

"Alumnos de Mavorte! heróicos griegos!
» amigos! ya ninguno atras se quede
» á recoger despojos, ni á las naves
» vuelva cargado de riqueza. Ahora
» solo pensemos en matar Troyanos;
» y acabada la lid, podreis vosotros
» los muertos despojar en la llanura."

Con estas voces inspiró á las tropas
osadía y valor. Y los Troyanos
al ímpetu cedieran de los Griegos,
y en vergonzosa fuga presurosos
corrieran á encerrarse en sus murallas;
si viéndolo el mejor de sus augures
Heleno, hijo de Priámo, no hubiese
hablado así oficioso con Enéas

y con Héctor, parándose á su lado.
"Héctor y Enéas! de la guerra el peso
» pues los dos sosteneis mas que ninguno
» de los Teucros y Licios, y sois ambos
» de los Príncipes todos los primeros,
» ya en el Consejo sea ya en las lides;
» deteneos aqui, y á las escuadras
» delante de los muros en la fuga
» contened recorriendo las hileras,
» ántes que la salud en el regazo
» busquen de sus esposas y la burla
» del enemigo sean. Y nosotros,
» cuando ya vuestra voz á las escuadras
» valor haya infundido y osadía,
» aqui pelearémos con los Dánaos
» aunque ya enflaquecidos nos hallemos;
» que la necesidad valor inspira.
» Héctor! en tanto á la ciudad tú vuelve;
» y á tu madre y la mia di que junte
» las ilustres matronas, y con ellas
» á lo mas alto del alcázar suba
» al templo de Minerva. Y con la llave
» la puerta abriendo del lugar sagrado,
» ponga á los pies de la deidad terrible
» el manto mas brillante y anchuroso
» de los que tenga en casa, y el que fuere
» por ella mas preciado; y la prometa
» doce vacas de un año y no domadas
» sacrificarla luego si apiadarse
» quiere de la ciudad, y las esposas
» de los Troyanos y sus tiernos hijos,
» y alejar de Ilion á Dïomédes;
» feroz guerrero, que poner en fuga

» al enemigo sabe en la pelea.
» Yo por el mas valiente de los Dánaos
» le tengo: ni jamas hemos temido
» á Aquíles tanto, el adalid famoso
» que ser hijo nos dicen de una diosa.
» Será; mas este cual rabiosa furia
» nos sigue, y nadie en el valor le iguala."
Así el augur decia, y sus avisos
Héctor no despreció. Saltó ligero
del carro, sin quitarse la armadura:
y blandiendo su pica las escuadras
recorrió y á que firmes peleasen
las animaba, y la terrible liza
con mas ardor se comenzó de nuevo.
Volvieron los Troyanos de la fuga
é hicieron todos frente á los Aquivos,
y estos retrocedieron y cesaron
en la matanza ya: que habiendo visto
á los Teucros volver, imaginaban
que alguno de los Dioses inmortales
del estrellado cielo á socorrerles
bajado habia. Y á sus tropas Héctor,
en alta voz gritando, así animaba.
"Impávidos Troyanos, y vosotros
» valientes auxiliares que de tierras
» tan lejanas vinísteis! Este dia
» sed varones, amigos, y acordaos
» del antiguo valor; mientras yo subo
» á Ilion y á los padres de familia
» aconsejo, y á todas las matronas,
» que rueguen á los Dioses y prometan
» víctimas inmolar en sus altares."
Dijo, y marchó con paso presuroso;

196 y la negra correa de que orlado
el cóncavo broquel en torno estaba,
en redoblado golpe, los tobillos
y el cuello le batia sonorosa.
Glauco despues, esclarecida prole
de Hipóloco, y el hijo de Tideo
en la breve llanura que mediaba
entre Aquivos y Teucros se encontraron,
de pelear ganosos. Cuando cerca
estuvieron los dos, así Diomédes
dijo primero al campeon de Licia.
"¿Quién eres, ó valiente, y de qué padre
» naciste? Yo jamas en las batallas
» te he encontrado hasta aquí, y hoy atrevido
» mucho de tu escuadron te adelantaste.
» Y demasiado en tu valor confias,
» pues así esperas de mi lanza el bote;
» que nacieron de padres infelices
» los que conmigo á batallar se atreven.
» Si acaso eres un Dios y desde el cielo
» bajaste, yo con los eternos Dioses
» no ya combatiré. Porque ni el hijo
» de Driante, el intrépido Licurgo,
» que á sola una deidad hizo la guerra,
» larga vida vivió desde que necio
» se atrevió á perseguir á las nodrizas
» de Baco, que sus orgias celebraba
» en los montes de Nisa; y todas ellas,
» los tirsos arrojando por el suelo,
» huian temerosas, acosadas
» por el cruel Licurgo y mal heridas
» con la dura correa. El mismo Baco
» huyó tambien, y al piélago espumoso

» saltó azorado, y en su seno Tétis 229
» le recibió; que mucho la amenaza
» él temía del Rey. Los eternales
» Dioses contra el impío se indignaron,
» y el hijo poderoso de Saturno
» le privó de la vista, y desde entónces
» breve fué su vivir; que aborrecido
» llegara á ser de las deidades todas.
» Así, yo no querria con los Dioses
» pelear bienhadados. Mas si fueres
» uno de los mortales que alimenta
» con sus frutos la tierra cultivada;
» á mí te acerca ya, para que pronto
» á los términos llegues de la vida."
Glauco le respondió "¿Por qué deseas
» mi linage saber? Como las hojas
» de los árboles nacen y perecen,
» así pasan del hombre las edades;
» que unas hojas derriban por el suelo
» los vientos del otoño y otras cria
» la selva al florecer, y ufanas crecen
» al aliento vital de primavera;
» y las generaciones de los hombres
» así son: esta nace, aquella muere.
» Si mi linage conocer deseas,
» aunque es de muchos hombres conocido;
» yace al extremo de la fértil Árgos
» de Éfira la ciudad; habitó en ella
» Sísifo, el mas sagaz de los mortales
» y de Éolo nacido; tuvo á Glauco
» por hijo, y Glauco tuvo al tan famoso
» Belerofonte; y á este las deidades
» fueron propicias, y al nacer le dieron

262 »envidiable valor, belleza rara.
»Mas Preto, que de todos los Argivos
»era el mas poderoso porque Jove
»á su cetro y poder los sujetara,
»su muerte rencoroso deseando,
»de Éfira le alejó. La hermosa Autea,
»que de Preto era esposa, por el héroe
»ardía en torpe amor y en clandestino
»lazo con él unirse deseaba;
»pero rendir el corazon no pudo
»del virtuoso jóven. Y ofendida,
»alto crímen fingiendo, así al esposo
»y Rey habló con fementido halago.
»*Resuélvete á morir, amado Preto,*
»*ó mata al criminal Belerofonte;*
»*que en su loca pasion forzarme quiso*
»*el tálamo nupcial á que manchase.*
»Así dijo, y del Rey al escucharla
»se apoderó la cólera. La vida
»no se atrevió á quitarle por su mano,
»que el temor de los Dioses le contuvo;
»pero le envió á Licia, y bien cerrada
»triste carta le dió donde escribiera
»calumnias en su daño: y á su suegro
»le mandó que en llegando la mostrara,
»para que este su muerte procurase.
»Partió Belerofonte, por la diestra
»de los Dioses guiado: y á la Licia
»y del Janto á las rápidas corrientes
»llegado habiendo, con afable rostro
»el Rey le recibió y en el alcázar
»hospedado le tuvo nueve dias,
»número igual de bueyes degollando

» para el banquete. Cuando ya la aurora
» el décimo anunció; de su venida
» le preguntó el motivo, y que mostrase
» la carta le pidió que de su yerno
» el Rey Preto traia. Cuando visto
» hubo el anciano la funesta carta,
» mandó á Belerofonte lo primero
» que la vida quitase á la invencible
» Quimera, horrible monstruo que los Dioses
» y no padres mortales engendraron.
» Cabeza de leon, cuerpo de cabra,
» y negra cola de dragon tenia,
» y vivo fuego respiraba ardiente;
» pero él fiado en favorable auspicio
» de los eternos Dioses en su busca
» marchó animoso, y consiguió matarla.
» Despues le mandó el Rey que pelease
» con los fuertes Solimos, y decia
» el héroe que esta fué la mas terrible
» de las batallas que ganó su diestra.
» Luego á las varoniles Amazonas
» venció tambien: y cuando ya volvia,
» otro riesgo con animo doloso
» el Rey le preparó. Porque escogiendo
» de la anchurosa Licia los mejores
» y mas fuertes soldados en celada
» los ocultó, pero ninguno de ellos
» á su casa volvió; que en la pelea
» mató á todos el gran Belerofonte.
» Conociendo ya el Rey que de la clara
» estirpe de algun Dios era nacido,
» á su lado le tuvo y por esposa
» su hija le concedió, gallarda jóven!

328 »y con él en su imperio dilatado
»el honor repartió de la diadema.
»Los pueblos de la Licia numerosas
»heredades tambien le separaron
»que á todas las demas aventajaban,
»de tierras de labor y de frondosos
»arbolados compuestas y viñedos,
»para que como suyas las labrase.
»Tuvo Belerofonte de su esposa
»dos hijos y una hija: y se llamaron,
»Hipóloco é Isandro los varones,
»y la muger Laodamia; y en secreto
»amada fué de Júpiter, y tuvo
»al valeroso Sarpedon por hijo.
»Cuando tambien en su vejez el héroe
»odíoso llegó á ser á las deidades;
»por los campos Alesios tristemente
»el mísero vagando, devoraba
»su propio corazon y de los hombres
»evitaba las huellas. De sus hijos,
»Isandro en una guerra, combatiendo
»con los Solimos, pereció; que Marte
»le mató por su mano, y á Laodamía
»envidiosa Dïana con sus flechas
»hirió tambien. Hipóloco es mi padre
»y á Troya me ha enviado, y cual prudente
»me encargó que animoso peleara
»en el valor á todos excediendo,
»y que no deshonrara de mis padres
»la alcurnia esclarecida; porque todos
»mis abuelos valientes adalides
»en Éfira y en Licia se mostraron.
»De esta familia, pues, porque lo sepas,

» de ser yo me glorío y de esta sangre." 161
Así Glauco decia, y Dïomédes
se alegró al escucharle: y en el suelo
el regaton clavando de la pica,
así le dijo en cariñosas voces.
"Eres, no hay duda, mi paterno huésped
» y amigo; porque Eneo el poderoso,
» al gran Belerofonte en su palacio
» hospedó siendo jóven y le tuvo
» consigo veinte dias, y se hicieron
» magníficos regalos uno al otro
» que su hospitalidad atestiguasen.
» Eneo dió de púrpura á su huésped
» vistoso tahalí, Belerofonte
» á Eneo dió la primorosa copa
» de oro macizo y circular figura
» que yo al venir aqui dejé en mi casa.
» De mi padre Tideo ni aun memoria
» conservo ya; que me dejó muy niño
» cuando en Tébas la hueste de los Griegos
» pereció toda. Pero yo tu huésped
» y amigo soy en Árgos; y tú en Licia
» lo eres mio tambien, si vez alguna
» yo viajare por el ancho pueblo
» de los Licios. Así, no combatamos
» cuerpo á cuerpo los dos ni en el confuso
» tumulto de las armas nos busquemos.
» Muchos Troyanos tengo y auxiliares
» yo con quien pelear, á aquel matando
» que algun Dios me depare y yo corriendo
» logre alcanzar; y tu muchos Aquivos
» tienes tambien para quitar la vida
» al que puedas. Troquemos la armadura,

394 » y vean todos que el honor preciamos
» de que nuestros abuelos nos dejaran
» su amistad en herencia y su hospedage."
Así los dos hablaban, y veloces
de los carros á tierra descendieron;
y dándose la mano cariñosos,
la fé del hospedage se juraron.
Y Júpiter á Glauco en aquel dia
privó de la razon; porque las armas
trocando con el hijo de Tideo,
dió por unas de bronce que valian
nueve bueyes no mas las suyas de oro
que el valor igualaban de cien bueyes.
Cuando á las hayas de la puerta Escea
Héctor llegó, corrieron á encontrarle
las hijas y mugeres de los Teucros:
y cercándole todas preguntaban
por sus hijos y hermanos, sus amantes,
y sus esposos. Se detuvo el héroe,
y mandó que á los Dioses suplicaran
una en pos de otra; porque á muchas de ellas
con dolorosas pérdidas entónces
amenazaba el Hado inexorable.
De Príamo el alcázar suntuoso
sobre labrados pórticos se alzaba:
y tálamos cincuenta en él habia,
cerca el uno del otro y fabricados
de finísima piedra, en que los hijos
del Rey con sus esposas habitaban;
y dentro el atrio, y á la parte opuesta,
se vian otros doce que los yernos
ocupaban tambien con sus mugeres.
A este palacio cuando el héroe vino,

le salió al paso su afligida madre; 427
que entónces en la estancia de Laodice
entraba, de sus hijas la mas bella.
Y de la mano asiéndole y su nombre
repitiendo le habló, y así decia.
"Hijo mio! ¿por qué, la triste guerra
» abandonando, á la ciudad viniste?
» Sin duda que los hijos de los Griegos,
» aborrecido nombre! nos estrechan
» en torno á las murallas peleando,
» y el alma te inspiró que así vinieras
» á suplicar al poderoso Jove.
» Mas espera te traiga dulce vino,
» con que la libacion hagas primero
» á Jove y á los otros inmortales,
» y puedas reparar tambien las fuerzas
» gustándole; que el vino á los guerreros,
» si vienen del combate fatigados,
» el vigor restituye; como ahora
» á tí, que mucho en la comun pelea
» te cansaste la patria defendiendo."
Y triste el héroe respondió á su madre.
"Madre mia! no el vino delicioso
» traigas, no sea que el vigor me quite;
» que no quiero el valor y la pujanza
» enflaquecer. Al soberano Jove
» con las manos impuras no me atrevo
» á presentar la libacion sagrada,
» ni es permitido dirigir sus votos
» á Júpiter tonante si manchado
» se está de sangre y en sudor teñido.
» Reune las matronas: y con ellas,
» y llevando odoríferos perfumes,

» de la guerrera Pálas sube al templo,
» y pon al pie de la Deidad terrible
» el manto mas brillante y anchuroso
» que tengas en tus arcas, y el que sea
» de tí mas estimado; y la promete
» doce vacas de un año y no domadas
» sacrificarla luego si apiadarse
» quiere de la ciudad, y las esposas
» de los Troyanos y sus tiernos hijos,
» y alejar de Ilion á Dïomédes:
» feroz guerrero, que poner en fuga
» al enemigo sabe en la pelea.
» Miéntras subes al templo de la Diosa,
» yo iré en busca de Páris y á llamarle,
» si es que dócil escucha mi consejo.
» Y ojalá que la tierra le tragara!
» ya que nació por voluntad de Jove
» para ruina comun de los Troyanos,
» y de tu esposo Príamo y tus hijos.
» Si yo le viera á la region oscura
» bajar, en aquel dia se borraran
» de mi memoria los pesares todos."

Héctor dijo: y la madre á su aposento
volvió otra vez, y habló con sus esclavas;
y ellas por la ciudad las mas ilustres
matronas reunieron. Entre tanto
bajó la reina al tálamo oloroso
donde sus ricos mantos se guardaban
de variada labor; y todos ellos
tejidos fueran por la diestra mano
de las mugeres de Sidon que á Troya
Páris trajera, en el fatal viage
en que la vasta mar atravesando

trajo tambien á la gallarda Helena. 493
Tomando entónces Hécuba de todos
el que era mas variado en sus labores
y mas grande, y brillaba como un astro,
y el último de todos se guardaba;
salió para ofrecersele á Minerva,
y las nobles matronas la siguieron.
    Cuando al templo llegaron de la Diosa
en lo alto del alcázar situado,
la puerta les abrió la respetable
Teano.—Era nacida de Ciseo
y esposa de Antenor, y los Troyanos
por gran sacerdotisa de Minerva
la nombraran.—Y en lúgubre lamento,
y las manos al cielo levantadas,
las matronas rogaron á la Diosa.
Y recibiendo de Hécuba Teano
la rica ofrenda; á la Deidad terrible
la presentó, y en fervoroso ruego
así á la hija de Jove suplicaba.
    "Pálas augusta, formidable Diosa
» que á esta ciudad presides! Con tu mano
» el hasta rompe ya de Dïomédes,
» y dá que él mismo ante la puerta Escea
» quede hundido en el polvo. Si dolerte
» quieres de la ciudad, y las esposas
» de los Troyanos y sus tiernos hijos;
» doce vacas de un año, y no domadas,
» luego tus aras teñirán en sangre."
    Tal su plegaria fué, pero Minerva
su ruego no escuchó. Miéntras hacian
ellas inútil súplica á la Diosa;
Héctor llegó al palacio suntuoso

526 de Alejandro que él mismo construyera
hábiles arquitectos empleando,
los mejores que en Troya se encontraban.
Y hermosa habitacion con azotea
y gran patio le hicieron en la parte
de la ciudad mas alta, y del palacio
de Príamo no lejos y el alcázar
de Héctor su hermano. Por el ancha puerta
entró el héroe de Júpiter amado,
en la diestra teniendo de once codos
el hasta, á cuyo extremo relucía
el afilado bronce que ajustaba
al firme hastil abrazadera de oro.
Y á Páris encontró que diligente
la loriga, el escudo, y demas piezas
de su hermosa armadura requería,
y el arco manejaba retorcido;
y á su lado tambien la argiva Elena,
de sus fieles esclavas asistida,
en variada labor las ocupaba.
Y Héctor de Páris, con ceñudo rostro
mirándole, la mucha cobardía
así culpó con ásperas razones.
"¡En mal hora nacido! Indecoroso,
»y fuera de sazon, es que en el pecho
»esa cólera guardes rencorosa.
»Las escuadras perecen combatiendo
»en torno á la ciudad y las murallas,
»y por tu causa el hórrido tumulto
»de la pelea en derredor de Troya
»se encendió. Si tú vieras un guerrero
»que tomar parte en la terrible liza
»rehusaba, tú mismo su flaqueza

»culparias. Sal, pues: mira no acaso 559
»esta gran capital en breves horas
»el pasto sea de voraces llamas."

Páris le respondió. "Yo bien conozco
»que tu cólera es justa; pero atento
»escucha mi respuesta y mis razones.
»Yo no tanto por odio á los Troyanos,
»ni por resentimiento, ocioso estaba
»dentro el palacio; devorar queria
»mi vergüenza y dolor. Pero la esposa,
»cuando tu entraste, en halagüeñas voces
»que al combate volviese me rogaba:
»y yo mismo conozco que seria
»esto mas acertado. La victoria
»en alternada vez á los guerreros
»suele favorecer. Así, tú espera
»en tanto que me visto la armadura,
»ó camina; que yo sin detenerme
»tus huellas seguiré, y á pocos pasos
»me prometo alcanzarte." Esta respuesta
dió Páris, y su hermano otra palabra
ya no le quiso hablar. Elena entónces
al héroe dijo en cariñoso acento.

"Hermano de esta triste que cubierta
»de infamia y deshonor, y de los males
»autora, ser debiera detestada
»de todos los Troyanos! Ay! hiciera
»el cielo, al nacer yo, que un remolino
»de borrascoso viento á las montañas
»me hubiese arrebatado, ó á las olas
»del estruendoso piélago me hubiera
»arrojado y en ellas de mi vida
»al término llegara, ántes que hubiesen

592 »tales estragos de mi error nacido!
»Pero ya que en su cólera los Dioses
»que estos males llegaran decretaron,
»ser esposa debia de un guerrero
»mas valeroso, y que sensible fuera
»al desprecio y al odio de los hombres;
»mas este ni valor tiene en el pecho
»ni le tendrá jamás, y vendrá dia
»en que de su vileza coja el fruto.
»Entra tú, hermano mio, y un instante
»siéntate á descansar; que enflaquecido
»ha tu fuerza la lid que sostuviese
»por culpa de esta mísera y de Páris
»por el crímen. Ay! Jove ya prepara
»triste suerte á los dos, para que un dia
»en las generaciones venideras
»la fábula seamos de los hombres."
Héctor la respondió. "No detenerme
»quieras, Elena, ahora; que á tu ruego
»no cederé: mi corazon me dice
»que vaya á socorrer á los Troyanos
»que impacientes me aguardan. Al esposo
»aguija tú, y él mismo se apresure,
»á que dentro me alcance de los muros;
»que yo voy á mi casa la familia
»á ver y dulce esposa, y tierno infante.
»Porque no sé si volverán mis ojos
»á ver tan caras prendas, ó los Dioses
»me matarán por mano de los Griegos."
Dijo: y encaminándose á su alcázar,
pronto llegó; pero salido habia
de él Andrómaca bella y en la torre
estaba de Ilion triste llorando,

de la sola nodriza acompañada
que cubierto del manto refulgente
llevara al tierno infante. Cuando el héroe
vió que dentro no estaba del palacio
la esposa se detuvo en los umbrales,
y así agitado habló con sus esclavas.
"Decidme la verdad: ¿Adonde es ida
»Andrómaca? ¿Fué á ver de mis hermanos
»á una de las esposas, ó á cualquiera
»de mis hermanas? ¿De Minerva al templo
»fué tal vez, donde ahora las matronas
»aplacan la deidad con su plegaria?
Respondió la celosa despensera.
"Héctor! Si la verdad quieres que diga,
»Andrómaca ni á ver de tus hermanos
»á una de las esposas ni tampoco
»á una de tus hermanas fué, ni al templo
»de Pálas donde ahora las matronas
»pias aplacan la deidad terrible.
»Á la gran torre de Ilion es ida;
»porque oyó que vencidos los Troyanos
»se pusieran en fuga, é indomable
»el poder era ya de los Aqueos:
»y al escucharlo como loca al muro
»desalada corrió, y al tierno infante
»la nodriza tambien llevó en sus brazos."
Así habló la celosa despensera:
y Héctor, que presuroso de su alcázar
salió para volverse, por el mismo
camino que viniera recorria
las anchurosas calles. Y la inmensa
ciudad atravesando, ya llegaba
junto á la puerta Escea que salida

658 daba á la gran llanura; cuando triste
á encontrarle corrió su tierna esposa,
Andrómaca, nacida del valiente
Etïon de Cilicia soberano
que en Teba capital de la selvosa
Hipoplacia habitó cuando vivia.
Hija de este gran Rey, y con riqueza
mucha dotada, la feliz esposa
era Andrómaca de Héctor; y á encontrarle
entónces vino acompañada solo
de la nodriza, que arrimado al seno
á Astianacte llevaba. Era este niño
de Héctor única prole, y parecia
un lucero, y su padre le pusiera
el nombre de *Escamandrïo*; pero todos
los Teucros *Astianacte* le llamaban,
porque Héctor era el baluarte firme
que á Ilion defendia. Cuando el héroe
al niño vió, se sonriyó en silencio;
y Andrómaca, acercándose afligida,
lágrimas derramaba. Y al esposo
asiendo de la mano y por su nombre
llamándole, decia acongojada.
"Infeliz! Tu valor ha de perderte:
»ni tienes compasion del tierno infante,
»ni de esta desgraciada que muy pronto
»en viudez quedará; porque los Griegos,
»cargando todos sobre tí, la vida
»fieros te quitarán. Mas me valiera
»descender á la tumba, que privada
»de tí quedar; que si á morir llegases,
»ya no habrá para mí ningun consuelo
»sino llanto y dolor. Ya no me quedan

»tierno padre ni madre cariñosa. 691
»Mató al primero el furibundo Aquíles,
»mas no le despojó de la armadura
»aun saqueando á Teba; que á los Dioses
»temia hacerse odioso. Y el cadáver
»con las armas quemando, á sus cenizas
»una tumba erigió: y en torno de ella
»las ninfas que de Júpiter nacieron,
»las Oréades, álamos plantaron.
»Mis siete hermanos en el mismo dia
»bajaron todos al averno oscuro;
»que á todos de la vida despiadado
»Aquíles despojó miéntras estaban
»guardando los rebaños numerosos
»de bueyes y de ovejas. A mi madre,
»la que ántes imperaba poderosa
»en la rica Hipoplacia, prisionera
»aquí trajo tambien con sus tesoros,
»y admitido el magnífico rescate
»la dejó en libertad; pero llegada
»al palacio que fuera de su esposo,
»la hirió Dïana con suave flecha.
»Héctor! tú solo ya de tierno padre,
»y de madre me sirves y de hermanos,
»y eres mi dulce esposo. Compadece
»á esta infeliz, la torre no abandones;
»y en horfandad no dejes á este niño,
»y viuda á tu muger. En la colina
»de silvestres higueras coronada
»nuestra gente reune; que es el lado
»por donde fácilmente el enemigo
»penetrar puede en la ciudad, y el muro
»escalar de Ilion. Hasta tres veces

724 »por esa parte acometer tentaron
»los mas ardidos de la hueste aquea:
»los Ayaces, el Rey Idomeneo,
»los dos Atridas, y el feroz Diomédes;
»ó ya que un adivino este parage
»les hubiese mostrado, ó que secreto
»impulso los hubiese conducido.”

Respondió el héroe á su afligida esposa.
“Nada de cuanto dices se me oculta;
»pero temo tambien lo que dirian
»contra mí los Troyanos y Troyanas
»si cual cobarde de la lid huyera.
»Ni lo permite mi valor; que siempre
»intrépido he sabido presentarme
»en la liza, y al frente de los Teucros
»pelear animoso por la gloria
»de mi padre y la mia. Bien conozco,
»y el corazon y el alma lo presienten,
»que ha de llegar el dia en que asolado
»será el fuerte Ilion, y en que perezcan
»Príamo y su nacion tan poderosa.
»Pero no tanto la comun ruïna
»que á los demas Troyanos amenaza,
»ni de Hécuba la suerte y de mi padre
»el Rey Príamo siento y mis hermanos,
»que muchos y valientes por la diestra
»de nuestros enemigos en el polvo
»derribados serán, como la tuya:
»que alguno de los Príncipes aqueos,
»dejándote la vida, por esclava
»á Árgos te llevará, bañada en lloro.
»Y allí, de una extrangera desdeñosa
»obediente á la voz, á pesar tuyo

»y á la necesidad cediendo dura, 757
»la tela tejerás é irás por agua
»á la fuente Meseida, ó Hiperea.
»Y cuando vayas, los Argivos todos
»que te vean pasar triste y llorosa
»el uno al otro se dirán alegres:
»*Esa es la viuda de Héctor, el famoso*
»*campeon, que de todos los Troyanos*
»*era el mas fuerte cuando en torno al muro*
»*de Ilion con los Griegos peleaban.*
»Así alguno dirá, y al escucharle
»nuevo dolor afligirá tu pecho;
»y mucho entónces sentirás la falta
»de tu Héctor, el solo que podria
»de esclavitud sacarte si viviese.
»La tierra amontonada mi cadáver
»ántes oculte que llevarte vea
»por esclava, y escuche tus gemidos.»
Así decia, y alargó la mano
para tomar en brazos al infante;
pero asustado el niño, sobre el pecho
de la nodriza se arrojó gritando:
porque al ver la armadura refulgente,
y la crin de caballo que terrible
sobre la alta cimera tremolaba,
se llenó de pavor. Su tierno padre
y su madre amorosa se reian,
y el héroe se quitó de la cabeza
el casco reluciente; y en el suelo
poniéndole, en sus brazos al infante
tomó y acarició. Y el dulce beso
imprimiendo en su cándida mejilla,
esta plegaria al soberano Jove

dirigió y á los otros inmortales.
"Padre Jove! y vosotras bienhadadas
» deidades del Olimpo! Concededme
» que mi hijo llegue á ser tan esforzado
» como yo y á los Teucros aventaje
» en fuerzas y valor, y que algun dia
» sobre Ilion impere poderoso:
» y que al verle volver de las batallas,
» trayendo por despojo en sangre tinto
» el arnes de un guerrero á quien la vida
» él mismo haya quitado, diga alguno:
» *Este es mas valeroso que su padre.*
» y Andrómaca se alegre al escucharlo."
Así dijo, y en manos de su esposa
al niño puso: y la doliente madre,
mezclando con sus lágrimas la risa,
le recibió en el seno que fragancia
despedia suave. Al ver su lloro
enternecióse el héroe; y con la mano
la acarició, y la dijo estas palabras.
"Consuelo de mi vida! no afligido
» tu corazon esté; que hombre ninguno
» podrá lanzarme á la region del orco,
» ántes del dia que la dura Parca
» me tenga prefijado. Y cuando llegue,
» fuerza será morir; porque hasta ahora
» ningun hombre, cobarde ó valeroso,
» el rigor evitó de su destino
» desde que entró en la vida. A nuestro alcázar
» vuelve ahora á entender en las labores
» del telar y la rueca, y las cautivas
» cuiden de los domésticos afanes;
» que de Troya los fuertes campeones

"á la defensa de la patria ahora 823
"todos atenderán, y yo el primero."
Así dijo: y en tanto que él alzaba
del suelo el morrïon, hácia el palacio
se encaminó su esposa la cabeza
volviendo á cada paso; y abundantes
lágrimas derramaba. Llegó pronto:
y dentro reunidas numerosas
esclavas encontrando, su venida
excitó en todas llanto doloroso,
y Héctor en vida y en su propia casa
era llorado; porque no creian
que libre del furor de los Aquivos
y las manos volviese de la guerra.
Ni Páris largo tiempo se detuvo
en su alcázar; que apénas de brillante
armadura cubrió el gallardo cuerpo,
por la ciudad corria presuroso
de sus ágiles pies haciendo alarde.
Cual brioso alazan que acostumbrado
á bañarse en el agua cristalina
del rio se impacienta si al pesebre
le detienen atado: y los ronzales
rompiendo corre con ligera planta
por la llanura, la cabeza erguida,
ondeantes las crines sobre el cuello,
y de su lozanía haciendo alarde;
y con fácil galope alegre vuela
al verde soto en que pacer solia
con los otros caballos; así Páris,
del alcázar de Pérgamo saliendo
vestida la armadura que brillaba
como la luz del sol, por la ancha calle

856 marchaba envanecido, y con ligera
planta corria. Y á su fuerte hermano
alcanzó, cuando el héroe se alejaba
ya del parage en que á su dulce esposa
hablado habia por la vez postrera.

Y fué el hermoso Páris el primero
que así le dijo. "Respetable hermano!
» quizá cuando impaciente deseabas
» salir de la ciudad mas de lo justo
» te hice esperar, y mucho en mi palacio
» me detuve, y no vine tan ligero
» como tú me encargaras." Cariñoso
Héctor le respondió. "Gallardo Páris!
» Hombre ninguno que en su justo precio
» sepa estimar las bélicas hazañas
» las tuyas con razon despreciaria,
» porque no eres cobarde. Pero á veces
» de propia voluntad ménos ardido
» te muestras, y no quieres animoso
» pelear; y á mí entónces en el pecho
» el corazon se aflige, porque escucho
» las injuriosas voces que profieren
» contra tí los Troyanos que su sangre
» por tí derraman en penosas lides.
» Mas ya partamos; que en mejores dias
» esta fatal rencilla acabarémos,
» si el soberano Jove nos concede
» copa de libertad en el alcázar
» ofrecer á los Dioses inmortales,
» cuando de Troya en pavorosa fuga
886 » logremos alejar á los Aquivos.

LIBRO SEPTIMO.

Dichas estas palabras, presuroso
salió de la ciudad y le seguia
su hermano Páris; é impacientes mucho
dentro su corazon ambos estaban
por volver al combate y la pelea.
Como á los navegantes, si cansados
están ya de romper las crespas olas
con el remo pesado, de repente
un Dios envia favorable viento
cuando mas le desean y rendidos
por la fatiga están: así á los suyos,
cuando con mas anhelo suspiraban
por su vuelta, los dos se presentaron.
Quitó la vida Páris á Menestio
en Arna habitador y del valiente
Príncipe Areitoó, tan afamado
por su destreza en manejar la clava,
nacido y la gentil Filomedusa.
Héctor hirió tambien cerca del cuello
con su cortante poderosa lanza
al valiente Eyoneo por debajo
del capacete, y le quitó la vida.
Gláuco despues en la comun pelea
hirió cerca del hombro con su lanza
á Ifinoó, que del valiente Dexio
era nacido y al brillante carro
iba á subir que por veloces yeguas
era tirado; y en la arena el triste
cayó privado del vital aliento.
Cuando Minerva vió que furibundos

31 las escuadras aqueas destruian
los dos hermanos, de las altas cumbres
descendió del Olímpo en raudo vuelo
al campo de Ilion. Mas á encontrarla
Apolo, que á los Teucros la victoria
deseaba, salió; porque subido
en la torre de Pérgamo, la viera
bajar del cielo. Y cerca de las hayas
habiéndola alcanzado, así la dijo.
"¿Por qué otra vez en vagaroso vuelo,
»hija del alto Jove, aquí bajaste
»del Olímpo; y á qué, inflamado en ira
»el corazon, á la batalla vuelves?
»La dudosa victoria á los Aqueos
»vendrás á dar; que inexorable y dura,
»aunque en las lides perecer los veas,
»no tienes compasion de los Troyanos.
»Pero si ya siguieras mi dictámen
»(y mas útil seria) la batalla
»y los combates hoy los dos harémos
»que cesen; y otro dia los Aquivos
»á la lid volverán hasta que logren
»á Ilion arruinar; ya que vosotras,
»las inmortales, deseais airadas
»esta gran capital ver destruida."
Minerva respondió. "Lo que deseas
»hágase, Febo! La efusion de sangre
»yo tambien á evitar, desde las cumbres
»del Olimpo bajé y en las escuadras
»penetré de los Griegos y Troyanos.
»Mas ¿de qué modo conseguir esperas
»que los combates cesen?" A la Diosa
Apolo replicó. "Del valeroso

»Héctor al fuerte corazon dirémos 64
»que desafíe en singular batalla
»á pelear con él á algun Aquivo;
»y estos, airados al oir sus voces,
»animarán á alguno de los suyos
»para que salga á combatir con Héctor."
Dijo Apolo, y Minerva escuchó dócil
su consejo. Y habiendo conocido
Heleno, hijo de Príamo, cual era
el querer de los Dioses; á su hermano
acercándose, dijo estas palabras.
"Héctor, en la prudencia comparable
»al mismo Jove! ¿Ejecutar querrias
»lo que te diga yo, siendo tu hermano?
»Haz que se paren los Aquivos todos
»y los demas Troyanos: y arrogante,
»de los caudillos griegos al que sea
»el mas valiente, en singular batalla
»á combatir contigo desafia;
»que el término fatal de tu carrera
»aun no llegó: de los eternos Dioses
»yo he escuchado la voz que lo asegura."
Así Heleno decia, y al oirle
el héroe se alegró. Y adelantado
entre las dos escuadras; á los suyos,
empuñando la pica por en medio,
mandó parar, é inmóviles quedaron:
y Agamenon tambien á los Aquivos
detuvo con su voz. Minerva y Febo,
tomando de dos aves la figura,
á ocultarse volaron en la encina
á Jove consagrada, deseosos
de presenciar el duelo: y por hileras

97 en la arena las tropas se asentaron
de broqueles cubiertas y de yelmos,
y de espantables picas herizadas.
Como al moverse el zéfiro las olas
se encrespan de la mar, y la llanura
del agitado ponto renegrea;
así á la vista entónces parecian
las hileras de Aquivos y Troyanos
en la arena sentadas: y Héctor dijo.
"Oid, Troyanos y valientes Griegos,
»lo que el ardido corazon me inspira.
»El hijo de Saturno, el que en las nubes
»tiene su trono, que la paz jurada
»se guardase no quiso, y muchos daños
»ha de hacer todavía á ambas naciones,
»hasta que por vosotros destruida
»la fuerza sea de Ilion, ó muertos
»quedeis todos al pie de los navios.
»Mas este dia, pues están presentes
»los mas bravos de todos los Aqueos,
»el que quisiere en singular batalla
»con Héctor pelear salga de filas
»con esta condicion, de que testigo
»Jove nos sea. Si la vida el Griego
»acaso me quitare, de las armas
»me despoje y las lleve á los navíos;
»pero entregue á mis tropas el cadáver
»para que los Troyanos y Troyanas
»le quemen, y sepulten mis cenizas.
»Si al campeon de Grecia yo venciere,
»porque esta gloria me conceda Febo;
»quitándole al cadáver la armadura,
»á Ilion la llevaré para colgarla

»en el templo del Dios; mas el cadáver
»enviaré á las naos porque puedan
»el funeral hacerle sus amigos,
»y levanten su túmulo en la costa
»del rápido Helesponto. Y algun dia,
»cuando en los siglos venideros cruce
»por el oscuro mar un navegante
»en ligero batel, dirá á su vista.
»*Aquel es el sepulcro de un Aquivo*
»*muerto en la edad pasada. Por su mano*,
»*y cuerpo á cuerpo, le mató el famoso*
»*Héctor*. Así dirán los navegantes,
»y eterna quedará mi nombradía."
Dijo, y enmudecieron los Aqueos;
que evitar por vergüenza el desafio
no osaban, y temian admitirle.
Al fin el valeroso Menelao
se levantó, y con ánimo afligido
en estas duras infamantes voces
de todos acusó la cobardía.
"¿Qué es esto, jactanciosos, que nombraros
»Aqueas deberiais y no Aqueos?
»¡Qué negra mancha en nuestro honor cayera
»indeleble, si alguno de los Dánaos
»no se ofreciera á pelear con Héctor!
»Ah! Si os viera yo á polvo reducidos....!
»Pero permaneced sentados todos
»y llenos de temor y de ignominia,
»y yo mismo saldré con el Troyano
»á combatir; que los eternos Dioses
»de lo alto del Olímpo á los guerreros
»conceden, si les place, la victoria."
Habiendo hablado así, de todas armas

163 el héroe se vistió. Y en aquel dia
hubieras perecido, ó Menelao,
á manos de Héctor porque mas forzudo
era que tú y valiente, si de Acaya
los adalides todos no se hubieran
levantado cuidosos é impedido
que al combate salieses. Mas su hermano
asióle de la diestra, y le decia.
"La razon te abandona. Esa imprudencia
»te puede ser fatal: tu ardor reprime
»por mas que esté tu corazon sentido,
»y por despique batallar no quieras
»con un competidor mas esforzado
»que tú; con Héctor, á quien temen todos:
»y aun Aquíles, que mucho te aventaja
»en valor, encontrarse en la pelea
»con él temia. Al escuadron te vuelve,
»y en él tu puesto ocupa; que los Griegos
»harán que se levante otro caudillo
»y con Héctor combata. Y aunque sea
»intrépido el Troyano, y deseoso
»esté siempre de guerra; yo aseguro
»que con placer se entregará este dia
»al descanso, si vivo de este duelo
»huir lograre á su ciudad." El héroe
así dijo, y la mente del hermano
inclinó con sus útiles consejos.
Cedió, pues, Menelao, y de los hombros
le quitaron alegres la armadura
los escuderos. Levantóse triste
Néstor: y hablando con los Reyes, dijo.
"Este dia, ó dolor! dia de llanto
»deberá ser para la Grecia toda.

»O! Cuanto, si esto viese, gemiria 196
»el anciano Peleo, el elocuente
»arengador y consejero sábio
»y Rey de los Mirmídones, famoso
»otro tiempo ginete! En su morada
»de todos los caudillos de la Grecia
»me preguntaba un dia cuales fuesen
»los ilustres abuelos y los hijos,
»y mucho de escucharme se alegraba.
»Y pronto oirá decir que todos ellos,
»al solo nombre de Héctor consternados,
»tiemblan: y muchas veces á los Dioses,
»con las manos al cielo levantadas,
»pedirá que del cuerpo desatado
»baje al orco su espíritu afligido.
»Ojalá, Padre Jove! Pálas! Febo!
»que tan jóven yo fuera como el dia
»que en la márgen del raudo Celadonte
»habiéndose encontrado las escuadras
»de Pilos y de Arcadia las falanges,
»gran batalla se dieron á la vista
»de los muros de Feya, y del Jardano
»cerca de la corriente. El mas temido
»campeon de los Árcades, que en fuerzas
»á los eternos Dioses igualaba,
»Ereutalïon era, y la armadura
»del Rey Areitoó puesta tenia.
»Este fué un adalid á quien llamaron
»varones y matronas el *macero*,
»porque no usaba de arco en la pelea
»ni de la pica, y solo con su maza
»guarnecida de hierro las falanges
»rompía en las batallas. Y Licurgo

229 »á traicion le mató, no porque fuese
»mas valeroso; que en angosta senda
»donde esgrimir la maza no podia
»habiéndole encontrado, con su lanza
»el pecho le pasó. Quedó tendido
»sobre la arena; y de las armas todas,
»que le otorgara en don el mismo Marte,
»le despojó y despues en la pelea
»él las llevaba. Cuando ya Licurgo,
»de vejez oprimido, no salía
»de su palacio; las brillantes armas
»á Ereütalïon que de escudero
»le servia cedió, y este en la guerra
»de ellas usaba.—Y defendido entónces
»con la fuerte armadura de Licurgo,
»en alta voz á los caudillos todos
»de nuestra gente fiero provocaba;
»pero todos temian, y ninguno
»se atrevia á salir al desafio;
»cuando yo audaz y de temor ageno,
»y en el vigor del ánimo fiado,
»me presenté en la lid aunque mas jóven
»era que todos, y en terrible lucha
»le combatí, y Minerva la victoria
»me concedió. Y por mas que agigantado
»y fortísimo él fuese, yo la vida
»le quité; y en el suelo ya caido,
»largo trecho ocupaba. Ah! si tan mozo
»fuese yo como entónces y las fuerzas
»íntegras conservara, el formidable
»Héctor con quien lidiar hallara presto.
»Y este dia vosotros, que de todas
»las escuadras aqueas los mas fuertes

»sois y mas valerosos ¡ni osadía 262
»teneis para salir á ese Troyano!"

Así el valiente Néstor la flaqueza
culpaba de los otros capitanes,
y hasta nueve esforzados campeones
se alzaron á su voz. El poderoso
Agamenon, caudillo de las tropas,
se levantó de todos el primero;
le siguió el belicoso Dïomédes,
le siguieron despues los dos Ayaces
de intrepidez y de valor armados,
y le siguió tambien Idomeneo
y su fiel escudero Merïónes,
y Eurípilo, y Toante, y el astuto
Ulíses, porque todos deseaban
con Héctor combatir. Alegre al verlos,
volvió Néstor á hablar y así decia.

"Echad suertes, y aquel á quien tocare
»el consuelo será de los Aquivos:
»y él mismo ¡qué placer habrá en el alma
»si con vida saliere del combate!"

Así dijo el anciano: y todos ellos,
haciendo en una tarja cierta nota,
en el cóncavo yelmo las echaron
de Agamenon. Y en tanto los Aquivos
á los Dioses, las manos levantadas,
fervorosa plegaria dirigian:
y así algun campeon, al alto cielo
vueltos los ojos, en silencio dijo.

"Da, padre Jove, que la suerte salga
»ó de Ayax, ó del hijo de Tideo,
»ó del Rey poderoso de Micénas."

Y Néstor entre tanto diligente

en el casco las suertes agitaba
y súbito salió la que pidieran,
la de Ayax. Y un heraldo, por las filas
corriendo y por la diestra comenzando,
á los nueve adalides la mostraba
uno por uno, y todos respondian
que aquella no era suya. Cuando al fuerte
Ayax llegó, los otros recorridos,
y la tarja que él mismo con su nota
señalara mostró; para tomarla
Ayax tendió la diestra, y el heraldo
se la entregó: y al conocerla, mucho
se alegró el héroe. Y á sus pies la tarja
en el suelo arrojando, así decia.
"Esta es mi tarja, amigos, y me alegro
» dentro del corazon; porque no dudo
» que he de vencer al campeon de Troya.
» Así, miéntras me visto la armadura,
» rogad vosotros al Saturnio Jove
» en lo interior del alma y silenciosos
» para que no lo entienda el enemigo,
» ó en alta voz; que yo no temo á nadie.
» Porque nadie á la fuerza y mal mi grado
» me hará volver la espalda, ni tampoco
» por impericia mia; que tan rudo
» ni yo nací, ni me educó mi padre,
» en Salamina." Dijo, y sus guerreros
por él rogaron al Saturnio Jove.
Y así alguno, la vista levantando
al anchuroso cielo, suplicaba.
"Glorioso padre Jove, que de Troya
» el númen siempre tutelar has sido,
» y el mayor eres de los Dioses todos!

» á Ayax concede que brillante triunfo 328
» alcance en este dia: ó si tan caro
» te es Héctor y tu diestra le defiende,
» igual honra y valor á ambos otorga."
Así decian, y entre tanto el héroe
se revistió de sus fulgentes armas;
y cuando tuvo puesta la armadura,
animoso marchó. Como el terrible
Marte camina, cuando airado sale
á la guerra cruel de aquellos hombres
á los cuales el hijo de Saturno
entregó á la discordia asoladora:
tal este dia el campeon temido,
el firme antemural de los Aqueos,
Ayax, marchaba en arrogantes pasos;
y entre torvas miradas sonreia,
fácil blandiendo la robusta lanza.
A su vista los Griegos se alegraron,
y de espanto y terror sobrecogidos
todos los Teucros tímidos temblaban.
Y Héctor mismo latir dentro del pecho
algo agitado el corazon sentia;
pero mostrar temor no le era dado,
ni retirarse ya y en las hileras
de los suyos entrar, pues él habia
al duelo provocado á los Aquivos.
Cuando llegó del adalid troyano
Ayax á la presencia, se detuvo
con su broquel cubierto que una torre
semejaba y de bronce era forrado,
y siete grandes cueros le formaban
de toro, y un artífice le hiciera
en Hila habitador, Tiquio llamado,

361 el mas diestro de todos los armeros.—
Este fue el que le hiciera aquel escudo
de variada labor con siete pieles
de robustos novillos, y cubrióle
con lámina de bronce que formaba
el octavo doblez.—Delante el pecho
Ayax llevando, pues, su grande escudo,
se paró ya cercano al enemigo,
y así le amenazaba y le decia.
"Héctor! aquí veras de solo á solo
» qué campeones los Aquivos tienen
» aun cuando falte el valeroso Aquíles,
» que las escuadras rompe y en su pecho
» un corazon abriga semejante
» al de un fiero leon. Si ocioso ahora
» en sus naves está, porque irritado
» así de Agamenon vengarse quiere;
» encierra nuestro campo todavía
» capitanes, y muchos, que contigo
» á batallar se atreven. Así, pronto
» comienza tú el primero la pelea."
Héctor le respondió. "O esclarecido
» Ayax de Telamon, de los Aqueos
» poderoso adalid! No tú presumas
» como á débil rapaz intimidarme,
» ó cual si muger fuera y no supiese
» lo que son de la guerra las fatigas.
» Sé lo que son combates y derrotas,
» sé ligero mover á todas partes
» el escudo de pieles fabricado,
» é infatigable soy en la pelea.
» Sé combatir á pie y en cadencioso
» movimiento cargar al enemigo,

»sé desde el carro pelear valiente. 394
»Mas ni aun así, á traicion y aprovechando
»algun descuido tuyo, herirte quiero;
»sino, pues de valor haces alarde,
»cara á cara y leal, si lo consigo."

Dijo: y con ambas manos rodeando
su gruesa lanza la arrojó, y del Griego
logró romper el poderoso escudo
por la plancha de bronce que el octavo
doblez formaba: y la indomable punta
la atravesó cortando los dobleces
hasta llegar al séptimo que firme
resistió, y en la piel quedó clavada.

Ayax tiró despues su larga pica,
y acertó á dar en el escudo plano
de su enemigo. La acerada punta
pasó por la rodela relumbrante;
y atravesando la coraza, enfrente
se clavó junto al bazo y por el medio
la túnica rompió; mas ladeóse
Héctor, y así evitó la negra muerte.

Arrancaron los dos sus luengas hastas
de los fuertes escudos con la mano;
y á embestirse volvieron semejantes
á dos fieros leones, ó cerdosos
valientes javalíes. Y el primero
Héctor de cerca al campeon aquivo
dió una lanzada en el ingente escudo;
mas no llegó á romper el duro bronce,
y se torció la punta. Entónces Ayax
arremetió, y furioso en la rodela
le dió un bote de lanza. Y penetrando
la punta por el bronce, al animoso

427 Héctor detuvo en la veloz carrera
cuando con nuevo ardór acometia,
y en el cuello le hirió rasgando el cútis
y saltó roja sangre; mas el héroe
ni aun así desistió de la batalla.
Dió atras algunos pasos: y cogiendo
con la robusta mano una gran piedra
negruzca y puntiaguda que en el llano
por acaso yacia, al grande escudo
le tiró del Aqueo y logró darle
del broquel en el céntro prominente,
y en torno el bronce resonó espantoso.
Ayax otro peñasco alzó de tierra
mucho mayor: y el brazo rodeando
y afirmando la planta, con inmenso
esfuerzo le arrojó y de la rodela
quebrantó lo interior, cual de molino
si una rueda la hiriese. Y la rodilla
maltrató del Troyano, que de espalda
cayó en la arena del bróquel asido;
pero pronto de tierra le alzó Febo.
Y mas de cerca ya con las espadas
hubieran peleado, y de mortales
heridas se cubrieran; si cuidosos
no hubiesen acudido los heraldos,
mensageros de Jove y de los hombres:
Ideo por los próceres de Troya
enviado y Taltibio por los Griegos,
prudentes uno y otro. Colocados
entre los dos valientes campeones
con el cetro en la mano, estas palabras
les dijo en alta voz el sábio Ideo.
"No ya mas combatáis, amados hijos,

» ni ostinados sigais en la pelea;
» que Júpiter tonante á los dos ama,
» y los dos sois valientes, y nosotros
» todos bien lo sabemos. Ya la noche
» se acerca y reposar de las fatigas
» nos manda, y es forzoso obedecerla."
Y Ayax le respondió. "Decid vosotros
» á Héctor, ó Ideo, que la tregua pida,
» pues él á los Aquivos capitanes
» todos desafió. Que se retire,
» y yo gustoso cederé si él cede."
"Ayax! (Héctor le dijo) pues los Dioses
» te dieron estatura aventajada,
» y vigor y destreza, y de los Griegos
» eres el mas valiente; por ahora
» dejemos la batalla, y otro dia
» el terrible combate seguirémos
» hasta que alguno de los altos Dioses
» nos separe, y conceda la victoria
» al uno de los dos; que ya la noche
» se acerca y reposar de las fatigas
» nos manda, y es forzoso obedecerla.
» Así, volviendo á las aquivas naos,
» tú alegrarás á todos los Aqueos,
» y señaladamente á tus amigos
» y camaradas: y volviendo á Troya
» yo alegraré tambien á los Troyanos
» y á las nobles matronas, y á los templos
» de los Dioses irán á darles gracias.
» Y ántes démonos ambos uno al otro
» brillantes dones, porque alguno diga
» así de los Aquivos y Troyanos.
» *Estos dos combatieron rencorosos*

493 *»en terrible batalla; pero unidos*
»en amistad al fin, se retiraron.»
Así dijo: y la espada cuyo pomo
clavos de fina plata enriquecian,
del bien labrado tahalí pendiente,
al Aquivo ofreció; y este el vistoso
purpúreo ceñidor con que la cuera
sujetaba le dió. Y así el combate
fenecido, los dos se retiraron.
Ayax al escuadron de los Aquivos
se encaminó; por las hileras Héctor
se entró de los Troyanos, que gozosos
le miraban al ver que sin heridas
peligrosas volviera, y se librara
del gran valor y poderoso brazo
de Ayax; y hácia Ilion le condujeron,
casi dudando que estuviese vivo.
A Ayax tambien los Príncipes de Grecia,
alegre por el triunfo, acompañaron
adonde estaba Agamenon. Y luego
que á las naves y tiendas del Atrida
llegaron, el caudillo de las tropas
al hijo omnipotente de Saturno
un corpulento buey de cinco abriles
ofreció en sacrificio. Ya quitada
la piel, y por el fuego consumida
la porcion reservada á las deidades;
el resto de la víctima partieron
en no muy grandes trozos: y en agudos
hierros clavados, con destreza suma
los asaron y luego de la lumbre
los retiraron todos. Concluida
la faena y dispuesto ya el banquete,

ocuparon las sillas: y al servirse 526
del buey cebado la sabrosa carne
á los demas caudillos, el primero
el ancho lomo presentó el Atrida
á Ayax, en premio del valor mostrado
en la terrible lid. Y saciada
el hambre ya y la sed, el sábio Néstor,
cuyos consejos ántes parecieran
los mas prudentes, el primero dijo.
"O Atrida, y ó valientes adalides
» de las escuadras griegas! Pues han muerto
» ya tantos y tan fuertes campeones
» de los Aquivos, y su roja sangre
» del cristalino Janto á las orillas
» Mavorte derramó, y al triste averno
» han bajado sus almas; será justo
» que mañana suspendas el combate,
» y cuando empiece á clarear el dia
» nos reunamos todos, y en carretas
» por los bueyes tiradas y las mulas
» los sangrientos cadáveres traigamos
» y cerca de las naves los quememos.
» Y en torno de la pira construido
» un túmulo comun en la llanura;
» cuando á Grecia volvamos, las cenizas
» de nuestros campeones á sus hijos
» los deudos llevarán. Álcese luego
» delante de la tumba fuerte muro
» de torres elevadas flanqueado
» que á nosotros defiendan y á las naves,
» y entre ellas anchas puertas fabriquemos
» para entrada y salida de los carros;
» y á la parte exterior profundo foso

559 »excavemos al pie de la muralla,
»que todo el campamento rodeando
»no permita pasar ni á los peones
»ni á los caballos, si á venir se atreven
»á combatir al pie de los navíos
»algun dia orgullosos los Troyanos.”
Así habló Néstor; y los Reyes todos,
que atentos le escuchaban, su prudente
dictámen aprobaron y aplaudieron:
y entónces mismo en el excelso alcázar
de Pérgamo la junta se tenia
de los Troyanos turbulenta y triste,
de Príamo en el pórtico; y de todos
el primero Antenor así les dijo.
“Oidme ahora, Teucros y Dardanios,
»y demas auxiliares! Un consejo
»á daros voy que el corazon me inspira.
»No haya mas dilacion: la argiva Elena,
»y sus joyas tambien, restituyamos
»á los hijos de Atreo; porque ahora
»violado el juramento combatimos,
»y en todo adversa nos será la suerte
»si la injusticia así no reparamos.”
Este fué su discurso, y el asiento
volvió á ocupar. Alzóse el lindo Páris:
y como dueño de la hermosa Elena,
así le dijo en agitadas voces.
“No es, Antenor, lo que dijiste ahora
»grato á mi corazon; y bien pudieras
»otro consejo dar mas saludable.
»Pero si el labio lo que sientes dice,
»y es esa tu opinion; los Dioses mismos
»ya la antigua prudencia te quitaron.

» Así, yo á los Troyanos y auxiliares 592
» franco diré mi parecer.—*La esposa*
» *no entregaré: las joyas y preséas*
» *que de Argos traje y en mi casa guardo*
» *todas quiero volver, y aun otras muchas*
» *añadiré de las que tengo mias.*"
Alzóse luego Príamo y les dijo.
"Oid ahora, Teucros y Dardánios
» y demas auxiliares, mi consejo.
» Tomad el alimento acostumbrado,
» y colocad en militar usanza
» atalayas y todos vigilantes
» estad. Y luego que amanezca el dia
» vaya Ideo á las naves de la Grecia,
» y comunique fiel á los dos hijos
» de Atreo, Agamenon y Menelao,
» lo que propone Páris, que la causa
» ha sido de la guerra. Y en consulta
» secreta les pregunte si querrian
» suspender las horrisonas batallas
» miéntras que los cadáveres quememos;
» y despues se comience la pelea,
» hasta que nos separe la fortuna
» y al que quisiere la victoria otorgue."
Así dijo; y los Teucros, escuchado
el dictámen del Rey, obedecieron:
y en el campo las tropas, divididas
por escuadras, las fuerzas repararon
con el sustento. Cuando ya empezaba
la luz del dia á clarear Ideo
á las tiendas marchó de los Aquivos,
y en junta congregados numerosa
del Rey Agamenon en la ancha nave

á los gefes halló. Y en medio de ellos
colocado y en pie, con voz sonora
así les dijo el venerable anciano.
"Atridas, y demas esclarecidos
»Príncipes de la Grecia! Aquí me envían
»Príamo y los varones principales
»de Troya, á que os anuncie ¡así á vosotros
»grato y dulce parezca mi discurso!
»lo que propone Páris, que la causa
»ha sido de la guerra. Él os ofrece
»entregar las riquezas, cuantas trajo
»en los hondos bajeles á su casa.
»¡Ojalá que ántes perecido hubiera!
»Y os promete ademas que de las suyas
»otras añadirá; pero la linda
»esposa del valiente Menelao
»dice que no dará, por mas que todos
»los Teucros le aconsejan que la entregue.
»Y tambien me encargaron que os pregunte
»en secreta consulta si querríais
»suspender las horrísonas batallas
»miéntras que los cadáveres quememos;
»y despues se comience la pelea,
»hasta que nos separe la fortuna
»y al que quisiere la victoria otorgue."
Así dijo el heraldo, y los Aqueos
enmudecieron todos; pero el bravo
Diomédes exclamó. "Nadie reciba
»los tesoros de Páris, ni aun á Elena;
»porque es claro, y lo ven hasta los niños;
»que cerca ya de su final ruïna
»tienen los Teucros el temido instante."
Así decia, y exclamaron todos

los otros capitanes, el discurso 658
admirando del hijo de Tideo.
Y el Rey Agamenon dijo al heraldo.
"Ideo! ya escuchaste lo que dicen
» los Príncipes de Grecia, y de qué modo
» te han respondido: su opinion apruebo.
» A que ya los cadáveres se quemen
» no me opongo; ni es justo que á los hombres
» que la vida perdieron se retarde
» el consuelo y honor de que en la pira
» sus cadáveres ardan. Te concedo
» lo que me pides; y testigo ahora
» Jove tonante del tratado sea,
» augusto esposo de la blanca Juno."
Y al decir esto, levantó su cetro
á la mansion de los eternos Dioses;
y á la ciudad se encaminó el heraldo,
donde en la junta estaban reunidos
los Teucros y Dardánios é impacientes
su venida esperaban. Llegó Ideo;
y en presencia de todos, la respuesta
anunció de los Dánaos: y escuchada,
se aprestaron los Teucros diligentes,
á traer los cadáveres los unos,
y otros leña. Tambien de sus navíos
salian los Aqueos presurosos;
á traer los cadáveres los unos,
y otros al monte á conducir la leña.
Apénas con sus rayos las campiñas
heria el sol, que de la mar profunda
la plácida corriente abandonando
subia al ancho cielo; en la llanura
Aquivos y Troyanos se mezclaban

691 unos con otros, y difícil era
que cada cual sus muertos conociese.
Mas la sangre lavándoles con agua,
pudieron distinguirlos; y en carretas,
muchas y ardientes lágrimas vertiendo,
sus muertos unos y otros colocaron.
Su Rey á los Troyanos prohibiera
llorar en alta voz: y así en silencio
los muertos en la hoguera amontonaban,
pero afligido el corazon tenian;
y habiéndolos quemado, se volvieron
á Troya. En otra parte los Aquivos
los suyos en las piras hacinaban,
afligidos tambien; y cuando el fuego
los cadáveres hubo consumido,
ellos á sus bajeles se tornaron.
Cuando ya quiso amanecer el dia,
y ni era de la noche la tiniebla
ni de la aurora el rosicler brillaba;
entorno de las piras funerales
un escuadron se reunió escogido
de los Aqueos, y á lo largo de ellas
un túmulo erigieron á los suyos
en el llano, y delante de la tumba
una fuerte muralla construyeron
de excelsos torreones flanqueada
para defensa suya y de las naves,
y en ella hicieron anchurosas puertas
para entrada y salida de los carros,
y delante profundo y ancho foso
por agudas estacas defendido
cavaron. De esta suerte los Aqueos
trabajaban: y en tanto las deidades,

de Jove en el palacio reunidas, 724
la obra de los Aquivos portentosa
atónitas miraban; y el primero
habló Neptuno, y al Tonante dijo.
"¿Y en la anchurosa tierra, padre Jove,
» uno solo habrá ya de los mortales
» que en adelante de nosotros quiera
» el poder acatar, y consultarnos?
» ¿No ves cómo los Griegos atrevidos
» esa grande muralla construyeron
» que sus naves defienda, y ancho foso
» delante de ella abrieron, á los Dioses
» sin ofrecer solemne sacrificio?
» Pues verás que su gloria se dilata
» por cuanto alumbra con su luz la aurora,
» y olvidados serán los altos muros
» que con tanta fatiga edificamos
» yo y Apolo al heróico Laomedonte."
Respondió Jove en iracundo acento.
» ¡Y tú, Neptuno, que la tierra toda
» conmueves á tu voz y poderoso
» imperas en las aguas, así habláste!
» Espantarse podria al ver el muro
» otro Dios menos fuerte y animoso;
» mas no tú, cuya gloria será eterna
» en cuanto alumbra con su luz la aurora.
» Tú, cuando los Aquivos se retiren
» á su patria en las naves, ese muro
» derriba y en tus aguas le sepulta,
» y de arena la costa dilatada
» cubre de nuevo, y para siempre acabe
» la muralla soberbia de los Griegos."
Así los Dioses entre sí arengaban.

757 Llegada ya la noche, y concluida
la obra de los Aquivos; afanosos
las reses en las tiendas degollaron
y á cenar iban, cuando muchas naves
de Lémnos aportaron que de dulce
vino cargadas enviaba Euneo,
de Jason y de Hipsípile nacido;
y aparte les dió el Rey de lo mas puro,
para que las trajesen, mil medidas
que á los hijos de Atreo regalaba.
Todo el vino compraron los Aqueos:
y unos daban en cambio fino bronce,
otros brillante hierro, y otros pieles;
otros las mismas vacas, y aun algunos
sus esclavos vendian: y opulentos
banquetes dispusieron, y la cena
hasta la media noche prolongaron;
y en la ciudad los Teucros y auxiliares
lo mismo hacian. Pero el alto Jove
á ambas haces estragos anunciaba,
la noche toda estremeciendo el aire
con trueno horrible. Aquivos y Troyanos,
de pálido temor sobrecogidos,
con las copas el vino derramaban
en pia libacion sobre la tierra,
y ninguno á gustarle se atrevia
hasta haber hecho libacion á Jove.
Y despues al reposo se entregaron,
785 y el alto don del sueño recibieron.

LIBRO OCTAVO.

Apénas empezaba de la aurora
el rosicler á iluminar la tierra,
cuando ya el padre Jove en la mas alta
montaña del Olimpo reunia
la junta de los Dioses. Y pendientes
viéndolos de su voz, así les dijo.
"Dioses y Diosas! escuchadme todos,
» porque todos sepais lo que este dia
» mi voluntad ordena. Así, ninguno
» de vosotros, ó Dios ó Diosa sea,
» á interrumpir se atreva mi discurso:
» todos obedeced, y se ejecute
» lo que yo mando. El Dios que inobediente
» bajare á socorrer á los Aqueos,
» ó á los Troyanos, volverá al Olimpo
» con afrentosa herida: ó en mi saña
» asiéndole con brazo poderoso,
» le arrojaré del Tártaro sombrío
» al último confin, á la mas honda
» de las oscuras simas subterráneas
» del báratro espantable. Son de hierro
» las altas puertas y el umbral de bronce;
» y en su profundidad dista del orco,
» tanto como del sol dista la tierra.
» Así conocerá cuanto aventaja
» mi poder al de todas las deidades.
» Si vosotros dudais, mostrad ahora
» vuestro valor. Del estrellado cielo
» en lo mas alto atad una cadena
» de oro macizo; y agarrados todos

31 » á la punta inferior, Dioses y Diosas,
» hácia abajo tirad; y á vuestro padre
» no arrastraréis á tierra desde el éter,
» por mas que trabajeis. Mas si yo quiero
» á todos levantaros; al Olimpo
» os subiré, las tierras y los mares
» levantando tambien. Y si la punta
» de la fuerte cadena en la alta cumbre
» atare del Olimpo, el universo
» pendiente quedará: tal poderío
» tengo sobre los Dioses y los hombres."
Así dijo y quedaron en silencio
los inmortales, admirados todos
de su discurso; porque hablado habia
en poderosa voz. Al fin Minerva
rompió el silencio, y reverente dijo.
"¡O padre de los Dioses, o Saturnio,
» o el mayor de los Reyes! Bien sabemos
» que á tu poder el de ninguno iguala,
» pero la suerte mísera lloramos
» de los valientes Griegos; que cumplido
» su destino fatal están ya cerca
» todos de perecer. Si tú lo mandas,
» parte no tomaremos en la liza;
» y á los Dánaos consejos saludables
» darémos solamente, porque todos
» víctimas de tu cólera no sean."
Sonriyéndose Jove, en mas templadas
voces la respondió. "Triforme Diosa!
» hija querida! tus temores cesen.
» No de los Griegos la total ruïna
» mi corazon desea; que contigo
» quiero indulgente ser." Así á Minerva

Júpiter dijo: y á su carro unciendo 64
los ligeros bridones, cuyas crines
oro resplandeciente parecian
y duro bronce el casco sonoroso,
y la túnica en oro recamada
ceñida al pecho; en la siniestra mano
tomó el látigo de oro entretejido
en vistosa labor, subió ligero
al carro, y con el látigo sonoro
aguijó los bridones; y obedientes
volaban, el espacio atravesando
que hay de la tierra al estrellado cielo.
Al Gárgaro venido, excelsa cumbre
del Ida en manantiales abundoso
y patria de las fieras, do tenia
un bosque y un altar en que humeaban
olorosos perfumes; los bridones
pararon á su voz, bajó del carro,
los desató del yugo, y mucha niebla
en torno derramó. Sentóse luego,
de su gloria y poder haciendo alarde,
en la peña mas alta desde donde
el campo de los Griegos descubria
y la vasta ciudad de los Troyanos.
Ya entónces en sus tiendas los Aquivos
arrebatadamente el desayuno
tomaban; y acabando, á la pelea
todos se apercibian. Los Troyanos
dentro de la ciudad tambien se armaban:
y aunque ménos en número, el combate
empezar deseaban obligados
de la necesidad, porque en defensa
de sus hijos y esposas peleaban.

97 Miéntras la aurora fué, y el claro dia
aumentaba su luz; en ambas haces
igual era el estrago y la pelea.
Pero cuando ya el sol hubo subido
á la mitad del cielo el padre Jove
desplegó al aire la balanza de oro,
y en ella de los Griegos y Troyanos
las suertes puso; y la que mas pesada
fuese debia en prolongado sueño
de muerte sepultar á quien tocase.
Y en alto levantándola y las pesas
habiendo equilibrado, por el medio
firme la tuvo; y descendió la suerte
de los Aquivos hasta la alma tierra,
miéntras la de los Teucros por el aire
se alzaba hasta tocar el ancho cielo.
Tronó horrísono Jove desde el Ida,
y el relámpago ardiente esplendoroso
á la hueste envió de los Aqueos;
y todos á su vista se aterraron
de pálido temor sobrecogidos.
No se atrevió á esperar Idomeneo,
ni Agamenon; y ni los dos Ayaces,
Ministros de Mavorte, á los Troyanos
esperaron; y solo quedó Néstor
á pesar suyo, porque mal herido
un caballo tenia. Hirióle Páris
con una flecha en lo alto de la frente,
hácia el parage en que á crecer empieza
la crin á los caballos y mortales
son las heridas. El dolor sintiendo
(que hasta el cerbelo penetró la flecha)
saltaba el animal cabeceando

por sacudir el hierro, y á los otros
caballos espantó. Mientras que Néstor
puso mano á la daga, y los tirantes
procuraba cortar; entre el tumulto
del combate venian á su encuentro
de Héctor los velocísimos caballos,
y sobre él carro el campeon temido.
Y allí el anciano perecido hubiera,
si ántes de que llegara no lo hubiese
el bravo Dïomédes advertido;
pero lo vió, y en espantosas voces
así á Ulíses llamaba en su defensa.
"Noble hijo de Laértes, sabio Ulíses!
» ¿Adónde vas huyendo cual cobarde,
» mezclado con la turba y las espaldas
» volviendo á los Troyanos? Guarte, amigo,
» no te clave su lanza alguno de ellos
» por detras miéntras huyes. Ten el paso,
» y al anciano libremos de un valiente
» campeon que á matarle se adelanta."
No oyó su voz Ulíses, que á las naves
desalado corria; pero el hijo
de Tideo, aunque solo, en lo mas fuerte
se entró de la pelea. Y colocado
ante el carro del hijo de Neleo,
así dijo en palabras voladoras.
"Anciano! mira que por todas partes
» valerosos mancebos te rodean:
» y al peso de la edad enflaquecida
» la antigua robustez, á defenderte
» no alcanza tu valor. El escudero
» es ya viejo tambien, y los caballos
» tampoco son bastante corredores.

163 »Sube, pues, en mi carro porque veas
»cuales son los caballos de la raza
»de los de Tros nacidos que he tomado
»al adalid Enéas; y cual saben
»por la llanura en rápida carrera
»perseguir sin cesar al enemigo,
»ó retirarse. De los tuyos cuiden
»los escuderos, y á la lid los mios
»los dos encaminemos; y conozca
»Héctor que por mi diestra manejada
»en bélico furor arde la pica."
Néstor obedeció, saltó en la arena,
y de su hermoso carro y sus bridones
se encargaron despues los escuderos,
Esténelo el ardido, y el gallardo
Eurimedonte. Al carro de Diomédes
los dos héroes subieron: y las riendas
tomando Néstor, con el duro azote
aguijó los caballos y no léjos
con Héctor se encontraron que furioso
acometió. La poderosa lanza
arrojó Dïomédes el primero,
y errado el tiro fué; pero al auriga
que entónces los caballos gobernaba
(Eníope llamado, y que del fuerte
Tebeo era nacido) el duro hierro
el pecho atravesó. Cayó del carro,
cejaron los bridones, y la fuerza
alli perdió y la vida el infelice.
Oscura nube de dolor el alma
de Héctor cubrió, cuando le vió caido;
pero por mas que la temprana muerte
del amigo sentia, abandonado

allí dejó el cadáver, y otro auriga 196
se encaminó á buscar. Ni largo tiempo
de guia carecieron los bridones;
porque pronto encontró con el valiente
Arqueptólemo, el hijo del famoso
Ifito, y le mandó que sobre el carro
pronto subiese y le entregó las riendas.
   Y horrible estrago entónces en los Teucros
los Aquivos hicieran y admirables
fueran sus hechos, y encerrado habrian
dentro Ilion á los Troyanos todos
cual en redil á tímidos corderos;
si pronto no lo hubiese conocido
el padre de los hombres y los Dioses.
Tronó horrísono, pues, y ardiente rayo
lanzó que del fogoso Dïomédes
delante los caballos en la arena
cayó, y ardia la terrible llama
del azúfre: y al verla los bridones
despavoridos, entre las dos ruedas,
dobladas las rodillas, se escondieron.
Temió Néstor tambien, y las hermosas
bridas se le cayeron de las manos;
y en triste voz á Dïomédes dijo.
   "Vuelve, amigo, la rienda á los bridones,
» y huyamos. ¿No conoces que te niega
» Júpiter su favor? En este dia
» á Héctor la gloria el hijo de Saturno
» del vencimiento da: tal vez mañana
» nos la dará á nosotros, si le place.
» Ningun mortal, aunque valiente sea,
» hará que no se cumplan los decretos
» de Júpiter; que á todos aventaja

229 »mucho en poder." El bravo Dïomédes
le respondió. "Cuanto dijiste ahora
»es, anciano, verdad; pero me oprime
»grave dolor el corazon y el alma:
»porque Héctor algun dia, cuando arengue
»á los Troyanos, les dirá orgulloso.
»*El hijo de Tideo á sus navíos,*
»*puesto en fuga por mí, llegó azorado.*
»Así se jactará; pero aquel dia
»se abra y me trague la anchurosa tierra."
Replicó Néstor. "Por los Dioses todos!
»¿qué es lo que dices, hijo de Tideo?
»Si Héctor cobarde y flaco te llamara
»¿le creyeran los Teucros y auxiliares,
»y las tristes esposas de los heroes
»que tu diestra en el polvo ha derribado?"
Dijo y volvió la rienda á los bridones,
y entre la soldadesca macilento
se encaminó á las naves. Los Troyanos
y Héctor sobre los Griegos densa nube
de dolorosas flechas derramaban,
con inmenso clamor; pero entre todos
Héctor, al ver huir á Dïomédes,
así gritaba en arrogantes voces.
"Ántes los Dánaos, hijo de Tideo,
»sobre todos te honraban, ya la silla
»cediéndote primera, ya de carne
»porciones ofreciéndote escogidas,
»ya de vino llenándote la copa;
»mas de aquí en adelante con desprecio
»te mirarán; que en débil mugercilla
»te has trasformado. Tímida doncella!
»haces bien en huir; que nuestras torres

» ya tú no escalarás, Héctor vencido, 262
» ni llevarás cautivas en las naves
» nuestras esposas; ántes de mi mano
» recibirás la muerte." Estos baldones
al escuchar el hijo de Tideo,
entre dos pensamientos fluctuaba:
si las riendas torcer á los caballos
y pelear con Héctor, ó á las naves
con los otros volver. Hasta tres veces
en su ánimo y su mente irresoluto
deliberó el Aquivo y otras tantas
tronó horrísono Jove desde el Ida,
dando así la señal á los Troyanos
de que suya seria en la pelea
la mudable victoria. Conociólo
Héctor, y así les dijo en altas voces.

"Teucros, Licios, Dardanios! Este dia
» sed varones, amigos, y pensemos
» solamente en lidiar. Ya no hay dudarlo;
» con visible señal nos ha ofrecido
» benigno Jove glorïoso triunfo,
» y con ruïna amenaza á los Aqueos.
» Necios! Débil muralla han fabricado
» de que yo no me curo y que este dia
» no podrá resistir á mi pujanza,
» y fácilmente el excavado foso
» saltarán mis bridones. Cuando llegue
» cerca yo de las naves, acordaos
» de darme ardiente fuego; porque pueda
» los vasos incendiar y á los Aqueos
» todos matar en ellos, entre el humo
» envueltos de la llama y aturdidos."

Luego, para animar á sus caballos,

así con ellos razonó. "O vosotros,
» Janto, Podargo, Eton, y Lampo fuerte!
» Ya llegado es el dia en que el cariño
» me pagueis con que Andrómaca os cuidaba;
» pues primero que á mí, siendo su esposo,
» el regalado pan y dulce vino
» muchas veces os dió, si fatigados
» os veia tornar de la pelea.
» Vamos; corred ligeros y el alcance
» seguid, porque tomemos el escudo
» de Néstor cuya fama hasta los cielos
» ha penetrado; y aseguran todos
» que son de oro finísimo las barras
» que le atraviesan, y la chapa misma.
» Y luego la coraza de los hombros
» al feroz Dïomédes arranquemos
» por el mismo Vulcano fabricada.
» Si tan ricos despojos hoy tomamos,
» en esta misma noche los Aquivos
» se embarcarán en sus veleras naves."

Así dijo orgulloso, é indignóse
la augusta Juno: y sobre el áureo trono
conmoviéndose airada, el vasto Olímpo
estremeció. Y volviéndose á Neptuno,
poderosa deidad, así decia.

"O rabioso dolor! ¿Ni tú tampoco
» que la tierra conmueves, y que tanto
» poder alcanzas de los tristes Griegos
» te compadeces hoy; aunque preciosos
» dones y muchos te ofrecieron siempre
» en Hélice y en Égas? La victoria
» dales en este dia; pues si todos
» los Dioses que á los Griegos ayudamos

»quisiésemos unirnos y á los Teucros 328
»rechazar, y de Jove á la pujanza
»resistir; afligido quedaria,
»allí sentado y solo, en la alta cumbre
»del Ida." Así habló Juno, é indignado
Neptuno respondió. "¿Qué es lo que dices,
»Juno inconsiderada? No quisiera
»que con Jove los otros inmortales
»entrásemos en guerra, porque mucho
»á todos en poder nos aventaja."
Miéntras que de este modo las deidades
entre sí razonaban; el espacio
que desde los navíos hasta el muro
del foso defendido se extendia
se llenó de los carros y peones,
acosados por Héctor: que animoso,
cual furibundo Marte, los seguia
por la diestra de Jove protegido.
Y aquel dia las naves abrasara
con fuego destructor, si cuidadosa
la augusta Juno á Agamenon no hubiese
inspirado el consejo saludable
de animar con su voz á los Aquivos.
Recorrió, pues, las tiendas y las naos,
el gran manto de púrpura revuelto
á la robusta mano. Y cuando estuvo
al pie del alta y anchurosa nave
de Ulíses, en el centro colocada;
allí detuvo el paso, porque todos
á la derecha y la siniestra mano
escucharle pudiesen y llegase
su voz, por un extremo hasta la tienda
de Ayax de Telamon y por el otro

361 á la de Aquíles; que los dos caudillos
las últimas sus naves colocaran,
en su valor y fuerza confiados.
Y en la popa subido, en altas voces
así gritaba á la falange aquea.
"¡Qué deshonor, o Griegos, o cobardes,
» en la belleza solo aventajados!
» ¿Qué se hicieron, decidme, los elogios
» que de nuestra pujanza y valentía
» solíamos hacer, creyendo altivos
» ser de todos los héroes los primeros?
» ¿No decíais en Lémnos jactanciosos,
» en medio los banquetes y agotando
» las grandes urnas de oloroso vino,
» que cada cual en las sangrientas lides,
» él solo, haria frente á cien Troyanos,
» y á doscientos? Pues ¿cómo en este dia
» resistir á uno solo no podemos;
» á Héctor, que en breve quemará las naves
» con fuego abrasador? O padre Jove!
» ¿hicíste tú jamas tan infelice
» á ningun Rey, ni tan glorioso triunfo
» le arrancaste, cruel, de entre las manos?
» Bien sabes tú que cuando vine á Troya
» por mi mala ventura conducido,
» jamas pasé de largo con mi nave
» por ninguna ara tuya. En todas ellas
» hice mansion y te ofrecí piadoso
» víctimas numerosas, deseando
» asolar de Ilion el fuerte muro.
» En recompensa pues, excelso Jove!
» otórgame este don. *Da que los Griegos*
» *con la fuga se salven, y no dejes*

„que mueran de los Teucros á las manos." 394
Así dijo: y el padre de los Dioses
de él se compadeció viendo que ardientes
lágrimas derramaba, y con segura
señal le prometió que los Aquivos
en la fuga salud encontrarian
sin ser enteramente aniquilados.
Un águila envióle (en los agüeros
la mas fausta y segura de las aves)
que en las garras llevaba un cervatillo,
y cerca ya del ara en que los Griegos
sacrificar las víctimas solian
á Jove Panomfeo de las garras
dejó caer la presa. Los Aquivos,
cuando vieron que el águila venia
enviada por Jove, acometieron
con nuevo ardor á la troyana hueste,
y solo ya pensaron en la guerra.
Ninguno entónces de los Griegos todos,
aunque eran tantos, gloriarse pudo
de haber salido con su carro fuera
de la muralla y mas allá del foso
y de haber hecho frente al enemigo,
ántes que Dïomédes. El primero
este fué que mató de los Troyanos
á un valiente caudillo que por nombre
Agelao tenia, y se llamaba
Fradmon su padre. Para huir, las riendas
torcia á los caballos; pero al tiempo
que la espalda volvia, entre los hombros
la pica le clavó con tal pujanza
que por el pecho le asomó la punta.
Cayó del carro, y temeroso ruido

427 sobre él hicieron al caer las armas.
Siguieron á Diomédes los Atridas,
y á estos los dos Ayaces, revestidos
de osadía y valor; Idomeneo,
y su escudero el bravo Merïónes;
y Eurípilo despues, el hijo fuerte
de Evemon; y de todos el postrero
Teucro salió con su ballesta armado,
y colocóse bajo el ancho escudo
de Ayax de Telamon. Este le alzaba;
y bajo de él su hermano guarecido,
apuntaba la flecha: y cuando habia
á algun Troyano muerto que en el polvo
derribado yacia; se ocultaba
de Ayax bajo el escudo como suele
echarse el niño de la madre en brazos,
y Ayax con el escudo le cubria.

Dí, musa ¿quién entónces fue el primero
de los Troyanos que mató el famoso
Teucro de Telamon? Primeramente
á Orsíloco mató; despues á Ormeno,
Ofeléstes, Detor, Cromio, gallardo
Licofóntes, al hijo valeroso
de Polïemo, Omopäon, y al fuerte
Melanipo; que á tantos en el polvo
dejó tendidos. Alegróse mucho
Agamenon, al ver que con sus flechas
las falanges troyanas destruia:
y acercándose á él, así le dijo.

"Teucro de Telamon, amigo caro,
» esforzado adalid! Así certero
» tus flechas lanza, y á la hueste aquiva
» aurora de salud tu brazo sea:

» y de tu padre Telamon (que tierno
» de tu infancia cuidó, y en su morada
» aunque bastardo te acogió) este dia,
» ya que de ellos testigo ser no pueda,
» haz el nombre famoso con tus hechos.
» Y yo te juro, y lo verás cumplido,
» que si Jove y Minerva me conceden
» el fuerte muro derribar de Troya,
» despues de mí de todos el primero
» tú premiado serás. Pondré en tu mano
» ó un trípode precioso, ó dos bridones
» con un brillante carro, ó la mas bella
» cautiva que de prole numerosa
» padre te hará feliz." Respondió Teucro.
"¿Potente Agamenon! por qué me animas,
» cuando ves que resuelto y valeroso
» combato sin cesar al enemigo?
» Desde que á su ciudad cobardes huyen
» aquí puesto en celada, con mis flechas
» estoy matando gente. Ya han salido
» del arco, á su falange dirigidas,
» ocho saetas de anchurosa punta,
» y todas en el cuerpo se clavaron
» de belicosos jóvenes; y solo
» á este rabioso can herir no puedo."
Así dijo: y del arco otra saeta
hizo saltar, al pecho dirigida
de Héctor, y mucho el jóven deseaba
matarle. El tiro erró; pero la flecha
hirió en el corazon al afamado
Gorgitïon, guerrero valeroso
que en legítima union Príamo tuvo
de una de sus mugeres; la gallarda

493 Castïanira que á las mismas Diosas
era por su belleza comparada,
de Esima natural. Cayó el Troyano,
sobre el hombro inclinada la cabeza
del morrion al peso; como suele
la amapola inclinar la frente altiva,
ó del peso agoviada de su fruto,
ó herida por los grandes aguaceros
de primavera. Y Teucro todavía
á Héctor lanzó otra flecha, deseando
atravesarle; pero errado el golpe
(que Febo la torció) logró clavarla
en el velludo pecho del valiente
Arqueptólemo, auriga poderoso
de Héctor, que á la pelea los caballos
animoso guiaba. Cayó en tierra
moribundo, cejaron los bridones,
y pronto de su cuerpo desunida
el ánima feroz bajó al averno.

Oscura nube de dolor el alma
de Héctor cubrió, cuando le vió caido;
pero por mas que la infelice suerte
sentia del amigo, su cadáver
abandonó: y á Cebrion su hermano,
que allí cerca valiente peleaba,
mandó al carro subir y que las riendas
tomara y dirigiese los bridones.

Cebrion obedeció; pero del carro
Héctor saltó en la arena y furibundo
horribles voces daba, y un enorme
peñasco alzó de tierra y hácia Teucro
se encaminó para matarle. Habia
el Aquivo sacado de la aljaba

aguda flecha; y aplicada al arco
hácia atras estiraba con gran fuerza
el nervio, cuando de Héctor arrojada
por la mano llegó la puntiaguda
piedra y cerca del hombro sobre el hueso
que del pecho separa la garganta,
donde son peligrosas la heridas,
le hirió. Roto el tendon y entorpecido
el brazo todo, sin poder valerse
cayó Teucro en el polvo de rodillas,
y el balleston de la robusta mano
soltó al caer. Cuando postrado en tierra
Ayax á Teucro vió, no perezoso
descuidó su defensa; que corriendo
presuroso hácia él, con el escudo
le cubrió y evitó que le matasen.
Y acudiendo sus fieles camaradas
Mecisteo, hijo de Equio, y el valiente
Alástor; en sus brazos á las naves,
dando él tristes gemidos, le llevaron.

El olímpico Júpiter de nuevo
inspiró á los Troyanos valentía,
y en derechura hasta el profundo foso
hicieron retirar á los Aquivos;
y Héctor iba á su frente, con terribles
fieras miradas el terror sembrando.

Como lebrel que á jabalí cerdoso,
ó á tostado leon, sigue el alcance
en rápida carrera y ya las corvas
ya las ancas le muerde, con recelo
mirando si la fiera da la cara:
así Héctor perseguia á los Aquivos
siempre matando al último, y cobardes

559 ellos se abandonaron á la fuga.
Mas apénas del foso y la estacada
pasado hubieron cuando ya murieran
á manos de los Teucros muchos héroes,
al pie de los bajeles se pararon.
Hicieron todos frente al enemigo,
y en voces clamorosas se animaban
á pelear: y á los eternos Dioses,
levantadas las manos y afligidos,
en alta voz rogaban que tuviesen
de ellos piedad; pero en veloz carrera
Héctor por todas partes conducia
sus ligeros bridones retratando
en su vista el furor de la Gorgona,
ó del fiero Mavorte. Cuando Juno
así vió perecer á los Aqueos,
hubo de ellos piedad: y vuelta á Pálas,
en agitada voz así decia.
"Hija de Jove! ¡ay triste! ¿y ya nosotras,
» aun viéndolos morir, no cuidarémos
» de los Aquivos aunque tarde sea?
» Ellos, cediendo á su fatal destino,
» á millares perecen acosados
» por un solo guerrero; y tolerable
» la arrogancia no es ya con que furioso
» Héctor, hijo de Príamo, los sigue
» estrago mucho en su escuadron haciendo."
Minerva respondió: "Ya perecido
» hubiera ese mortal ha muchos dias,
» aquí mismo, en su patria, por la diestra
» de los Griegos vencido; pero Jove,
» cual demente furioso, se ha entregado
» á fatales consejos. Inclemente,

» inexorable y duro! que mi furia 592
» y ardor reprime; y ni se acuerda ahora
» de que á su Alcídes yo no pocas veces
» de la muerte libré, cuando Euristeo
» con tan duros trabajos le oprimia.
» Lloraba el infeliz, volviendo triste
» al ancho cielo sus dolientes ojos,
» y Jove del Olimpo me enviaba
» para que le salvase. Si yo hubiera
» entónces presentido que este pago
» me reservaba; cuando al hondo averno
» con las herradas puertas defendido
» le mandó aquel bajar y que trajera
» del temido Pluton el perro enorme,
» no así hubiera escapado de las hondas
» corrientes de la Estigia. Me aborrece
» ya Júpiter á mi, y escucha solo
» las súplicas de Tétis; porque humilde
» abrazó sus rodillas, y elevada
» la mano hácia su rostro le ha pedido
» que vengar quiera al esforzado Aquíles.
» Mas ya llegará dia en que me vuelva
» á llamar en acento cariñoso
» la su Minerva de los ojos verdes.
» Ahora los caballos nos apresta
» miéntras que yo, de Júpiter entrando
» en el alcázar, el arnes me visto
» para el combate. Entónces ya verémos
» si de Príamo el hijo, el furibundo
» Héctor, se alegra cuando á vernos llegue
» por las filas correr de los Aquivos;
» que alguno de los Teucros, derribado
» al pie de los navíos de la Grecia,

» servirá con su carne delicada
» á los perros de pasto y á las aves."
Dijo Minerva: y aprobando Juno
su consejo solícita corria
en torno á sus caballos inmortales
trenzando en oro sus hermosas crines,
y al carro los unció. Y en tanto Pálas
de su padre en el áureo pavimento
dejó caer el manto rozagante
de variado color que con sus manos
ella misma labrara; y la loriga
de Júpiter habiéndose ceñido,
con su propia armadura refulgente
se armó para la guerra luctuosa.
Subió despues en el brillante carro
con pie ligero, y empuñó la pica;
y ambas encaminaron los bridones,
que dóciles al látigo volaban.
Pero habiéndolas visto desde el Ida
el padre Jove; en cólera inflamado,
á Íris mandó que desplegando al aire
las alas de oro á detenerlas fuese.
"Íris! (la dijo) rápida volando
» haz que vuelvan atras, y no las dejes
» venir á mi presencia; que la lucha
» de ellas conmigo desigual seria.
» Dilas tambien (y lo verán cumplido)
» que si atrevidas adelante pasan
» yo encojaré bajo del mismo carro
» sus ligeros bridones, de la silla
» las derribaré en tierra y su carroza
» haré menudos trozos: y en diez años
» sanas no se verán de las heridas

» que las hará, si á despedirle llego, 658
» mi rayo abrasador. Verá Minerva
» cuan flaco es su poder, si con su padre
» se atreve á combatir. Yo contra Juno
» no estoy tan irritado, ni me ofende
» tanto su audacia; porque suele altiva
» siempre oponerse á lo que yo deseo.»
Así Júpiter dijo: y como el rayo
rápido rasga la celeste nube;
Íris el aire hendiendo, deseosa
de llevar el mensage, de los montes
voló del Ida á la region del éter.
Y habiéndolas hallado en la primera
entrada de las sierras del Olimpo;
las hizo detener, y así de Jove
las anunció el mandato. «¿Adónde, ardiendo
» en inútil furor, tan atrevidas
» caminais? ¿Qué demencia así ha ofuscado
» vuestra razon? El hijo de Saturno
» no os permite ayudar á los Aqueos:
» y esta amenaza os hace, que cumplida
» será tal vez si despreciais su aviso.
» *Yo encojaré*, decia, *sus bridones*
» *bajo del mismo carro, del asiento*
» *las derribaré en tierra, y su carroza*
» *haré menudos trozos: y en diez años*
» *sanas no se verán de las heridas*
» *que las hará, si á despedirle llego,*
» *mi rayo abrasador.* Verás, Minerva,
» cuan flaco es tu poder si con tu padre
» entrares en batalla. Contra Juno
» no está tan irritado, ni le ofende
» tanto su audacia; porque suele altiva

691 » siempre oponerse á lo que aquel desea.
» Pero tú, furibunda! temeraria!
» ¿cómo hallarás clemencia, si orgullosa
» á alzar te atreves contra el padre Jove
» la formidable lanza?" Así decia
Íris veloz, y en vagoroso vuelo
descendió del Olimpo. Entónces Juno
estas breves razones dijo á Pálas.
"Volvámos ya, Minerva! En adelante
» yo no permitiré que contra Jove
» osemos guerrear, de los humanos
» por causa. Que uno viva, y otro muera,
» como disponga el hado: y el Saturnio,
» pues á él le toca, delibere y haga
» lo mejor; y á los Griegos, ó Troyanos,
» dé la victoria con balanza justa."
Dijo, y torció la rienda á los bridones:
y al Olimpo llegadas, del brillante
carro las Estaciones los quitaron.
Y á los pesebres puestos en que toman
el alimento que inmortales hace,
la carroza arrimaron del alcázar
al reluciente muro, y ambas Diosas
sobre los áureos tronos se asentaron
mezcladas con los otros inmortales,
y lleno el corazon de amarga pena.
Desde el Gárgaro luego el padre Jove
dirigió sus caballos al Olimpo,
y su voluble carro: y á la eterna
mansion llegado de los Dioses, pronto
sus caballos el ínclito Neptuno
desunció. Y en su puesto colocada
la alta carroza, delicados velos

extendió en torno de ella; y al sentarse 724
airado Jove en el excelso trono,
tembló bajo sus pies el vasto Olimpo.
Solas, y léjos de él, á un lado estaban
Juno y Minerva: y en silencio mudo,
ni osaban saludarle, ni decirle
de su dolor la causa y su tristeza;
pero él la conoció, y así las dijo.
“¿Por qué, Juno y Minerva, taciturnas
» y afligidas estais? Pues largo tiempo
» combatido no habeis en la batalla,
» destrozando de Troya las falanges
» que tanto aborreceis. Los Dioses todos,
» cuantos son del Olimpo habitadores,
» no en fuga me pusieran si conmigo
» entraran en combate: tal la fuerza
» es de mi brazo invicto y la pujanza.
» Así de vuestros miembros delicados
» se apoderó el temblor, ántes que vieseis
» la sanguinosa lid y mis hazañas.
» Mas os digo, y lo hubiera ejecutado.
» Heridas ambas por el rayo ardiente
» que mi diestra despide; al vasto Olimpo,
» de los Dioses morada, en la carroza
» no hubierais vuelto mas.” En voz terrible
Júpiter asi habló: y aunque Minerva
en ira arder su corazon sentia,
permaneció en silencio; pero Juno
á Jove respondió. “¿Qué pronunciaste,
» hijo terrible de Saturno? Todos
» sabemos bien que tu poder excede
» al de los Dioses todos; mas lloramos
» la suerte de los Griegos que cumplido

757 »su destino fatal están ya cerca
»todos de perecer." Mas irritado
Júpiter replicó. "Verás mañana
»si verlo quieres, altanera Diosa,
»al hijo poderoso de Saturno
»destrozar de los Príncipes aqueos
»el numeroso ejército; que el fuerte
»Héctor no ha de cesar en la matanza,
»hasta que de sus naves salga armado
»el hijo valeroso de Peléo
»el dia que en las popas se batalle,
»retirada hasta el mar la hueste aquea,
»por el cadáver de Patroclo. El Hado
»lo tiene así dispuesto: y no me curo
»de que enojada estés. Huye en buen hora
»á la oscura caverna donde yace,
»de la tierra y el mar en los confines,
»Japeto con Saturno sin que gocen
»ni de la luz del sol que nos alumbra
»ni del aura vital; que rodeados
»están de eterna oscuridad profunda.
»Si allí irritada, y del Olimpo huyendo,
»á ocultarte corrieras; no excesivo
»seria mi dolor. Yo bien conozco
»que no hay otra Deidad mas atrevida
»é impudente que tú." Calló el Tonante,
y en silencio tambien quedó la Diosa.

Ocultábase ya la luz ardiente
del sol trayendo sobre la alma tierra
la negra noche, y triste á los Troyanos
la ausencia fué del sol; pero á los Griegos
grata la noche tenebrosa vino,
y deseada mucho. Héctor entónces,

á la orilla del rio y á distancia
de las naos en sitio en que no habia
cadáveres ni sangre, sus guerreros
hizo acampar. Y habiendo descendido
de sus carros los Próceres de Troya;
apoyado en su lanza, les decia.
"Oidme todos, Teucros y Dardanios
» y demas auxiliares! Yo esperaba
» en este dia, las aqueas naves
» quemadas y pasados á cuchillo
» los Griegos todos, en alegre triunfo
» volver á la ciudad; pero la oscura
» tiniebla sobrevino, y ha salvado
» la hueste de los Griegos y las naves
» que del mar tienen en la vasta orilla.
» Así, al mandato de la noche ahora
» obedeced, y preparad la cena.
» Desuncid de los carros los bridones,
» dadles pasto abundoso, y sin tardanza
» pingües ovejas y robustos bueyes
» traed de la ciudad, de dulce vino
» haced la provision, y de las casas
» sacad sabroso pan. En estos bosques
» leña se corte mucha porque toda
» la noche estén ardiendo hasta que empiece
» el dia á clarear muchas hogueras,
» y al cielo suba el resplandor; no acaso
» á favor de la noche los Aqueos
» se apresuren á huir por la espaciosa
» llanura de la mar. Y si en la fuga
» se salvan, á lo ménos que tranquilos
» y sin daño no suban en las naos.
» Tenga alguno en su tierra que curarse

823 »la dolorosa herida que le hiciere
»aguda lanza, ó voladora flecha,
»cuando vaya á saltar en su navío,
»para que otro cualquiera se horrorice
»de traer á los Teucros valerosos
»la guerra asoladora. Los heraldos,
»de Jove mensageros, por pregones
»en la ciudad anuncien que los mozos
»en cuyo labio el bozo ya negrea,
»y los ancianos cuya sien coronan
»ya venerables canas, en los muros
»por mano de los Dioses fabricados
»en atalaya estén; y hasta las tiernas
»mugeres de las casas en el atrio
»enciendan grandes fuegos, y extremada
»la vigilancia sea: que podria
»tal vez el enemigo cauteloso
»la ciudad asaltar miéntras ausentes
»sus guerreros están. Fuertes Troyanos!
»hágase como digo, y por ahora
»estos avisos basten: que mañana,
»así que empiece á clarear el dia,
»yo daré nuevas órdenes. Y espero,
»en el favor de Jove confiado
»y de los otros Dioses, á esos canes
»en mal hora venidos á esta playa
»por el hado siniestro conducidos
»pronto arrojar de aquí; pero esta noche
»una sorpresa de evitar cuidemos.
»Mañana, de la aurora al primer rayo
»tomando la armadura, en los navíos
»la sangrienta batalla empezarémos.
»Y veré si el famoso Diomédes

»desde las naves me rechaza al muro; 856
»ó si despues de haberle atravesado
»yo con mi larga pica, su armadura
»ensangrentada por despojo llevo.
»Mañana será el dia en que demuestre
»que es hombre de valor, si de mi lanza
»el bote espera; pero yo le anuncio
»que apénas haya el sol amanecido
»uno de los primeros en el polvo
»derribado será, y al lado suyo
»muchos de sus valientes campeones.
»Pluguiera al cielo que inmortal yo fuese
»y nunca envejeciera, y venerado
»fuese cuanto lo son Minerva y Febo,
»como es cierto que el dia de mañana
»será funesto á las falanges griegas."
Así Héctor arengaba, y con ruidosa
aclamacion las tropas aplaudieron.

Del yugo los caballos desuncidos
bañados en sudor, y con las bridas
á la armella sujetos; los Troyanos
pingües ovejas, corpulentos bueyes,
sabroso pan, y delicioso vino
trajeron, y en el monte mucha leña
cortaron, y despues á las Deidades
víctimas ofrecieron numerosas.
El viento vagoroso desde el valle
hasta el cielo llevaba de las reses
el dulce olor; pero los altos Dioses
no le gustaron, ni el obsequio pio
grato les fué: porque de muchos era
aborrecida Troya, y el anciano
Príamo con su pueblo belicoso.

889 De este modo los Teucros, engreidos
con la victoria y de esperanza llenos
y repartidos en la gran llanura
por escuadras, pasaron esta noche
cerca de las hogueras numerosas
que ardian en su vasto campamento.
Cual en noche serena en que agitada
no es por el viento la region del éter
en torno de la luna radïantes
brillan los astros, y su luz colora
los riscos todos, la elevada cima
de las montañas y las altas selvas;
y del cielo la bóveda azulada
en su inmensa extension pura aparece
y las estrellas todas se descubren,
y se goza el pastor: tales y tantas
ardian las hogueras que encendieron
delante de Ilion, en la llanura
que entre el rio mediaba y los bajeles.
Mil fuegos en el campo se veian,
y en torno á cada hoguera mil guerreros
estaban reunidos, esperando
á que sentada en el ebúrneo trono
la aurora amaneciese á los mortales;
y cerca de sus carros los bridones,
de la blanca cebada y verde avena
916 el abundoso pasto consumian.

LIBRO NOVENO.

De este modo su campo custodiaban
alegres los Troyanos: los Aquivos
en la fuga pensaban compañera
del helado terror, y aun los mas fuertes
todos yacian en tristeza y duelo.
Como si de repente embravecidos
el Zéfiro y el Bóreas, que de Tracia
soplan opuestos, á encontrarse llegan;
el mar conmueven, y las negras olas
en alto se levantan, y á la orilla
arrojan muchas ovas: tal entónces,
por contrarios afectos combatido,
estaba el corazon de los Aqueos.
De alto dolor sobrecogida el alma
Agamenon las tiendas y las naves
recorria, diciendo á los heraldos
que á los gefes en junta reunieran
por su nombre llamándolos á todos
y sin alzar la voz; y diligente
á convocar tambien los adalides
el primero marchó. Ya reunidos
los Príncipes, sus sillas ocuparon
abatidos y tristes; y el Atrida
se alzó, copiosas lágrimas vertiendo.
Cual fuente cenagosa que en el valle,
de altísimo peñasco derrumbada,
vierte el negro raudal: así el Atrida
lágrimas derramaba dolorosas.
Y á las voces mezclando los suspiros,
así habló con los otros capitanes.

31 "Adalides y Príncipes de Acaya!
»caros amigos! El Saturnio Jove
»de gran calamidad me ha rodeado.
»Cruel! Un tiempo, con señal segura,
»me prometiera que hasta haber rendido
»la fuerza de Ilion no tornaria;
»y hoy, doloso y falaz, al pátrio suelo
»manda que vuelva sin honor ni gloria
»cuando ya tanta gente ha perecido.
»Así lo quiere el iracundo númen
»que de muchas ciudades las murallas
»por tierra ha derribado, y todavía
»otras quizá derribará su diestra;
»que es grande su poder. Los Griegos todos
»á mi voz obedezcan y me sigan,
»y á nuestra patria huyamos en las naves:
»ya no podemos conquistar á Troya."
Así decia, y en silencio mudo
todos quedaron: y por mucho tiempo
en tristeza sumidos, responderle
no osaban; pero al fin el animoso
Dïomédes, mirándole ceñudo,
así le dijo en ásperas razones.
"Atrida! yo el primero tu dictámen
»combatiré, pues imprudente ha sido,
»con aquella franqueza que en las juntas
»es permitida, ó Rey! pero mis voces
»no tu cólera exciten. No hace mucho
»que á vista de los Dánaos el primero
»has sido tú que mi valor en duda
»á poner se atrevió. Cobarde y flaco
»entónces me llamaste.... los Aquivos
»saben si yo lo soy, viejos y mozos:

»y yo te digo que el Saturnio Jove 64
»á tí no ha dado que reunas todas
»las bélicas virtudes. Ese cetro
»te dió para que fueses respetado
»sobre los otros Reyes; fortaleza,
»sin la cual nada vale el poderío,
»te ha negado. Infeliz! ¿y tú esperabas
»que tan flacos los hijos de los Griegos
»fuesen y tan cobardes, como dices?
»Si á tu casa volver tanto deseas,
»marcha ya: franco tienes el camino,
»y cerca están del mar las muchas naos
»que aquí desde Micénas te siguieron;
»y los demas Aqueos valerosos
»conmigo quedarán, hasta que hayamos
»á Troya destruido. Y si quisieren,
»todos huyan tambien á sus hogares
»en las naos; que Esténelo y yo solos
»combatirémos hasta ver de Troya
»por tierra la muralla, pues vinimos
»á guerrear por la deidad guiados."
Así dijo: y los Príncipes de Grecia
gozosos aplaudian, el discurso
admirando del bravo Dïomédes;
hasta que se alzó Néstor, y le dijo.
"Eres muy esforzado en las batallas,
»y sobresales, hijo de Tideo,
»por tu prudencia entre los Reyes todos
»de tu edad, y ninguno de los Dánaos
»reprobará lo que dijiste ahora
»ni tendrá que oponer; mas todavía
»lo principal no has dicho. No te culpo:
»eres jóven aun, y bien pudieras

97 »ser de todos mis hijos el postrero.
»Así, aunque hablaste con prudencia mucha
»delante de los Príncipes de Acaya,
»y con justa razon desaprobaste
»el funesto dictámen del Atrida;
»luego yo, que soy mucho mas anciano,
»lo que resta diré sin dejar nada.
»Y creo que mis útiles consejos
»nadie despreciará, ni el mismo Atrida;
»que ni casa, ni hogar, ni patria tiene
»el que las guerras intestinas ama,
»siempre dañosas. Pero ya su manto
»tiende la negra noche y es forzoso
»que la sabrosa cena preparemos,
»y que fuera del muro á las orillas
»del foso estén en vigilante guardia
»diversos escuadrones. Este cargo
»de los jóvenes sea: á los restantes
»guerreros tú lo que juzgares útil
»manda despues, Atrida; pues de todos
»eres supremo gefe. A los caudillos
»un banquete da luego: así lo exijen
»tu misma dignidad y tu riqueza.
»Llenas están de vino delicioso
»tus tiendas que de Tracia nuestras naves,
»el anchuroso mar atravesando,
»te traen cada dia; no te falta
»nada de cuanto piden los banquetes,
»y eres señor de dilatado imperio.
»Y cuando ya los gefes en la tienda
»se hubieren reunido, tú el dictámen
»de aquel aprueba que mejor le diere.
»Y en este dia los Aquivos todos

»han menester que bueno, y atinado,
»y saludable sea el que se adopte.
»Muchos fuegos enciende el enemigo
»cerca de nuestras naves; y á su vista
»¿quién alegre estará? La noche es esta
»que ha de salvar, ó destruir, la hueste.»
Así dijo: y los Príncipes, que atentos
le oïan, su dictámen aprobaron.
Y fuera de los muros con sus armas,
para rondar y vigilar cuidosos,
salieron estos siete campeones:
Trasimédes, el hijo del anciano
Néstor, y de Mavorte los dos hijos,
Ascálafo y Yalmeno; y Meriónes,
y Afareo, y Deipiro, y el osado
Licomédes, el hijo de Creonte.
Estos eran caudillos de la guardia,
y á cada uno seguïan cien guerreros
la mano armada de robusta pica;
y entre el muro y el foso colocados
hogueras encendieron, y la cena
cada cual en su rancho aparejaba.
El Atrida despues á los caudillos
á su tienda llevó donde tenia
preparados manjares deliciosos,
á que todos las diestras alargaron.
Y apagada la sed, y satisfecha
el hambre ya; de todos el primero
el buen Néstor habló, por mas anciano
y porque su consejo pareciera
ántes el mas sensato. Y un dictámen
útil propuso: y cual varon prudente,
así habló ante los Príncipes de Grecia.

163 "Glorioso Atrida! mi discurso ahora
»á tí va dirigido. Pues de todos
»los Griegos eres gefe, y en tu mano
»cetro y autoridad ha puesto Jove
»para que mires por el bien de todos;
»á tí el primero toca tu dictámen
»decir, y de los otros el consejo
»oir para adoptar el que te dieren
»y en bien de todos sea. En honor tuyo
»siempre redundará lo que se diga,
»si el ejército salva. Así, yo ahora
»un consejo daré que me parece
»ser el mas saludable. Sí: ninguno
»hallará otro mejor en este dia,
»ni ántes se halló, que el que daré yo ahora.
»Y así pensé desde que tú quitaste
»al iracundo Aquíles su cautiva,
»no con mi aprobacion; que mucho entónces
»procuré disuadirte, y tú llevado
»de violenta pasion al mas valiente
»de nuestros campeones y á quien honran
»los Dioses ofendiste, y en la tienda
»tienes la esclava aun que le quitaste.
»Mas nosotros veamos todavia
»cómo aplacarle con preciosos dones,
»y persuadirle con palabras dulces."
Respondió Agamenon. "Anciano! es cierto
»ese fatal error que me recuerdas.
»Hice mal, lo confieso; que por muchas
»escuadras vale un adalid, si Jove
»le ama en su corazon. Y ya hemos visto
»cómo del Dios la poderosa diestra
»á Aquíles ha vengado, y de los Griegos

»la hueste ha destruido. Mas, si entónces 196
»erré cediendo á mi pasion violenta;
»hoy ya quiero aplacarle y ofrecerle
»en desagravio numerosos dones
»de inestimable precio, y á vosotros
»os diré cuales son. Trípodes siete
»que el fuego no manchó, veinte calderas
»de metal reluciente, diez talentos
»de oro, y doce caballos poderosos
»que el premio en la carrera ya alcanzaron
»muchas veces: y pobre no seria,
»ni del oro precioso careciera,
»el hombre á quien la suerte deparase
»tanta riqueza como ya me dieron
»en los públicos juegos vencedores.
»Ademas le daré siete gallardas
»cautivas Lesbias que en labor de manos
»están ejercitadas; y escogidas
»fueron por mí entre todas cuando el mismo
»Aquíles conquistó de la ancha Lésbos
»la fuerte capital, y en hermosura
»á todas las mugeres aventajan.
»Las siete le daré é irá con ellas
»la hija de Bríses, la que el otro dia
»le quité: y juro por los altos Dioses
»que no he participado de su lecho,
»ni con ella he yacido. Estos presentes
»le ofrezco desde ahora: y si algun dia
»la capital de Príamo espaciosa
»Jove nos diere saquear, su nao
»llene de oro y de bronce al embarcarse
»cuando el botin partamos los Aqueos;
»y elija él mismo en las Troyanas veinte,

229 »las mas hermosas que despues de Elena
»puedan hallarse. Y si á la fértil Árgos
»llegáremos de Acaya, por esposa
»le daré una hija mia; y tan querido
»será de mí como el pequeño Oréstes,
»último de mis hijos, que en el seno
»crece de la abundancia. Yo tres hijas
»jóvenes tengo y bellas: son sus nombres
»Crisótemis, Laodice, Ifïanasa:
»y de ellas la que elija por esposa,
»sin dotarla, al palacio de Peleo
»llevará; y yo con generosa mano
»tantas riquezas le daré cual nunca
»un padre dió para dotar sus hijas.
»Siete ciudades le daré espaciosas,
»Cardámila, y Enope, y la abundante
»en pastos Ira, y la opulenta Féres,
»y Antea fértil en herbosos prados,
»y Epea sobre un monte situada,
»y Pédaso en viñedos abundante.
»Cerca del mar, con la arenosa Pilos
»confinantes están; pobladas todas
»de ricos ganaderos y pastores,
»que á par de las deidades con ofrendas
»le honrarán, y regidos por su cetro
»le pagarán espléndidos tributos.
»Todo esto le daré, si ya olvidare
»el agravio. Inflexible no se muestre:
»solo Pluton inexorable y duro
»es entre las deidades, y por eso
»es la sola del hombre aborrecida.
»Ceda tambien á mí, que en poderío
»le aventajo y edad." Respondió Néstor.

"Atrida generoso! Despreciables 262
»los presentes no son que has prometido
»á Aquíles ofrecer. Así, elijamos
»esclarecidos Príncipes que vayan
»á la tienda del hijo de Peleo....
»ó yo los nombraré, y ellos acepten
»la comision. De todos el caudillo
»Fénix será que del Saturnio Jove
»es amado, segundo el valeroso
»Ayax de Telamon, tercero Ulíses;
»y Euríbates y Hodío, como heraldos,
»los acompañen. Á nosotros agua
»sobre las manos derramad ahora;
»y en labio puro y corazon piadoso,
»á Jove supliquemos que dolerse
»ya de nosotros quiera." Así decía
Néstor, y á todos su eleccion fué grata.
El agua limpia los heraldos luego
vertieron de los Reyes en las manos,
y del vino las urnas los donceles
coronaron con flores olorosas:
y hecha la libacion, en copas de oro
á todos le servian. Cuando hubieron
libado á las deidades y bebido
lo que les agradó, los tres legados
de la tienda salieron del Atrida
Agamenon: y al despedirlos Néstor,
á cada cual y sobre todo á Ulíses
mirando con afecto cariñoso,
mucho les encargó que procurasen
la dura ostinacion vencer de Aquíles.
Se encaminaron ellos por la orilla
del resonante mar, ardientes votos

haciendo á la deidad que con sus aguas
ciñe y conmueve la anchurosa tierra,
porque les diese del soberbio jóven
el enojo calmar. Cuando vinieron
adonde los Mirmídones tenian
sus tiendas y bajeles, recreaba
su corazon el héroe con la dulce
sonante lira, hermosa, de labores
vistosas adornada, y cuyo puente
era de oro macizo, que escogida
fué por él entre bélicos despojos
cuando arruinó su poderosa diestra
la ciudad de Etion. Con ella entónces
el ocio entretenia celebrando
de antiguos campeones las hazañas,
y enfrente de él Patroclo silencioso
le observaba esperando á que acabase
ya de cantar. Por el sagaz Ulíses
los Príncipes guiados, se acercaban
en tanto al pabellon: y de la puerta
llegados al umbral, se detuvieron.
Mas Aquíles, al verlos sorprendido,
dejó la silla en que sentado estaba
(tambien se alzó Patroclo de la suya)
y sin soltar la lira de la mano,
y dándoles la diestra, les decia.
"Bien llegados seais, fieles amigos,
»y á mí entre los Aqueos los mas caros
»aunque irritado esté. Desdicha grande
»será sin duda la que á tales horas
»os obliga á venir." Así decia:
y uno por uno, y de la mano asidos,
que entrasen en la tienda les rogaba

y en los ricos sillones se asentasen 328
con tapetes de púrpura adornados.
Y á Patroclo volviéndose, que cerca
asistia, le dijo. "Mayor urna
»nos presenta y del vino mas añejo
»la llena, y á cada uno da su copa;
»porque los Reyes que me son mas caros
»han venido á mi tienda." Así decia,
y á su mandato obedeció Patroclo.
En tanto Aquíles anchuroso tajo
puso junto á la luz; y de una oveja
y de una cabra el regalado lomo
extendió encima, y de sabroso cerdo
otro lomo. Tenia Antomedonte
las carnes, y en pedazos con destreza
las dividía por su mano Aquíles,
y en largos pasadores las clavaba:
y el gallardo Patroclo, que á los Dioses
igualaba en belleza, mucho fuego
encendia tambien. Cuando ya estuvo
abrasada la leña y ménos fuerte
era la llama, la encendida lumbre
extendió en el hogar: y colocando
los largos pasadores sostenidos
por altas piedras, con la sal molida
las carnes roció. Cuando estuvieron
asadas ya, sobre la grande mesa
las puso y en hermosos canastillos
sirvió el cándido pan. Despues Aquíles,
que de Ulíses enfrente y á la espalda
teniendo la pared su silla puso,
distribuyó las carnes por su mano,
y á Patroclo mandó que echara al fuego

361 la porcion á los Dioses reservada.
Obedeció: y ya puestas en la lumbre
las primicias de todo, á los manjares
que preparados fueran y servidos
las manos extendieron. Saciada
el hambre ya y la sed, hízole seña
Ayax á Fénix. Advirtióla Ulíses:
y llenando de vino la áurea copa;
á Aquíles la ofreció, y así decia.
"Salve, Aquíles valiente! de manjares
»deliciosos no habemos carecido,
»ni del Atrida Agamenon llamados
»á la tienda, ni ahora en tu morada
»gozando del espléndido banquete.
»Pero no del placer de los festines
»el ánimo se cura. Acobardados,
»al ver la gran derrota padecida,
»todos estamos, valeroso Aquíles,
»dudando si las naves salvaremos
»ó serán destruidas por la llama,
»si tú de fortaleza no te vistes.
»Cerca de los bajeles y del muro
»acampados están los orgullosos
»Troyanos y sus tropas auxiliares,
»y en su campo encendidos muchos fuegos
»ardiendo están, y dicen que ninguno
»ya les estorbará de nuestras naves
»dueños hacerse. En favorable auspicio
»su relámpago Jove les envia:
»y Héctor, ardiente llama de los ojos
»arrojando, cual furia se embravece;
»y en Júpiter fiado, ni á los hombres
»ni á las deidades teme, y de terrible

»rabia está poseido, y á los cielos 394
»ruega que pronto la divina aurora
»el oriente ilumine. Y vocifera
»que las excelsas proas de las naves
»romperá con el hacha y á los vasos
»fuego pondrá voraz, y con su pica
»pasará á los Aqueos aturdidos
»con el humo y envueltos en la llama.
»Y dentro el corazon yo mucho temo
»no sea que los Dioses le permitan
»cumplir sus amenazas, y á nosotros
»el destino nos tengan reservado
»de perecer aquí, léjos de Grecia,
»en los campos de Troya. A la batalla
»sal pues, Aquíles, si aunque tarde quieres
»libertar á los míseros Aquivos
»del ímpetu y furor de los Troyanos.
»Si no lo hicieres, en inútil duelo
»un dia llorarás; que padecido
»el daño, no es posible remediarle.
»Así, ántes que la ruina se consume,
»mira como alejar de los Aqueos
»la muerte de que están amenazados.
»Bien sabes, dulce amigo, que tu padre,
»el dia que á Micenas te enviaba
»para que acompañases en la guerra
»al Rey Agamenon, así te dijo.
»*Extremado valor Minerva y Juno*
»*te darán, si les place; tú reprime*
»*dentro del pecho el natural fogoso.*
»*La mansedumbre agrada: no te empeñes*
»*en funesta rencilla; y los Aquivos*
»*todos te acatarán, viejos y mozos.*

427 »Tan prudentes consejos el anciano
»te daba, pero tú los olvidaste.
»Mas todavía es tiempo: no te obstines,
»depon la triste cólera, y preciosos
»dones despues te ofrecerá el Atrida
»si el enojo olvidares. Si lo dudas;
»escucha y te diré los que á nosotros
»cuando en su tienda estábamos ahora
»él mismo enumeró. Trípodes siete
»que el fuego no manchó, veinte calderas
»de metal reluciente, diez talentos
»de oro, y doce caballos poderosos
»que el premio en la carrera ya alcanzaron
»muchas veces: y pobre no seria,
»ni del oro precioso careciera,
»el hombre á quien la suerte deparase
»los bienes que con ellos ha adquirido.
»Ademas te dará siete gallardas
»cautivas Lesbias que en labor de manos
»están ejercitadas, y escogidas
»fueron por él cuando ganó tu diestra
»la capital de la opulenta Lésbos,
»y mucho en hermosura se aventajan
»á las mugeres todas. Y con ellas
»vendrá Briséida, la que el otro dia
»te quitó: y jura por los altos Dioses
»que no ha participado de su lecho
»ni con ella ha yacido. Estos presentes
»generoso te ofrece: y si algun dia
»la capital de Príamo espaciosa
»Jove nos diese saquear, tus naos
»llena de oro y de bronce al embarcarte
»cuando el botin partamos los Aquivos,

»y escoge por tu mano en las troyanas
»veinte, las mas hermosas que se hallaren
»despues de Elena. Y si á la fértil Árgos
»llegáremos de Acaya; por su yerno
»te elige desde ahora, y tan querido
»tú de él serás como el pequeño Orestes,
»último de sus hijos, que en el seno
»crece de la abundancia. El Rey tres hijas
»jóvenes tiene y bellas: son sus nombres
»Crisótemis, Laodice, Ifïanasa;
»y de ellas la que elijas por esposa,
»sin dotarla, al palacio de Peleo
»tú llevarás; y el Rey con larga mano
»tantas riquezas te dará cual nunca
»un padre dió para dotar sus hijas.
»Siete ciudades te dará espaciosas:
»Cardámila, y Enope, y la abundante
»en pastos Ira, y la opulenta Féres,
»y Antea fértil en herbosos prados,
»y Epea sobre un monte situada,
»y Pédaso en viñedos abundante.
»Cerca del mar, con la arenosa Pílos
»confinantes están; pobladas todas
»de ricos ganaderos y pastores
»que á par de las deidades con ofrendas
»te honrarán, y regidos por tu cetro
»te pagarán espléndidos tributos.
»Todo eso te dará, si depusieres
»la cólera. Y si tanto aborrecible
»el Atrida te fuere y sus regalos,
»que los rehuses; de los Griegos todos,
»que acosados se ven del enemigo,
»te compadece: que por tí salvados,

493 »como á su númen tutelar, de honores
»te colmarán, y entre ellos mucha gloria
»alcanzarás. Acaso con tu lanza
»á Héctor darás la muerte; que llevado
»del insano furor que le domina,
»no temerá buscarte en la pelea;
»pues dice que ninguno se le iguala
»de todos los Aqueos que en las naves
»hemos venido á las troyanas costas."
Y Aquíles respondió. "Sagaz Ulíses!
»Es forzoso deciros sin rodeos
»lo que tengo pensado y que cumplido
»será mañana, porque así importunos,
»este por una parte aquel por otra,
»mas no me fatigueis; que me es odioso,
»tanto como las puertas del averno,
»el que dentro del alma lo que siente
»pérfido oculta y lo contrario dice.
»Así, franco os diré la que he tomado
»firme resolucion. No es ya posible
»que ni el Atrida Agamenon, ni todos
»los Príncipes de Acaya, me decidan
»á pelear. Aquí no se agradece
»que uno esté combatiendo al enemigo
»siempre, y sin descansar. Igual el premio
»es del que ocioso se quedó en su tienda
»y del que tomó parte en la batalla,
»y el mismo honor espera al animoso
»que al cobarde, y la misma tumba cubre
»al hombre desidioso y al que mucho
»en vida trabajó. Ni mas medrado
»estoy despues de haber tantos afanes
»tolerado, exponiendo en las batallas

» siempre la dulce vida. Como lleva 526
» á sus hijuelos la comida el ave
» que en el campo ha cogido, y de la boca
» se la quita: así yo noches enteras
» sin dormir he pasado; y muchos dias,
» teñido en roja sangre, desde el alba
» hasta la tarde estuve peleando
» con hombres que animosos combatian
» por sus esposas. Conquistadas tengo
» por mar doce ciudades, y por tierra
» once de las mas ricas que de Troya
» se hallaban en las fértiles llanuras.
» De todas recogí muchos despojos,
» y alhajas y preseas: y al Atrida,
» que tímido en las naves se quedara,
» todo se lo entregué y él por su mano
» lo recibió. Y habiendo repartido
» su porcion á la oscura soldadesca,
» se guardó la mayor; y de esta parte
» á los mas esforzados y á los Reyes
» dió los premios de honor. Conservan todos
» el suyo, y á mí solo entre los Griegos
» me quitó el que me diera y él le tiene;
» y á la esclava que yo tanto queria
» tal vez estrecha en amoroso lazo.
» ¿Por qué hacemos la guerra los Aquivos
» á los Teucros? ¿Por qué tan numerosa
» hueste juntó el Atrida, y desde Acaya
» á Troya la condujo? ¿No es Elena
» la causa? ¿Y por ventura los Atridas
» son los solos de todos los mortales
» que aman á sus mugeres? No hay un hombre
» bondadoso y sensato que á la suya

559 »no quiera, y no la cuide: y yo á Briseida,
»aunque era mi cautiva, amaba tierno.
»Y pues él de las manos, atrevido!
»me la quitó faltando á su palabra,
»no ya espere engañarme: le conozco,
»y no cederé fácil á su ruego.
»Así, Ulíses, contigo busque ahora,
»y con los otros Príncipes, el modo
»de librar á las naves del incendio
»con que las amenaza el enemigo.
»Ya sin mí grandes obras ha acabado:
»un muro ha construido, y ancho foso
»ha abierto en derredor y puntiagudas
»estacas ha clavado en las orillas;
»y ni aun con tales fortalezas puede
»ya de Héctor resistir á la pujanza.
»Miéntras yo entre los Griegos combatia,
»jamas quiso trabar léjos del muro
»ese Héctor la batalla, y solamente
»á las puertas Esceas acercarse
»y al haya se atrevió: y un solo dia
»que osó esperarme allí, con gran trabajo
»logró salvarse en pavorosa fuga.
»Ahora ya que pelear no quiero
»con el troyano campeon; mañana,
»despues de hacer á Jove sacrificios
»y á los númenes todos, de riqueza
»mucha cargadas á la mar undosa
»lanzarán los Mirmídones sus naves:
»y tú verás si quieres y te curas
»de saber la verdad que mis bajeles,
»luego que empiece á clarear la aurora,
»del Helesponto surcan la llanura

» por ágiles remeros impelidos. 592
» Y si feliz navegacion me diere
» el potente Neptuno, al tercer dia
» á los fértiles campos de mi patria
» habré llegado. Allí grandes tesoros
» tengo, que abandoné cuando de Phtia
» en mal hora salí para esta playa;
» y mas oro de aquí, y oscuro bronce,
» y reluciente hierro, y muy hermosas
» cautivas llevaré que me tocaron
» por suerte; pues la esclava que me diera
» en premio del valor el mismo Atrida
» me ha robado despues con insolencia.
» Decidle, pues, y que lo escuchen todos
» para que en justa cólera se inflamen
» tambien los otros Griegos al oirlo,
» si como siempre de pudor desnudo
» engañar á algun otro de los Dánaos
» él esperase aun; porque á mí nunca,
» aunque impudente sea, cara á cara
» se atreverá á mirar. Decidle, os pido,
» que ni con mis consejos ni mi brazo
» jamas le ayudaré; que si doloso
» me engañó y ofendió, ya mas no espere
» engañarme otra vez con sus palabras;
» basta una sola: que á su mala estrella
» abandonado acabe, pues que Jove
» le quitó la razon: que yo aborrezco
» sus dádivas, y miro su persona
» como la de un esclavo. Aunque me diera
» diez veces, veinte veces, otro tanto
» como tiene, ó tener podrá algun dia,
» ni la riqueza toda que en el puerto

»de Orcómeno las naves desembarcan,
»ó la que yace oculta en los palacios
»de Tébas la de Egipto, la famosa
»ciudad de las cien puertas por las cuales
»á la lid salen veinte mil guerreros,
»cada dos con su carro y sus bridones;
»y tanto oro me diese como granos
»hay de arena en la mar, ó tiene el polvo;
»mi cólera calmar no espere nunca,
»hasta que de la afrenta que en mi pecho
»derramó la amargura haya pagado
»la pena que merece. ¡Yo casarme
»de Agamenon con una de las hijas!
»Aunque en la gentileza y hermosura
»con Vénus compitiese, y en labores
»de manos con Minerva se igualase;
»su mano yo jamas aceptaria.
»Escoja entre los Dánaos otro yerno
»que le convenga, y poderoso impere
»sobre reino mayor. Si las Deidades
»la vida me conservan y á mi casa
»logro volver, me buscará Peleo
»otra doncella para esposa. Hay muchas
»en Hélade y en Phtia, nobles hijas
»de esclarecidos Reyes que gobiernan
»ricos estados; y será mi esposa
»de todas ellas la que yo eligiere.
»Allí es donde mi espíritu desea
»en plácido y legítimo himeneo
»gozar de las riquezas que mi padre
»llegó á juntar en dilatados años.
»Vale mi vida mas que los tesoros
»que tenia Iliön, segun es fama,

»en los tiempos de paz ántes que guerra 658
»las naves de la Acaya le trajesen,
»y los que dentro del umbral de mármol
»encierra el templo que el augur Apolo
»tiene sobre las peñas escarpadas
»de la famosa Pito. No es difícil
»ganar en lides corpulentos bueyes
»y de ovejas rebaños numerosos,
»trípodes y tostados álazanes;
»pero el alma del hombre, si ha salido
»una vez de los labios, no se gana
»á fuerza de valor, ni se conquista;
»ni ya es posible que de nuevo torne
»al corazon. Mi madre me ha enseñado
»que dos caminos á la triste muerte
»me pueden conducir. Si permanezco
»en torno á la ciudad de los Troyanos
»combatiendo, la vuelta á mis hogares
»me está negada; pero gloria eterna
»tengo segura. Si al país nativo
«torno, se acabará mi nombradía;
»pero en largo vivir será muy tarde
»cuando yo baje á la region oscura.
»Así, á los otros Dánaos el consejo
»daria yo de que á la Grecia todos
»en las naves tornaran. No ya esperen
»ver arruinada la soberbia Troya;
»que su mano sobre ella extendió Jove,
»y valor en sus tropas ha infundido.
»Id y á todos los Príncipes de Acaya
»mi respuesta llevad, ya que por ellos
»habeis sido enviados; porque vean
»si un arbitrio mejor hallarse puede

691 »para salvar las naves y las tropas:
»que mucho se engañaron, si esperaban
»que fácil yo la ofensa olvidaria.
»Quédese Fénix á pasar la noche
»en la tienda conmigo; y en mis naves
»se embarcará mañana, si quisiere,
»para volver á Grecia: mal su grado
»no pretendo obligarle á que me siga."
Así dijo y quedaron en silencio
todos sin replicarle, y abatidos
al oir su discurso; porque firme
y resuelto á ayudarles se negara.
Al fin tomó la voz el respetable
anciano Fénix: y vertiendo tiernas
lágrimas y suspiros exhalando,
porque mucho temia por las naves
de los Aqueos, á su alumno dijo.
"Aquíles generoso! Si en el alma
»tienes resuelto ya volver á Phtia,
»y á libertar te niegas los bajeles
»del fuego destructor, porque terrible
»ira y rencor tu corazon inflaman;
»¿cómo de tí apartado, ó hijo mio,
»y solo, yo quedar aquí pudiera?
»Que contigo á la guerra yo viniese
»quiso tu anciano padre cuando á Troya
»con el hijo de Atreo te enviaba,
»siendo jóven aun y no versado
»en batallas campales, ni en las juntas
»donde se hacen ilustres los guerreros;
»y mucho me encargó que te enseñase
»á ser buen orador y valeroso
»combatiente. Por eso no quisiera

»que solo me dejases, hijo mio. 724
»No: ni aunque el mismo Dios me prometiese,
»depuesta la vejez, restituirme
»á los primeros juveniles años
»que yo tenia cuando el patrio suelo
»de Hélade abandoné la vez primera,
»huyendo del rigor y la venganza
»de mi padre Amintor, hijo de Ormeno.
»A una de sus esclavas el anciano
»amaba tiernamente, y desdeñoso
»á su esposa olvidaba y madre mia:
»y esta, celosa, en incesante ruego
»me pidió que de amores requiriese
»á la cautiva yo, porque enojoso
»el cariño la fuese del anciano.
»Obedecí á su voz; pero advertido
»de ello mi padre maldicion horrenda
»me echó, las furias invocando tristes,
»de que jamas un nieto se sentase
»en sus rodillas que de mí naciera:
»y Júpiter Estigio y la terrible
»Proserpina le dieron que cumplidos
»fueran sus votos: é irritado viendo
»á mi padre, vivir en su morada
»insufrible me fué desde aquel dia
»y resolví ausentarme. Pero muchos
»deudos y amigos con ardientes ruegos,
»siempre en torno de mí, solicitaban
»detenerme convites celebrando
»en que robustos numerosos bueyes
»caian muertos, y sabrosas carnes
»de cerdos extendidas sobre el fuego
»se asaban, y abundante y oloroso

757 »vino de las tinajas del anciano
»se bebia. A mi lado nueve noches
»pasaron, y por turno me guardaban,
»sin que jamas el fuego se apagase;
»que una hoguera en el pórtico espacioso
»de la alta cerca ardía, y en el átrio
»de mi cámara, enfrente de la puerta,
»otra ardía tambien. Cuando llegada
»fué la décima noche tenebrosa;
»de la cámara yo, rota la firme
»puerta, salí: y saltadas las paredes
»de la alta cerca ya sin que me vieran
»ni los que me guardaban ni las muchas
»esclavas de mi padre, de aquel suelo
»para siempre salí. Y atravesando
»de Hélade las llanuras espaciosas,
»llegué á la fértil Phtia y á la casa
»del Rey Peleo, y con afable rostro
»me recibió: y me amaba, como suele
»un padre cariñoso amar al hijo
»que siendo de su amor única prenda
»heredar debe su riqueza un dia.
»Y me colmó de bienes, y vasallos
»numerosos me dió, y en los confines
»de Phtia yo habitaba gobernando
»la nacion de los Dólopes. Aquíles!
»mira que soy el que de tí ha cuidado
»desde la infancia hasta la edad madura,
»amándote cual padre; y cariñoso
»tú pagabas mi amor. Jamas quisiste
»ir con otro á convites, ni en tu casa
»la comida gustar si yo primero,
»haciéndote sentar en mis rodillas,

»no dividia en trozos los manjares
»y te los daba con mi mano, y luego
»acercaba á tus labios la bebida:
»y muchas veces, de la misma boca
»volviendo el vino, me regaste el pecho
»y manchaste la túnica. Ah! yo mucho
»hasta salir de la niñez penosa
»sufrí contigo, y trabajé no poco,
»en la dulce esperanza de que un dia,
»ya que airados los Dioses me negaban
»sucesion, adoptándote por hijo,
»mi amparo y mi consuelo tú serias.
»Ceda á mi ruego tu altivez, Aquíles!
»Tener un corazon inexorable
»no te está bien: hasta los mismos Dioses,
»que tanto á los mortales aventajan
»en virtud, en honor, y en poderío,
»se dejan aplacar; y cuando el hombre
»por criminal error la ley olvida,
»su cólera desarma con el ruego,
»agradables aromas, tiernos votos,
»libaciones y víctimas. De Jove
»las Súplicas nacieron: y aunque tienen
»débil pie, faz rugosa, y corta vista;
»siempre los pasos á la Injuria siguen.
»Es la Injuria robusta y muy ligera
»de pies, y corre por el orbe entero
»y á todos se adelanta, y á los hombres
»daños terribles hace; pero vienen
»las Súplicas, y el daño que les hizo
»reparan aunque tarde. Al que piadoso
»á las hijas de Júpiter acata
»honor ellas conceden y riquezas

823 »con larga mano, y favorables oyen
»sus plegarias y votos. Mas, si alguno
»las desconoce, y ostinado cierra
»á su voz el oido; suben tristes
»al palacio de Jove, y le suplican
»que de la Injuria acompañado siempre
»viva el impío, é infeliz acabe
»de miserias cercado. Así tú, Aquíles,
»á las hijas de Júpiter no niegues
»el merecido honor que ya las dieron
»otros muchos valientes campeones.
»Si tan ricos presentes el Atrida
»no te ofreciese ahora y otros muchos
»para despues tambien no prometiera,
»y siempre pertinaz en sus rencores
»se mostrara; ni yo me atreveria
»á aconsejarte que depuesto el odio
»á socorrer salieras á los Griegos,
»aunque en mucho peligro se encontraran.
»Pero ya ves que numerosos dones
»te ofrece ahora y de valor no escaso
»otros promete, y á rogarte envia
»los primeros caudillos de la Grecia
»escogiendo entre todos los Aquivos
»los que te son mas caros; y no debes
»despreciar su valor y su facundia.
»Hasta ahora ninguno acusaria
»tu cólera de injusta: no es lo mismo
»desde este dia. Celebradas vemos
»de los antiguos héroes las hazañas;
»pero vemos tambien que si de alguno
»en ira mucha el corazon ardía,
»á las dádivas eran accesibles,

»y vencerse dejaban con el ruego. 856
»Acuérdome de un caso, no reciente
»sino bastante antiguo; y referirle
»quiero como pasó, pues sois vosotros
»todos amigos mios. Los Curetes
»y los bravos Etolos guerreaban,
»y con mútuo furor se destruian,
»de Calidon bajo los altos muros;
»su ciudad defendiendo los Etolos,
»la hermosa Calidon, y los Curetes
»entrarla á fuego y sangre deseando.
»Esta guerra les vino á los Etolos
»porque Dïana, la temible Diosa,
»altamente irritada contra Eneo
»estaba al ver que descuidado habia
»despues de alzar los frutos de la tierra
»ofrecer las primicias en sus aras.
»Regalábanse todas las deidades
»con hecatombes y á Dïana sola
»no ofreció el sacrificio acostumbrado,
»ó fuese por error ó por olvido;
»pero gran falta cometió, y funesta.
»Que ofendida Diana, hija de Jove,
»un formidable jabalí á los campos
»lanzó de los Etolos que terribles
»estragos hizo en la heredad de Eneo;
»porque altísimos árboles frutales,
»con el cortante cándido colmillo
»segando la raiz, echó por tierra
»cuando mostraban en la flor el fruto.
»Matóle Meleägro, hijo de Eneo,
»los perros y valientes cazadores
»de otras muchas ciudades ayuntando;

889 »y no con ménos gente hubiera sido
»vencido el jabalí: tan corpulento
»era, y á tantos á la triste pira
»hizo subir. Pero encendió Dïana
»entónces entre Etolos y Curetes
»la discordia y la guerra clamorosa,
»sobre quien llevaria la cabeza
»y la cerdosa piel. A los Curetes
»todo el tiempo que el fuerte Melëagro
»combatió abandonaba la victoria,
»y aunque mas numerosos no podian
»permanecer á vista de los muros;
»pero despues se apoderó del héroe
»la cólera que el pecho inflamar suele
»del mas cuerdo varon. Y con Altea
»su madre airado, pelear no quiso;
»y solitario en su mansion vivia
»con su esposa, la linda Clëopatra.
»De la hermosa Marpisa, hija de Eveno,
»Clëopatra nació, y era su padre
»Ídas, el campeon mas valeroso
»de todos los guerreros que existian
»sobre la tierra entónces; y tan bravo,
»que osó medir sus armas con Apolo
»por recobrar la esposa que á la fuerza
»aquel Dios le robó. Y á Clëopatra
»el sobrenombre de Alcïon sus padres
»pusieron, y por él la conocian
»miéntras estuvo en el hogar paterno,
»en memoria del llanto doloroso
»que Marpisa vertió cuando robada
»fué por el rubio Febo. Melëagro
»estaba, digo, al lado de su esposa

» devorando el dolor que le causara 922
» la imprecacion de su iracunda madre;
» que esta, muerto el hermano, contra el hijo
» pidió venganza á los eternos Dioses.
» Y era tal su furor que de la tierra
» asiendo con la mano, ó de rodillas
» é inundado de lágrimas el seno,
» á Pluton suplicaba y á la triste
» Proserpina que al hijo dieran muerte;
» y la Furia que vaga en las tinieblas,
» y tiene un corazon inexorable,
» su plegaria escuchó desde el averno.
» Dejando, pues, de combatir el héroe,
» bien pronto los Curetes se acercaron
» á las puertas con alta gritería
» y estrépito, y los gruesos torreones
» ya derribar querian. Los ancianos
» de los Etolos en aquel peligro
» á Meleägro humildes suplicaban,
» y escogidos varones enviaron
» de entre los Sacerdotes de los Dioses
» á rogarle que armado á la pelea
» saliese y alejara al enemigo.
» Y magníficos dones le ofrecian;
» á su arbitrio dejando que escogiera,
» donde era mas feraz y mas ameno
» de Calidon el campo, deliciosa
» dilatada heredad que se estendiese
» á cincuenta yugadas, de las cuales
» la mitad en viñedos consistiera
» y otra mitad en tierras labrantías.
» Y hasta el anciano venerable Eneo,
» entrando en el alcázar suntuoso,

» á la puerta del tálamo llamaba,
» y en dolorida voz al iracundo
» jóven rogaba que á lidiar saliese:
» y las hermanas, y la madre misma,
» tambien le suplicaron, y á los ruegos
» su rencor no cedia. Los amigos
» mas íntimos y caros sus plegarias
» añadieron en fin; pero entre todos
» el duro corazon de Meleägro
» ablandar no pudieron. Los Curetes,
» escalada la torre, del alcázar
» ya la sólida puerta en redoblados
» golpes rompieran, y con fuego ardiente
» la espaciosa ciudad se disponian
» á destruir. Entónces al esposo
» en femenil lamento Cleopatra
» tiernas súplicas hizo, enumerando
» cuantas calamidades y desdichas
» suceden á los hombres cuyo pueblo
» á viva fuerza el enemigo toma.
» *Matan á los varones*, le decia,
» *abrasa el fuego la ciudad*, y *esclavos*
» *se llevan á los niños y mugeres.*
» Al escuchar el héroe estas desgracias,
» se conmovió: y tomando su armadura
» salió al combate, y de la negra muerte
» á los suyos libró; pero indignados
» ellos al ver que á sus clamores sordo
» solo cediera del valor nativo
» al generoso impulso, no le dieron
» las muchas y opulentas posesiones
» que ofrecido le habian. Y tú ahora,
» amigo, no así pienses, ni en tu pecho

» igual rencor domine. Mayor daño 988
» habria aquí, si cuando ya estuviesen
» ardiendo los navíos tú salieras
» á defender la hueste. Sal, Aquíles,
» y los dones acepta, y los Aqueos
» te honrarán al igual de las Deidades:
» que si despues, sin que te ofrezcan dones,
» sales á pelear; iguales honras
» no te harán, aun habiéndolos salvado."
Respondió Aquíles "Respetable Fénix,
» segundo padre mio! Esos honores
» yo no ambiciono: envanecerme puedo
» de que seré vengado por la mano
» de Jove, y en las naves de la Grecia
» respetado tambien mientras me dure
» el aliento vital dentro del pecho
» y el suelo pise con ligera planta.
» Y ahora yo te digo, y no se borre
» de tu memoria, que lloroso y triste
» no enternecer mi corazon procures
» en favor del Atrida: no conviene
» que por amarle tu yo te aborrezca
» cuando me eres tan caro; y deberias
» tú con odio mirar al que me ofende.
» De este modo serás un igual mio
» en el honor y mando. Mi respuesta
» Ayax y Ulíses llevarán; tú pasa
» aquí la noche en regalado lecho:
» y así que empiece á clarear el dia,
» consultarémos si volver á Grecia
» debemos, ó quedar en esta playa."
Así Aquíles decia, y á Patroclo
hizo señal de que mullido lecho

1021 á Fénix dispusieran las esclavas,
para que así los otros enviados
se retirasen. Advirtió la seña
Ayax de Telamon, y á Ulíses dijo.
"Vamos, Ulíses, ya: que con discursos
» nada conseguirémos, y conviene
» ir á dar la respuesta á los Aquivos
» aunque grata no sea; que impacientes
» esperándola estan. Abriga Aquíles
» dentro su pecho corazon de fiera;
» pues de sus camaradas, ostinado,
» ni la amistad respeta, ni se cura
» de que siempre nosotros en las naves
» acatado le habemos sobre todos.
» Desapiadado! Hay hombre que recibe
» por la muerte del hijo, ó del hermano,
» el convenido precio, y permanece
» en la ciudad el matador tranquilo
» satisfecha la multa cuantïosa;
» y su cólera calma y de la injuria
» se olvida el que la multa ha recibido;
» pero á tí las deidades infundieron
» dentro del corazon alma inflexible
» y dura. Estás colérico y furioso
» porque una sola esclava te quitaron;
» y ya siete, de todas las mas bellas,
» te ofrece Agamenon y de alto precio
» muchas alhajas. Tu rencor ya cese:
» y el hospedage y la amistad respeta;
» que entre todos los Griegos elegidos
» estamos en tu tienda, y cual ninguno
» de los otros Aquivos ser queremos
» tus amigos mas fieles y mas caros."

Respondió Aquíles "Campeon valiente, 1054
» Ayax de Telamon, alto caudillo!
» No negaré que al corazon agrada
» lo que dijiste ahora; pero mucho
» en cólera mi pecho se enardece
» cuando me acuerdo de la atroz injuria
» que me hizo Agamenon, como si fuera
» yo el villano mas ruin. Volved vosotros,
» y decid mi respuesta á los Aquivos;
» y es que jamas á las sangrientas lides
» yo volveré hasta que Héctor á las tiendas
» llegue de los Mirmídones y naves
» matando Griegos, y á quemar empiece
» las otras naos. De la tienda mia
» y mi navio cuando yo esté cerca;
» por mas que embista furibundo, espero
» que se abstendrá de pelear conmigo."
Dijo: y tomando la redonda copa
la libacion hicieron los legados,
y á sus tiendas y naves se volvieron
guiados por Ulíses: y Patroclo
á los donceles dijo y las esclavas
que á Fénix prontamente aderezasen
mullida y blanda cama. Obedecieron:
y de ovejas tendidas muchas pieles
y de lino finísimas cubiertas,
y un tapete de púrpura, el anciano
allí esperó que con su luz al orbe
iluminase la divina aurora.
Tambien Aquíles, en la mas secreta
parte del pabellon, subió en su lecho:
y su lado ocupaba una cautiva
que de Lésbos trajera, la graciosa

1087 Dïomeda, nacida de Forbante.
Con Patroclo tambien estaba Ifisa;
hermosa jóven que le diera Aquíles
cuando á Sciros tomó, ciudad murada
por el Rey Enïeo defendida.

Cuando aquellos llegaron á la tienda
de Agamenon; los otros capitanes,
levantándose todos de sus sillas,
en áureas copas delicioso vino
les presentaron. Y preguntas varias
haciéndoles, de todos el primero
Agamenon solícito inquiria
lo que Aquíles hubiese respondido.

«Explícate (decia) noble Ulíses,
» honor de Grecia! ¿De las naves quiere
» alejar el incendio, ú ostinado
» se niega, y en su pecho generoso
» aun la funesta cólera domina?

Y Ulíses dijo al adalid supremo:
«Atrida gloriöso, de las tropas
» alto caudillo, Agamenon! No quiere
» el agravio olvidar, y cada dia
» mas en ira se inflama. Te desprecia
» á tí y á tus regalos; y nos dijo
» que deliberes tú con los Aqueos,
» y veas de salvar las otras naves
» y la hueste de Grecia: y amenaza
» nos hizo de que apénas se descubra
» la aurora, al mar arrastrará sus naos.
» Y añade que á los otros el consejo
» diera tambien de que á la mar se entreguen
» y vuelvan á su patria, pues la ruina
» ya no verán de la soberbia Troya;

» que Jove con su diestra la defiende,
» y valor en sus tropas ha infundido.
» Esta respuesta dió: y aquí presentes
» están, para decir si yo te engaño,
» estos tres que conmigo se vinieron,
» Ayax y los heraldos venerables.
» Fénix de Aquíles se quedó en la tienda,
» y allí reposará; que así lo quiso
» el hijo de Peleo: y para Phtia
» tambien saldrá mañana, si le place:
» que él no le llevará, si lo rehusa."
Así dijo y quedaron en silencio
todos sin responder, y consternados
al escuchar tan áspera respuesta.
Y largo tiempo tristes y abatidos,
y sin hablar, los Reyes estuvieron;
hasta que al fin el bravo Dïomédes
el silencio rompió, diciendo airado:
"Ojalá Agamenon, que nunca hubieras
» rogado al hijo fuerte de Peleo,
» dádivas ofreciéndole preciosas.
» Él de su natural es orgulloso,
» y ahora su altivez has aumentado.
» No ya mas de él hablemos; que se vaya,
» ó que se quede. Á la batalla un dia
» él tornará cuando el valor nativo
» su pecho inflame, ó la Deidad le envie.
» Haced ahora lo que yo dijere,
» y mi ejemplo seguid. Al dulce sueño
» os entregad, las fuerzas reparadas
» ya con el alimento y la bebida:
» y cuando empiece á clarear la aurora,
» delante de las naos tú reune

1153 »soldados y caudillos y á la gente
»anima á pelear, y tú el primero
»combate entre los fuertes campeones."
Dijo: y los otros Reyes aplaudian,
el discurso admirando del fogoso
Diomédes. Y á sus tiendas todos ellos
hecha la libacion se encaminaron,
y en el lecho de mano de los Dioses
1161 el alto don del sueño recibieron.

LIBRO DÉCIMO.

Los otros capitanes de los Dánaos
dentro sus tiendas al poder rendidos
del sueño delicioso aquella noche
descansaron, y solo el infelice
Agamenon del plácido reposo
no disfrutó; que inquieto revolvia
muchos tristes cuidados en su mente.
Cual, si el esposo de la bella Juno
enviar quiere la copiosa lluvia,
ó el granizo, ó la nieve que los campos
todos blanquea, ó en alguna parte
abrir medita la espantable boca
de cruda guerra, en repetidos fuegos
el relámpago brilla; tan frecuentes
Agamenon, inquieto y desvelado,
suspiros arrancaba dolorosos
del corazon, y sus entrañas todas
trémulas en el cuerpo palpitaban.
Si los ojos volvia á la llanura,
se acobardaba las hogueras viendo
que numerosas en el campo ardian
delante de los muros, y de flautas
al escuchar y dulces caramillos
la resonante voz y el ruido sordo
que hacian los Troyanos. Si á las naves
miraba y á la hueste de los Griegos;
los cabellos furioso se arrancaba,
á Júpiter que mora en las alturas
vuelta la vista; y en gemido triste
el corazon valiente suspiraba.

31 Y algun alivio á su dolor buscando
ir á la tienda resolvió de Néstor,
para ver si un consejo saludable
este le daba que salvar pudiese
á todos los Aquivos. En el lecho
se incorporó, y la túnica se puso:
y ajustando á los pies ricas sandalias;
se cubrió con la piel, en sangre tinta,
de un tostado leon y corpulento
que del cuello al tobillo le llegaba
y su lanza empuñó. No ménos triste
estaba Menelao, y en sus ojos
no se asentaba el sueño; porque mucho
temia que los Griegos pereciesen
despues que por vengarle atravesaran
tan dilatado mar, y á los Troyanos
movido habian tan terrible guerra.
De un lëopardo con la piel manchada
cubrió los anchos hombros: y poniendo
en la cabeza el morrion de bronce
tomó la pica en la robusta mano,
y á dispertar se encaminó al potente
Agamenon porque de todos era
el primer adalid, y los Aquivos
cual si fuese deidad le veneraban.
Y cerca de la proa de su nave
le encontró, cuando ya su reluciente
armadura tomaba. Su venida
grata al hermano fué: y así el primero
dijo el menor en agitadas voces.
¿ "Por qué tú, dulce hermano, y á estas horas
» tomas las armas? Persuadir intentas
» á alguno de los fuertes campeones

» á que de explorador al campo vaya 64
» de los Troyanos? Mucho el alma teme
» que nadie ha de admitir el peligroso
» encargo de observar al enemigo,
» solo, y en el silencio de la noche:
» y valeroso el corazon tendria
» el que lo hiciese." Agamenon le dijo.
"Menelao! los dos buscar debemos
» algun prudente arbitrio que á las naves
» y á los Griegos liberte de la llama;
» pues la mente de Jove se ha mudado,
» y mas gratos le son los sacrificios
» de Héctor. Jamas yo ví, ni de la boca
» de otro escuché, que nunca un hombre solo
» tales prodigios de valor hiciera
» en sola una batalla cuales Héctor
» hizo en la de este dia, por la mano
» de Jove protegido aunque no sea
» nacido, ni de un Dios, ni de una Diosa.
» Grandes fueron sus bélicas hazañas,
» y de ellas largo tiempo los Aquivos
» se acordarán, y mucho: tal estrago
» en ellos hizo. Pero tú á las naves
» de Ayax de Telamon é Idomeneo
» rápido vuela, y á tu voz dispierten;
» que yo de Néstor á la tienda ahora
» voy, y le rogaré que se levante
» y que vayamos á la puerta juntos
» donde está de escogidos campeones
» el escuadron de guardia, y á la empresa
» él los animará. De ningun otro
» fueran mas obedientes al mandato;
» que su hijo Trasimédes y el amigo

97 »del Rey Idomeneo, Meriónes,
»gefes son de la guardia." Menelao
replicó todavia. "Y cuando hubieren
»dispertado á mi voz, y se levanten;
»¿qué deberé yo hacer? ¿Iré con ellos
»al escuadron de guardia, y allí mismo
»he de permanecer hasta que vayas,
»ó volveré á buscarte así que hubiere
»tu voluntad á aquellos anunciado?
Díjole Agamenon. "Allí me espera;
»no acaso nos perdamos uno y otro
»entre las muchas calles que dividen
»el vasto campamento. Cuando llegues;
»alza la voz y di que se levanten
»á cada uno llamando por el nombre
»de su padre y familia, y cariñoso
»á todos habla. La grandeza olvida:
»hasta nosotros trabajar debemos;
»que á nosotros tambien cuando nacimos
»condenó Jove á padecer desgracias."
Con estas voces despidió al hermano
despues de repetirle cuidadoso
lo que ántes le encargára, y á la tienda
se encaminó del venerable Néstor.
Y al acercarse vió que descuidado,
dentro del pabellon junto á su nave
en blando lecho, al parecer, dormia,
teniendo al lado diferentes armas:
el escudo, dos picas, el luciente
yelmo, y el cinto de labor preciosa
con que el anciano el cuerpo se ceñia
cuando para los hórridos combates
se armaba acaudillando sus legiones;

pues ni gozar de la exencion queria
que ya la triste senectud le daba.
Sintió Néstor el ruido: y apoyado
sobre el codo y alzando la cabeza,
le preguntó cuando le vió acercarse:
"Quien eres, tú que en tenebrosa noche
» cuando descansan los mortales todos,
» solo, así, por las tiendas y las naos
» discurres? ¿A llamar algun caudillo
» acaso vas de los que están en vela,
» ó buscas á un amigo? Habla, y mudo
» no te acerques á mí, ¿Qué es lo que quieres?
Respondió Agamenon. "Prudente anciano,
» honra de los Aquivos! Reconoce
» al infeliz Agamenon de Atreo
» á quien Júpiter hizo desdichado
» sobre todo mortal, miéntras respire
» aura vital mi pecho y mover pueda
» en fácil giro la robusta planta.
» Errante, cual me ves, recorro el campo,
» ni el dulce sueño se asentó en mis ojos;
» que mucho de la guerra y de los males
» me curo de los Dánaos, y por ellos
» grande tengo temor. Ni, cual solia,
» hay valor en el ánimo: turbada
» la mente está, y el corazon del pecho
» salirse quiere, y las rodillas tiemblan.
» Pero si tú, que sin dormir ahora
» tambien estás, en la cuidosa mente
» algun proyecto agitas; vamos juntos
» adonde estan las centinelas puestas,
» á ver si fatigadas del combate,
» ó del sueño vencidas, se durmieron

163 »y de la vigilancia se olvidaron:
»que acampados están los enemigos
»cerca de aquí, y nosotros no sabemos
»si á favor de la noche acaso intentan
»de nuevo acometer." Dijo el anciano.
"Glorioso Agamenon! de los Aquivos
»poderoso adalid! no ya tu pienses
»que todos sus proyectos y esperanzas
»á Héctor ha de cumplir el padre Jove;
»ántes espero que mayor su cuita
»mucho será, si el valeroso Aquíles
»de la funesta cólera apartare
»su corazon. Yo seguiré tus pasos
»y harémos levantar á otros caudillos:
»á Diomédes, á Ulíses, al famoso
»Ayax de Oileo, y al ardido Méges.
»Y si alguno tambien aquí llamase
»á Ayax de Telamon y á Idomeneo;
»que sus naves las últimas de todas
»y alejadas están...... Aunque te enojes
»tú conmigo tal vez, y aunque me sea
»tan caro y respetable Menelao;
»yo le reprenderé, sin ocultarle
»nada de lo que pienso. ¿Así reposa,
»y á tí solo reserva este cuidado,
»cuando él debiera á los caudillos todos
»ir á llamar para que allí acudiesen?
»El peligro en que estamos es terrible.
Respondió Agamenon. "En otro tiempo,
»ilustre anciano, te rogué yo mismo
»que con áspera voz le reprendieras;
»porque á veces se muestra desidioso,
»y entregarse rehusa á la fatiga.

» Y no por flojedad, ó porque sea 196
» él ignorante; por respeto mio,
» y esperando á que yo la lid comience.
» Mas esta noche abandonó su lecho
» ántes que yo y á dispertarme vino,
» y á llamar le envié los capitanes
» que tú deseas. Pero vamos pronto,
» y ya tal vez delante de la puerta
» donde la guardia está los hallarémos;
» que allí le mandé yo que se juntaran."
Y Néstor replicó. "Si es como dices;
» nadie le culpará de los Aquivos,
» ni será inobediente á su mandato."
Esto dicho, la túnica se puso
y á los pies ajustó ricas sandalias;
y al cuerpo se abrochó la vestidura
de púrpura, que doble y anchurosa,
y afelpada, del fresco de la noche
le defendiese, y empuñó su pica.
Y por las naves ambos caminaban
de los Aquivos, y el primero á Ulíses
dispertó Néstor con su voz. Apénas
en sus oidos resonó el acento,
salió del pabellon, y les decia.
"¿Como así por las tiendas y las naves
» solos vagais en la callada noche?
» ¿En qué grande peligro nos hallamos?"
Néstor le respondió. "Sagaz Ulíses!
» No admires la venida: tan profundo
» es el dolor que á todos los Aqueos
» oprime el corazon. Sigue mis pasos,
» para que dispertemos á algun otro
» con quien tratar podamos si conviene

229 »en la fuga pensar, ó en la batalla."
Así Néstor habló: y entrando Ulíses
en su tienda, el escudo de los hombros
colgó y con ellos caminó adelante:
y al pabellon venidos de Diomédes
á la puerta durmiendo le encontraron,
vestida la armadura. Sus guerreros
en derredor yacian, la cabeza
en los escudos apoyando y fijo
el regaton en tierra de sus lanzas;
y la acerada punta relucia
á lo léjos, cual brilla esplendoroso
relámpago de Júpiter. El héroe
dormido estaba aün sobre la dura
piel de un novillo montaraz, teniendo
por cabecera espléndido tapete.
Y acercándose Néstor, con la punta
del pie le hirió: y á sacudir el sueño
obligándole, en ásperas razones
le decia. "Despierta, Dïomédes!
»¿Cómo en tan larga noche todavía
»así gozas del sueño delicioso?
»¿No adviertes como están en la llanura
»los Teucros acampados, de las naves
»á la vista? Pequeña es la distancia
»que nos divide." Al escuchar sus voces
Dïomédes alzóse de su lecho,
y así le dijo sonriyendo alegre.
"Eres infatigable, y siempre activo
»de trabajar no cesas. ¿No hay acaso
»entre los hijos de los Griegos otros,
»mas jóvenes que tú, que por las tiendas
»corriendo vayan á llamar los Reyes?

»Anciano! es visto que de tí ninguno 262
»recabar puede que el descanso busques."
Y Néstor respondió. "Verdad dijiste.
»Hijos tengo valientes y soldados
»numerosos, y de ellos bien podria
»cualquiera los bajeles recorriendo
»convocar á los Reyes; mas ahora
»es terrible el peligro en que los Dánaos
»se ven, y á todos el instante llega
»que de su triste muerte ó de su vida
»el árbitro será. Ve, y el mas mozo
»de los Ayax y el hijo de Fileo
»despierten á tu voz; pues eres jóven,
»y de mi ancianidad te compadeces."
Entretanto ya el hijo de Tideo
sus anchos hombros con la piel cubria
de un tostado leon y corpulento
que del cuello al tobillo le llegaba;
y su lanza tomando encaminóse
en busca de los héroes, y seguido
de ambos volvió donde esperaba Néstor.
Cuando todos llegaron al parage
en que estaban los guardias reunidos,
no entregados al sueño y al reposo
á los fuertes caudillos encontraron;
que en vela estaban todos, y con armas.
Como dentro el redil los fieles perros
en inquietud custodian el ganado,
si oyeron las pisadas de la fiera
que atravesando el bosque silenciosa
baja del monte; y mucha gritería
comienza de pastores y de perros,
y ya no hay mas dormir: así á los gefes

el sueño de los párpados huyera;
y aunque tristes, velaban cuidadosos
en tan funesta noche, y siempre estaban
de cara á la llanura por si oian
las pisadas y el ruido de los Teucros
que al muro se acercasen. El anciano
al verlos se alegró, y estas razones
para mas alentarlos les decia.
"Hijos mios! así, velad cuidosos,
» no acaso nos sorprenda el enemigo
» y en su triunfo se goce." Al decir esto
ya el foso atravesaba, y le seguian
los Príncipes aquivos que llamados
para el consejo fueran. Merïónes
siguió despues, y el hijo valeroso
de Néstor; que ellos mismos les rogaron
que tambien su dictámen propusiesen.
Pasado el ancho foso y la estacada
en el mismo parage se asentaron,
ni de purpúrea sangre enrojecido
ni con tristes cadáveres impuro,
desde el cual Héctor con su gente toda,
hecho tanto destrozo en los Aqueos,
retrocediera cuando ya la noche
le cubrió en derredor. Y allí sentados,
en inciertos coloquios alternaban;
hasta que Néstor les habló, y les dijo.
"Amigos! ¿No habrá alguno que fiado
» en su fuerza y valor, audaz penetre
» en el campo enemigo por si logra
» vivo coger alguno de los Teucros
» que encuentre de los otros separado,
» ó ya escuchar lo que entre sí consultan

»y tuvieren resuelto: si acamparse 328
»léjos de Troya, y cerca de las naos;
»ó á la ciudad volver, ya que vencieron
»á los Aquivos? Si á entenderlo llega,
»é ileso vuelve á nuestra vista; mucha
»siempre su gloria entre los hombres todos
»será que habitan bajo el ancho cielo,
»y alta será tambien la recompensa.
»Cuantos son los caudillos de las naves
»hermosa oveja le darán, fecunda
»y negra, que criando un corderillo
»aun esté, y un rebaño semejante
»ninguno habrá tenido; y de los Reyes
»á los convites siempre y los festines
»asistirá." El anciano así decia,
y todos á su voz enmudecieron;
pero al fin animoso Dïomédes
rompió el silencio, y al anciano dijo.
"Néstor! mi corazon y mi ardimiento
»á penetrar me animan en el campo
»del enemigo que tenemos cerca;
»pero si otro caudillo me siguiese,
»mayor seguridad y confianza
»tener pudiera. Cuando dos se juntan
»lo que el uno no ve previene el otro,
»y se hace lo mejor; cuando la empresa
»acomete uno solo, aunque conozca
»lo que conviene hacer no se resuelve
»tan pronto, y mucho su razon vacila."
Al escuchar su voz, á acompañarle
ya muchos se ofrecian. Los primeros
los dos Ayaces, de Mavorte alumnos,
segundo Merïónes, y entre todos

361 el que mas este honor ambicionaba
era el hijo de Néstor. Ofrecióse
Menelao tambien, y el fuerte Ulíses
prometia animoso en los Reales
entrar de los Troyanos; porque siempre
dentro su pecho el corazon ardido
peligrosas empresas deseaba.
Y largo tiempo hubieran altercado
sobre quien preferido ser debia;
si Agamenon, para evitar querellas,
no hubiese dicho al hijo de Tideo.
"Caro á mi corazon! tú mismo elije
» por compañero al que te fuere grato;
» y pues seguirte solicitan muchos,
» al que entre todos los presentes sea
» el mas aventajado. Y por respeto
» no al mas valiente dejes; ni al linage
» mirando y al poder tú por vergüenza
» mal compañero elijas, aunque fuese
» un Rey mas poderoso el desechado."
Así decia, y recelaba mucho
que en Menelao la eleccion cayera;
pero Diomédes respondió, y le dijo.
"Si quieres que yo elija compañero
» ¿cómo puedo olvidar al sabio Ulíses
» cuyo valiente corazon fogoso
» á toda empresa peligrosa siempre
» está dispuesto, y á quien ama tanto
» Minerva? Si esta noche me acompaña,
» de enmedio de la llama abrasadora
» saldrémos sin lesion y volverémos;
» que á todo superior es su prudencia."
Ulíses respondió. "No en demasía

» ensalzarme pretendas, ni tampoco 394
» me vituperes, hijo de Tideo:
» hablas ante los Príncipes aquivos,
» que me conocen. Caminemos pronto;
» porque ya está la noche adelantada,
» y se acerca la aurora. Ya los astros
» han caminado mucho, y de la noche
» lo mas está pasado; que dos partes
» son ya corridas, la tercera falta."
Esto dicho, los dos se revistieron
de formidables armas. A Diomédes,
que al venir se dejó dentro la tienda
su espada, Trasimédes generoso
otra dió de dos filos y un escudo,
y un morrïon le puso en la cabeza
hecho de piel de toro, sin penacho
ni cimera.—Los rústicos los llaman
cascos de monte, y en la caza suelen
de ellos usar los jóvenes.—A Ulíses
arco, flechero, espada, Merïónes
dió tambien, y le puso en la cabeza
un yelmo con las pieles fabricado
de un jabalí. Por dentro revestido
todo estaba con sólidas correas,
y por defuera aün los blancos dientes
del animal tenia al duro casco
bien ajustados, y un mechon de cerda
en la mas alta parte se veia.—
Este morrion hurtara en tiempo antiguo,
la pared horadando poderosa
de la casa, á Amintor, hijo de Ormeno,
en Eleone Autólico; y á Scandia
llegado, á Anfidamante de Citera

427 se le cedió, y Anfidamante á Molo
en Creta se le dió para que fuese
prenda del hospedage; y luego Molo
á su hijo Meriónes, en la guerra
para que de él usáse; pero Ulíses
con él entónces se cubrió.—Vestidas
ya las terribles armas se alejaron
de los otros caudillos, y Minerva
les envió por la derecha mano
una garza que cerca del camino
pasó volando, y verla con sus ojos
en noche tan oscura no podian;
mas el graznido oyeron: y al oirle
regocijado el hijo de Laértes,
en silenciosa voz dijo á la Diosa.
"Hija de Jove! mi plegaria escucha.
» Tú, que siempre me asistes y me amparas
» en todos los peligros y que sabes
» mis pasos todos, me protege ahora
» mas que nunca, ó Minerva; y á las naos
» da que volvamos con honor y gloria,
» hecha una grande hazaña que á los Teucros
» angustie el corazon." Luego Diomédes
en estas voces suplicó á la Diosa.
"A mí tambien me escucha, hija de Jove,
» poderosa Deidad! Tú me acompaña,
» como ya en otro tiempo acompañaste
» á mi padre Tideo cuando á Tébas
» embajador marchó de los Aquivos
» que estaban acampados á la orilla
» del Asopo, á llevar á los Cadmeos
» la palabra de paz. Fué, y á la vuelta
» muchas hazañas admirables hizo

» con tu favor, ó Diosa; que benigna
» tú le amparabas. A mi lado ahora
» tambien asiste, y me defiende: y grato
» sobre tus aras luego una ternera
» de un año, ancha de frente, no domada,
» y no sujeta al yugo todavía,
» ofreceré, con oro derretido
» ántes dorando en derredor sus astas."

Así los dos rogaron, y Minerva
sus votos escuchó. Luego que hubieron
á la hija del gran Jove suplicado,
en medio las tinieblas de la noche
cual dos leones fieros caminaban
por entre los cadáveres y arneses,
y la purpúrea sangre. Ni tampoco
Héctor á los Troyanos permitia
dormir; que á junta los caudillos todos,
cuantos Príncipes eran y adalides,
habiendo convocado, su deseo
en secreta consulta les expuso.

"¿Habrá alguno (decia) que prometa
» por un gran premio acometer la grande
» empresa que diré? Merced sobrada
» á animarle será la que le ofrezco.
» Un carro le daré con dos caballos
» de gallarda cerviz, y los mejores
» que tengan en sus naves los Aqueos.
» Esta será la recompensa, amigos,
» ademas de la gloria que adquiriere,
» del que se atreva en las aquivas naves
» á penetrar y ver si las custodian
» como hasta aquí: ó si ya, por nuestro brazo
» vencidos, en consejo deliberan

493 » sobre ponerse en fuga; y del terrible
» combate fatigados, ya no quieren
» esta noche velar." Así decia
Héctor: y todos en silencio triste
quedaron, sin que nadie se ofreciera.
Hubo entre los Troyanos un guerrero
que Dolon se llamaba.—Era nacido
de Eumédes el heraldo, y en precioso
oro abundaba y cobre. De presencia
ignoble, pero mucho aventajado
en la carrera; y entre cinco hermanas,
el único varon de su familia.—
Y este fué el que á los Próceres de Troya
y á Héctor se presentó, y así le dijo.
"Héctor! mi corazon y valentia
» me animan á marchar á los bajeles
» de los Aqueos, y explorar su campo.
» Pero tú, alzando el poderoso cetro,
» jura que me darás los dos bridones
» y el carro con metales guarnecido
» del hijo valeroso de Peleo:
» y espero ser explorador no inútil,
» ni frustrada será la confianza
» que en mí pusieres. En el campo griego
» tanto penetraré, que hasta la nao
» he de llegar de Agamenon; que en ella
» á estas horas tal vez los capitanes
» deliberando están sobre si deben
» entregarse á la fuga, ó dar batalla."
Esto dijo Dolon: y Héctor, alzando
el cetro, así juró. "Sea testigo
» del juramento Júpiter tonante,
» el esposo de Juno. Esos bridones

» á ningun otro campeon troyano 526
» llevarán, sino á tí; que para siempre
» con ellos te honrarás." Así decia;
y aunque en vano juraba nuevos brios
á Dolon infundió, que diligente
colgó del hombro el arco. Las espaldas
con ancha piel de pelicano lobo
cubrió despues, y en la cabeza puso
un morrïon con pieles de garduña
fabricado. Y cogiendo una azagaya,
desde el Real troyano á los navíos
se encaminó; de donde el infelice
no debia volver, ni la respuesta
á Héctor llevar que prometido habia.
Luego que del recinto de los carros
y de sus tropas se alejó, animoso
el camino seguia; pero Ulíses
las pisadas sintió, y á Dïomédes
dijo en sumisa voz. "Este guerrero
» viene sin duda del Real troyano;
» no sé si explorador á nuestras naves,
» ó á despojar alguno de los muertos.
» Dejémosle que se adelante un poco
» por la llanura; que despues, saltando
» sobre él con ligereza, fácilmente
» vivo le cogerémos. Si alcanzarle,
» por su mucho correr, no conseguimos;
» siempre tú con la pica le amenaza
» y obligale á marchar hácia las naves,
» para que ni á su campo volver pueda
» ni en la ciudad salvarse con la fuga."
Así Ulíses habló con Dïomédes:
y fuera del camino entre los muertos

559 se ocultaron los dos, é inadvertido
Dolon pasó adelante. Cuando estuvo
á la distancia á que extenderse suelen
los surcos de las mulas (que mejores
son que los bueyes con el corvo arado
para romper la endurecida tierra
de arcillosos novales) á su espalda
ambos corrian. Pero habiendo oido
él las pisadas, se paró creyendo
que alguno de los suyos á llamarle
vendria y á decirle que volviese
á su rancho, porque Héctor no queria
que mas se adelantase. Cuando á tiro
estaban ya de lanza, ó algo ménos;
conoció que eran tropas enemigas,
y sus ágiles piés para la fuga
á mover empezó; pero en su alcance
iban los dos corriendo. Como suelen
dos galgos corredores los agudos
colmillos enseñando si la caza
sintieron perseguirla, ya cervato
ya liebre sea, por el bosque umbrío,
y el tímido animal corre anheloso:
así Diomédes y el sagaz Ulíses,
despues que de los suyos le cortaron,
á Dolon perseguian sin dejarle
tiempo de respirar. Cuando ya estaba,
huyendo hácia las naves, muy cercano
al escuadron de guardia; mas ligeros
Pálas hizo los piés de Dïomédes
para que ningun otro de los Dánaos
gloriarse pudiera de haber sido
el primero en herirle, y él llegase

segundo ya. La formidable lanza 566
blandiendo, pues, le amenazó, y le dijo.
"O te para, ó lanzándote la pica
» te alcanzaré con ella, y largo tiempo
» no tardarás en recibir la muerte
» de mi mano." Diomédes así dijo,
y su lanza arrojó; pero de intento
erró el tiro: y pasando por encima
del hombro izquierdo, se clavó en la tierra
la poderosa lanza. El infelice
se llenó de terror: y la corrida
suspendiendo, la barba le temblaba,
los dientes le crugian, y del miedo
pálido se tornó. Los dos Aquivos,
que anhelantes corrian, le alcanzaron
y con la mano asieron; y él, ardientes
lágrimas derramando, así decia.
"Vivo me cautivad; de rescatarme
» yo cuidaré despues. Hay en mi casa
» bronce y oro, y de hierro fabricado
» mucha abundancia; y os dará mi padre
» lo que pidais vosotros, si entendiere
» que vivo estoy en las aquivas naos."
Díjole entónces el sagaz Ulíses.
"No temas, ni la imágen de la muerte
» á tu ánimo se ofrezca. Dime ahora....
» y en todo la verdad fiel me responde.
» ¿Adónde así, tan léjos de tu campo,
» solo, y hácia las naves, te encaminas
» en medio de las sombras de la noche
» cuando reposan los mortales todos?
» ¿Ibas á despojar algun cadáver?
» ¿Es Héctor quien te envía á que averigües

» lo que se dice y hace en nuestro campo,
» ó tu mismo valor te lo aconseja?"
Respondióle Dolon, y las rodillas
le temblaban. "Es Héctor quien con muchas
» súplicas y promesas me ha sacado
» fuera de mi razon. Me ha prometido
» darme los hermosísimos bridones
» del hijo valeroso de Peleo,
» y su carro en labores variadas
» de lucientes metales guarnecido.
» Y me encargó que entre la oscura sombra
» de la noche, que rápida se aleja,
» al campo de los Griegos me acercara
» y viera si custodian los bajeles
» como lo han de costumbre; ó si vencidos
» en la pelea, de ponerse en fuga
» tratando estaban; ni velar querian
» ya esta noche, rendidos al cansancio."
Al escucharle sonriyóse Ulíses,
y en tono burlador así le dijo.
"Grande es el galardon que tú esperabas
» recibir: los caballos nada ménos
» que la carroza tiran del valiente
» nieto de Eaco y que mortal ninguno
» domeñar puede, ó cabalgar en ellos,
» sino Aquíles, el hijo de la Diosa.
» Pero dime tambien, y me refiere
» la verdad toda. Cuando aquí viniste
» ¿ dónde á Héctor dejaste el animoso?
» ¿dónde tiene sus armas y su carro?
» ¿en dónde sus bridones? De los otros
» guerreros ¿dónde están las atalayas?
» ¿dónde los ranchos? Y tambien me cuenta

» lo que entre sí consulten. ¿Se proponen 658
» aquí permanecer, léjos de Troya
» y cerca de las naves; ó volverse
» á la ciudad, habiendo ya vencido
» á los Aqueos?" — "La verdad desnuda
(dijo Dolon) escucharás, Ulíses!
» Héctor, de los caudillos rodeado
» que asisten al consejo y del bullicio
» distante de la tropa, hácia el sepulcro
» del antiguo Rey Ilo les consulta
» sobre lo que ha de hacer. Las atalayas
» que me preguntas, héroe, no hay ninguna
» señalada que guarde el campamento
» y vigilante ronde. Los Troyanos
» en torno á las hogueras numerosas,
» como mas obligados, esta noche
» sin dormir pasan, y á velar cuidosos
» se animan entre sí: los auxiliares,
» que de lejanas tierras han venido,
» todos en sueño yacen, y á los Teucros
» la guardia de los Reales confiaron;
» pues ellos ni aquí tienen sus esposas,
» ni sus hijuelos." Y el sagaz Ulíses
le preguntó tambien. "¿Y confundidos
» con los Teucros están; ó por naciones
» divididos, acampan separados?"
Respondióle Dolon. "Cuanto preguntas
» yo te diré, sin ocultarte nada.
» Los Carios hácia el mar, y los Peonios,
» y Lélegas, Caucones y Pelasgos,
» acampados están: tocó por suerte
» á los Licios y Misios valerosos,
» y á los Frigios ginetes, y á los claros

691 »hijos de la Meonia, hácia la parte
»de Timbra hacer sus ranchos. Mas ahora,
»¿á qué fin estas cosas me preguntas?
»Si en el Real quereis de los Troyanos
»penetrar; á esta parte, los postreros
»de todos y del resto divididos
»del ejército, están los fuertes Tracios
»que acaban de llegar. Su Rey es Reso
»de Eyoneo nacido, y sus bridones
»hermosísimos son y de gran talla.
»Yo los he visto: y á la nieve mucho
»exceden en blancura, y á los vientos
»en el correr igualan. Guarnecido
»con chapas de oro y plata reluciente,
»en hermosa labor, está su carro:
»es de oro la armadura y de gran peso,
»y á la vista admirable. Tales armas
»á un mortal no convienen; deberian
»las Deidades usarlas. A mí ahora
»á las naves llevadme; ó aquí mismo
»dejadme atado en fuerte ligadura,
»hasta que hubiereis vuelto y comprobado
»si lo que yo os he dicho es verdadero."
Con torva faz mirándole ceñudo,
Dïomédes le dijo. "No tú esperes
»ya mas tiempo vivir aunque noticias
»nos acabas de dar tan importantes,
»una vez que en mis manos has caido.
»Si libre te dejásemos ahora;
»ó haciéndote cautivo, por rescate
»la libertad cobraras algun dia;
»á las naves vinieras de los Griegos
»otra vez á espiar, ó hacernos guerra;

» pero si yo te paso con mi lanza, 724
» no ya mas dañarás á los Aquivos."
Dijo, y el triste la robusta mano
tendia ya para rogar humilde
á Diomédes, asiéndole la barba;
pero el Aquivo, la cuchilla alzando,
le dividió del cuello la cabeza
cortándole á cercen ambos tendones
cuando la voz articular queria;
y en la arena cayó. Le despojaron
del morrïon y de la piel de lobo,
del arco y la azagaya. Y reuniendo
Ulíses los despojos en su mano,
los ofreció á Minerva que preside
á los saqueos, y en humildes voces
así la suplicaba. "Acepta, Diosa,
» estos despojos: la primera siempre
» los dos te invocarémos entre todos
» los Dioses del Olimpo. Ahora guia
» los pasos de los dos hácia el parage
» en que de Tracia están los campeones."
Así dijo: y en alto levantadas,
de un tamariz las suspendió. Y cogiendo
flexibles cañas y frondosos ramos
del tamariz, y haciendo un hacecillo;
en señal le dejó porque á la vuelta
entre las sombras de la noche oscura
no de largo pasasen sin tomarlas.
El camino siguieron, ya las rotas
armas pisando, ya la negra sangre:
y al escuadron vinieron de los Tracios,
que vencidos del sueño y la fatiga
descansaban en plácido reposo,

757 y en derredor sus refulgentes armas
cerca de sí tenian sobre el suelo
por órden colocadas. Tres hileras
se veian de ricos pabellones,
y en cada cual, á la carroza atados,
dos bridones habia: y en el centro
del Rey el ancho pabellon se alzaba.
Y no léjos del lecho en que yacia
estaban sus bridones, con correas
á la parte anterior de la carroza
atados en la punta prominente
de la circunferencia. Fué el primero
que le vió Ulíses, y á Diomédes dijo.
"Este es el adalid, ó Dïomédes,
»y estos son los caballos que decia
»á nosotros Dolon, á quien matamos.
»Muestra aquí tu valor, y no las armas
»ociosas tengas: los caballos toma,
»ó mata á los guerreros y me deja
»de tomar los bridones el cuidado."
Mientras hablaba Ulíses, ya Minerva
infundiera valor á Dïomédes:
y revolviendo la tajante espada
á derecha é izquierda, estrago horrible
en los Tracios hacia; y con su sangre
la arena enrojeciendo, los gemidos
en torno resonaban dolorosos
de los que heridos eran. Como suele
fiero leon acometer hambriento
al rebaño de ovejas ó de cabras,
si mal guardadas las halló en el campo;
así mataba el hijo de Tideo
los guerreros de Tracia, hasta que doce

hirió con la cuchilla. Mas Ulíses,
asiéndolos del pié, los arrastraba
á un lado del camino porque luego
los caballos pasaran fácilmente;
no acaso, los cadáveres pisando,
se espantasen al verlos; pues no estaban
avezados aün por entre muertos
á correr en las lides. Cuando el hijo
de Tideo llegó á la hermosa tienda
del Rey, que en grande agitacion dormia
porque Minerva le enviara en sueños
la sombra pavorosa del valiente
nieto de Eneo; de la dulce vida
le privó, y á los doce que inmolara
este mas añadió. Y en tanto Ulíses,
los bridones asiendo y con las riendas
atándolos, del campo los sacaba
con el arco aguijándolos; que habia
olvidado tomar de la carroza
el látigo brillante de su dueño:
y para que entendiera Dïomédes
que en su poder estaban los caballos,
silvó despues. Y detenido el héroe
dudando cual seria mas glorioso,
entre dos pensamientos fluctuaba:
si del timon asiendo la carroza
donde del Rey estaba la armadura
fuera la sacaria, ó en los hombros
poniéndola y en alto levantada;
ó si á otros muchos Tracios mataria.
En tanto que en su mente irresoluto
y en su ánimo estas dudas agitaba;
Minerva se acercó, y así le dijo.

823 "Piensa ya en retirarte á los bajeles;
»no acaso te persigan los Troyanos
»si otra Deidad del sueño los despierta."
Obedeció Diomédes á la Diosa,
y saltó cada cual en un caballo.
Los aguijaba Ulíses, y gozosos
ellos volaban á las griegas naves.
Y no fué Apolo inútil atalaya:
que altamente irritado con Minerva
cuando vió cómo al hijo de Tideo
acompañaba; en el inmenso campo
penetró de los Teucros y cuidoso
dispertó á Ipocöonte, alto caudillo
de los Tracios y deudo muy cercano
del Rey, y valeroso. Cuando el sueño
hubo ya sacudido, diligente
saltó del lecho: y como vió vacío
el sitio en que estuvieran los bridones,
y en medio de la sangre palpitando
todavía los muertos; dolorosos
gemidos despedia, y por su nombre
al amigo llamaba. Los Troyanos
que sus voces oyeron y suspiros
grande clamor alzaron, y en tumulto
á ver aquel estrago concurrian:
y de estupor heridos, contemplaban
cómo empresa tan grande y peligrosa
acabaran dos solos campeones,
y á sus naves tranquilos se volvieran.
Cuando estos ya llegaban al parage
donde muerto dejaran al espía
por Héctor enviado, los bridones
detuvo Ulíses. Y saltando en tierra

el hijo de Tideo los despojos 856
ensangrentados en la diestra puso
á Ulíses, y otra vez en el caballo
subió y á que marchase le aguijaba;
y corrian los dos á los bajeles,
y llegar deseaban. El primero
de todos sintió Néstor el ruïdo,
y decia á los otros capitanes.

"Amigos! ¿será falsa, ó verdadera,
»mi congetura? El corazon me inspira
»declararla. Resuena en mis oidos
»un ruido de caballos que corriendo
»hácia nosotros vienen. Ah! si Ulíses
»y el bravo Dïomédes al instante
»aqui llegaran, y cogido hubiesen
»dos hermosos caballos á los Teucros....!
»Pero mucho recela el alma mia
»que los dos mas valientes adalides
»hayan muerto tal vez de los Aqueos,
»cercados de enemigos numerosos."

Al decir estas últimas palabras
ya llegaban los dos, y del caballo
en tierra ya saltaban. Los caudillos
se alegraron al verlos; y la diestra
alargando, la dulce bienvenida
les daban en palabras cariñosas:
y Néstor, mas que todos impaciente,
estas preguntas hizo. "Di, te ruego,
»esclarecido Ulíses, honra y gloria
»de los Aqueos! ¿Dónde esos bridones
»habeis cogido? ¿Acaso de los Teucros
»penetrando en la hueste, ó ya propicia
»en don una deidad os los ha dado

889 »al camino saliendo? Semejantes
»son al rayo del Sol. Entre las filas
»penetro siempre yo de los Troyanos
»el dia de batalla, y en las naves
»nunca yo me quedé por mas que sea
»anciano campeon; pero mis ojos
»nunca otros tales vieron, ni he sabido
»que en Troya los hubiese. Conjeturo
»que una Deidad, del cielo descendida,
»os los ha dado. Ni admirable fuera;
»que á los dos ama el soberano Jove,
»y Minerva tambien." Respondió Ulíses.
"O Néstor de Neleo, honor y gloria
»de los Aquivos! Fácil le seria
»á un Dios, si le pluguiese, estos caballos
»otorgar á cualquiera, y aun mejores;
»que inmenso es el poder de las Deidades.
»Mas estos dos que ves son de la Tracia,
»y acaban de llegar. Mató á su dueño
»Diomédes animoso, y á su lado
»hasta doce valientes campeones:
»y ántes cogido habíamos y muerto,
»cerca ya de las naves, á un espía
»que Héctor y los Troyanos adalides
»á explorar nuestro ejército enviaban."
Así decia, y por el ancho foso
hizo pasar ufano á los bridones;
y los otros Aquivos le siguieron,
gozoso el corazon. Cuando venido
hubieron ambos á la tienda hermosa
del hijo de Tideo, los bridones
ataron con fortísimas correas
al pesebre en que estaban de su dueño

los otros velocísimos caballos,
dulce trigo comiendo; y en la popa
de su navío las sangrientas armas
suspendió Ulíses de Dolon, en tanto
que á Minerva el solemne sacrificio
podian ofrecer que prometieran.
Y entrándose en el mar, los dos lavaban
el sudor que abundoso les corria
de las piernas, los muslos y los hombros.
Cuando el agua del mar hubo limpiado
el sudor de la piel, y recobraran
ellos las fuerzas; en hermosa pila
entraron de agua dulce, y se bañaron.
Y al salir de la pila, con aceyte
se ungieron y asentaron á la mesa;
y con la copa de oro las primicias
en honor de Minerva derramaban.

LIBRO UNDÉCIMO.

Ya la aurora saltaba de su lecho
al hermoso Titon abandonando,
para llevar la luz á los mortales
y á los Dioses eternos; cuando Jove
en medio de las naves de la Grecia
arrojó la Discordia, que en la mano
llevaba la señal de los combates.
Subióse la Deidad en la alta popa
de la nave de Ulíses: porque estando
en medio de las otras colocada,
llegar su voz podia hasta la tienda
de Ayax de Telamon y la de Aquíles;
pues estos dos, en su valor fiados
y en la pujanza de su brazo fuerte,
las últimas sus naves colocaran.
Y allí subida, en ecos espantosos
y penetrante voz á los Aquivos
á la guerra animaba y en el pecho
grande valor á todos infundia
para que á los combates y peleas
sin cesar asistiesen animosos;
y á todos ya mas dulce la batalla
les parecia, que en las hondas naos
embarcados volver á sus hogares.

El Atrida tambien alto gritaba
mandando que á la lid se apercibiesen
los escuadrones todos, y entre tanto
él se vestia sus brillantes armas.
Puso primero las bruñidas grevas
de las piernas en torno y al tobillo

las ajustó con argentados broches, 31
y el pecho se ciñó con la coraza
que Cíniras le diera de hospedage
en perpetua señal. Porque hasta Chipre
la fama penetró de que los Dánaos
contra Ilïon marchaban en sus naves:
y hacerse grato Cíniras queriendo
al Rey Agamenon, esta coraza
le ofreció generoso. La cubrian
diez listones de acero pavonado,
doce de oro macizo, y otros veinte
de estaño; y de la gola tres dragones
se levantaban, la cabeza erguida:
y en los cambiantes de la luz al íris
semejaban que el hijo de Saturno
en las nubes fijó para que fuese
fausto signo de paz á los mortales.
La espada en cuyo pomo relucian
clavos de oro finísimo (la vaina
de plata era maciza, y los tirantes
de oro tambien) de los fornidos hombros
colgó despues, y el anchuroso escudo
de variada labor, resplandeciente
y sólido, que todo le cubria,
del cuello suspendió. Con arte mucho
en él puso el artífice enlazados
diez círculos de bronce, y en su centro
veinte bollos de estaño resaltaban,
y de todos en medio de bruñido
acero otro mayor sobresalia.
Allí fuera entallada la Gorgona
con torva faz, y en derredor la Fuga
y el Terror la cercaban; y en la parte

64 mas alta el ancho correon tenia
de plata entretejido, que cerraba
una sierpe de acero, y tres cabezas
de su cuello salian escamoso.
Púsose luego en la cabeza el casco
de altísima cimera, en cuyo centro
el hórrido penacho se afirmaba
de crines de caballo que esparcidas
al aire, y de los zéfiros al soplo
trémulas ondeando, al enemigo
inspiraban terror en la pelea.
Tomó dos gruesas lanzas guarnecidas
de agudo bronce, y á lo lejos mucho
y hasta la alta region del ancho cielo
llegaba el resplandor que despedian.
Y para mas honrar al poderoso
Monarca de Micénas, Juno y Pálas
estremecieron la region del éter.
Despues á sus aurigas los caudillos
encargaron que en órden de batalla
los bridones y carros á la orilla
del foso colocasen; y cubiertos
con sus armas, á pié salieron todos
en presurosos pasos al combate.
Y ántes del alba inmensa gritería
en el campo se alzó do los peones
ya acudieron primero y ordenados
la llegada atendian de sus gefes,
que de cerca siguieron. El Saturnio
Jove excitaba funeral rüido,
y con gotas de sangre rociaba
el campo desde el éter, en presagio
de que muchos valientes campeones

arrojaria á la region del Orco.

Al pié de la colina los Troyanos,
en seis grandes escuadras divididos,
se formaron tambien. Eran sus gefes
Héctor, Polidamente, el bravo Enéas,
y los tres hijos de Antenor, Polibo,
Agenor y Acamante; y con su escudo
Héctor cubierto, por la hueste toda
veloz corria. Cual luciente sale
de las nubes el astro del otoño,
que anuncia males; y tan pronto brilla,
tan pronto entre la nube tenebrosa
se oculta y desparece: así el terrible
Héctor al frente de la hueste suya
ya se dejaba ver, y ya al extremo
del escuadron las haces ordenaba
de brillante armadura revestido,
y al ardiente relámpago de Jove
el brillo que arrojaba parecia.

Como al segar el trigo ó la cebada
de rico labrador en el sembrado
bandas de segadores numerosas
caminan á encontrarse, y las espigas
en tierra caen sin cesar al filo
de las cortantes hoces; así Griegos
y Troyanos vinieron á embestirse,
y se mataban, y ninguno de ellos
en la fuga pensaba ignominiosa.
Y cuerpo á cuerpo y la cabeza erguida
trabaron el combate, y como lobos
valientes peleaban; y al mirarlos
se alegró la Discordia luctuosa,
que sola entre los Dioses la pelea

presenciaba. Los otros inmortales
ociosos en las cumbres del Olimpo
en sus regios alcázares estaban,
y á las huestes de Troya no asistian
ni á las Aqueas; pero todos ellos
acusaban al hijo de Saturno
porque daba el honor á los Troyanos
de la victoria. Y de ello no curaba
Júpiter; que apartado de los otros,
y solo, y de su gloria haciendo alarde,
vuelta la vista á la ciudad tenia
de los Troyanos y á las altas naves
de los Aqueos; y el luciente brillo
de las armas veia, y quienes eran
en cada choque el matador y el muerto.

Miéntras la aurora fué y el claro dia
aumentaba su luz, en ambas haces
igual era el estrago y la pelea;
y cuando el leñador el alimento
en el bosque prepara silencioso,
y tiene ya la mano muy cansada
de cortar altos árboles, y el pecho
se rinde del trabajo á la fatiga,
y el aguijon del hambre poderoso
el alma siente; entónces los Aquivos
con solo su valor de los Troyanos
rompieron la falange, y por las filas
resonaban las voces con que alegres
al terrible combate se animaban.

Agamenon al frente de las tropas
se presentó en la lid, y con su pica
á Bïanor mató y al escudero
que el carro dirigia y los trotones,

y Oileo se llamaba. Cuando herido 163
este vió á su Señor, saltó del carro:
y en temerario arrojo con el griego
á encontrarse marchó; mas el Atrida
en medio de la frente con la punta
de su lanza le hirió, sin que el doblado
yelmo de bronce resistir pudiese:
que por él penetrando y por el hueso,
todo el cerebro le inundó de sangre
y así perdió la vida el que animoso
primero acometiera. De sus armas
á los dos despojó, y allí tendidos
de sus cándidos pechos la blancura
mostrando los dejó, y en busca de Iso
y Ántifo caminó para matarlos.

Eran hijos de Príamo (el primero
bastardo, y el segundo le naciera
de legítima union) y un mismo carro
montaban, y el bastardo los bridones
regia y con su lanza el valeroso
Ántifo desde el carro combatia.
A los dos otro tiempo en los oscuros
bosques del Ida sorprendiera Aquíles,
miéntras que su ganado apacentaban;
y á las naves los trajo bien sujetos
con fuerte cuerda de flexible junco
que él mismo hiciera, y luego por rescate
la libertad les dió. Viólos ahora
el poderoso Agamenon de Atreo;
y enmedio el corazon habiendo herido
á Iso el primero con la aguda pica,
á Ántifo por la sien pasó la espada,
y del carro cayeron en la arena.

196 Y al quitarles las ricas armaduras,
á los dos conoció; que muchas veces
ántes los viera en las aquïvas naos,
cuando del Ida el valeroso Aquíles
los trajo prisioneros. Como suele,
la cueva en que se crian asaltando,
devorar el leon los tiernos hijos
de la cierva sus huesos delicados
rompiendo con el diente poderoso,
y cuando empiezan á vivir los mata;
y aunque esté cerca la doliente madre
defenderlos no puede y temerosa,
toda temblando y en sudor copioso
bañado el cuerpo, en rápida carrera
huye hácia los espesos encinares
y las selvas umbrías acosada
por la valiente fiera: así ninguno
de los Troyanos pudo á los dos héroes
de la muerte librar, porque á la fuga
cobardes ellos mismos se entregaran.
A Pisandro é Hipóloco, nacidos
de Anfímaco los dos (el cual, ganado
por el oro y las joyas que le diera
el Príncipe Alejandro, entre los Teucros
mas obstinadamente resistia
que se entregase al rubio Menelao
la hermosa Helena) en la comun batalla
alcanzó luego Agamenon. Subidos
en un brillante carro, á los bridones
solo su voz regia; que las riendas
soltaran de temor, y consternados
solo en huir pensaban. Y furioso
como un leon, arremetió el Atrida;

y en dolorido acento desde el carro
así humildes los dos le suplicaban.
"Consérvanos la vida, hijo de Atreo,
»y tendrás un magnífico rescate;
»porque mucha riqueza hay en la casa
»de Anfímaco, y de bronce mucha copia,
»y oro, y hierro labrado: y generoso
»te dará nuestro padre cuanto pidas,
»si llegare á entender que en los bajeles
»de los Dánaos vivimos prisioneros."
Así, llorando y en dolientes voces,
suplicaban al Rey; pero respuesta
recibieron crüel. "Si sois los hijos
»de Anfímaco el injusto (dijo el héroe)
»que otro tiempo en la junta de los Teucros,
»cuando Ulíses llegó con Menelao
»en solemne embajada, proponia
»que allí mismo la vida les quitasen
»ni á la Grecia tornar les permitieran;
»hoy aquí pagaréis la atroz injuria
»que me hizo vuestro padre." Así les dijo:
y atravesando con su lanza el pecho
á Pisandro en la arena desde el carro
le derribó, y tendido sobre el polvo
el mísero quedó. Saltando en tierra
Hipoloco, salvarse con la fuga
intentaba: y tambien le dió la muerte
cortándole primero las dos manos
de un reves, y de un tajo la cabeza.
Y agitándola en alto cual si fuese
un mortero, rodando entre las filas
la arrojó: y los cadáveres dejando,
en lo recio se entró de la pelea,

262 y en pos marchaban los demas Aqueos.
Desde allí los infantes que seguian
el alcance á los Teucros fugitivos
sus peones mataban, y los gefes,
subidos en los carros y esgrimiendo
sus armas, á los Próceres de Troya:
y alta nube de polvo en la llanura
se alzó bajo los pies de los caballos.
Pero de todos el potente Atrida,
hiriendo siempre y á la hueste aquea
con su voz animando y con su ejemplo,
á la frente marchaba. Como suele
el fuego destructor, si en la sombría
selva cayó y en circulares giros
el viento impetuoso le propaga
por todas partes, derribar los ramos
y troncos de los árboles, y en tierra
caen vencidos de la ardiente llama:
así, cediendo al poderoso brazo
de Agamenon de Atreo, las cabezas
de los Troyanos que salud buscaran
en la fuga rodaban por el suelo.
Y muchos poderosos alazanes
en desórden los carros, ya vacíos,
por entre las hileras arrastraban
por los diestros aurigas suspirando
que los guiaban; pero ya en la arena
estos yacian de voraces buitres
grato alimento, y de continuo lloro
orígen triste á las esposas caras.
A Héctor en tanto Jove de los tiros
sacó y el polvo, y la matanza, y sangre,
y bélico tumulto; y el Atrida

adelante marchaba, á los Aquivos
siempre animando con su voz. Los Teucros
en pavorosa fuga la llanura
atravesaban, la silvestre higuera
á la espalda dejando y el sepulcro
del antiguo Rey Ilo, deseosos
de entrar en la ciudad; pero el Atrida,
mucho gritando en clamorosas voces,
los perseguia de cuajada sangre
teñida siempre la robusta mano.

Luego que al haya y á la puerta Escea
llegaron los primeros, detenidos
á que todos llegasen esperaban;
porque algunos aün la gran llanura
atravesaban en veloz corrida.
Como las vacas que el leon persigue
á deshoras en noche tenebrosa
cobardes huyen, aunque triste muerte
á una sola amenaze; que la fiera
si alcanzarla logró su cuello rompe
con el colmillo agudo, y las entrañas
luego devora y de la sangre bebe:
así furioso Agamenon entónces
el alcance seguia á los Troyanos,
siempre matando al último que hallaba;
y ellos huian, y adalides muchos
fueron por él en tierra derribados
desde el carro marcial y ya de cara,
ya de espaldas; cayeron en la arena;
que en su robusta mano del averno
una Furia la pica semejaba.

Cuando de la ciudad y el alto muro
cerca ya estaba el valeroso Atrida;

328 el padre de los Dioses y los hombres,
bajando del Olimpo, en las alturas
del Ida se asentó y en su derecha
el ardiente relámpago tenia;
y á Íris mandó que al aire desplegando
las alas de oro, mensagera suya
á la hueste troyana caminase.
"Íris (la dijo) en vagoroso vuelo
»rápida tú camina, y mis mandatos
»á Héctor anuncia. Di que miéntras vea
»á Agamenon, caudillo de los Griegos,
»lidiar valiente en las primeras filas
»escuadras destrozando numerosas;
»él se retire, y en ardientes voces
»anime á los Troyanos porque todos
»en la sangrienta lid con los Aquivos
»batallen animosos. Mas si fuere
»de lanza herido ó flecha, y en el carro
»subiere Agamenon; entónces brio
»yo infundiré en el pecho del Troyano
»para que hiera y mate á los Aqueos
»hasta llegar adonde están las naves,
»cuando el sol ya se oculte y sobrevenga
»ya de la noche la tiniebla fria."
Asi Júpiter dijo: y su mandato
Íris obedeció, y en raudo vuelo
á Ilion bajó desde las altas cumbres
del Ida, y en su carro al valeroso
Héctor halló de pié. Llegóse cerca,
paróse, y dijo al campeon de Troya:
"Héctor, hijo de Príamo, que igualas
»en la prudencia á Jove! Este me envía
»á darte buen consejo. *Miéntras veas*

»á Agamenon, caudillo de los Dánaos, 361
»lidiar valiente en las primeras filas
»escuadras destrozando numerosas;
»tú te retira, y en ardientes voces
»anima á los Troyanos porque todos
»en la sangrienta lid con los Aqueos
»batallen animosos. Mas si fuere
»de lanza herido ó flecha, y en su carro
»subiere Agamenon; entónces brio
»infundirá en tu pecho el padre Jove
»porque hieras y mates á los griegos
»hasta llegar á las aquivas naos,
»cuando el sol ya se oculte y sobrevenga
»ya de la noche la tiniebla fria."

Dijo y despareció, y Héctor del carro
en tierra sin quitarse la armadura
saltó. Y blandiendo la robusta lanza
el campo recorrió y á sus legiones
animó á combatir, y la pelea
se comenzó de nuevo; y los Troyanos
de la fuga volvieron, y animosos
hicieron todos frente al enemigo.
Los Griegos de su lado las falanges
reforzaron y firmes cara á cara
el choque resistian, y entre todos
Agamenon se presentó el primero:
y mucho de la hueste adelantado,
queria hacer de su valor alarde.

Decidme, ó Musas que el excelso Olimpo
habitais, quien de todos los Troyanos,
ó de sus numerosos auxiliares,
con el Atrida combatió el primero.
Ifidamante fué, valiente y alto,

394 y de Antenor nacido y en la Tracia
criado; que Ciseo, de quien era
hija su madre, con regalo mucho
le crió desde niño: y aun llegado
á la edad juvenil cuando ya inflama
de la gloria el amor á los mancebos,
consigo le retuvo y por esposa
una hija suya le otorgó. Casado
ya el joven, á la voz de que los Griegos
contra Iliön venian el alcázar
abandonó; y á su pais nativo,
con doce naves que su voz regia,
se encaminó. Dejadas en Percope
las naos, á Iliön llegó por tierra:
y este dia animoso peleaba,
y con Agamenon osó imprudente
medir sus armas. Cuando ya estuvieron
cerca el uno del otro, y lanza en mano
se acometieron; el Atrida el golpe
erró, y á un lado se torció la pica.
Despues Ifidamante junto al cinto,
bajo de la coraza, hirió al Aqueo;
y el hastil empujaba, confiado
en el vigor de la robusta diestra.
Pero no pudo penetrar el cinto
de vistosa labor; que largo trecho
ántes de que horadara sus dobleces,
encontrando la punta con la plancha
de plata, se torció como si fuera
de blando plomo. Entónces el Atrida
asió del hasta y con pujanza mucha,
cual furioso leon, hácia su cuerpo
la tiró y arrancarla de la mano

logró de Ifidamante: y con la espada 427
hiriéndole en el cuello, de la vida
le despojó. En el polvo derribado,
durmió el eterno sueño el infelice
por su patria lidiando: pero léjos
de la consorte amada, y sin que viese
con dulces prendas del amor pagado
el opulento dote que la diera
de cien hermosos bueyes, prometiendo
que despues la daria mil ovejas
y mil cabras que en hatos numerosos
pastaban en sus prados. El Atrida
le despojó de las brillantes armas,
y por entre las filas de los suyos
en triunfo las llevaba. Cuando á verlas
llegó Coon, esclarecido y fuerte
adalid y el mayor entre los hijos
de Antenor, sus dos ojos se cubrieron
con nube de pesar viendo en la aréna
caido y muerto á su valiente hermano.
Y acercándose cauto sin que fuese
de Agamenon sentido, con su lanza
le hirió enmedio del brazo á la juntura
del codo y le pasó de parte á parte
la punta de la pica reluciente.
Estremecióse el Rey al ver la roja
sangre correr en abundosa vena;
mas no cobarde huyó de la batalla:
y cual rabiosa fiera con su pica
arremetió á Coon, que ya el cadáver
de Ifidamante asiendo le arrastraba
por un pié hácia los suyos, y en horrendas
voces llamaba á los valientes todos.

Y en medio de la turba, por debajo
del cóncavo broquel, le hirió en el vientre
con la aguzada pica: y en la arena
derribádole habiendo, con la espada
sobre el mismo cadáver del hermano
le cortó la cabeza. Así estos hijos
de Antenor perecieron, del Atrida
por la diestra vencidos; y sus almas,
cumplido ya de su vivir el plazo,
juntas bajaron al averno oscuro.
Y todavía Agamenon marchaba
por entre los primeros campeones,
con la pica, la espada, ó grandes piedras,
haciendo estrago en la troyana hueste,
miéntras que de la hérida le saltaba
aun la sangre caliente: y cuando seca
fué ya la herida y se cuajó la sangre,
dolores agudísimos sentia
el valiente adalid. Como en el parto
agudo pasador y amargo sienten
las mugeres lanzado por la diestra
de las hijas de Juno las Ilitias,
madres del padecer, que de los partos
envían á su arbitrio los dolores:
tan agudos, acerbos y terribles
eran los que el valor debilitaban
del Atrida. Y subiéndose en el carro,
mandó al auriga que en veloz carrera
á las naves guiara los bridones
porque mucho el dolor le atormentaba.
Y en penetrante voz á los Aquivos
gritó, para que firmes peleasen.
"Amigos, (les decia) y de los Griegos

»Príncipes y adalides! A vosotros 493
»toca alejar la llama abrasadora,
»de las tiendas y naos; pues me niega
»á mí el supremo Jove todo el dia
»con los Troyanos pelear valiente.”

Dijo: y el escudero á los caballos
hirió con el azote, á los navíos
para que acelerados caminaran:
y ellos al aire las hermosas crines
sueltas volaban dóciles, el pecho
en espuma bañado y polvorosa
nube alzando que en torno los cercaba,
y al afligido Rey de la pelea
léjos llevaron pronto. Y del combate
Héctor al ver que Agamenon salia;
á los Teucros y Licios, esforzando
cuanto pudo la voz, así animaba.

"Teucros, Licios, Dardanios valerosos!
»sed varones amigos, y acordaos
«del antiguo valor. El mas terrible
»guerrero se ausentó de la pelea,
»y á mí alta gloria Jove ha concedido.
»Aguijad los caballos poderosos
»contra los enemigos, y mas grande
»aun será vuestra gloria que la mia.”
Con estas voces varonil pujanza
á todos infundió dentro del pecho.

Cual cazador que colmilludos canes
aguija con su voz contra el cerdoso
jabalí, ó el leon; así á los Teucros
con su voz animaba en la pelea
contra los Griegos Héctor, parecido
á Marte el destructor de los humanos.

526 Y al frente de sus tropas orgulloso
caminando se entró por la batalla
cual de repente de las altas nubes
la ráfaga del viento embravecido
baja, y conmueve el azulado ponto.

¿A quién decidme, ó Musas, el primero
y el último las armas y la vida
Héctor quitó, miéntras el padre Jove
la victoria le daba? Fué el primero
Asseo, y despues de él Autono, Opítes,
Dólope, hijo de Clitio, Ofeltio, Esimno,
Oro, Agelao, y el valiente Hipono.
Todos estos caudillos de los Griegos
fueron muertos por él, é innumerables
oscuros campeones. Como suele
el Zéfiro barrer las densas nubes
que en negros remolinos acumula
rápido el Noto las ingentes olas
revolviendo del mar, y blanca espuma
en alto se levanta al resonante
soplo del viento impetuoso: tantas
cabezas de ignorados combatientes
en el polvo caian, por la mano
de Héctor cortadas sin cesar. Y fuera
el estrago mayor é irreparable
el daño que á los Griegos las hazañas
hicieran del Troyano, y á sus naos
azorados huyeran los Aquivos;
si al hijo valeroso de Tideo
Ulíses no dijera en altas voces.

"Cómo asi, Dïomédes, olvidamos
»el antiguo valor? Acude, amigo,
»y á mi lado te pon: mengua seria

»que Héctor se apoderase de las naos.» 559
Diomédes respondió. "Yo al enemigo
»firme resistiré, ni ya cobarde
»huiré de la batalla; pero inútil
»nuestro valor será: que el padre Jove
»quiere dar la victoria á los Troyanos."
Dijo: y en tierra al infeliz Timbreo,
despues que con su lanza los pulmones
le atravesara, derribó del carro:
y Ulíses á Molion, el escudero
del valiente adalid, quitó la vida.
Y allí á los dos dejaron sin tomarles
la armadura, contentos con haberlos
para siempre alejado de la guerra:
y entrando en las escuadras enemigas,
sembraban el terror. Como á la turba
de los perros de caza desordenan
dos jabalíes, si arremeten fieros:
así los dos en la troyana hueste,
al combate volviendo, estrago mucho
hacian; y entretanto los Aqueos,
que iban huyendo de Héctor, un instante
pudieron respirar. Cogieron vivos,
y su carro hermosísimo tomaron,
Ulíses y su fuerte compañero
á dos hermanos que en su patria fueran
los mas valientes. Ambos eran hijos
de Mérope el Percosio, y Dïomédes
á los dos degolló y de la armadura
los despojó; y Ulíses por su mano
á Hipódamo é Hipéroco las armas
y la vida quitó. Y entónces Jove,
que el combate miraba desde el Ida,

592 la batalla igualó y en ambas haces
igual era el estrago. Dïomédes
al hijo de Peon, el valeroso
Agástrofo, alcanzó y la aguda lanza
enmedio le clavó de la cadera.
Cerca de allí el Troyano sus bridones
para huir no tenia; que distantes
del campo de batalla al escudero
los dejó, y este error le fué dañoso.
Y adelantado á la primer hilera
él á pié batallaba, hasta que á manos
de Diomédes perdió la dulce vida.
No tardó Héctor en ver que sus falanges
destrozaban los dos é impetuoso
á ellos se encaminó terribles voces
dando, y la flor de todos sus guerreros
le seguia. Turbóse Dïomédes
cuando le vió venir, y á Ulíses dijo.
"Sobre nosotros, cual torrente hinchado,
» Héctor se precipita furibundo.
» Esperémosle, pues, y valerosos
» resistamos del Teucro á la pujanza."
Dijo: y blandiendo su lanzon enorme
contra Héctor le arrojó, y errado el tiro
no fué. Porque, apuntando á la cabeza,
en la parte mas alta del almete
dió la acerada punta; mas el duro
bronce la rechazó, y hasta la carne
no pudo penetrar: que el alongado
yelmo de tres dobleces, que le diera
el rubio Febo, lo impidió. A su escuadra
Héctor retrocedió: y entre la turba
confundido y cayendo de rodillas,

se aseguró con la robusta mano
sobre la tierra, y tenebrosa noche
cercó de oscuridad ambos sus ojos.
Mas en tanto que el hijo de Tideo
por la primer hilera atravesaba
á recoger la pica, que de punta
se clavara en la tierra, ya el aliento
Héctor cobrado habia: y en su carro
subido, hácia la turba los bridones
guiaba. Así evitó que le matase
el aqueo; mas este, con la pica
armado ya, le dijo en altas voces.
"Perro! esta vez la muerte has evitado
» que ya cerca tuviste; porque Febo,
» á quien tímido imploras cuando sales
» á campaña, tu fuga ha protegido.
» Mas si otro dia en la comun pelea
» volvemos á encontrarnos, yo la vida
» te quitaré si favorable tengo
» algun Dios. Hoy á los demas Troyanos
» perseguiré, matando al que pudiere."
Así dijo: y volviéndose al cadáver
del hijo de Peon, las ricas armas
á quitarle empezó: y en tanto Páris,
por la excelsa columna defendido
que el túmulo soberbio coronaba
del antiguo Rey Ilo, su ballesta
armaba contra el griego. Y miéntras este
afanoso del pecho la coraza
de vistosa labor al infelice
Agástrofo arrancaba, y de los hombros
el relumbrante circular escudo,
y el pesado morrion de la cabeza;

658 Páris el arco disparó. Y en vano
de su diestra no huyó, la flecha aguda,
que logró herirle en el talon derecho:
y la punta, despues de atravesarle
de parte á parte, se clavó en la tierra.
Y con dulce sonrisa del acecho
salió Páris de un salto, y orgulloso
así insultaba al campeon valiente.
"Herido estás, y en vano la saeta
» arrojada no fué. Pluguiera á Jove
» que en medio de tu vientre se clavara,
» y perdieras la vida! Los Troyanos
» así respirarian en sus males;
» que tiemblan á tu nombre, como suelen
» temblar las cabras si al leon han visto."
Diomédes respondió con faz serena.
"Archero insultador, que el arco solo
» manejar sabes! Seductor astuto
» de jóvenes sencillas! Si con armas
» varoniles y á cara descubierta
» probaras mi valor; no te valdrian,
» ni el arco, ni las flechas voladoras.
» Hoy vana es tu alegría. Has conseguido
» leve rasguño en el talon hacerme;
» pero yo tanto de la grande herida
» me curo, cual si fuese por la mano
» hecha de una muger, ó un rapazuelo.
» Fuerza no tiene el dardo que dispara
» un cobarde: muy otra de mi diestra
» sale la aguda lanza: y aunque poco
» en la carne penetre de un guerrero,
» pronto le mata; y sollozando triste
» su esposa las mejillas delicadas

» se despedaza en su dolor, y lloran 691
» huérfanos ya los hijos: y el cadáver,
» con su sangre la arena enrojeciendo,
» allí se pudre, y los voraces buitres
» en torno de él asisten y no esclavas."

Así decia: y entre tanto Ulíses,
del amigo volando á la defensa,
se le puso delante. Y á su espalda
sentándose Diomédes, la saeta
sacó del pié; pero dolor terrible
por su cuerpo corrió. Subió en el carro;
y dijo al escudero que á las naves
le dirigiese, y afligido mucho
su corazon estaba. Quedó Ulíses
allí solo; y ninguno de los Griegos
osaba defenderle, porque todos
cayeran en temor. Y hondo gemido
el héroe despidiendo, en estas voces
con su valiente corazon hablaba.

"O mísero de mí! ¿qué desventura
» los hados me preparan? Vergonzoso
» es huir por temor de que me maten
» los muchos enemigos que de cerca
» ya me acometen, y mayor deshonra
» seria aün que me cogiesen vivo
» si quedo solo; que á los otros Dánaos
» ha puesto en fuga el poderoso Jove.
» Pero ¿á qué estas razones importunas
» me dice el corazon? ¿Ignoro acaso
» que en las batallas los cobardes huyen,
» pero no el adalid que tenga dadas
» pruebas de su valor; y que este debe
» su puesto mantener, ya herido sea,

724 »ya logre herir al que le embiste fiero?
Miéntras él estas dudas agitaba
en lo interior del pecho, numerosas
escuadras de Troyanos valerosos
ya en torno le cercaban, en el centro
ellos mismos poniendo su ruïna.
Cual suelen acosar por todas partes
al jabalí en el monte los alanos
y los robustos mozos; y él, saliendo
del espeso jaral que le ocultaba,
en la corva mandíbula el colmillo
cándido aguza y muestra, y le acometen
ellos por todos lados; y aunque cruja
los dientes él y corpulento sea,
su acometida esperan animosos:
así entónces á Ulíses acosaban
los Troyanos. Mas él, que protegido
era por Jove, acometió valiente
á Deyopites con su aguda lanza,
y en el hombro le hirió. Tambien la vida
á Énnomo y á Toon quitó: y haciendo
estrago mucho en la troyana hueste,
luego á Quersidamante, que del carro
saltaba en tierra, en el hijar derecho
por la parte que entónces presentaba
del cóncavo broquel no defendida
clavó su lanza: y en la arena el triste
cayendo, asió con la robusta mano
la tierra, y espiró. Las armaduras
sin quitar á los cuatro, y á otra parte
volviéndose, á Caropo, hijo de Hipasio
y hermano entero del valiente Soco,
con su lanza mató. Vino el hermano,

á un Dios en valentía semejante, 757
á defender el muerto: y cuando estuvo
cerca de Ulíses, se paró y le dijo."
"Célebre Ulíses, tan fecundo siempre
» en ardides de guerra, y de trabajos
» constante sufridor! Este es el dia
» en que te jactarás de haber la muerte
» dado, y cogido sus brillantes armas,
» de Hipasio á los dos hijos valerosos;
» ó atravesado con mi aguda pica,
» aquí daras el último suspiro."
Así diciendo, en rápida carrera
acometió: y en el escudo al Griego
acertó á dar, y la robusta lanza
pasó por la rodela relumbrante.
Y la doblada cuera atravesando
á clavarse llegó, y el cútis todo
le rasgó del costado; pero Pálas
no permitió que dentro penetrase
en el cuerpo del héroe. Sintió Ulíses
que en parage mortal no estaba herido;
y saltando hácia atras algunos pasos,
á Soco dijo en arrogantes voces.
"Mísero tú! que al término llegaste
» ya de la dulce vida. Has conseguido
» impedirme que siga combatiendo
» con los Troyanos; pero yo te anuncio
» que en este dia de la negra muerte
» la víctima serás; y atravesado
» por esta pica, me darás la gloria
» del vencimiento y á Pluton el alma.
Así decia: y entretanto Soco,
vuelta la espalda, en pavorosa fuga

ya se pusiera; pero pronto Ulíses
por detras, en el medio de los hombros,
la pica le clavó con tal pujanza
que por el pecho le asomó la punta.
Cayó en el suelo, retembló la tierra,
y Ulíses insultándole decia.
"Ah! Soco, hijo de Hipasio el valeroso
» campeon y ginete esclarecido!
» ya te cogió la muerte, y ni la fuga
» te ha salvado. Infeliz! que ni tu padre
» ni tu madre amorosa aquí los ojos,
» ya que debes morir, podrán cerrarte;
» y en torno de tu cuerpo revolando
» las carnívoras aves de rapiña,
» te despedazarán. A mí, aunque muera,
» me harán los Griegos funerales honras."
Sacó despues Ulíses del costado
y cóncavo broquel la aguda pica
con que le hiriera Soco, y al sacarla
saltó la sangre, y afligido mucho
el héroe fué. Los campeones teucros,
cuando vieron correr la roja sangre
del Griego, se animaron; y en la turba
exortándose en alta gritería,
todos contra él marcharon: y el Aquivo,
lentamente hácia atras retrocediendo,
á los suyos gritaba que vinieran
á socorrerle pronto. Cuanto pudo
la voz alzando, los llamó tres veces;
y tres el belicoso Menelao
sus clamores oyó, y así decia
á Ayax de Telamon que estaba cerca.
"Ayax! á mis oidos los clamores

» del magnánimo Ulíses han llegado, 823
» al grito semejantes que daria
» si estando solo le embistiesen fieros,
» habiéndole cortado en la pelea,
» los Troyanos. Rompiendo las escuadras
» vamos nosotros á salvarle, amigo!
» Esto conviene; porque mucho temo
» que solo y de enemigos rodeado,
» aunque es valiente, resistir no pueda;
» y si muriese, los Aquivos todos
» su falta sentirian." Esto dicho,
el primero marchaba: y semejante
Ayax á un inmortal, siguió sus pasos:
y ambos vinieron donde estaba Ulíses,
por Jove defendido, cuando mucho
ya los Troyanos todos le acosaban.

Como en el monte los hambrientos linces,
si moribundo hallaron algun ciervo
á quien un cazador hubiese herido
con la flecha del arco despedida,
y él hubiese escapado vagaroso
corriendo en tanto que la roja sangre
caliente estaba y sus rodillas firmes;
cuando ya la saeta le ha privado
de su vigor, con los agudos dientes
le estan despedazando; pero luego,
si un furioso leon trajere el hado,
todos los linces huyen, y él devora
la presa: así los Teucros acosaban
en derredor al afligido Ulíses
muchos y valerosos, y él vibrando
la pica se libraba de la muerte,
cuando Ayax vino con su enorme escudo

856 alto como una torre, y á su lado
se colocó; y los Teucros á su vista
despavoridos, cual por una parte
cual por otra, escapaban. Menelao
en tanto á Ulíses, por la mano asido,
de la lid alejó miéntras venia
el escudero fiel con los bridones.

Ayax despues, á la troyana hueste
acometiendo, con su aguda lanza
atravesó á Doriclo, hijo bastardo
de Príamo; y á Pándoco, á Pilártes
á Lisandro, y á Píraso, la vida
quitó tambien. Cual baja de la sierra
el hinchado torrente que acrecieron
lluvias copiosas por el padre Jove
envïadas é inunda las campiñas,
y encinas muchas y frondosas lleva
en pos y muchos pinos, y de cieno
grandes montones á la mar arrastra;
así por la llanura el valeroso
Ayax desbarataba las falanges
los trotones matando y los guerreros,
sin que Héctor advirtiera de los suyos
la general derrota. Peleaba
de todo el campo en la siniestra parte
á la orilla del plácido Escamandro;
y allí mas numerosas las cabezas
rodaban por el polvo, y estruendosa
inmensa vocería se escuchaba
de Idomeneo en derredor y Néstor.

Hácia esta parte el héroe combatia,
ya subido en el carro, ya su lanza
vibrando desde tierra; y admirables

eran sus hechos, derribando él solo 889
de jóvenes falanges numerosas.
Mas ni aun así retrocedido hubieran
los Aqueos; si Páris, de tres pnntas
entónces una flecha disparando,
en el hombro derecho herida grave
hecho no hubiese á Macäon, que ardido
entre los mas valientes combatia.
Temieron los aquivos campeones
no fuese que inclinada la pelea
en favor de los Teucros le matasen,
y así á Néstor decia Idomeneo.

"Ilustre Néstor! en tu carro sube,
» ocupe Macäon despues tu lado,
» y á las naves dirige los bridones:
» pues vale mas que muchos combatientes
» el médico que extrae las saetas,
» y calma los dolores á la herida
» suaves medicinas aplicando."

Obedecióle Néstor: y ligero
en el carro subió, y á su derecha
se asentó Macäon. El Rey de Pílos
hirió con el azote á los caballos;
y ellos alegres, y llegar queriendo,
á las tiendas volaban y las naves.

Cebrion, que los caballos corredores
de Héctor guiaba, la cruel derrota
advirtió de los Teucros en la parte
en que Ayax combatia, y á su hermano
dijo en turbada voz. "Héctor! nosotros
» aquí al extremo de la línea toda
» en hórrida pelea combatimos;
» pero por todas partes en confuso

922 » tropel huyen los hombres y caballos,
» y Ayax de Telamon los desbarata.
» Yo bien le he conocido; que cubiertos
» tiene los hombros con el ancho escudo.
» Vamos nosotros, pues, á aquella parte
» donde los conductores de los carros
» y los infantes en terrible lucha
» hieren y son heridos, y espantoso
» clamor resuena en derredor del campo."

Dijo, y al mismo tiempo á los bridones
aguijó con el látigo: y sintiendo
ellos el golpe, las hermosas crines
sueltas al aire, en rápida carrera
fácil llevaban el voluble carro.
Y de Teucros y Aquivos las escuadras
atravesando, escudos y ballestas
pisaban y cadáveres: y el eje
y los dos semicírculos del carro
estaban por debajo enrojecidos
con las gotas de sangre que las ruedas
lanzaban, y los pies de los caballos.

Héctor ardientemente deseaba
á la escuadra llegar de los Aquivos
y acometer valiente, y las hileras
romper de los primeros campeones.
Y ya llegado, al enemigo puso
en desórden y fuga; que un instante
no estaba quieta su terrible lanza.
A los demas guerreros perseguia
con la pica, la espada, y puntiagudas
piedras; pero evitaba cuidadoso
con Ayax encontrarse en la pelea.

En tanto Jove repentino miedo

infundió en Ayax: y aturdido el héroe
se paró pensativo, y á la espalda
echó por fin el ancharoso escudo
y empezó á retirarse; pero siempre
en derredor mirando, semejante
á una fiera, con pasos perezosos,
volviendo la cabeza, caminaba.
Así como los perros y pastores
ahuyentan del establo de los bueyes
al tostado leon y no le dejan,
toda la noche vigilando atentos,
gustar la dulce carne, y él furioso
una y mas veces acomete en vano;
que espesísima nube de saetas
robustas manos sin cesar derraman,
y gran copia de teas encendidas
que él mucho teme: y aunque esté acosado
del hambre, en fin al clarear la aurora
se retira á la selva macilento:
así Ayax lentamente del combate,
á su pesar y el ánimo afligido,
se retiró porque temia mucho
que los Teucros quemasen los bajeles
de los Griegos. ¿Al asno perezoso
has visto alguna vez que á los sembrados
se acerca, despreciando la cuadrilla
de muchachos que intentan alejarle
en su lomo rompiendo muchas varas;
y al fin penetra y con agudo diente
el alcacer despunta, y los rapaces
mas y mas le apalean pero débil
es su fuerza: y si al fin con gran trabajo
le ahuyentan, es despues que de alimento

988 está saciado ya? Pues de esta suerte
de Telamon al hijo valeroso
Troyanos y auxiliares perseguian,
lanzando siempre sobre el grande escudo
armas arrojadizas. Pero el héroe,
ya del valor antiguo se acordaba
y haciendo frente al escuadron Troyano
su marcha detenia, ya cobarde
se entregaba á la fuga, y de este modo
á todas las falanges enemigas
estorbaba llegar á los navios:
y colocado al fin entre las haces,
combatia cual furia del averno;
y los Teucros de flechas y de picas
sobre él copiosa nube derramaban.
Y las que en su camino mas veloces
volaban por el aire, en el escudo
á clavarse venian; y otras muchas
sin llegar á su cuerpo se quedaban
en tierra y de su carne codiciosas.
Cuando por tantas flechas acosado
Eurípilo vió al héroe, á su socorro
diligente voló. No tardó mucho
en alcanzarle: y á su lado puesto,
vibró la aguda lanza que en el vientre
de un adalid Apisäon llamado,
hijo de Fausia, se clavó, y sin vida
cayó el Troyano. Eurípilo al cadáver
corrió, y ya de los hombros la armadura
estábale quitando; pero vióle
el lindo Páris, y al instante el arco
asestó contra el Griego. Y una flecha
aguda disparando, logró herirle

en el muslo derecho. Por el palo 1021
la flecha se rompió, pero la punta
allí quedó clavada: y penetrantes
dolores él sintiendo, á sus legiones
se retiró por evitar la muerte,
en alta voz gritando á los Aqueos.
"Príncipes y caudillos de la Grecia,
» amigos! Dad la cara á los Troyanos:
» y firmes combatiendo, de la muerte
» á Ayax librad; que de enemigas flechas
» cubierto está, y no creo que con vida
» pueda volver de la batalla. Todos
» en torno le cercad, y al enemigo
» resistid animosos." De esta suerte
el valeroso Eurípilo decia:
y en torno de él los Griegos reunidos,
embrazando el escudo y levantadas
las picas, le cubrieron, y á juntarse
Ayax con ellos vino. Cuando libre
se vió, y entre los suyos; con los Teucros
volvió á lidiar, y cual fogosa llama
estrago hacia en la troyana hueste.
Y miéntras él valiente combatia
los caballos del hijo de Neleo,
bañados en sudor, de la pelea
á Macäon sacaban. Vióle Aquíles;
que en la alta popa de su gran navio
puesto de pie, la vergonzosa fuga
y general derrota contemplaba
de los Aqueos: y en horrendas voces
á Patroclo llamó, su fiel amigo.
Conoció este la voz, y de la tienda
salió gallardo, cual segundo Marte

1054 (y este el orígen fué de su desdicha)
y al héroe preguntó "¿Por qué me llamas?
»¿Necesitas de mí? Respondió Aquíles.
»Hoy, hijo de Menetio, no lo dudes,
»á mis plantas postrados á los Griegos
»suplicantes veré; que en gran peligro
»sus escuadras están. Pero camina
»ahora tú, y á Néstor le pregunta
»á quien herido saca del combate.
»Es por detras en todo parecido
»á Macäon, el hijo de Esculapio,
»pero el rostro no vi; que los bridones
»rápidos se alejaron, impacientes
»de llegar á las naves." Así dijo:
y obediente Patroclo su mandato
á ejecutar marchó, de los Aqueos
corriendo por las tiendas y las naves.
Néstor y Macäon, cuando á la tienda
vinieron del anciano, presurosos
saltaron en la arena y los bridones
desató Eurimedonte, el escudero
de Néstor; y del mar en la ribera,
vueltos los dos al viento que soplaba,
el sudor de las túnicas secaron:
y entrados ya en la tienda, en ostentosos
grandes sillones se asentaron. Luego
grata bebida preparó Escaméde
(gallarda jóven que el anciano trujo
de Ténedos el dia que tomada
fué la ciudad por el valiente Aquíles)
hija de Arsinoó, que los Aqueos
entre todas habian escogido
para el anciano Rey porque en prudencia

aventajaba á los caudillos todos. 1087
Esta, pues, ancha mesa á los dos héroes
acercó, muy labrada y sostenida
por pies de fino acero, y puso en ella
una fuente de bronce, coronada
de olorosas cebollas que excitasen
la sed, y rubia miel, y de la harina
mas pura tierno pan. Hermosa taza
puso despues que de su casa Néstor
trajera á Troya, y que de clavos de oro
estaba guarnecida. Eran las asas
cuatro, y entre una y otra dos palomas
de oro tambien, las alas extendidas,
el espacio llenaban, y el asiento
formaban otras dos. Era tan grande
y tan pesada, que ningun anciano
alzarla de la mesa fácilmente
podria estando llena; pero Néstor
sin trabajo la alzaba. En ella entónces
la cautiva, en belleza semejante
á las Diosas, echó vino de Pramnio,
y con rallo de bronce duro queso
raspó de cabras. Y con blanca harina
rociándolo todo, á que bebiesen
les convidó cuando dispuesta estuvo
la pocion saludable. Ellos bebieron:
y cuando ya con la bebida grata
la árida sed hubieron apagado,
alternaban en plácido coloquio.
Y en tanto ya, á los Dioses parecido,
el gallardo Patroclo se acercaba
del pabellon á la anchurosa puerta.
Vióle el anciano: y de la ebúrnea silla

alzándose cortés y al claro huesped
asiendo por la mano, le rogaba
que entrara y se asentase; mas Patroclo,
rehusándolo, dijo: "No es posible,
»ó anciano, alumno del eterno Jove,
»detenerme aquí mucho, ni lograrlo
»con tu ruego podrás. Es de tremenda
»y áspera condicion el que me envía
»ahora á preguntarte á quién herido
»del combate sacabas no hace mucho;
»pero ya le conozco porque viendo
»estoy á Macäon, ilustre gefe
»de numerosa escuadra. La respuesta
»á Aquíles voy á dar: bien le conoces,
»prudente anciano, y sabes cuán terrible
»es el varon, y cuán dispuesto siempre
»está á culpar al inocente mismo."
Néstor repuso grave. ¿Y cómo Aquíles
»así se compadece de los Griegos
»que heridos yacen? Ah! no bien conoce
»la gran calamidad que de los Dánaos
»al ejército aflige. Los mas fuertes
»heridos, quien de léjos quien de cerca,
»en sus naves están. El belicoso
»Diomédes fué por la saeta herido
»que Páris le tiró, troyanas picas
»á Agamenon hirieron y al valiente
»Ulíses, una flecha hirió en el muslo
»á Eurípilo, y cual ves de la batalla
»yo á Macäon saqué por otra flecha
»herido; pero Aquíles de los Griegos,
»siendo tan valeroso, no se cura
»ni compadece. ¿Espera á que las naos

»en la orilla del mar pábulo sean 1153
»de la enemiga llama sin que basten
»á impedirlo los Dánaos, y que todos
»muertos seamos sin quedar ninguno?
»No tengo yo el vigor con que otro tiempo
»ágil movia la robusta mano;
»que á tenerle...... Ojalá que yo tan jóven
»fuese, y tan grandes fuerzas alcanzara
»como tenia en la famosa guerra
»que hubo entre los Eleos y los Pilios,
»sobre quien los ganados llevaria
»que les tomamos cuando dí la muerte
»á Itimoneo, el hijo valeroso
»de Hipiroco, que en Élide habitaba.
»Él combatia, por salvar los bueyes,
»al frente de los suyos; mas herido
»fué por una azagaya poderosa
»que yo le disparé. Cayó en la arena,
»y su rústica hueste consternada
»huyó despavorida: y en el valle
»presa hicimos nosotros numerosa
»de cincuenta vacadas, otros tantos
»rebaños de carneros, y de cabras
»cincuenta grandes hatos; y de cerdos,
»ya cebados, tambien otras cincuenta
»pïaras; y de yeguas, que criando
»estaban todas corredores potros,
»hasta ciento y cincuenta. Aquella noche
»á la ciudad de Pílos fué llevada
»la presa toda: y viéndola mi padre
»se alegró de que á mí, novel guerrero,
»tanta parte cupiese. A la mañana,
»luego que se mostró la blanca aurora,

1186 »los heraldos en voces resonantes
»el pregon publicaron de que todos
»los que daños hubiesen recibido
»ántes de los Eleos se juntaran
»en el foro. Los Pilios congregados,
»los gefes el botin les repartian:
»y muchos eran los que deuda antigua
»podian reclamar de los Eleos.
»Porque no pocos males nos hicieran
»en años anteriores cuando vino
»Hércules á la guerra, y por asalto
»nuestra ciudad tomada los mas fuertes
»caudillos á sus manos perecieron;
»y de los doce valerosos hijos
»de Neleo yo solo con la vida
»logré escapar, que los demas murieran.
»Y esta fué la ocasion porque orgullosos,
»viéndonos en el número inferiores,
»luego nos insultaron los Eleos;
»y seguros del triunfo, cruda guerra
»hacernos ya querian.—El anciano
»Neleo para sí trescientas vacas
»y un gran rebaño separó de ovejas,
»con los mismos pastores y vaqueros
»que ántes tenian; porque muchos daños
»le hicieran los Eleos. Cuatro hermosos
»caballos ya en los juegos vencedores,
»y la grande carroza que tiraban
»cuando á ganar los envió Neleo
»un magnífico trípode ofrecido
»en premio al vencedor, el poderoso
»Aúgias retuvo para sí y al triste
»auriga despidió sin los caballos.

»Y así entónces Neleo, del insulto 1219
»y del robo ofendido, mucha parte
»escogió de la presa; y á su pueblo
»entregó lo demas para que fuese
»repartido, y ninguno careciera
»de su justa porcion.—Miéntras nosotros
»partíamos la presa, y á los Dioses
»se ofrecian solemnes sacrificios
»en toda la ciudad; al tercer dia
»de Pílos penetraron en las tierras
»en numerosa hueste los Eleos,
»con todos sus infantes y sus carros:
»y entre sus campeones se contaban,
»aunque jóvenes eran todavía
»y en batalla campal no ejercitados,
»los dos Moliones tan famosos luego.
»En el confin de la arenosa Pílos,
»del caudaloso Alfeo no distante
»y de la capital muy alejada,
»existe una ciudad que Trioësa
»tiene por nombre, y en las altas cimas
»de un monte está fundada; y los Eleos
»emprendieron el sitio, deseosos
»de entrarla á fuego y sangre. Mas apénas
»ya la llanura toda atravesaran
»las tropas enemigas; del Olimpo
»bajó Minerva en vagaroso vuelo
»á darnos el aviso, y que las armas
»tomásemos mandó. Y aunque era noche,
»pronto juntó la juventud de Pílos;
»no mal su grado, sino muy ganosos
»todos de pelear. A mí Neleo
»me escondió los caballos y á la guerra

1252 »no dejaba salir, porque pensaba
»que todavía en las marciales lides
»no estaba yo bastante ejercitado;
»pero yo á su pesar entre los gefes
»á pié marché, porque Minerva misma
»al terrible combate me guiaba.
»Hay un rio llamado Minieo
»que en el mar desemboca no distante
»de la ciudad de Arene, y allí entónces
»los gefes de los Pilios esperamos
»que apareciese la divina aurora;
»y entretanto vinieron los peones,
»que en pos marchaban cual torrente undoso.
»Desde allí unidos todos y formados,
»cerca del mediodia á la corriente
»llegamos del Alfeo: y ofrecidas
»pingües ovejas al potente Jove,
»un toro negro á la Deidad del rio,
»otro toro á Neptuno, y á Minerva
»una vaca cerril; el alimento
»tomamos, por escuadras divididos
»en militar usanza; y á la orilla
»del rio, sin quitarnos la armadura,
»dormimos acampados. Los Eleos
»ya estrechaban el cerco, deseando
»la ciudad asolar; pero á su vista
»ántes apareció del crudo Marte
»la dura ocupacion: que apénas hubo
»el claro Sol las elevadas cumbres
»herido con sus rayos; la batalla
»les presentamos, en humilde ruego
»antes orando á Jove y á Minerva.
»Cuando ya los Eleos y los Pilios

»trabaron el combate, yo el primero
»á un adalid maté (y de sus caballos
»me hice dueño) que Mulio se llamaba,
»y de Aúgias era yerno; pues la rubia
»Agamede tenia en matrimonio,
»hija mayor del Rey, la cual sabia
»la virtud de las yerbas cuantas brota
»el alma tierra del fecundo seno.
»A este, pues, que hácia mí se encaminaba,
»la muerte dí con la acerada pica,
»y derribé en el polvo y en su carro
»salté veloz, y en la primer hilera
»me presenté al combate. Los Eleos,
»cuando vieron postrado al valeroso
»Mulio siendo de todos los ginetes
»que en los marciales carros combatian
»primer caudillo, en pavorosa fuga
»unos por una parte otros por otra
»pronto se dispersaron. Y sobre ellos
»saltando yo, cual viento impetuoso
»de oscura tempestad; cincuenta carros
»tomé, y los dos guerreros que subidos
»en cada cual estaban en el polvo
»cayeron por mi lanza atravesados,
»y el arena mordieron. Y la vida
»y las armas tambien quitado hubiera
»á los dos Molïones, que tenidos
»eran por hijos de Áctor; si su padre,
»el potente Neptuno, libertado
»no los hubiese con oscura nube
»del combate sacándolos cubiertos.
»Y Júpiter entónces á los Pilios
»concedió la victoria: y el alcance

1318 »seguimos, la llanura atravesando
»de broqueles cubierta y recogiendo
»de los Eleos las hermosas armas,
»y matando sus fuertes campeones,
»hasta que los caballos á las tierras
»de la fértil Buprasio se acercaban,
»y al peñascal de Olenia, y al Alesio
»hácia el sitio que dicen la *Colina*.
»Mas llegados allí la Diosa Pálas
»nos mandó retirar, y todavía
»allí dejé tendido otro guerrero.
»En fin, desde Buprasio los Aquivos
«á Pílos los caballos corredores
»dirigieron, y alegres daban gracias
»por el glorioso triunfo conseguido,
»entre los Dioses todos al Saturnio,
»y entre los hombres el primero á Néstor.
»Tal y tan valeroso fuí un dia;
»si es que ya en triste senectud me es dado
»recordar que lo fuí; pero la fuerza
»y extremado valor que las Deidades
»concedieron á Aquíles provechosos
»solo para él serán. Ay! algun dia
»no poco ha de llorar, cuando la hueste
»haya de los Aqueos perecido.
»Acuérdate, Patroclo, del consejo
»que Menetio te dió cuando en la guerra,
»del poderoso Agamenon al mando,
»á servir te envió. Bien lo sabemos,
»y bien lo oimos, el prudente Ulíses
»y yo; pues dentro estando del alcázar,
»todo escuchamos cuanto aquel decia.
»Al antiguo palacio de Peleo

»viniéramos nosotros; que la Grecia 1351
»corríamos entónces, reuniendo
»de todas partes numerosa hueste:
»y al heróico Menetio, á tí y á Aquíles
»hallamos dentro. El venerable anciano
»en sacrificio á Júpiter tonante
»de un buey las gruesas piernas ofrecia
»dentro la cerca, y el purpúreo vino
»con ancha copa de oro derramaba
»sobre las piernas que en el ara ardian,
»y tú y Aquíles la sabrosa carne
»del resto de la víctima en pedazos
»cortabais para asarla. A tal momento
»llegábamos al atrio de la cerca
»nosotros dos: y viéndonos Aquíles,
»corrió á encontrarnos, de la mano asidos
»nos hizo entrar, en las doradas sillas
»á descansar cortés nos convidaba,
»y en señal de hospedage el alimento
»y el vino presentó como requiere
»de la hospitalidad la antigna usanza.
»Cuando ya con el vino y los manjares
»habíamos las fuerzas reparado
»empecé mi discurso, y á vosotros
»os propuse seguirnos. La propuesta
»os agradó; pero los dos ancianos
»ántes quisieron en prudente aviso
»aconsejaros lo que hacer debíais.
»A su hijo Aquíles encargó Peleo
»que siempre del valor hiciese alarde,
»aventajando á los demas Aquivos;
»y á tí Menetio, el hijo valeroso
»de Áctor, te dijo en paternal ternura:

1384 »*Hijo mio! en linage te aventaja*
»*Aquíles y en valor, pero le excedes*
»*tú en edad. Dale, pues, buenos consejos,*
»*corrígele si yerra, y lo que debe*
»*hacer le advierte; y por su misma gloria*
»*dócil te escuchará.* Tales preceptos
»el anciano te daba, y en olvido
»tú los pusiste; pero todavía
»útil consejo al iracundo Aquíles
»puedes dar. Y ¿quién sabe si ayudado
»tú de alguna Deidad, con tus razones
»su alma conmoverás? Muy poderoso
»suele ser el consejo de un amigo.
»Dile que si el temor de que se cumpla
»el vaticinio que su augusta madre
»de Jove en nombre le anunció algun dia
»le impide pelear; á tí á lo ménos
»envíe á los combates, y contigo
»venga de los Mirmídones la hueste,
»por ver si aurora de salud consigues
»ser para los Aqueos: y su hermosa
»armadura te dé. Tal vez, creyendo
»los Troyanos al verla que ya Aquíles
»en las lides se muestra, los combates
»suspenderán; y los valientes hijos
»de la Grecia, que están acobardados,
»aliento cobrarán. En las batallas
»un breve instante de reposo es útil.
»Y vosotros, que entrais en la pelea
»sin estar fatigados, fácilmente
»á unas tropas que están ya tan cansadas
»de combatir rechazaréis á Troya
»léjos de los navíos y las tiendas.»

Así dijo el anciano, y al oirle 1417
se enterneció Patroclo: y por las naves
corria presuroso, la respuesta
para llevar á Aquíles. Cuando estaba
de Ulíses ya junto á las altas naos,
en la anchurosa plaza en que los Griegos
reunirse solian y los Reyes
administrar justicia, y los altares
erigidos estaban á los Dioses;
se encontró con Eurípilo, que el muslo
con la flecha pasado del combate
cogeando venia. De los hombros
y la cabeza en abundancia mucha
le corria el sudor, y roja sangre
de la herida manaba: pero firme
los dolores sufria. Al verle el hijo
de Menetio, piedad hubo del héroe;
y así dijo en acento doloroso.
"Infelices caudillos de la Grecia!
»¡Y tal era la suerte que los hados
»reservada os tenian, de que en Troya
»léjos de los amigos y la patria
»sirvan vuestros cadáveres de pasto
»á los voraces perros! Pero dime,
»Eurípilo valiente! los Aqueos
»¿todavía algun tiempo al formidable
»Héctor resistirán, ó por su lanza
»todos perecerán atravesados?"
Y Eurípilo exclamó: "Valiente jóven!
»Generoso Patroclo! ya no queda
»ninguno que defienda á los Aqueos
»que huyen precipitados á las naves.
»Los primeros caudillos, los que siempre

»mostraron su valor, yacen heridos,
»ó de un bote de lanza, ó de saeta,
»por mano de los Teucros, cuya furia
»es cada vez mayor. Mas tú me salva,
»llevándome á las naos; y esta flecha
»saca del muslo y la cuajada sangre
»lava con agua tibia, y los remedios
»me aplica poderosos que aprendiste,
»segun dicen, del hijo de Peleo,
»y á él enseñó Quiron, que fué de todos
»los famosos Centauros el mas justo.
»Porque de los dos hijos de Esculapio,
»Macaon y Podalirio, de la hueste
»médicos ambos, en su tienda yace
»el primero tambien por una flecha
»herido, y necesita que le cure
»otro médico sabio; y el segundo
»aun está combatiendo en la llanura."
Y de Menetio el hijo valeroso
le respondió. "¿Qué harémos? ¿Cómo puedo
»aquí yo detenerme? Voy ahora
»á Aquíles á decir lo que responde
»Néstor, el númen tutelar de Grecia.
»Mas, aun así, entregado á los dolores
»no aquí te dejaré sin socorrerte."
Así dijo, y asiéndole del brazo
le llevó al pabellon. El escudero,
cuando los vió llegar, tendió por tierra
blandas pieles de buey: y reclinado
en ellas el herido, con su daga
Patroclo le sacó la aguda flecha
del muslo, y le lavó la renegrida
sangre con agua tibia. Y por su mano

dividiéndola en trozos, una amarga 1483
raiz que le calmara los dolores
al muslo le aplicó. Pronto la yerba
cerró la herida, y restañó la sangre,
y así cesaron los dolores todos. 1487

LIBRO DUODÉCIMO

En tanto que de Eurípilo la herida,
dentro la tienda, el hijo de Menetio
así curaba; Griegos y Troyanos,
confundidas las haces, la pelea
seguian: y ni el foso y ancho muro,
con que su campamento los Aquivos
rodearan, el ímpetu debia
ya contener de la troyana hueste.
Hiciéranle los Griegos, á los Dioses
sin ofrecer solemne sacrificio,
para que los navíos defendiera
y los muchos despojos que encerraban:
y hecho así de los Dioses inmortales
contra la voluntad, de largo tiempo
no fué su duracion. Miéntras vivia
Héctor y del agravio recibido
Aquíles se vengaba, y por el fuego
la ciudad del Rey Príamo no fuera
á polvo reducida; la muralla
de los Griegos duró. Cuando murieron
los mas valientes ya de los Troyanos,
y de los mismos Griegos muchos héroes
perecieron salvándose otros muchos,
y á los diez años de ostinado sitio
fué la ciudad de Príamo asolada
y los Griegos volvieron en las naves
á su tierra natal: Neptuno entónces
y Apolo la manera concertaron
de arruinar la muralla conduciendo
contra ella, reunidas en torrente,

las aguas de los rios caudalosos 31
que corren á la mar desde las sierras
de los montes Ideos: el Granico,
y el Reso, y el Heptáporo y el Rodio,
y el cenagoso Esepo, y el Careso,
y el plácido Escamandro y el profundo
Símois, que entre sus aguas cristalinas
arrastró con la arena las adargas,
y yelmos, y cadáveres de muchos
Semidioses. De todos las corrientes
apartó del camino acostumbrado
Apolo, y nueve dias contra el muro
en hinchado torrente las llevaba;
y en tanto Jove sin cesar llovia,
porque mas pronto el muro se arruinase.
Y empuñando Neptuno su tridente,
caminaba delante de los rios:
y con las muchas aguas los cimientos
de troncos y de piedras que los Dánaos
con gran trabajo echaron arrancaba,
y el terreno allanó que se extendia
á la márgen del rápido Helesponto.
Y de nuevo la playa espaciosa,
el muro destruido, con arena
mucha cubriendo; encaminó los rios
al conocido cauce en que solian
ántes correr sus transparentes aguas.

Esto Apolo y Neptuno en la futura
edad hacer debian; pero entónces
se encendió la pelea y resonaba
el bélico clamor en torno al muro,
y los fuertes maderos de las torres
al golpe de los dardos recrujian.

64 Y los Griegos, por Jove castigados
con duro azote, al cerco de las naves
tímidos se acogieron, y no osaban
fuera salir ni pelear ardidos
con Héctor; que animoso acometia,
á negro torbellino semejante.
Cual jabalí ó leon que de sabuesos
rodeado y robustos cazadores
á todas partes los terribles ojos
vuelve, y ellos unidos y formados
en espeso escuadron firmes le esperan,
y densa nube de aceradas picas
siempre sobre él derraman; y el valiente
corazon de la fiera no se turba
ni acobarda, y su propia valentía
es causa de su muerte; y de contino
en torno revolviéndose, á la espesa
fila de cazadores acomete;
y por aquella parte precavidos
ellos cediendo, su fiereza burlan:
así Héctor impaciente á todos lados
se revolvia, y á pasar el foso
animaba á su gente. Los bridones
por encima á saltar no se atrevian:
y á la márgen del hoyo detenidos
ufanos relinchaban, mas la anchura
los aterraba del profundo foso;
que no de un salto atravesarle fácil
era, y ménos pasarle descendiendo
á la profundidad. Por ambos lados
escarpados habia precipicios,
y de agudas estacas defendidas
las márgenes estaban que los Griegos

clavado habian, apiñadas, grandes;
porque del enemigo defendiesen
el campamento, é imposible fuera
que bajasen bridones conduciendo
al mismo tiempo los volubles carros.
Y miéntras por pasar el ancho foso
impacientes estaban los peones,
á Héctor Polidamante así decia:

"Héctor, y los demas esclarecidos
»gefes de los Troyanos y auxiliares!
»Neciamente queremos con los carros
»por el foso pasar; que coronadas
»con agudas estacas sus orillas
»están, y atravesarle es muy difícil.
»Y mas allá de la estacada el muro
»está de los Aquivos: y en los carros
»ni podemos bajar al ancho foso,
»ni luego pelear. Angosta senda
»hay despues entre el foso y la muralla,
»y todos allí muertos quedarian.
»Si en su cólera Júpiter tonante
»ha resuelto acabar con los Aquivos,
»y ser el auxiliar de los Troyanos;
»yo el primero quisiera que cumpliese
»pronto su voluntad, y que los Griegos
»aquí, sin gloria, ausentes de su patria,
»murieran. Mas si vuelven al combate,
»y léjos nos rechazan de sus tiendas;
»y revueltos los carros y peones,
»en el profundo foso atropellados
»todos caemos; desde allí ninguno
»de nosotros á Troya volveria,
»ni aun á llevar la nueva. Porque á manos

»de los Aquivos, que á la lid entónces
»tornarian valientes, en el foso
»pereciéramos todos. Mi dictámen
»seguid, pues, si os agrada. Con los carros
»permanezcan aquí los escuderos,
»del foso no distantes; y con armas
»en buena formacion sigamos todos
»á Héctor, á pié y en escuadron cerrado;
»y resistir los Griegos al embate
»no podrán, si es verdad que de la muerte
»el momento fatal les amenaza."
Dijo Polidamante, y su consejo
á Héctor de todos pareció el mas útil:
y sin quitarse la armadura, en tierra
desde el carro saltó. Cuando le vieron
los troyanos á pié, sobre los suyos
no ya permanecieron: y en la arena
saltado habiendo con ligera planta,
á sus fieles aurigas encargaron
que á la márgen del foso los bridones
en línea colocaran. Dividida
luego la hueste por hileras toda,
en cinco batallones, al combate
marcharon á la voz de sus caudillos.
El primer escuadron mas numeroso
era que los demas, y le formaban
los mas ardidos que romper el muro
fogosos deseaban y en las naves
combatir de los Griegos. Héctor era
su primer adalid, segundo el fuerte
Polidamante, y Cebrïon tercero;
porque Héctor á cuidar de sus bridones
otro auriga dejó menos valiente

que Cebrīon. Mandaban el segundo
Páris, Alcatoó y el animoso
Agenor. El tercero era regido
por Heleno, Deifobo, que á los Dioses
en belleza igualaba, y el heróico
Asio de Hírtacio. El cuarto obedecia
á Enéas, hijo del anciano Anquíses;
pero junto con él le acaudillaban
de Antenor los dos hijos, Acámante
y Arquíloco, aguerridos campeones
en toda suerte de armas y peleas.
La última escuadra Sarpedon regia,
compuesta de escogidos auxiliares;
mas él tomó por compañero á Glauco
y al fuerte campeon Asteropeo,
porque despues de sí los mas valientes
le parecieron de la escuadra suya:
que él en valor á todos excedia.
Formada ya la hueste, caminaron
animosos los Teucros defendidos
de sus fuertes escudos; y esperaban
que á sostener el choque los Aqueos
no serian osados, y en las naves
á guarecerse todos correrian.

Los caudillos Troyanos, y los gefes
de las escuadras auxiliares todos,
dóciles escucharon el consejo
del venerado augur Polidamante,
y solo Asio no quiso los bridones
entregados dejar á su escudero;
y en el carro subido, hácia las naos
dirigió los tostados alazanes.
Necio! no preveia que la muerte

196 se le acercaba, y que á la excelsa Troya
triunfante con su carro y sus trotones
ya mas no tornaria; y que pasado
por la pica del claro Idomeneo,
hijo de Deucalion, el velo triste
le cubriria de la negra Parca.
Del muro, pues, á la siniestra parte
se encaminó; que por allí los Griegos
del combate volvian con los carros.
Y al llegar con el suyo á la muralla,
no halló echadas las llaves á las puertas
ni el enorme cerrojo; que los Dánaos
de par en par abiertas las tenian
porque pudiese entrar cualquier guerrero,
y en las naves salvarse, que del campo
viniera fugitivo. Sus bridones,
lleno de vanas esperanzas, Asio
guió, pues, á una puerta; y le seguian
con alegre algazara sus falanges,
creyendo que el combate los Aquivos
sostener no pudiendo á sus bajeles
se acogerian en cobarde fuga.
Engañosa ilusion! porque en la puerta
hallaron dos valientes campeones
hijos de los Lapitas belicosos:
uno era el esforzado Polipétes,
de Piritoo nacido, y el segundo
el bravo Leonteo, que á Mavorte
en valor igualaba. Los Lapitas
delante estaban de las altas puertas,
como están en los montes las frondosas
encinas corpulentas, que apoyadas
en sus gruesas raices extendidas

desafían al viento y á la lluvia
siglos enteros. Con igual firmeza
los dos, en su pujanza y valentía
y robustez fiados, esperaban
de Asio la acometida, ni á la fuga
se entregaban cobardes. La cohorte
de los Troyanos hácia el ancho muro,
alzados los broqueles, caminaba
con algazara inmensa; y á su frente
Asio venia, el adalid supremo,
y Adamante, su hijo; y Enomao,
y Yámeno y Oréstes le seguian,
y Toon. Leonteo y Polipétes,
que dentro de las puertas aun estaban
á todos los Aquivos animando
á defender las naves, cuando vieron
que los Troyanos á forzar la puerta
venian presurosos, y que al muro
en desórden huian los Aqueos;
arrojándose entónces animosos
fuera de la muralla, combatian
á fieros jabalíes semejantes
que de los cazadores y los perros
la acometida aguardan en el monte;
y en torcida carrera atravesando
el espeso jaral que los oculta,
tronzan las jaras que á su paso encuentran,
y las arrancan de raiz, y crujen
en horrísono ruido los colmillos,
hasta que un cazador con su venablo
los mata. Así sobre el robusto pecho
de los dos combatientes resonaba
el sonoroso bronce, sacudido

262 por los botes de lanza y por las flechas
que recibian sin cesar. Y firmes
el choque sostenian, confiados
en la gente que el muro coronaba
y en su propio valor; que los Aquivos,
sus vidas defendiendo y pabellones
y sus bajeles, desde el alto muro
muchas piedras lanzaban con la mano.
Como en la tierra caen de la nieve
los copos que en espeso remolino,
agitando los pardos nubarrones,
derramar suele embravecido viento:
así entónces volaban por el aire
los dardos, y las picas, y las piedras,
que sin cesar Aquivos y Troyanos
con la mano arrojaban; y los yelmos
y cóncavos broqueles, á los golpes
de las enormes piedras, resonaban
en ronco estruendo pavoroso. Y Asio
suspiros exhalaba: y furibundo
el muslo golpeándose, al supremo
Jove decia en iracundas voces.

"Padre Jove! ¡tambien tú nos engañas!
»Creia yo que las falanges griegas
»resistir no podrian al embate
»de nuestro fuerte brazo; mas ya veo
»que estos dos combatientes, cual si fueran,
»ó pintadas avispas, ó tenaces
»abejas, que en el hueco de una encina
»cerca de los caminos pedregosos
»el nido han fabricado y ostinadas
»no su albergue abandonan, y resisten
»al cazador y por su tierna prole

»animosas combaten; de la puerta
»retirarse no quieren, aunque solos,
»hasta que los dos sean de la vida,
»ó de la dulce libertad, privados."

Dijo: mas no inclinó con su plegaria
el corazon de Jove, que este dia
á Héctor el alto honor de que el primero
dentro del fuerte muro penetrase
queria dar. Hácia las otras puertas
entónces ya, con ostinado empeño,
los demas escuadrones peleaban
de los Troyanos; pero muy difícil
á mí, simple mortal, sus altos hechos
enumerar seria. Solamente
diré que en torno á la muralla toda
con insano furor se peleaba:
y aunque tristes los Griegos sus bajeles
con valor defendian, obligados
de la necesidad; y que los Dioses,
cuantos á los Aqueos amparaban,
entristecido el corazon tenian.

Trabaron ya de cerca los dos Griegos
el reñido combate, y el ardido
Polipétes á Dámaso su lanza
por medio de la fuerte carrillera
del morrion clavó, sin que pudiese
al golpe resistir el duro bronce;
que pasando por él la firme punta
el hueso penetró de la cabeza
y el cerebro inundado fué de sangre,
y el valiente adalid cayó en el polvo
cuando mas animoso peleaba.
Quitó tambien la vida Polipétes

328 á Órmeno y á Pilon: y Leonteo,
rayo de Marte, con su larga pica
cerca del ceñidor logrando herirle,
á Hipómaco mató, que era nacido
de Antímaco. Y despues, la cortadora
espada desnudando y por la turba
furioso arremetiendo, desde cerca
á Antífates hirió, y el infelice
quedó de espaldas en el polvo hundido:
y tambien á Menon, Yámeno, Oréstes,
uno en pos de otro, derribó en la arena.
En tanto que los griegos campeones
á los muertos quitaban la armadura,
Polidamante y Héctor conducian
la numerosa escuadra de robustos
jóvenes que animosos deseaban
romper el muro, y con ardiente fuego
las naves incendiar. Y detenidos
á la orilla del foso, vacilaban
sobre pasarle, ó no; que cuando alegres
y llenos de valor se disponian
á atravesarle, el águila de Jove
vieron bajar de la region etérea
el escuadron por la siniestra mano
cortando en dos mitades. Y en las garras
un enorme dragon en sangre tinto
por los aires llevaba palpitando
y vivo aün, y en su dolor la sierpe
no se olvidaba del valor antiguo:
que enroscándose, al águila en el pecho
cerca del cuello hirió. Y enfurecida
en su dolor el ave de las uñas
la culebra soltó, que entre la escuadra

vino á caer: y á la region del éter,
dando agudos chillidos lastimosos,
el águila voló. Cuando los Teucros
junto á sus piés la ensangrentada sierpe
vieron caer y que del padre Jove
el agüero venia, horrorizados
retrocedieron. Acercóse á Héctor
Polidamante, y animoso dijo:

"Héctor! yo sé que desabrido á veces
»tú conmigo te muestras en las juntas,
»aunque útiles dictámenes proponga;
»mas justo no será que un ciudadano,
»ni durante la paz en el Consejo,
»ni al dar su parecer en las batallas,
»haga traicion á la verdad, y siempre
»hable para aumentar tu poderío.
»Así, otra vez anunciaré este dia
»lo que entiendo será mas acertado.
»No ya con los Aquivos en sus naves
»queramos combatir; que la fortuna
»contraria nos será, si ese prodigio
»que acabamos de ver cuando valientes
»ibamos á pasar el ancho foso
»es verdadero, aunque fatal, anuncio
»de la suerte que espera á los Troyanos.
»El águila que ahora en raudo vuelo
»vimos bajar de la region etérea
»el escuadron por la siniestra mano
»cortando en dos mitades, y en las garras
»un enorme dragon teñido en sangre
»tenia vivo aün, y de repente
»le soltó sin llegar al dulce nido
»ni dar á sus hijuelos la comida

394 »que cuidosa llevaba, nos anuncia
»que cuando á fuerza de valor nosotros
»consigamos romper la firme puerta
»y derribar el muro de los Griegos,
»y ellos acobardados se retiren;
»no en formado escuadron desde las naves
»por el mismo camino volverémos,
»y atras abandonados muchos hijos
»dejarémos de Troya que los Dánaos
»habrán muerto en defensa de sus naves.
»Y que esto anuncie el águila que vimos
»lo dirá todo augur que los agüeros
»sepa explicar, y á quien el pueblo crea."
Con torva faz habiéndole mirado,
Héctor le respondió. "Polidamante!
»tu segundo consejo no me agrada,
»y bien conoces tú que otro pudieras
»darnos mejor. Pero si ciertamente
»es esa tu opinion, sin duda airadas
»de la antigua prudencia te privaron
»ya las Deidades. ¿Que olvidemos quieres
»las promesas de Jove, que benigno
»me otorgó la victoria y con segura
»señal su voluntad me ha declarado,
»y que al volar incierto de las aves
»crédito demos tímidos? Yo nunca
»me curo de observar, ni lo respeto,
»si á la derecha vuelan donde tiene
»sus palacios la aurora y donde nace
»el sol, ó hácia la izquierda donde habitan
»las sombras de la noche. Así, Troyanos,
»en la firme promesa confiemos
»de Júpiter que impera poderoso

» sobre los inmortales y los hombres. 427
» Un solo agüero la verdad anuncia,
» y es el que dice: *Defended la patria.*
» Pero tú ¿por qué temes el combate
» y la batalla? Cuando cierto fuera
» que todos los demas en los navíos
» debiéramos morir de los Aqueos,
» no temas perecer; nunca tuviste
» valiente corazon que al enemigo
» esforzado resista, y belicoso
» tú no has nacido. Pero si este dia
» te alejas del combate, ó á los otros
» seduces con tu voz y la pelea
» abandonar les haces; yo te juro
» que con mi lanza atravesado el pecho,
» aquí tú pronto perderás la vida."
Héctor así le dijo y adelante
el primero marchó, y la escuadra toda
con ruidosa algazara le seguia.
Y de Jove á la voz omnipotente
en los montes del Ida impetuoso
torbellino se alzó de raudo viento
y llevó de los Griegos á las naves
remolinos de polvo, y su pujanza
debilitó y valor, y la victoria
á Héctor facilitó y á sus guerreros.
Y en el favor de Jove confiados
y su propio vigor, la gran muralla
pugnaban por romper del enemigo.
Ya las fuertes almenas derribando
las sólidas paredes demolian,
y de su asiento los macizos postes
que en la tierra primero los Aquivos

pusieran porque fuesen el cimiento
de las excelsas torres con palancas
arrancaban, y pronto de los Dánaos
se prometian derribar el muro.
Mas ellos no el camino en torpe fuga
abandonaban; y las altas torres
fortalecian con dobladas pieles
de buey: y las almenas coronando,
desde ellas con sus tiros alejaban
á los que mas ardidos se atrevian
la muralla á escalar. Los dos Ayaces,
á quienes la defensa de las torres
estaba confiada, á todos lados
acudian veloces, y á los Griegos
con su voz animaban el combate
á sostener. Y en cariñosas voces
á unos hablando, y con palabras duras
reprendiendo al que tímido veian
de la batalla huir; estas razones
dijeron á la gente que mandaban.
«Amigos! ya el que sea valeroso,
» ya el que tanto no fuere, ya el que tenga
» poco valor; que todos en pujanza
» no son iguales en la guerra nunca:
» todos útiles somos y debemos
» trabajar todos, y vosotros mismos
» así lo conoceis. Guarte que alguno
» la espalda vuelva, y á las naves huya,
» de Héctor al escuchar las amenazas.
» Adelante marchad, y el uno al otro
» animaos; por ver si el fulgurante
» Jove Olímpico da que rechazada
» la falange enemiga, desde el muro

» hasta su capital la persigamos.» 493
Así en primera fila los Ayaces,
horribles voces dando, á los Aquivos
al combate animaban. Cuan espesos
suelen caer los copos de la nieve
en un dia de invierno, cuando Jove
se alza para aterrar á los mortales
mostrándoles sus armas poderosas;
y adormidos los vientos firme nieva
hasta cubrir las cimas y los riscos
de las montañas, los hervosos prados
y tierras labrantías; y la nieve
cae tambien sobre las corvas playas
y los puertos de mar; pero las olas
con su alternado flujo no permiten
que allí se cuaje, y lo demas blanquea
con la grande nevada mientras dura
la cólera del hijo de Saturno:
tantos y tan espesos los peñascos
volaban que los hijos de la Grecia
lanzaban á los Teucros y volvian
estos á los Aquivos, y se alzaba
hórrido estruendo en la muralla toda.
Mas aun así no hubieran los Troyanos
y Héctor el anchuroso y fuerte muro
entónces roto, ni la firme puerta,
ni el pesado cerrojo; si á su hijo
Sarpedon á marchar contra los Griegos,
cual hambriento leon que á la vacada
acomete furioso, el alto Jove
animado no hubiera. El Rey de Licia
alzó, pues, el escudo, que cubierto
con plancha de metal de muchas pieles

526 de buey en lo interior era formado;
y la plancha exterior hábil armero
con barras de oro sujetó macizo
á la circunferencia prolongadas.
Y con él defendido y en la mano
dos hastiles blandiendo, hácia una torre
intrépido marchó. Como el agreste
leon que en muchas horas no ha gustado
de la sabrosa carne, si á buscarla
el esforzado corazon le incita
á la fuerte alquería acometiendo
por ver si logra el tímido rebaño
de ovejas destrozar; aunque las halle
por armados pastores defendidas
y colmilludos canes, no ya quiere
el establo dejar sin que primero
pruebe el asalto y abundante presa
haciendo escape, ó el primero caiga
por un venablo herido que le arroje
de algun pastor la ejercitada mano:
así entónces su propia valentía
animó á Sarpedon, á las Deidades
en el valor igual, á que el primero
al muro acometiese y derribára
los baluartes. Y á su primo Glauco
volviéndose, le dijo cariñoso.

"Glauco! ¿por qué nosotros en la Licia
» somos los mas honrados y en las mesas
» ocupamos asiento preferente,
» y mas grandes porciones se nos sirven
» de los manjares y de dulce vino
» mas copas se nos dan, y como á Dioses
» todos nos miran y mayor terreno

»cultivamos del Janto en la ribera, 559
»ameno y en viñedos repartido
»y en tierras de labor? Para que ahora
»al frente de los Licios nos mostremos,
»y en la ardiente pelea combatamos.
»Y al verlo dirá alguno de los Licios:
»*No sin mérito suyo nuestros Reyes*
»*imperan en la Licia, y se alimentan*
»*de sabrosos manjares, y el añejo*
»*y dulce vino beben; que en pujanza*
»*sobresalen tambien, y valerosos*
»*combaten á la frente de los Licios.*
»Amigo! si evitando esta batalla,
»la vejez evitásemos rugosa
»y la muerte; yo mismo en las primeras
»filas peleara, ni á las lides
»te llamara gloriosas. Mas si al hombre
»rodean mil peligros, y la vida
»al fin ha de perder sin que la muerte
»evitar pueda; vamos, y la gloria
»demos á algun aquivo de matarnos,
»ó él nos la dé á nosotros." Al oirle
Glauco no se mostró, ni perezoso,
ni cobarde; y los dos al enemigo
marcharon, y la escuadra numerosa
les siguió de los Licios. Menesteo,
cuando los vió venir hácia la torre
resueltos á asaltarla y destruirla,
cayó en grande temor, y á todas partes
tendió la vista por el vasto muro
para ver si algun gefe divisaba
que á su gente librase del peligro.
Y vió á los dos Ayaces que sedientos

592 de guerra siempre, el muro defendian;
y á Teucro vió tambien que de su tienda
salia, y á la torre se acercaba;
pero no era posible que le oyesen,
aunque alzara la voz. Tan espantoso
era el ruïdo que á los muchos golpes
de los escudos, y doblados yelmos,
en las puertas se alzara; porque en todas
se combatia, y todas los Troyanos
intentaban romper á viva fuerza
y por ellas entrar. Y así, al heraldo
Toótes envió para que al hijo
de Telamon llamase, y le decia.
"Marcha, Toótes, en veloz carrera,
» y á los Ayaces di que presurosos
» á defendernos vengan. Lo mas útil
» esto seria ahora: que á esta parte
» grande matanza habrá. Los adalides
» de los Licios, que siempre en las batallas
» suelen acometer impetuosos,
» con todo su poder aquí se acercan.
» Pero si allí tambien sangrienta liza,
» y terrible combate, se ha encendido;
» al ménos venga solo el esforzado
» Ayax de Telamon y le acompañe
» su hermano Teucro, el flechador famoso."
Obedeció el heraldo, y diligente
adonde estaban fué los dos Ayaces:
y llegado, les dijo estas palabras.
"Caudillos de los Griegos belicosos,
» fuertes Ayaces! de Petao el hijo
» os ruega que vayais, y en la pelea
» por algunos momentos aunque breves

» ambos parte tomeis. Esto seria
» mas útil, porque pronto en aquel lado
» grande matanza habrá. Los adalides
» de los Licios, que siempre en las batallas
» suelen acometer impetuosos,
» con todo su poder allí se acercan.
» Pero si aquí tambien sangrienta liza,
y terrible combate, se ha encendido;
» al ménos vaya solo el esforzado
» Ayax de Telamon y le acompañe
» su hermano Teucro, el flechador famoso."

Así dijo el heraldo, y su plegaria
no despreció de Telamon el hijo.
Y al de Oileo volviéndose agitado,
así dijo en palabras voladoras.

"Ayax! aquí los dos tú y el valiente
» Licomédes quedando, á los Aquivos
» animad á que firmes el combate
» sostengan: yo allá voy, y en la batalla
» parte allí tomaré; pero muy pronto
» volveré, así que hubiere á Menesteo
» y á los suyos librado del peligro."

Dijo y se puso en marcha, y le seguia
su hermano Teucro que del mismo padre
era nacido pero de otro lecho;
y tambien Pandïon, que el retorcido
arco de Teucro y voladoras flechas
en la mano llevaba. Y á la torre
llegados del valiente Menesteo
en lo interior del muro penetraron,
á tiempo que acosados se veian
sus defensores ya; porque los Reyes
de los Licios con todos sus guerreros

658 escalaban la torre, semejantes
á negro torbellino. La batalla
trabaron luego, alzóse clamorosa
bélica gritería, y el primero
Ayax de Telamon al valeroso
Epícles, el amigo y camarada
de Sarpedon, mató. Dentro del muro
cerca del baluarte, en lo mas alto,
una gran piedra habia que de tierra
ningun mortal de los que ahora viven,
por mas que fuese jóven y forzudo,
con ambas manos levantar podria
sino con gran trabajo; y fácilmente
Ayax la alzó del suelo. Y contra Epícles,
con cuanta fuerza pudo, desde la alta
muralla la arrojó y el refornido
capacete abolló, y de la cabeza
todos los huesos le deshizo á un tiempo.
Como ligero buzo que se arroja
en el seno del mar, cayó el herido
desde la almena y afligida el alma
su cuerpo abandonó. Despues á Glauco,
cuando mas animoso acometia,
Teucro con una flecha desde el muro
hirió tambien el brazo por la parte
que vió desguarnecida de la adarga,
y le obligó á cesar en la pelea.
Saltó Glauco del muro, procurando
que no le viese nadie; porque alguno
de los héroes aquivos no advirtiera
que estaba herido, y en amargas voces
le insultase tal vez. Dolor profundo
sintió en el alma Sarpedon á Glauco

cuando vió retirarse del combate; 691
pero no se olvidó de la pelea:
que con su pica, habiéndole alcanzado,
á Alcmeon atravesó, prole de Téstor.
Y al sacarla del cuerpo del Aquivo
con ella se le trajo, y en la arena
el mísero cayó; y al dár el golpe,
en horrísono ruido resonaron
las fuertes armas de metal sonoro.

Y luego con la mano poderosa
un baluarte Sarpedon asiendo,
hácia sí le arrastraba: y fácilmente
la almena desquiciando, aquella parte
desguarneció del muro y ancha brecha
para muchos abrió. Cuando lo vieron
Ayax y Teucro, en duplicado golpe
le acertaron los dos. Con una flecha
el grueso correon del ancho escudo
Teucro le atravesó cerca del pecho;
pero de él alejó la negra Parca
Jove, no consintiendo que en las naves
su hijo muriera: y Ayax con la pica
el escudo le hirió. Salió la punta
del otro lado, y al feroz guerrero
contuvo en su furor. Dió algunos pasos
atras el Licio; pero no del muro
gran trecho se alejó, porque esperaba
mucha gloria alcanzar. Y á sus falanges
vuelto, las animó con estas voces.

"Licios! ¿por qué aflojais en la pelea?
» Difícil es que yo por mas valiente
» que haya nacido, aun rota la muralla,
» abra á todos el paso hasta las naves.

724 »Todos acometed; porque de muchos
» reunida la fuerza es poderosa.”
Así dijo: y temiendo las escuadras
el enojo del Rey, con mayor brio,
guiadas por su Príncipe, volvieron
á la lid: y los Griegos de su lado
en lo interior del muro las falanges
reforzaron tambien, porque veian
cuan grande era el peligro en que se hallaban.
Así, ni los espesos escuadrones
de los Licios podian á las naves
abrirse paso, la muralla rota;
ni las falanges griegas á los Licios
podian rechazar léjos del muro
desde que se acercaron. Como suelen
en la linde comun dos labradores,
con la cuerda en la mano, de terreno
algunos palmos disputarse; tales
entónces los Aqueos y Troyanos
por la sola muralla divididos,
unos por penetrar hasta las tiendas
y otros por estorbarlo, combatian.
Y en el muro subidos, animosos
en repetidos golpes los pesados
escudos circulares sobre el pecho,
y ligeras adargas, con las picas
mutuamente romperse procuraban.
Y no pocos quedaron mal heridos:
unos porque desnudas al volverse
mostraron las espaldas, y otros muchos
traspasado el broquel de parte á parte.
Y la sangre de Aquivos y Troyanos,
en toda la extension de la muralla,

por las torres corria y las almenas 757
del uno y otro lado; y á los Griegos
aun así no lograba el enemigo
poner en fuga, é indecisa estaba
la victoria. Cual tiene la hilandera
la igual balanza en la siniestra mano
y fiel su lana pesa, á los hijuelos
para despues llevar pobre comida:
tan igual entre Griegos y Troyanos
estaba la pelea, hasta que Jove
la gloria quiso dar al animoso
Héctor de que el primero la muralla
pasase de los Dánaos. A los suyos
animó, pues, el héroe y les decia.
"Acometed, Troyanos valerosos;
» la muralla romped de los Aquivos,
» y en fuego abrasador quemad sus naves."
Así los aguijó; y apénas ellos
sintieron resonar en sus oidos
la voz del adalid, derecho al muro
en numerosa hueste caminaban:
y en una mano las agudas picas
llevando alzadas y con otra asiendo
las almenas, subieron en el muro.
Héctor para romper la firme puerta
una gran piedra levantó del suelo,
ancha en la base y puntiaguda: y tanto
pesaba que los dos mas vigorosos
hombres del pueblo, cuales hoy existen
sobre la tierra, con trabajo mucho
la alzarian del suelo, en algun carro
para ponerla; y Héctor sin fatiga
la manejaba él solo, porque leve

hizo su peso de Saturno el hijo.
Como lleva el pastor en una mano
el vellon de una oveja fácilmente,
sin que el peso le oprima; tan ligero
Héctor la piedra en alto levantada
llevaba, hácia la puerta caminando,
para romper con ella los tablones
que con su firme union aseguraban
el porton de dos hojas anchuroso
que en lo interior cerraban dos enormes
encontrados cerrojos, y una sola
llave á los dos servia. Ya llegado
no léjos de la puerta, se detuvo:
y afirmando los piés, para que débil
no fuese el golpe; al medio de la puerta,
en el suelo estribando, la gran mole
arrojó. Y al impulso los quiciales
se rompieron y dentro la muralla
cayó la piedra ponderosa, y mucho
recrugieron las puertas al romperse,
ni los firmes cerrojos resistieron:
y desunidas ya todas las tablas,
unas por una parte otras por otra,
volaron al empuje de la piedra.
Héctor á lo interior del alto muro
saltó gozoso, y á la negra noche
su aspecto semejaba, y relucia
en hórrido esplendor el fino bronce
de la armadura, y en la fuerte mano
dos hastiles blandia. Y á su encuentro
aunque hubiera salido el mas valiente,
nadie, á no ser un Dios, le detuviera;
que ambos sus ojos en furor ardian.

Y vuelto al escuadron, á sus guerreros 823
aguijó á penetrar dentro del muro:
y á su voz obedientes le asaltaron
unos, y por las puertas en torrentes
otros se derramaban; y los Griegos
á su naves huian, y el tumulto
se siguió en todas partes clamoroso. 829



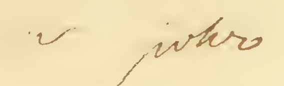


ERRATAS DE ESTE TOMO.

Página.	*Línea.*	*Dice.*	*Léase.*
IV	penúltima	*Odisseus*	*Odiseus*
XIII	1	llegada	llegado
XXIV	16	el	al
10	27	Criseida	Briseida *
13	18	le	lo
21	27	Neptuno	y Neptuno
32	9	fulge	fulgente
88	1	Autron	Antron
125	última	adelantando	adelantado
187	6	Autea	Antea
ib.	22	á Licia	á la Licia
256	27	vagoroso	vagaroso
290	15	yo	ya
333	8	vagoroso	vagaroso
334	última	valiente alto,	valiente y alto,
386	16	peleara	no peleara

* *Hágase igual correccion en las páginas* 17, 18, 21 y 67.

NOTA. En el libro quinto está equivocada la numeracion de los versos desde el 591 en adelante. Enmiéndese añadiendo en cada uno los 33 de la página 148 que no se tuvieron en cuenta para la siguiente: y resultará al fin la suma total de 1554.






252
LA
1
268


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm